

# PEARL HARBOR



RANDALL WALLACE



Rafe McCawley y Danny Walker son dos jóvenes pilotos de la Fuerza Aérea de Estados Unidos. Crecieron como hermanos, aprendiendo a volar en viejas avionetas.

Rafe se ha enamorado de Evelyn Stewart, una enfermera que cumple su servicio en la Marina.

La guerra los separa cuando Rafe se ofrece voluntario para luchar en el Escuadrón Águila, un grupo de americanos que lucha junto a los ingleses en la Batalla de Inglaterra. Con la promesa de regresar, Rafe pone rumbo a los mortíferos cielos del canal de la Mancha, mientras Evelyn y Danny son transferidos a Pearl Harbor, en el paradisíaco Hawaii.

Su edén se rompe en pedazos cuando reciben la noticia de que Rafe ha muerto en combate. Pero las cosas están a punto de tomar un giro mucho más dramático en el tranquilo Pearl Harbor.

***OceanofPDF.com***



Randall Wallace

# Pearl Harbor

ePub r1.0

Titivillus 25.02.2022

***OceanofPDF.com***

Título original: *Pearl Harbor*

Randall Wallace, 2001

Traducción: Martín Rodríguez-Courel & Elena Recasens & Ricard Biel

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



***OceanofPDF.com***

## LIBRO PRIMERO

### Inocencia

*OceanofPDF.com*

Danny Walker todavía podía sentir el dulce aroma del pinar donde Rafe McCawley había perforado dos agujeros en el barrilete de clavos; luego había pasado una cuerda por ellos para atársela a la cintura como si fuera un cinturón de seguridad. Estaban sentados encima de la tapa que, aunque apenas era más grande que un orinal, alcanzaba para las estrechas posaderas de dos chavales de diez años que vivían entre la chatarra agrícola de la Gran Depresión norteamericana.

No obstante, tenían su propio avión.

Era un biplano, uno de los primeros fumigadores del Sur. Después de que se rompiera el lomo del fuselaje, y de considerar que el fatigado motor no ofrecía garantías si se usaba mucho, el padre de Rafe lo había comprado para conseguir repuestos. Las alas habían acabado convertidas en muñones de madera astillada, tela rota y alambre oxidado; la hélice era un viejo trozo de madera que Rafe había encontrado en la granja; y, además, el parabrisas cobijaba un nido de gorriones. Pero en otro tiempo había surcado el aire de Tennessee, y ahora, en la imaginación de los dos pequeños, volaba más lejos y más rápido que lo que ningún otro avión hubiera hecho antes.

—¡Se acercan por la izquierda! —aulló Rafe, y proyectó su hombro contra Danny.

Rafe era alto; tenía unos brazos delgados como cuerdas y la mirada vivaz de un piloto. Aunque sólo contaba once años, Danny había advertido esta cualidad en la mirada de su amigo: ni nerviosa, ni agitada; sólo vivaz.

—Los veo —replicó Danny por encima del rugido imaginario del motor de su avión, mientras Rafe hacía zumbir sus labios y sacudía el palo de escoba roto que controlaba el vuelo en su cielo imaginario.

—¡Dales, Danny!

—¡Los tengo, Rafe! —Y su lengua rozó los dientes, desencadenando una estrepitosa cadencia de fuego de ametralladora. A Danny le encantaba que Rafe se dirigiera a él por su nombre, como si fuera un hermano; era el único que lo hacía. Su madre le llamaba Daniel, pero había muerto cuando Danny tenía cuatro años. Y lo mejor que su padre le había dicho nunca era «muchacho». El pelo de Danny era castaño claro, como el de su madre. También tenía sus mismos ojos azules; al menos albergaba la esperanza de haberlos heredado de ella. Siempre que pensaba en su madre resplandecía en su memoria la imagen de la suavidad de su mirada cuando ella lo contemplaba amorosamente en silencio. Pero su existencia parecía ahora tan lejana... Había empezado a preguntarse si sus recuerdos no serían nada más que proyecciones de sus fantasías, y si no sería que la veía elevarse en el cielo como Rafe a su avión.

—¡Está detrás de nosotros! ¡Detrás de nosotros! ¿Lo ves?

—¡Lo veo, Rafe! —gritó Danny, y se giró en su asiento para disparar hacia la desgarrada sección de cola de su nave.

En realidad Danny no vio otra cosa que el granero y, más allá, los campos roturados, aunque para él brillaron por la simple dicha que le causaba aquella fraternidad. Estaba convencido de que Rafe podía ver el avión del Barón Rojo trazando un arco y lanzándose contra ellos. Rafe lo podía ver todo, todo cuanto pudiera imaginar. Esto era lo más asombroso de estar con él. Con Rafe existía el mundo que todos podían ver y, además, el que él podía percibir; un mundo donde los restos de los aviones volaban y los niños eran pilotos y valientes...

Lo único que Rafe no podía ver era cómo se escribían las palabras. Sobre el salpicadero improvisado (hecho con un tablón) donde iban los controles del avión, había escrito con tiza las letras: *TINOM*. Danny, que había ganado los concursos de ortografía de la escuela primaria de Beaver Bottom los tres últimos años, nunca había podido oír una palabra sin que, al mismo tiempo, y con exactitud, viera mentalmente cómo se deletreaba. Y no es que sólo viera las letras; las oía cantar y jugar entre sí; oía su armonía o disonancia cuando brincaban dentro de su cabeza. Pese a todo, Danny hubiera cambiado todos sus dones visionarios por los de Rafe. En los juegos del estilo de «pies quietos», Danny veía el vuelo del balón —dónde



rebotaba o adónde se dirigía— antes que nadie; era como si pudiera leer en el futuro del vuelo de un balón que no paraba de rebotar. Esto lo convertía en el mejor atleta cuando se trataba de batear o de recibir; pero además era tan veloz con las piernas y las manos como con la vista. La gran ventaja de Danny en el terreno de juego era que podía luchar. Cuando le golpeaban en la nariz, jamás gritaba: devolvía el golpe, siempre con más dureza que la recibida. Y gracias a esto, se selló su amistad.

Ocurrió un frío día de noviembre, con el cielo de un gris pizarra y el humor de la profesora a juego con él. Tras mandarles hacer una redacción de una página sobre el significado del Día de Acción de Gracias, les ordenó que intercambiaran las hojas con el compañero de clase más cercano. Era una de sus manías. «Corregíos la ortografía unos a otros», dijo, y las hojas crujieron a través de los pasillos. Danny siempre se había sentado al lado de Rafe. Solían dibujar batallas aéreas de la Primera Guerra Mundial mientras susurraban y se reían; pero hacían tanto ruido que habían conseguido que los separasen. Así pues, Calvin Pearson se sentaba con Rafe, y cuando Danny vio el intercambio de hojas no tardó en sentir frío en el estómago.

Danny corrigió con rapidez a su nuevo compañero de pupitre: sólo había un error de puntuación y enseguida levantó la hoja. Fue entonces cuando percibió un miedo enfermizo en la cara de su amigo. Rafe no tenía ni idea de lo que estaba bien o mal en la hoja de Calvin, pero éste no era el peligro. Calvin miraba con cara de pocos amigos la hoja de Rafe; entonces sonrió y empezó a trazar círculos alrededor de las palabras con su lápiz rojo; y antes de que alguien pudiera hacer algo para impedirlo, Calvin había levantado el papel y, riéndose, se dirigía a la clase: «¡Eh, mirad lo listo que es Rafe!». El papel estaba cubierto de rojo, aunque no tanto como el humillado rostro de Rafe.

—Devuélvele la hoja, Calvin —dijo con acritud la profesora, y zanjó la cuestión en ese punto.

Pero no así Danny. Cuando llegó el recreo, atravesó corriendo la puerta de la escuela, se dirigió como una bala hacia Calvin y le dio un cabezazo en la nariz; entonces, abalanzándose contra su pecho, le golpeó con los puños hasta que los demás consiguieron apartarle, aunque se zafó un par de veces para volver a darle puñetazos y patadas.



Aquella pelea había marcado la vida pública de Danny como nada hasta entonces. Él y Rafe se convirtieron en algo más que amigos, en hermanos.

Los dos niños interrumpieron su juego cuando oyeron que cambiaban los sonidos del avión auténtico que los sobrevolaba, y que llegaron a su máxima intensidad cuando el aparato descendió sobre un campo exuberante de plantas jóvenes. En la cabina de vuelo iba el padre de Rafe, un diácono baptista que cultivaba sus propios campos, arreglaba cualquier cosa inventada por el hombre y convertía los cachivaches del prójimo en maquinaria útil. El avión que en ese momento se dirigía en picado hacia la tierra era un fumigador que había construido a base de elementos sacados de un vertedero cercano a una base militar, y que había combinado con los extraídos de los restos del avión en los que jugaban Rafe y Danny. Lo había pintado de rojo rubí; las alas y la hélice relampaguearon por efecto del sol al abalanzarse a pocos centímetros de la tierra de cultivo, liberar una estela de insecticida y volver a elevarse hacia el cielo azul cristalino.

Danny pensó que era hermoso. «Como el cielo», fueron las palabras que acudieron a su mente. Acto seguido, tras ellas, y por alguna razón que no comprendió todavía, sonaron «Estado de voluntarios». Pasarían años antes de que, al describir su hogar, escribiera la siguiente frase: «(...) Quizá no sea el cielo; tan sólo Tennessee. Pero desde que existe una Norteamérica, los hombres han luchado y entregado su vida por este lugar... Como voluntarios». Entonces comprendería de dónde procedía el impulso de expresarse por escrito. Ahora valoraba la vida, y la paz, y se sentía dichoso.

Rafe, sujeto a su lado en el mismo asiento de barrilete de clavos, observó cómo el avión bajaba otra vez, soltaba una suave nube de insecticida, y subía de nuevo más alto al empujar su padre el mando de pie, mientras los alerones del timón de altura de la sección de cola cortaban el aire. Rafe lo vivía; en realidad, lo vivía todo. Para Rafe MacCawley, el mundo era una inagotable fuente de estímulos vitales, y vivía conectado a aquél a través de las sensaciones que llegaban a su corazón: movimiento, sonido, vista, olor... Todo afectaba a sus emociones.

No se le tenía por un niño emotivo. No tardó en darse cuenta —a su manera— de que la mayoría de la gente no experimentaba la vida de una forma tan vívida como él, por lo que aprendió a guardar su intensidad para sí. La mayoría pensaba que era callado e introvertido, pero para aquellos con los que se sentía en una comunión real —los que tenían un espíritu brillante, un aroma a pan fresco, un gusto de agua fresca de manantial— Rafe era como un volcán de vida.

El corazón de Rafe se metía en aquella gente, y allí se quedaba.

Sabía que él y Danny serían amigos de por vida. Sus diferencias (tal como la habilidad de Danny con las palabras) no entrañaban obstáculo alguno; Rafe veía más allá del hecho de que la palabra escrita tuviera sentido para Danny y fuera tan confusa para él. Y, además, éste siempre estaba dispuesto a penetrar en el mundo imaginario que dos niños de Tennessee podían encontrar en un día cualquiera de primavera.

—¡Bandidos a las dos! —gritó Rafe.

—¡En picado! —le respondió Danny.

Y sus labios zumbaron al unísono imitando el ruido del motor mientras accionaban los mandos, el pie desnudo de Rafe sobre un pedal, y el de Danny sobre el otro. El granero que estaba a sus espaldas —sin más rastro de pintura que un letrero rotulado a mano que rezaba FUMIGACIONES MACCAWLEY— permaneció inmóvil en su sitio, por lo que los niños tuvieron que mirar los indicadores de control pintados con tiza sobre su improvisado salpicadero para ver cómo el mundo giraba y caía en picado a su alrededor. En sus mentes, los monos se habían convertido en chalecos de vuelo; sus pelos cortados «a tazón» se cubrían con cascos de piel: el equipo justo para salvar a Norteamérica del ataque del Kaiser alemán. Danny mantenía los puños delante de la cara y escupía ruidos de ametralladoras que enseguida se convertían en una explosión de sus carrillos.

—¡Buen disparo, Danny!

—¡Buen pilotaje, Rafe!

—Tierra del libre... —dijo Rafe con santa convicción.

—Morada del valiente —replicó Danny, como si dijera *Amén*.

Pero antes de que pudieran retornar a sus fantasías de enfrentarse a otra amenaza contra la seguridad de la democracia, la mano de un hombre se

aferró a los tirantes del mono de Danny y arrancó a éste de la cabina de vuelo.

Pillado por sorpresa, supo de qué se trataba antes de verlo: era la mano de su padre, poderosa, maltrecha y sucia, la mano propia de un hombre con un solo brazo. Cole Walker, su padre, era un veterano de la Primera Guerra Mundial. Además de perder un brazo en los bosques de Argona había vuelto con los pulmones abrasados por el gas mostaza, así que no era un hombre inclinado a preocuparse por los asuntos de quienes conservaban intactos sus cuerpos. Arrojó a Danny sobre los pies y lo soltó, sólo lo imprescindible para hacerlo girar sobre su eje y agarrarlo de la pechera de la camisa, medio levantándolo del suelo y zarandeándolo.

—¡No haces caso, muchacho! Johnson vino a verme y dijo que pagaría diez centavos si le limpiabas la pocilga... Pero no te encontré por ninguna parte. Te tengo dicho que malgastas tu tiempo jugando con este crío estúpido que ni siquiera sabe leer... No llegarás a nada en la vida.

La vergüenza y el miedo que en ese momento bullían dentro de Danny sólo le permitieron decir:

—Él no es un idiota, Pa...

Antes de que pudiera terminar la frase su padre le arreó un bofetón que lo mandó al suelo.

Rafe, a quien la mano paterna ya había azotado el trasero, y que en una ocasión incluso había probado el rigor de la vara por haber soltado palabrotas delante de su padre, jamás había visto que un adulto abofeteara a un niño, y mucho menos que lo hiciera con tanta dureza como para tirarlo al suelo. Se había quedado tan horrorizado que fue incapaz de emitir ningún sonido.

Danny ni siquiera estaba sorprendido. Pero cuando su padre le volvió a agarrar, retorciendo los tirantes de su mono con tal fuerza que lo estaban asfixiando, Danny se revolvió. No fue una buena idea: su padre empezó a atravesar el sembrado arrastrándolo con él.

—Pa... —jadeaba Danny—. Papá.

Pero la furia impedía a Cole Walker ver lo que estaba haciendo... Hasta que algo duro golpeó contra su espalda con tal fuerza que soltó su presa y cayó de bruces contra los surcos. Había recibido el golpe en lo alto de la

columna, en la unión del cuello con los hombros, y el impacto le hizo pasar de un momentáneo resplandor blanco a la total oscuridad. El mundo se balanceó como el columpio de un porche; Walker se dio la vuelta y quedó boca arriba; sus ojos vieron entonces en las manos de Rafe lo que le había golpeado: la vieja hélice.

Rafe la sujetaba como si fuera un bate de béisbol, de lado, listo para golpear de nuevo.

—¡Déjale en paz! —le gritó Rafe.

Los ojos de Walker, coléricos, se le salían de las órbitas mientras se ponía en pie.

—¡Rafe... Papá... No!

Su padre no se había afeitado desde la última vez que le viera, hacía de eso tres días. Los arañazos de su cara, cubiertos de sangre seca, invitaban a pensar que se había tropezado con una valla de alambre de espino en algún momento durante su ausencia. Tenía los ojos inyectados en sangre, apestaba a vómito, y su apariencia era la de un asesino. Nada de todo esto asustó a Rafe, si es que realmente llegó a verlo; de lo único que parecía consciente en aquel momento era de la vulnerabilidad de Danny y del madero que sujetaba en la mano. Echó aún más atrás el trozo de madera y, como en un juramento, susurró:

—¡Te voy a partir en dos... alemán!

Las palabras despertaron algo en lo más hondo del cerebro roto de Cole Walker. Se quedó inmóvil, pestañeó como un ternero, y acto seguido empezó a toser entre horribles arcadas: un viejo soldado destrozado por la guerra de trincheras, el estrés, el tabaco y la bebida. Unos pulmones arruinados y una vida arruinada. Al final consiguió articular con voz entrecortada:

—Yo luché contra los alemanes. —Miró a Danny, y entonces se dio cuenta de lo que había hecho. Movié la boca un instante, y añadió—:

—Danny, yo...

Se quedó sin habla. Dio media vuelta y se fue tambaleando.

Danny miró a Rafe con una comunicación más profunda que la sangre y seguidamente echó a correr detrás de su padre.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Espera!

Llegó hasta él, le tomó de la mano y se fue caminando a su lado, agarrándole los dedos en señal de perdón.

Detrás de Rafe, Jake McCawley carreteó con el avión hasta detenerlo y apagar el motor. A Rafe se le hizo más audible el silencio que el ruido del aparato, y sólo entonces miró a sus espaldas para ver a su padre, que observaba con el ceño fruncido cómo se alejaban Danny y Cole Walker a través de sus tierras.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó.

—Nada —contestó Rafe—. El padre de Danny ha venido a buscarle.

Volvió al destartado avión y le restituyó la hélice. Pero su padre siguió observando cómo se alejaban Danny y su progenitor. Al cabo de un rato Jake McCawley le preguntó a su hijo.

—Eh, chico, ¿quieres subir?

Los ojos de Rafe brillaron de placer; corrió hasta el avión, saltó encima del ala y puso el pie en la rodilla de su padre.

—Eh, papá, ¿llevarás alguna vez a Danny? —preguntó mientras su padre aseguraba los cinturones de seguridad.

—Claro que sí, hijo.

Cuando Jake volvió a encender el motor e hizo avanzar el avión tras girar en redondo, Rafe observó la espalda de Danny mientras el aparato se alejaba. Entonces comprendió con absoluta claridad que, mientras viviera, no permitiría que nada hiciera daño a Danny Walker, a menos que antes acabara con él.

Veinte años después un escuadrón de aviones surcaba el cielo sobre un aeródromo del Ejército norteamericano en Nueva Jersey. Rafe era el líder de la formación, y Danny pilotaba el avión que iba justo al lado de su ala derecha. Los aparatos eran aviones de combate, pero Norteamérica no estaba en guerra. Era enero de 1941.

El mundo había cambiado mucho durante aquellos veinte años, aunque parecía que la mayoría de los cambios habían acaecido al otro lado de los océanos. Un hombre llamado Adolf Hitler controlaba Alemania, y mucha gente en el mundo —incluido el gran aviador estadounidense Charles Lindbergh— miraba a la otra orilla del Atlántico y también veía los cambios. Hitler había reorganizado el país tras el caos de la «Gran Guerra» —«la Guerra para Acabar con Todas las Guerras», como la bautizaron los periódicos—, y Alemania rebosaba de energía y motivación. Alguna gente —la mayor parte en Europa, una minoría en Norteamérica— se sintió inquieta por la dirección que se estaba dando a tales motivaciones, en especial cuando Hitler empezó a crear un gran ejército y a fabricar ingentes cantidades de nuevas armas.

Pero Hitler no era el único en hacerlo. Al otro lado del Pacífico, a la mayor distancia posible de Norteamérica que permite la Tierra, los japoneses habían empezado a construir su propio imperio a costa de sus vecinos.

En lugar de contrarrestar los esfuerzos de estos dos países por incrementar su potencial bélico, Norteamérica, en términos generales, los

había ayudado. Japón no podía funcionar sin petróleo, y Estados Unidos continuó siendo su principal abastecedor. Durante años, los nipones habían comprado cuanto metal procedente del desguace se pudiera encontrar y, una vez más, Norteamérica —ávida de liquidez durante los años de la Gran Depresión— había sido su primera fuente de recursos. En el medio rural, una de las formas más sencillas de conseguir dinero para gastos personales consistía en reunir las piezas de desecho de los equipos inutilizados —que descansaban por doquier en los alrededores de cada granja—, y transportarlas a los desguaces de las ciudades, donde siempre había alguien dispuesto a comprar.

Hasta Rafe y Danny habían dedicado algún tiempo a aquel negocio. Lo dejaron el día que, de vuelta a la granja familiar de McCawley (donde ahora también vivía Danny), habían enseñado al abuelo de Rafe el dinero contante y sonante que habían logrado. El abuelo, sentado en una mecedora en el porche delantero, les había escuchado en silencio mientras ellos contaban exultantes el éxito de su negocio particular, así como los proyectos de inversión que albergaban para aquel dinero que, por primera vez en su vida, podrían gastar de manera discrecional. Cuando terminaron, el abuelo McCawley lanzó un largo escupitajo de tabaco y les dijo:

—Chicos, cuando este metal lo conviertan en metralla, y lo que antes fueron puntas de arados empiecen a silbaros en los oídos, no os vais a sentir tan felices de haber ganado este dinero.

El padre de Danny, para entonces difunto, había perdido su brazo a causa de la metralla y, después del comentario del abuelo, los chicos trataron de encontrar otra manera de hacer dinero para sus gastos, pero al no dar con ninguna, se resignaron a no tenerlo.

Pero esto duró sólo un tiempo pues hallaron otra actividad que les convenía, algo que amaban tanto que hubieran pagado por hacerlo: fumigar. Con la ayuda del padre de Rafe, habían rescatado de la basura un juego completo de componentes y construyeron un segundo avión para la empresa familiar. Las únicas peleas que hubo entre ellos fueron las que tenían que ver con el turno para volar.

Después de eso descubrieron las Fuerzas Aéreas del Ejército de Estados Unidos, y la vida adquirió un nuevo sentido. En aquel momento, cuando el



teniente Rafe McCawley y el teniente Daniel Walker ocupaban las cabinas de vuelo de los dos aviones al frente del escuadrón que surcaba el cielo sobre la base aérea de Nueva Jersey, el capitán de entrenamiento les ordenó por radio desde tierra:

—¡McCawley, Walker, aflojen la formación!

—Usted dijo que la cerráramos —replicó McCawley que, pese al sonido metálico de la radio, conservaba su peculiar timbre de voz. Cuando McCawley estaba en el aire, siempre parecía que se estaba riendo—. ¿No dijo que cerráramos, Danny?

—Sí que lo dijo —intervino Walker, y el capitán hubiera jurado que las puntas de sus aviones, que ya estaban a menos de cien metros de distancia, se acercaban hasta quedar a pocos centímetros una de otra.

—¡Sí, pero no tan cerrada! —ladró el superior.

Le gustaban aquellos dos tipos; no había nada como un piloto con una confianza ilimitada, con tal de que pudiera echar marcha atrás con pericia. Y desde su primer día en la escuela de cadetes, aquellos dos chicos de Tennessee habían demostrado tener tanta habilidad volando como cualquiera de los instructores que, se suponía, tenían que enseñarles. Y bastante más potencial innato. Si la Fuerza Aérea del Ejército hubiera tenido más pilotos para entrenar y no tantos veteranos sin otra cosa que hacer, los dos mocosos se habrían convertido en instructores. El capitán de entrenamiento tenía rango, pero en una base aérea para pilotos de caza no hay nada que proporcione más autoridad a un hombre que su pericia, en especial si se trata de una base dirigida por el coronel Jimmy Doolittle. De todos modos, al capitán le gustaban los dos jovencitos: aunque gallitos, conservaban la intrínseca buena educación de los chicos de Tennessee.

McCawley, en el avión de cabeza, dirigía a la escuadrilla en un giro rápido, mientras el capitán observaba con admiración la maniobra; los otros ocho pilotos del grupo le seguían con más habilidad y seguridad que nunca: era como si McCawley y Walker les abrieran surcos en el aire, dejando un rastro de entusiasmo en sus estelas que los demás jóvenes absorbían con sus tomas de aire y vertían fuera a través de los tubos de escape.

—Esto es todo —ordenó por radio el capitán—, traigámoslos a casa.

Los P-40, los mejores cazas de las Fuerzas Aéreas del Ejército, empezaron a aterrizar en orden cerrado. Corretearon por la pista, dirigiéndose directamente hasta donde estaba el capitán de entrenamiento. Apagaron los motores, descorrieron las cúpulas de las cabinas con gesto elegante, y saltaron fuera llenos de vida y adrenalina. «Si yo tuviera la mitad de su energía me haría el amo del mundo», pensó el capitán. Fue entonces cuando se percató de que los aviones habían terminado de aterrizar, pero faltaban dos P-40. No tuvo necesidad de comprobar las caras para saber quienes eran los dos ausentes.

—¿Dónde están McCawley y Walker? —preguntó.

Entonces vio a los dos aviones que permanecían en el aire. Habían trazado un círculo para dirigirse hasta dos extremos opuestos de la pista y en ese preciso instante volaban directamente uno contra el otro como dos balas que jugaran a la ruleta rusa.

—¡Ah, no...! —masculló el capitán, cuando todos los pilotos jóvenes miraban ya al cielo.

En el interior de las cabinas —donde Rafe y Danny empujaban gradualmente el acelerador y sentían el aumento constante de velocidad, viendo cómo los dos aviones se acercaban mutuamente a una velocidad que doblaba la normal de cualquier otro avión— la excitación crecía de forma impresionante.

Desde tierra, los pilotos miraban mudos de asombro los P-40, lanzados uno contra el otro a todo gas. Billy —Billy *el Niño*, así llamado por sus facciones infantiles— miraba hacia sus mejores amigos con pánico creciente. Cuando los aviones estuvieron tan cerca que parecía imposible que pudieran esquivarse, Billy aulló para ahogar el estruendo de la colisión.

Los aparatos se encontraron cuando estaban a seis metros sobre sus cabezas, y, en el último momento —cuando a los espectadores les parecía que el choque ya era inevitable—, los dos P-40 dieron un brusco cuarto de giro para poner las alas en la vertical y, panza contra panza, pasaron uno junto al otro como balas. El viento agitó las ropas de los que estaban en tierra, arrancándoles las gorras de las cabezas como si estuvieran en el vórtice de un huracán.

En las cabinas, Rafe y Danny prorrumpieron en carcajadas mientras los aviones se alejaban a la misma velocidad con que se habían acercado; sus corazones compartían idéntica excitación: la del eterno placer de vivir el presente con total intensidad. Danny saboreó el momento con una silenciosa serenidad, dejando que el aparato remontara el vuelo solo y subiera por el aire con la inmovilidad de un halcón. Rafe, por su parte, celebró su entusiasmo haciendo girar el avión como si fuera un sacacorchos antes de tirar de la palanca hacia arriba, como si quisiera perforar la gravedad de la tierra y navegar sin trabas hacia las estrellas.

En tierra, los demás pilotos reían y se felicitaban mutuamente como si también estuvieran en las cabinas.

El capitán de entrenamiento dejó su gorra en el suelo, cerca de sus pies, y sólo consiguió decir:

—¡Maldita sea! Estos tíos son una amenaza para la seguridad nacional.

Anthony, un esbelto italiano de un barrio neoyorquino, recogió la gorra del capitán y se la entregó con una sonrisa.

—Ya conoce el dicho capitán: Se puede sacar al fumigador del campo... pero no meterlo en un P-40.

Danny aterrizó, carreteó con su avión hasta donde estaban los demás aparatos y apagó el motor antes de detenerse del todo. Deslizó hacia atrás la cúpula de la cabina y se quitó el casco de piel, lo que dejó al descubierto toda su juvenil cabellera castaña; una dentadura de estrella de cine relució al sonreír a sus amigos. Se había desabrochado el cinturón de seguridad, y ya tenía medio cuerpo fuera de la cabina cuando echó una mirada alrededor.

—¿Dónde está Rafe? —inquirió.

Red, que debía el apodo al pelo que brillaba encima de su magro cuerpo como una llama encima de un mástil, levantó la vista hacia el cielo en dirección al avión de Rafe, que subía y subía en una pausada e intencionada espiral.

—¡Le dije que bajara, McCawley! —ladró el capitán a través de la radio.

La única contestación que le llegó fue una oleada de interferencias y unas palabras sospechosamente confusas

—... no le oigo. ¿Puede repetir?

Danny soltó un juramento, se lanzó de nuevo sobre su asiento y empezó a abrocharse otra vez el arnés.

—¡Bájese, Walker! ¡Es una orden! —le espetó el capitán.

—¿Y él? —replicó Danny, saltando afuera sin dejar de observar la espiral ascendente del avión de Rafe.

—Él ya no recibirá mis órdenes nunca más —dijo el capitán, casi para sí.

Danny estaba a punto de preguntarle qué demonios quería decir con aquello, cuando advirtió que Rafe enderezaba el avión y establecía una velocidad uniforme, como el jinete que se recoge sobre el caballo antes de un salto peligroso.

—Lo va a hacer... —afirmó.

—¿Hacer qué? —preguntó Billy.

—Eso.

Encima de ellos, el avión de Rafe era como una manchita, y por un instante dio la sensación de estar inmóvil en el aire.

—¿Y qué es eso? —insistió Billy, esta vez acompañado de Red y Anthony, que miraban a Danny con el ceño fruncido.

—El rizo exterior.

Durante años había sido el Santo Grial de la aviación; una proeza sólo intentada por los pilotos de pruebas y los acrobáticos, que solían acabar con sus restos esparcidos y calcinados por el combustible. No hacía mucho que se había conseguido ejecutar por primera vez... por el mismísimo coronel Jimmy Doolittle, en aquel momento al mando de esa base aérea. A partir de entonces, lo intentaron otros: unos, pocos, con éxito; los demás se mataron. En el rizo normal o «interior», el piloto tan sólo tiraba para atrás de la palanca de mando y dejaba que la proa subiera hasta que todo el avión caía; igual que un niño que se tira desde un malecón haciendo un salto mortal de espaldas. El impulso y la aerodinámica intrínseca del aparato provocaban que la maniobra pareciera algo natural y que casi se corrigiera sin ayuda externa. Se había estado ejecutando durante décadas y era algo habitual. Pero el rizo exterior era otra historia. Una vez que un piloto situaba el avión en su punto máximo de picado, e intentaba completar un círculo con la cabina hacia el exterior del rizo —en lugar de hacia el interior del mismo—,

ya no podía ver el rápido acercamiento de la tierra, y tenía que confiar la vida a su instinto y habilidades en un momento en el que todo actuaba en contra de él. Se trataba de la muerte o la gloria; no había término medio.

—¡Oh, no. Oh, no. Oh, no...! —repetía una y otra vez el capitán.

Anthony y Billy se le unieron en la salmodia al sentir que se les congelaban las entrañas; como si el hielo se les hubiera metido en los corazones.

Mientras, Rafe, en su cabina, con una lenta y profunda inspiración, encontró aquel lugar interior al que había aprendido a retirarse en los momentos de tensión y peligro y que estaba muy cerca de aquel otro al que acudía siempre que se sentía solo, despreciado por ser diferente o perseguido por sus errores escolares: el mismo sitio en el que se había encerrado cuando Calvin Pearson le había ridiculizado por su ejercicio. Aquel lugar tranquilo y seguro estaba cerca del dolor, la furia y la determinación; y también del aliento terrible de un dragón que arremetía como un soplete. Y cuando Rafe conseguía extraer la energía de estas emociones desde el centro de su alma, ni la pureza de sus instintos ni la claridad de sus metas resultaban contaminadas. «Hazlo», era la única palabra relacionada con la experiencia, y era subliminal, como si fuera el eco de un sueño más que un sonido en su mente. En cuanto tomaba la decisión de hacer algo —y había previsto lo que estaba a punto de realizar hacía mucho tiempo— su cuerpo empezaba a moverse sin necesidad de que su mente enviara ninguna orden verbal. Como ahora, cuando su mano izquierda se movió hacia el acelerador y, paulatinamente, lo llevó hacia delante, mientras la derecha cambiaba la palanca de mando hacia la proa: el horizonte ascendió ante él y la tierra empezó a venírsele encima.

Cayó en picado.

El P-40 tomó velocidad y aulló camino del suelo. Al precipitarse a todo gas, el avión estaba empezando a superar la velocidad máxima para la que se había diseñado, por lo que una serie de fuerzas físicas orquestadas empezaron a sacudir y hacer vibrar el aparato. El viento en contra podía frenarle, pero Rafe necesitaba cada ápice de la velocidad posible. Tiró del acelerador lo suficiente para aliviar el estremecimiento del fuselaje y se dejó caer cada vez a más velocidad.

Abajo, en tierra, Danny musitaba algo parecido a una oración.

—Puedes hacerlo, Rafe. Tú puedes.

El P-40, precipitándose contra el suelo a una velocidad de náusea, efectuó media voltereta de golpe, y pasó como una centella, boca abajo, sobre la pista. Rafe era víctima de una fuerza de gravedad inhumana, colgado del revés en su arnés, con el asfalto de la pista pasando como una bala a tres metros de su cabeza. Ninguno de los presentes había visto hasta entonces viajar un objeto a semejante velocidad; las balas serían más rápidas, pero no se podían ver. El P-40 se convirtió en un destello, emisor de aullidos mecánicos y eólicos.

Rafe inició el ascenso; con la cabina hacia el exterior del círculo, subió de nuevo hacia el cielo como una bala, propulsado por la enorme velocidad adquirida. Pero no tardó en reducirla: los aviones de hélice enseguida perdían la batalla con la gravedad cuando volaban en vertical. Danny y sus amigos miraban sin aliento cómo el avión alcanzaba el punto álgido de su arco y casi entraba en pérdida. Si la velocidad relativa de vuelo se reducía lo suficiente, entonces desaparecería toda la mística fuerza sustentadora del aire en movimiento, y el avión caería a tierra sin control como la caja de metal inánime que era en realidad.

Como lo que era en realidad... a no ser que estuviera en las manos de un piloto. Rafe puso el acelerador en posición horizontal y enfiló de nuevo la proa del avión hacia el suelo. Pero en esta ocasión disponía de muy poca altitud. Y éste era el verdadero problema con el rizo exterior. Los interiores, en los que los pilotos levantaban la proa del aparato y giraban éste hacia atrás de manera natural sobre la cola, no ofrecían ninguna dificultad y llevaban años haciéndose. El avión se diseñaba para subir en esa dirección y el piloto podía ver, en todo momento, dónde estaba. En cambio el exterior parecía algo contra natura: recordaba al Ícaro de la mitología griega, tan embriagado por la emoción de volar que se acercó demasiado al sol y se autodestruyó.

A Danny, Billy, Red, Anthony y al capitán de entrenamiento, así como al resto de pilotos del escuadrón que estaban en la pista, les pareció que Rafe no tenía suficiente altura para hacerlo. Su avión casi había llegado a la cumbre del arco, pues había aprovechado la velocidad de subida hasta el

límite para conseguir la mayor altura posible; pero, con todo, estaba demasiado abajo.

A decir verdad, también se lo parecía a Rafe. Aquel tranquilo lugar en su interior, el lugar en el que se hacía frente al peligro, ahora no estaba del todo en silencio; antes bien, vibraba con la absorbente sensación de una voz a punto de gritar. Un frío repentino le golpeó las entrañas.

Pero ya estaba cayendo. Empujó el acelerador hasta el límite.

No podía empujar sus otros controles y esperaba sobrevivir. Para lograrlo tenía que conseguir velocidad y escoger, con exactitud, el instante adecuado —si tal momento existía en las físicas de la sustentación del viento y de la densidad del aire de ese día concreto— para lograr que los controles del avión transformaran la velocidad en potencia de giro.

El avión descendía, todavía con su panza hacia el interior de la curva...

Y, con apenas treinta centímetros de margen, trazó un círculo completo. Dentro del invertido avión, la cabeza de Rafe corría a tan poca distancia del asfalto de la pista que parecía que, de abrir la cúpula, lo habría tocado.

Sus amigos —todos, excepto Danny y el capitán— rompieron en vítores.

En su cabina, Rafe se permitió sonreír.

Los corazones de los que estaban en la pista todavía saltaban en sus pechos cuando el P-40 de Rafe aterrizó y rodó hasta ellos. Los pilotos del escuadrón corrieron a su encuentro; el capitán permaneció en su sitio, sacudiendo la cabeza.

Danny fue el primero en llegar al avión y, cuando Rafe se detuvo y deslizó la cúpula, se subió al ala de un salto. Le agarró por el arnés y le sacudió con tanta fuerza que le golpeó contra el aparato.

—¡Podías haberte matado, idiota! —le grito Danny.

Entonces, se lanzó dentro de la cabina y le abrazó, mientras los demás pilotos, arremolinados alrededor, prorrumpían en felicitaciones.

—Ha sido la cosa más maravillosa que he visto en mi vida —le susurró a Rafe al oído.



A sus cuarenta y cinco años, el coronel Jimmy Doolittle se sentía con más fuerza que cuando tenía veinte aunque, por supuesto, no había manera de demostrarlo pues no podía ir hacia atrás y encarnarse en la versión más joven de sí mismo en una pelea de bar. A veces se imaginaba en una, y estaba bastante seguro de que con la versión actual —a pesar de los achaques, los dolores y la pérdida de agilidad, pero conservando la absoluta capacidad de recuperación física que conociera en su juventud— todavía podía salir victorioso sólo con la voluntad. Y la experiencia, claro está. Cuando era un joven y famoso piloto, rebosaba de aquella bravura insolente imprescindible para pilotar un caza. Pero las otras formas de valor —como la voluntad de perseverar en el exasperante mundo de la burocracia militar, o la resolución para ver más allá del final de las cosas y hacer que salieran bien y fueran útiles al ejercito que amaba, así como a los hombres a los que obedecía o mandaba— las había desarrollado más tarde.

Pero, de vez en cuando, aún cavilaba sobre aquel imaginario problema de lo duro que tendría que ser ahora para dominar a su yo más joven. Y la razón de que lo hiciera se debía a que entrenaba a pilotos jóvenes, y sabía que jamás podría hacer bien su trabajo si no creía —y los demás también— que todavía era mejor que ellos.

Sin embargo, hacerles creer esto nunca había supuesto un problema, pues todos los cadetes que había conocido le reverenciaban. Cuando estaban en su presencia, se cuadraban poniendo rígidas sus columnas vertebrales con un chasquido. En realidad, la mayoría de los que llamaba a su despacho, incluso los recomendados, temblaban.

A Doolittle le gustaba el respeto, y las columnas rígidas. No le gustaban los temblorosos.

Y Rafe McCawley no temblaba.

En posición de firmes, daba muestras de una enorme seguridad.

Doolittle, sentado en su mesa, le miraba.

—Hay quien piensa —dijo con lentitud, para que sonara amenazador— que el rizo exterior es una temeridad y un acto de irresponsabilidad.

—¿Cómo podría ser irresponsable, señor —empezó a decir McCawley con un acento de Tennessee ya bastante suavizado por la convivencia en el Ejército con hombres de distintas procedencias— si usted fue el primero en el mundo en hacerlo?

—Hijo, no se haga el listo conmigo.

—Jamás, señor. Sólo quería decir que es peligroso para los pilotos que buscan exhibirse, más que estimular al resto de su unidad. Y, después de todo, usted me ha servido de inspiración, señor, al inventar el movimiento; lo hice para darle las gracias. En su honor, señor. Como dicen los franceses, un *hommage*.

—Todo eso es una gilipollez, hijo. De verdad que es una solemne gilipollez.

—Gracias, señor.

—He echado a muchos hombres de mis equipos, McCawley, pero nunca me vi obligado a expulsar a un voluntario.

Doolittle se interrumpió y reflexionó sobre el asunto durante un rato. Por su parte, Rafe, allí de pie, se preguntaba si, al final, no habría llevado las cosas demasiado lejos, tal y como todos parecían haber coincidido en decirle a lo largo de su vida. Doolittle atisbó por la ventana antes de volver a mirarle y continuar.

—Pero jamás he visto a Norteamérica tan decidida a permanecer mano sobre mano mientras toda Europa está en guerra. Cuando el comandante de aviación Fenton me contó que los británicos estaban organizando el Escuadrón Águila para que los voluntarios norteamericanos tuvieran la oportunidad de ayudarles a luchar contra los alemanes, me vinieron dos cosas a la cabeza: que morirían muchos compatriotas... y que ojalá pudiera ir yo.

Doolittle se levantó, rodeó su mesa y estrechó la mano de Rafe.

—Admiro su valor, McCawley —le dijo—. Buena suerte allí.

En los barracones donde dormía el escuadrón de Rafe, sus colegas estaban arreglándose para una noche en la ciudad. Danny, frente a uno de los espejos que colgaban encima de los lavabos de las letrinas, derramó un poco de Old Spice en el hueco de su mano y se palmeó la cara y el cuello mientras admiraba los reflejos que dejaba.

No es que tuviera un concepto tan elevado de sí mismo. Se sentía orgulloso de lo que ya había hecho en su vida, y de lo que había dejado de hacer, pero no era de los hombres que perdían el tiempo adorándose.

Sin embargo, conocía el poder de los símbolos y lo que éstos significaban; y no había ninguno en su vida más importante que el uniforme que vestía, que representaba la igualdad y el mérito. Incluso en Estados Unidos, los hijos de los ricos aún podían utilizar el poder de su riqueza para procurarse un puesto cómodo en el Ejército, pero nadie podía comprar aquellas alas de piloto. Todos los que le rodeaban, al igual que él, se las habían ganado, y todos gozaban de su respeto, por mucho que carecieran de las virtudes que adornaban a otros. Habían satisfecho unos requisitos implacables y vivían entregados a una profesión que enviaba a la tumba no sólo los fallos, sino muchos de sus éxitos. Danny amaba la esencia de su compromiso con esta profesión. Y en cuanto a sus propias habilidades, no aceptaba la superioridad de nadie, ni siquiera la de Rafe. Para Danny, ahora y siempre a lo largo de su vida, cualquier situación de ventaja que otro pudiera disfrutar respecto de él era una cuestión de tiempo: subía, aprendía, mejoraba y nunca pararía. En realidad, ya se había convertido en un oficial y en un caballero.

A su derecha, Anthony y Billy se engominaban el pelo. Aquél, con su abundante cabellera italiana y los años de práctica en las noches estivales de Brooklyn, había conseguido el perfecto aspecto acharolado a ambos lados de una raya perfecta. Sin embargo, peinar el pelo de Billy, que era de Kansas (el estado, no la ciudad), incluso con la sustancia aceitosa, era como pretender rastrillar un maizal. Pero no se desanimaba. Al tipo más amable y cortés de la unidad —y de cara más infantil— parecía importarle todo el mundo, además de preocuparle lo que los demás pensaran de él; y puesto

que todos le querían, vivía en un estado de perpetua felicidad. Con su superioridad y actitud típicamente neoyorquinas, el tal Anthony lo aceptó no sólo como colega sino también como el mejor amigo, lo que generó en Billy unas ganas locas de vivir. Tras examinarse en el espejo desbordaba entusiasmo, y exclamó:

—¡Qué guapo eres, joputa! ¡No te mueras nunca!

—¿Ésta es tu frasecita para la noche? —le dijo Anthony atusándole el pelo con los nudillos, como si su trabajo de peluquería hubiera sido demasiado perfecto como para ayudarle de otra manera.

—¿Cuál? ¿Qué guapo eres, joputa? —preguntó Billy.

—No, gilipollas, morir. Quédate con tu enfermera a solas, mírala a los ojos y dile: «Nena, me están entrenando para la guerra y no sé qué pasará. Pero si muero mañana, sabré que esta noche la vivimos con plenitud». Jamás he oído que fallara.

Al otro lado de Danny, Red terminaba de cepillarse los dientes y escupió en el lavabo. Cuando se excitaba o se ponía nervioso tartamudeaba, incluso con los amigos. Aquella noche, su tartamudeo era especialmente pronunciado.

—Tampoco ha oído nu... nu... nunca que fu... fu... funcionara —dijo.

Entre risas y empujones se dirigieron a la puerta del barracón, hacia la noche que les esperaba al otro lado, el autobús de la base que les llevaría a Manhattan y las enfermeras que allí conocerían. Cuando trasponían el umbral de la puerta, llegó Rafe y corrieron hacia él.

—¡Estás aquí! —le dijo Danny—. Pensé que iba a perderme las enfermeras, y ya sabes el disgusto que se llevarían.

Rafe sonrió, pero algo ensombrecía su mirada. Danny pensó que Doolittle le habría impuesto algún duro correctivo disciplinario, e intentó arrojar un poco de luminoso optimismo sobre las perspectivas de su amigo, así que añadió:

—¡O sea, que Doolittle no te ha matado! ¡Vamos, chaval!

Pasó su brazo alrededor del hombro de Rafe y empezaron a caminar hacia los autobuses.

Pero Rafe palmeó la espalda de Danny con paternalismo, no de una forma que éste hubiera identificado con su propio padre, sino de la manera

que lo había hecho el padre de su amigo en alguna ocasión.

—Danny, tengo que decirte algo.

—¿Ah, sí?

Pero Rafe no quería hablar delante de los demás.

—Id delante —les dijo—. Ya os alcanzaremos.

En cuanto los demás se hubieron marchado al autobús, Danny y Rafe se dirigieron a un camino de tierra junto al aparcamiento, bajo la tenue luz de una farola. Hacía una de esas noches templadas de Nueva Jersey de finales del invierno; el suelo no estaba helado, pero sí duro y sin hierba. Barrido por el viento, las colillas y los envoltorios de los chicles iban de un lado a otro, como ocurría en todos los suelos de las bases del Ejército. Era un lugar solitario, idóneo para una conversación íntima y, por el gesto de Rafe, Danny ya sabía lo que estaba a punto de ocurrir.

En el autobús, los chicos estaban excitados. Su entrenamiento estaba casi terminado, y hacía semanas que circulaban rumores sobre sus próximos destinos. La mayoría había viajado poco a lo largo de sus cortas vidas; no había ninguno entre ellos que, siendo civil, hubiera salido de su casa antes de que el Ejército lo enviara a los diferentes centros de entrenamiento que jalonaban su trayecto para convertirse en piloto. Por lo tanto, cualquier futura alternativa les sonaba como si fuera una aventura... mientras hubiera mujeres. El estar enjaulados con otros colegas segregando testosterona sólo agudizaba su apetito por el sexo débil, y las tardes que habían pasado en la ciudad les habían enseñado que las chaquetas de cuero, los pañuelos de seda y las alas de piloto actuaban como potentes afrodisíacos. Las enfermeras no resultaban tan fáciles de impresionar como las civiles, pero precisamente éste era uno de los desafíos de la noche. Y los pilotos estaban ansiosos por enfrentarse a él.

—¡Vámonos! —gritó Anthony al conductor del autobús.

—Tenemos que esperar a Danny y Rafe —replicó Billy.

—¿Qué... qué... qué están haciendo? —preguntó Red.

Y los tres miraron hacía Rafe y Danny, que hablaban casi sumidos en la oscuridad. Parecían estar discutiendo sobre algo. Danny había dado un paso

atrás y se frotaba la barbilla con la mano, como dudando si gritar o pelear. Billy, Red y Anthony los habían visto discutir algunas veces, pero lo hacían como hermanos. Sin embargo, ahora parecía diferente, como si algo estuviera verdaderamente mal.

—¿Cómo has podido hacerlo? —decía Danny.

—El coronel me ayudó a arreglarlo.

—No me refiero a cómo resolviste el papeleo, sino a por qué coño no has contado conmigo.

—Lo siento, Danny, pero sólo aceptan a los mejores pilotos.

Rafe le obsequió con una sonrisa, pero que no era la mejor de su repertorio, la que afloraba a su cara e invitaba a disfrutar con él. Ésta era como la que antiguamente esbozaban los niños en el Sur, cuando se los llevaba a los fervorosos y exaltados oficios religiosos en tiendas de campaña.

—No bromees con esto, Rafe. Estás hablando de la guerra, y ya sabes lo que le hace a la gente. La gente muere. Y son las personas equivocadas, aquellos a los que no beneficia en nada. Leí en algún sitio que la guerra consiste en que el hijo de un granjero de Kansas intente matar al hijo de un obrero de Berlín sin que ninguno de ellos sepa por qué.

—De saber leer así, quizá también sería lo suficientemente listo para no presentarme voluntario.

—¡Maldita sea, Rafe!

Danny intentó reprimir sus emociones, que estaban a punto de desbordarse.

—¡No es una broma, ni tampoco un juego! Es la guerra, donde mueren los perdedores y no hay vencedor... Sólo tipos como mi padre, que regresan convertidos en auténticas ruinas.

—Conozco tus sentimientos, y considero que por ellos debes quedarte. Pero los míos son diferentes. Siento que es mi deber ir.

—¡No me sermonees con deberes! ¡Llevo el mismo uniforme que tú! Si los problemas me buscan, estoy preparado... Pero ¿por qué ir a buscarlos?

—Porque ellos me buscan.

«Maldita sea —pensó Danny—, para ser un tipo que cree que tiene dificultades para expresarse, Rafe siempre te golpea directamente en el corazón». Se quedó allí quieto, a punto de estallar, buscando algo que decir. Y Rafe volvió a golpearle de nuevo.

—Sé que tienes razón, Danny. La guerra no es divertida, ni un juego como cuando éramos niños. Ahora ya somos hombres y vivimos en un mundo donde alguien muy fuerte está golpeando a un débil. Y nunca en mi vida he sido capaz de quedarme quieto mirando lo que ocurre.

Danny se quedó más tranquilo, envuelto en el rotundo e incontestable silencio al que Rafe, antes o después, siempre le abocaba.

Desde la ventana del autobús oyeron los gritos de Billy.

—¡Las enfermeras esperan!

El conductor añadió intensidad al momento liberando el brusco resoplido de los frenos neumáticos.

Danny no se movió.

—¡Vamos! —le dijo Rafe.

—Otra vez será. No estoy para fiestas.

Rafe no encontró palabras para impedir que se fuera. Se quedó allí quieto, en medio del desnudo suelo bajo el farol, observándolo mientras se alejaba a grandes zancadas entre la oscuridad; y furioso y herido como sabía que estaba Danny, no dudó ni un instante que terminaría por superarlo. No había nada en el mundo que pudiera romper el lazo que los unía.

En el autobús, Red sujetaba al conductor por el cuello con un brazo, mientras con el otro tocaba el claxon. Rafe se volvió para mirar a Danny otra vez y deseó poder quedarse con él para beber una cerveza y charlar.

Pero Rafe tenía que ver a alguien más aquella noche.

Red hizo sonar de nuevo la bocina. Rafe se giró y echó a correr hasta el autobús, saltando dentro justo cuando se ponía en marcha.



Los trenes de 1941 tenían su encanto. Los asientos de éste eran de fieltro color chocolate, los compartimientos estaban revestidos de paneles de madera laqueada y las ventanas se hallaban orladas de pequeñas bombillas que arrojaban su resplandor sobre todo lo demás. Cuando estaban vacíos, en los vagones se mezclaban el aroma de la madera y el olor del aceite que subía de las ruedas de acero. Pero, en aquel momento, el tren estaba lleno de pasajeros que se dirigían a Manhattan desde el estado de Nueva York, y las diez enfermeras de la Marina, congregadas en la parte trasera del coche, rezumaban palabrería, risas y fragancias de perfumes florales que inundaban el interior y se expandían hacia la titilante campiña que atravesaban.

Evelyn Stewart, sentada en silencio bajo aquel resplandor, miraba el fugaz paisaje que corría ante su vista. Al igual que las demás, vestía el uniforme azul oscuro de su profesión, con su inconfundible sombrero de franjas blancas prendido con horquillas de su pelo castaño claro. Pertenecía a una rara clase de individuos, la de los líderes naturales que no buscan llamar la atención. Cuando la gente la conocía por primera vez y advertía su introversión, su aparente desinterés por el reconocimiento, enseguida llegaban a la conclusión de que su aire de autosuficiencia era una consecuencia natural de su belleza. Cualquiera con semejante elegancia física innata hubiera conseguido la más absoluta aprobación. Pero los pocos que en realidad la conocían se percataban de que Evelyn no era tan tranquila como aparentaba ni tan indiferente a la aprobación. Se dejaba llevar y atrapar por cualquier cosa que la obsesionara o apasionara, como podía ser el perfeccionismo en su trabajo. Y por supuesto que buscaba el reconocimiento, pero aquel por el que más luchaba no era otro que el propio. Su padre había sido un oficial del Ejército; su madre, hija de un

médico de Dakota del Sur, había soñado con estudiar medicina, pero en vez de ello había seguido la vida nómada de su marido. En algún lugar a lo largo de aquel trayecto, Evelyn había decidido que nada de lo que pensaran los demás moldearía jamás su vida ni su opinión sobre sí misma.

Las enfermeras que iban con ella eran sus compañeras de unidad en el hospital naval. Aunque dos tenían su mismo rango, incluso ellas reconocían las aptitudes de Evelyn y se sometían a sus designios, en especial durante las emergencias. Pero aquello era en el hospital. En aquel momento estaban en el tren para ir al encuentro de los pilotos, y no les importaba que Evelyn mirase a través de las ventanas mientras lo celebraban. Para ellas, la fiesta ya había empezado.

Todas eran bonitas y lanzadas —tal vez un poco demasiado—, llevaban los labios pintados de un rojo brillante, la cara empolvada y la moral alta. Fumaban, bebían Coca-Cola de la botella y comían cruasanes, sin miedo a engordar ni a envejecer. En aquel momento, la cháchara de sus amigas no era para Evelyn más que un ruido de fondo, de tan inmersa como andaba en sus pensamientos. No obstante, como toda enfermera —que podía centrarse en una tarea y estar al mismo tiempo pendiente de los ruidos de importancia, o de la ausencia de los mismos— otro nivel de su cerebro registraba los sonidos circundantes, y oía cómo Bárbara —la más veterana del grupo, una seductora morena de voz áspera— aleccionaba a dos de las más jóvenes sobre la tarde que se avecinaba con los pilotos.

—Escuchadme bien —les estaba diciendo—. Esto es lo que ocurre con los pilotos. Quiero decir que vale con todos los hombres, pero especialmente con los pilotos. Primero te miran cuando creen que tú no los estás mirando; los ojos se les salen de las órbitas y hacen muecas a sus colegas como si los muy idiotas pensaran que sólo los vemos si los miramos directamente. El hombre olvida por completo, si es que ya tiene experiencia, que la mujer puede ver con la nuca o incluso a través de una pared.

—Sobre todo si hay un hombre al otro lado —añadió con una risa tonta Sandra, una chica de ojos verdes, de Chicago.

Bárbara asintió con la cabeza y continuó. Las demás chicas se habían reído, pero se callaron enseguida ansiosas por oír la voz de la experiencia.

—Tenéis que pensar que son como los peces. El hombre tiene la misma capacidad intelectual que una perca, y si los miráis con atención veréis que boquean igual. Mueven los ojos con rapidez, escrutando el entorno, encuentran la carnaza... —Al llegar a este punto Bárbara tomó aire, echó los hombros hacia atrás y ladeó su cabeza con sensualidad, concitando los gritos y aplausos de su audiencia. Con aire de estrella de cine, dio una calada al cigarrillo y continuó—:...y se pasean por allí, emborrachándose con su propio deseo. Por supuesto, estoy hablando de los que te encuentras por primera vez. Los que ya conoces, se acercarán con ojos saltarines, como si no hubieran pensado en otra cosa más que en ti desde el primer día en que os conocisteis. Y, desde luego, es posible que no lo hayan hecho: sus pequeños cerebros de pez son muy diminutos.

La tejana Betty, una rubia diminuta y explosiva, de ojos azules, que parecía recién salida del instituto exclamó:

—¿Lo dices en serio?

Bárbara se limitó a mirarla, y todas se echaron a reír hasta que la propia Betty se contagió de sus risas.

—Pero, tarde o temprano —añadió Bárbara—, y hablo de esta noche, si alguna de vosotras se transforma en un cerebro de carpa y se pone a su altura, os atacarán con su rollo. Antes o después lo harán todos los soldados; y esta misma noche, cada uno de los pilotos. Os invitarán a cenar, os darán a beber vino, puede que incluso champán, y a la primera oportunidad que tengan, acercarán sus labios a vuestros oídos... —En ese momento Bárbara imitó con sus labios la boca de un pez, y su impaciente auditorio explotó en carcajadas—. Y entonces, os dirán: «Nena, nunca creí que pudiera estar tan bien con alguien. Eres especial, nena. ¡La número uno! Ojalá no se acabara nunca esta noche, pero los dos sabemos que eso no puede ocurrir. Me iré y... y quizá no regrese jamás...». Y acto seguido te mirará fijamente a los ojos y añadirá: «Así que tenemos que hacer que esta noche dure eternamente en nuestros corazones, nena. Tenemos que convertirla en una noche inolvidable...».

Bárbara se detuvo y dio otra calada a su cigarrillo. El tren avanzaba con un ruido sordo sobre la vía. Durante un instante, todas las enfermeras guardaron silencio. Entonces, intervino Sandra:

—Te voy a decir algo. Si uno de esos gallitos intenta soltarme un rollo como ése... —Betty la miraba con ojos de cervatilla. Incluso Evelyn, percibiendo el silencio, retiró la vista de la ventana y la fijó en ella—... le daré todo lo que quiera.

Las enfermeras rieron a carcajadas como brujas en aquelarre.

Evelyn también reía, pero cuando la conversación derivó hacia las especulaciones acerca de sus siguientes destinos, volvió a mirar a través de la ventana.

—¡No puedo esperar a ver el mundo! —sentenció Betty, arrastrando las palabras con aire soñador—. ¿Dónde pensáis que nos enviarán?

—Espero que a cualquier sitio cálido —contestó Sandra.

—A ti y a mí juntas —intervino Bárbara—. Me gustaría algún lugar del Pacífico, donde sólo haga falta un bonito vestido de fiesta y un traje de baño.

—No quiero un buen vestido de fiesta —replicó rauda Betty—. Lo que quiero es un hombre bueno.

—Entonces será mejor que hables con Evelyn —contestó Bárbara—. Tiene al mejor hombre del Ejército.

Evelyn no quería intervenir, pero sintió todos los ojos de sus amigas fijados en ella.

—Vamos, Evelyn —zumbó Bárbara—. Dinos cómo encontrar uno igual que Rafe.

Sin retirar la mirada de la ventana, Evelyn dejó que sus pensamientos volvieran a dos meses atrás, al centro médico militar de la ciudad de Nueva York.

Debido a los recortes sufridos por las Fuerzas Armadas de Estados Unidos durante los años de la Depresión, en la década de los 30, y a las restricciones derivadas de los esfuerzos de Washington por suministrar a Gran Bretaña y Rusia recursos defensivos en su lucha por sobrevivir contra los nazis, todos los cuerpos del Ejército tuvieron que arreglárselas lo mejor que pudieron. Dada la escasez de médicos y de medios, se tuvieron que compartir algunas de las instalaciones destinadas a reconocimientos. Ésta

era la razón por la que Evelyn y su grupo de enfermeras de la Marina se habían encontrado en medio de un escenario de caos controlado, rodeadas de una manada de jóvenes pilotos, tanto del Ejército como de la Marina, que en paños menores y con los impresos en la mano, esperaban para pasar la dura prueba de las vacunas y la observación médica.

El ciclo interminable de vacunaciones de refuerzo y de ratificaciones de las altas exigencias de aptitud física de los aviadores obligaba a las enfermeras a una rutina extenuante que, sin duda, no resultaba menos agotadora para los pilotos. Evelyn había decidido estimular el proceso haciendo que las integrantes de su equipo rotaran de puesto. Fiel a su sentido de la responsabilidad siendo la primera en aceptar los peores trabajos, se había asignado la prueba de agudeza visual que, de todos los chequeos, era el más aburrido. Tras dos años de servicio activo, nunca había conocido ni oído que ningún piloto —todos hombres sanos de veintipocos años— hubiera superado la docena de pruebas oculares requeridas para entrar en la academia de vuelo, y que exigían pasar bruscamente de la visión de cerca a la de lejos. Pero las normas eran las normas, así que Evelyn cumplía con su trabajo, para el que tan sólo encontraba algún alivio escuchando las conversaciones procedentes de la mesa de vacunación de Betty, que estaba al lado de su escritorio.

—Vamos, encanto, ¿de verdad que tienes que hacer esto?

El que hablaba era un tipo de pelo negro lacio y brillante. Se llamaba Anthony, como más tarde averiguaría Evelyn. Sin embargo, y pese a no conocerlo, enseguida se dio cuenta de que se trataba de un piloto. Todos rezumaban idéntico aire de independencia chulesca.

—No —le oyó decir Evelyn a Betty—, si prefieres, lo hace ella.

Betty señaló con la cabeza hacia la mesa siguiente, donde una enorme enfermera de formidables antebrazos pinchaba el pálido trasero de un soldado. Y antes de que el piloto pudiera responder, Betty le puso una inyección.

—¡Huy! ¿Qué, has embotado esa aguja pinchando todos los culos del Ejército?

—Somos enfermeras de la Marina —sonrió Betty como un ángel—. Siguiendo puesto, por favor.

—Yo sólo digo que ya me han pinchado mil veces. ¿Es necesario?

—El gobierno dice «Pínchenlos»... y nosotros los pinchamos  
¡SIGUIENTE!

Evelyn consiguió contener la sonrisa. Admiraba las agallas de Betty, aunque le preocupaba su coquetería. Todos los hombres se le echarían encima, aunque tal perspectiva no parecía preocupar a Betty. Evelyn se imaginaba que nadie le había roto todavía el corazón. Las demás enfermeras tenían la suficiente experiencia para saber que los hombres podían ser maravillosos, pero que ninguno lo era siempre.

De repente estalló una discusión en la sala, y su apremio se abrió camino por entre el ruido de las jeringas al chocar contra las bandejas de metal y el parloteo de los hombres que las rodeaban. Un piloto suplicaba algo a un doctor, y parecía que estuviera implorando por su vida.

—¡Escuche, doc, he superado media docena de exámenes médicos! Si escribe eso, me quita las alas —estaba diciendo el joven.

Las palabras llegaron a los oídos de todos los pilotos que se encontraban en la sala. Intentaron no oírlas, pero no consiguieron seguir hablando como si tal cosa; hicieron lo posible por mirar afuera y ocupar sus mentes con otros pensamientos. En ese momento Evelyn se fijó por primera vez en dos pilotos que esperaban de pie, hacia la mitad de su hilera. Uno era alto, tan delgado y fuerte que sus músculos parecían hechos de cuerdas; el otro no era tan largo de extremidades, aunque se encontraba en idéntica buena forma física. Evelyn no podía ayudarlos, aunque se dio cuenta de que el más alto estaba preocupado por algo, mientras su amigo le susurraba con rapidez y meneaba la cabeza para infundirle tranquilidad. Aquél estaba mirando el cartel para medir la agudeza visual colgado a seis metros detrás de ella, sin entrecerrar los ojos, como un hombre preocupado por la potencia visual cercana. Sus ojos estaban abiertos y se movían con rapidez, como si intentara memorizar el cartel pero no pudiera permanecer mentalmente concentrado en él durante el tiempo suficiente para hacerlo. Y la conversación que continuaba a su lado no hacía más que empeorar las cosas, como el parloteo de los otros pilotos de la sala.

—¡Doc, por favor... espere un minuto! No tengo ningún soplo, ¡aquí hay un error!

El doctor seguía escribiendo sin levantar la mirada.

—Si se arregla —afirmó—, le volveremos a examinar.

Lo dijo consciente de que jamás ocurriría tal cosa. Eran tantos los que querían ser pilotos, y había tan pocos instructores y aviones para entrenarlos, que los rechazados terminaban como oficiales de personal o controladores del tráfico aéreo. El médico agarró un sello de caucho y estampó DENEGACIÓN MÉDICA sobre el formulario del desconsolado aviador. Evelyn observó que el piloto alto de la cola pegaba un bote, como si hubiera oído un disparo.

Durante todo el trayecto hasta llegar delante de la raya los dos aviadores siguieron susurrando. Cuando el que estaba delante de ellos terminó de recitar las líneas que ella le había indicado que leyera, y Evelyn estampó APROBADO en sus papeles, el piloto alto dio un salto hacia delante, deslizó su papel sobre el mostrador ante su cara inclinada y, con excesiva rapidez, soltó de corrido:

—J, L, M, K, P O... Una vista de águila, señora.

Evelyn mantuvo los ojos sobre la ficha y vio que se llamaba Rafe McCawley. Sin levantar la vista le dijo:

—Más despacio, soldado. Y en lugar de la línea inferior, lea la primera de todas.

Él se quedó petrificado.

—Pero... esto... son tan grandes, ¿cómo voy a...?

—Por favor, lea la primera línea —insistió ella.

El segundo piloto, detrás, pegado a su amigo, tosió de forma llamativa; pero Evelyn no miró hacia arriba, y permaneció tan callada que sin duda tenía que saber que estaba escuchando, y que oiría cualquier intento de ayuda que hiciera.

—Esto... —empezó el alto— R... J, C... no, no, J, C, Q, W. Quiero decir W, Q.

Esto intrigó a Evelyn, que se sabía el cartel hacia atrás y hacia delante. La mala visión provoca la confusión entre letras parecidas; por ejemplo, convierte una «Q» en una «O» o una «R» en una «P». El tipo aquel estaba reordenando las letras... de la línea más grande y legible del cartel.



Evelyn abrió la ficha del piloto y comprobó los resúmenes de sus pruebas. Tanto en razonamiento espacial como en el matemático había alcanzado una puntuación de 99, cosa extraordinaria; en el de uso del lenguaje, 68. Pasó las hojas con rapidez para dirigirse al final del expediente donde se encontraba la solicitud inicial de entrada en las Fuerzas Aéreas, la única sección manuscrita de todo su expediente de servicio. Allí observó la misma alteración de las letras, así como el deletreo erróneo de ciertas palabras, que daban a sus oraciones una apariencia confusa y casi infantil. Pero, por el contrario, lo que decía era claro, potente, y sincero. Al final del todo, había escrito: «Adoro volar. En el cielo, hulo le laliento de Dios». Pensar algo tan sencillo y hermoso y, sin embargo, escribirlo mal... Se dio cuenta de que no era ignorancia sino dislexia, una alteración en virtud de la cual la mente mezcla las letras. Había leído algo al respecto. La ciencia no conocía la causa; parecía que tenía algo que ver con la particular estructura del cerebro, y gran parte de la gente que manifestaba la disfunción era inteligente, incluso brillante. La dislexia era poco conocida, generalmente malinterpretada y difícil de pronosticar porque era variable e incoherente: el disléxico podía leer una palabra de manera correcta una vez y un instante después ver la misma palabra alterada. Sin embargo, las normas del Ejército no eran variables ni incoherentes: cualquier individuo identificado como disléxico sería descalificado como piloto.

—La línea de abajo de nuevo, por favor —le indicó Evelyn—. Pero léala de derecha a izquierda... y todas las demás letras.

Rafe McCawley volvió a pasar apuros para hacer lo que le pedía.

—Esto... E... X... —leyó.

Detrás de él, su amigo volvió a toser, se cubrió la boca con la mano, y susurró algo. Entonces, con más confianza, Rafe añadió:

—X, E, J, U...

Evelyn levantó de repente la cabeza y miró fijamente a Rafe. Los ojos del piloto se metieron en los de ella y su corazón los siguió. La enfermera sintió algo que no intentaría entender hasta mucho más tarde, al preguntarse cómo, si los ojos de él no podían penetrar en las arideces de la vida (como las secuencias de letras), estaban tan ocupados derramando cantidades ingentes de corazón fuera de ellos. Pero, en ese instante, su mente luchó

contra tales pensamientos; se limitó a mirar al joven medio desnudo que tenía allí delante, con tanto sentimiento en sus ojos.

Desvió su mirada hacia el que estaba detrás de él, y el corazón también se le rompió por su culpa. Estaba petrificado, avergonzado, sabedor de que había sido sorprendido; y, sin embargo, era claro por la manera en que la miraba —una representante del suficiente rango militar como para degradarle por una falta contra el honor— que no le preocupaba lo que pudiera pasarle, sino que su inquietud estaba relacionada con los sentimientos y el futuro de su amigo. De alguna manera, hacía tiempo que aquel hombre había aprendido a desafiar cualquier amenaza que se cerniera sobre su propio destino.

Ella volvió la vista a Rafe, hacia su frente algo pronunciada, y la deslizó por sus mejillas antes de volver a mirar el formulario.

Una voz interior le dijo que no hiciera lo que quería hacer, que no era otra cosa que aprobarle. Su obligación era seguir las normas; el manual descansaba allí mismo, en el escritorio, como un recordatorio. El problema era que el Ejército de Estados Unidos no hacía distinciones sobre las causas por las que los aspirantes no superaban la prueba del cartel visual; pero si de lo que se trataba era de garantizar que tuvieran una visión aguda, aquel hombre había pasado la prueba. En cuanto a su lectura, del expediente se deducía con claridad que había sido admitido por la academia de pilotos. Lo ponía allí mismo, delante de ella: APTITUDES DE VUELO, CATEGORÍA: 1.<sup>a</sup>.

Era impresionante. Pero su voz interior no cejaba, su voz interior le decía que su deber no sólo consistía en obedecer a los militares sino también proteger a aquellos hombres que realizaban un trabajo tan peligroso. Si sus aptitudes físicas los colocaban en situaciones críticas, podían morir; entonces, ¿de quién sería la culpa si ella le aprobaba sabiendo que tenía un problema?

Alargó la mano hacia el sello de denegación que estaba encima del mostrador.

Él se la agarró. Miró, inquieto, al supervisor médico sentado dos mostradores más allá, y con suavidad, pero de forma apremiante, le dijo:

—Sé leer, sólo que a veces tengo problemas al hacerlo; mezclo las letras y soy lento leyendo manuales. Pero uno no vuela con manuales, ni combate

en el aire con indicadores. Yo siento la velocidad y la posición, y soy el mejor piloto de esta sala. El manual dice que un tipo que lee con lentitud no puede ser un buen piloto; el expediente dice lo contrario. ¿A cuál va a creer?

Permaneció inmóvil delante de ella; la miró profundamente a los ojos, suplicándole desde lo más hondo de su alma. Entonces, como si rezara, le susurró:

—Por favor, no me quite las alas.

Ella le devolvió la mirada y seguidamente alargó la mano hacia donde estaban los sellos de: APROBADO y RECHAZADO. Su mano se acercó como si tuviera voluntad propia, dudó, agarró uno... y estampó APROBADO sobre el formulario.

Tras pasar el último cartel visual que tendría que leer antes de que su escuadrón recibiera su primer destino, el teniente Rafe McCawley se fue donde las quisquillosas pruebas médicas eran menos frecuentes y más informales. Cuando empezaron los tiros, los médicos dejaron de preocuparse tanto de comprobar la salud y empezaron a ocuparse más de remendar las heridas.

Evelyn no vio irse a Rafe. Intentó alejar de su mente todos los pensamientos sobre heridas de guerra y alargó la mano para coger el siguiente expediente, el del teniente Daniel Walker.

—Muy bien, teniente —dijo mientras miraba su ficha, en la que ponía: APTITUDES DE VUELO, CATEGORÍA: 2.<sup>a</sup>.

Levantó la vista para mirar a Danny Walker. Era demasiado guapo: pelo lacio y brillante, ojos verdes... que mostraban agradecimiento por lo que ella acababa de hacer. Pero algo en su mirada le hizo sentir incómoda; parecía verla como alguien mejor de lo que ella se consideraba.

Hojeó su expediente por encima, viendo que en razonamiento matemático y espacial había conseguido dos 80; en cambio, su puntuación en lenguaje era de 99. Entonces comprendió por qué Danny y Rafe iban tan juntos. No albergaba ninguna duda acerca de que Rafe había superado todas las pruebas visuales anteriores gracias a que tenía a Danny a sus espaldas, que le habría apuntado siempre que se hubiera encontrado en dificultades.

—Bien, teniente Daniel Walker ¿qué pasa con usted? —le espetó Evelyn.

—¿Conmigo? —le contestó él dedicándole su mejor sonrisa de seductor.

—Oiga Romeo, límitese a leer el cartel.

Aquella noche, al abandonar el ala este del centro médico del Ejército acompañada de sus amigas, divisó a dos hombres que esperaban al otro lado de la calle; sus siluetas se perfilaban contra la luz de una farola. Eran aviadores del Ejército, enfundados en sus cazadoras de cuero y con sus gorras picudas. Evelyn supo enseguida que se trataba de Rafe y Danny. Se detuvo un momento, suficiente para que Rafe avanzara sorteando el tráfico de Nueva York, mientras Danny se quedaba bajo la farola como un soldado que montara guardia durante el resto de su vida.

—Ya os alcanzaré —le dijo Evelyn a Betty, que, tan pronto como se percató de la llegada de Rafe, esbozó una sonrisa y se alejó.

Evelyn lo vio llegar y detenerse. Dentro de aquellos entallados pantalones del Ejército y de la cazadora de cuero, ceñida en la cintura y ancha en los hombros, Rafe casi le hizo soltar una exclamación. «¿Por qué el Ejército hace a estos pilotos tan condenadamente atractivos?», pensó.

—Sólo quería darte las gracias —le dijo él—. Por salvar mi carrera.

—Yo no he salvado tu carrera —le contestó Evelyn.

—¿No lo has hecho? —replicó Rafe—. Pues me había parecido que sí.

—Hice mi trabajo; tú, el entrenamiento. Superaste todas las demás pruebas, y pensé que merecías pasar ésta.

—Merecer es una cosa —añadió él, y Evelyn vio por primera vez la sonrisa de Rafe brillando en su cara como un relámpago en un cielo estival—. Y otra cosa son las normas.

No encontró una respuesta para aquello, así que se lo quedó mirando sin más. Y él a ella, de una manera diferente a como la miraban la mayoría de los hombres. Evelyn sabía que aquel piloto la encontraba atractiva: ¿qué mujer bonita no sabe esto? Pero la mayoría de los hombres la miraban con deseo, queriendo poseerla, de la misma manera que miran un nuevo Pontiac

o una chuleta que ansían devorar. Rafe la observaba como quien está viendo algo mágico y maravilloso en su interior; algo que reconocía porque también habitaba dentro de él.

—Me estaba preguntando —añadió él—, por qué lo hiciste. No sería por mi atractivo, ¿verdad?

—¿Qué atractivo?

Se echaron a reír. Al otro lado de la calle, Danny se pasó una mano por la boca, como un hermano mayor que oye las risas y confía en que signifiquen que el encuentro ha ido bien.

—Muy bien —insistió Rafe—. Pero sigo queriendo saber por qué lo hiciste.

—Mi padre era aviador —replicó ella—. Así que sé lo que significa para un piloto que alguien le quite las alas.

Rafe asintió con la cabeza y dejó de sonreír, aunque aquella mirada penetrante persistía en sus ojos, en cuyos iris se reflejaban los destellos rojo y azul de la ventana del bar que estaba detrás de él.

—Mi padre también era piloto. —Dudó un instante—. Mira, yo... No quiero abusar, pero me gustaría agradecértelo. ¿Me dejarías invitarte alguna vez a un café? Sólo tienes que decirme cómo localizarte.

En el tren, Evelyn dejó de mirar por la ventana y se volvió hacia sus amigas enfermeras. Entonces se dio cuenta de que Betty le estaba hablando.

—¿Evelyn? ¡Eh! E-ve-lyn.

Esto le hizo volver al presente.

—Venga, dinos cómo podemos encontrar al hombre de nuestros sueños —le preguntó Sandra.

—Ignorad la apariencia, simplemente —indicó Evelyn—, por buena que parezca. Y prestad mucha atención a su solicitud.

***OceanofPDF.com***

Rafe estaba en el andén con los demás pilotos esperando el tren. Había comprado flores en un puesto ambulante fuera de la estación, y los otros aviadores le miraban aparentemente asombrados sin saber si ya tenía una amante entre las chicas del tren o si había ideado una estrategia mejor para conseguirla. Mientras esperaban, dos de los chicos salieron como unas flechas para localizar al vendedor de flores y volvieron a toda prisa al andén con sus ramos recién comprados; cuando llegaron las enfermeras, nadie quería estar el último en la línea de salida.

Durante un instante se hizo el silencio en el andén, como si supiera que estaba llegando el tren. Los mozos, guardagujas y otros empleados del ferrocarril aparecieron sobre el largo dedo de cemento que señalaba hacia los veinte carriles de vía curvadas, por uno de los cuales apareció una locomotora escupiendo. Frenó con un estremecimiento, y las nubes de vapor volaron sobre la plataforma. Para Rafe, el momento parecía sacado de un sueño.

«Evelyn es mi mundo». Éstas fueron las palabras que acudieron a su mente al sentir la poesía del entorno e intentar dotarlo de sentido. No era un poeta como Danny, no podía dar con la manera de describir algo si alguien no lo había hecho antes. Pero necesitaba encontrar la clave de su decisión de irse y entenderla por sí mismo; y así quizá pudiera explicárselo todo a aquella mujer que, para él, significaba más que ninguna otra hasta entonces.

Cuando se abrieron las puertas del tren y los mozos colocaron los escalones en su sitio, escondió las flores a su espalda. El vagón del tren pareció contener su respiración, hasta que de repente empezó a exhalar enfermeras.

Evelyn fue la octava en bajar. Sus ojos no tardaron en encontrar a Rafe, pues la cabeza de éste sobresalía entre la multitud. Sus sonrisas se

alimentaron mutuamente, relucientes ambas cuando los dos vieron la alegría reflejada en la cara del otro.

La rubia aniñada que estaba al lado de Evelyn tenía que ser Betty. Rafe no la había visto nunca; todas sus citas con Evelyn desde el encuentro en el centro médico habían sido privadas. Desde una primera entrevista de cuatro horas en una cafetería, que se convirtió en un intercambio de biografías y risas, hasta una excursión de un día para comer en el campo o un paseo dominical por las colinas del norte del estado en un coche que le había prestado a Rafe el tío rico de uno de los muchachos del escuadrón. Habían querido ver las hojas del otoño y pasearon de la mano por un camino forestal levantando al caminar cascadas de rojo, amarillo y oro. Fue la primera vez que se besaron.

Evelyn le había hablado de Betty y de otras enfermeras, y Rafe de Danny, por supuesto, aunque había tenido la impresión de que no necesitaba contarle la vida de su amigo: ella parecía saber ya lo que era importante para él.

Después de haberlas esperado con tanta ansiedad, los demás pilotos simulaban no haberse dado cuenta apenas de la llegada de las enfermeras, y se iban acercando con fingida indiferencia a las jóvenes que ya conocían; o bien escogían una y caminaban entre una multitud de amigas para iniciar una conversación. Por su parte, las enfermeras sin compromiso fingían que habían proyectado una tarde con la sola compañía de sus colegas y que la idea de alterar aquellos planes para incluir acompañamiento masculino suponía un concepto totalmente novedoso.

Rafe no fingía. Se abrió camino a través de la multitud, abrazó a Evelyn y la besó en la mejilla. Después la soltó y le sonrió.

—Hola, teniente —la saludó—. Me alegro de verte.

—Y yo a ti, teniente —contestó Evelyn.

Betty, a su lado, se aclaró la garganta para llamar la atención.

—Rafe, ésta es Betty.

—Hola, Betty.

Sacó una rosa del ramo y se lo dio a Betty. La solitaria flor se la entregó a Evelyn.

Ésta se ruborizó vivamente. Miró a Betty.

—Díselo —la animó.

—Gracias —dijo Betty con voz de tonta.

—Las habría traído Danny —explicó Rafe—, pero esta noche no ha podido hacerlo.

—¿No viene? —inquirió Evelyn. Rafe cogió a las chicas por el codo y las acompañó a lo largo del andén.

—No, ha recibido algunas noticias... —contestó sin mirarla—. Esta noche no se encontraba con ánimos, pero se recuperará. Encontraremos un sustituto para Betty.

—Evelyn y yo te compartiremos, ¿de acuerdo? —intervino Betty.

—Tranquila, Betty —contestó Evelyn, que apretó el brazo de Rafe cuando salieron de la estación y se adentraron en las calles de Manhattan.

A Rafe le encantaba la música. Había escuchado muchísima en el Tennessee rural, la mayoría cantada en la iglesia por familias de granjeros de voces atipladas que, con el acompañamiento de un piano desafinado tocado por una viuda artrítica, forzaban para alcanzar las notas altas. Incluso entonces había sentido la pasión y la nostalgia de las canciones. También alguna cálida tarde de verano, desde algún espeso pinar, había escuchado el *soul* de los nietos de los esclavos cuando cantaban, durante todo un día, la pérdida de un ser querido. No había nada como la música que salía del corazón.

Rafe no estaba seguro sobre el *swing*. Desbordaba vida y entusiasmo, incluso resultaba excitante; era bastante más complejo que un himno, pero sonaba espontáneo. Ésta era la parte que le gustaba; pero también era demasiado moderno, y eso le desagradaba. Los llamativos pasos de baile, el meneo de dedos en el aire... Y como en su interior anidaba la natural repulsión tenesiana por todo aquello que sonara a fingido, le parecía afectado.

Pero los fornidos negros que tocaban el saxofón en aquel club de *jazz* —para una muchedumbre de pilotos, enfermeras y otros oficiales— parecían amar la música que interpretaban por encima de todo y no ansiar otra cosa que el momento presente.



En una esquina de la sala llena de humo, Rafe, Evelyn y su grupo de amigos se congregaban alrededor de una mesa redonda. Las mujeres bebían Coca-Cola; los hombres ya habían empezado con la cerveza. Anthony se había emparejado con Sandra, y Billy con Bárbara. Betty, sentada a la derecha de Rafe, se había encontrado a Red en su otro flanco.

—Tengo entendido que pueden mandarnos a todos a Hawai —estaba diciendo Sandra.

Anthony arrancó ruidosamente la botella de la boca a mitad de un trago.

—¡Estupendo! —dijo—. Así podré ayudarte a escoger un traje de baño. —Bajó sus brillantes cejas y añadió—: Verás cómo te mejora el bronceado.

—Preferiría prosperar en mi carrera —contestó Sandra.

—Ahí no puedo ayudarte. Pero puedo mejorar tu vida amorosa.

Los pilotos se echaron a reír; Billy aplaudió.

—Mira pilotito, tú ni siquiera puedes despegar del suelo.

Las enfermeras se rieron aún más escandalosamente que los pilotos mientras tiraban servilletas a Anthony.

Red aprovechó la ocasión para inclinarse hacia Betty.

—Ho... hola —tartamudeó—, soy Re... Red. Red Strange.

—¿Te apellidas Strange? —preguntó Betty entre parpadeos.

—N... No —replicó Red—, mi apellido es Winkle. Pero ¿conoces al jugador de fútbol Red Gra... Grange? Bueno, pues los chicos me pusieron Red, porque, tengo el pelo rojo... y pensaron que era algo raro, así que, ya ves, de Red Gra... Grange, Red Stra... Strange<sup>[1]</sup>.

Betty, que nunca había oído hablar de Red Grange, *el Fantasma galopante*, volvió a pestañear:

—No lo pillo —dijo—. ¿Es que Red Grange era raro?

—¿Co... como podría saberlo? —contestó Red moviendo nerviosamente los hombros, como hacía con la lengua cuando tartamudeaba.

Procurando no perder el contacto visual con Betty, buscó su cerveza a tientas. Billy acababa de echar salsa de tomate en un plato de patatas fritas y había dejado la botella abierta encima de la mesa; Red la agarró en lugar de su cerveza e intentó pegar un trago. Rafe, Evelyn y Betty fueron testigos de

su confusión, pero guardaron silencio cuando Red devolvió la botella a la mesa como si no hubiera pasado nada.

—¿Siempre tartamudeas? —le preguntó Betty cuando Red aún tenía en la mano la botella de salsa de tomate.

—Sólo cuando estoy ne... ne... ne...

—¿Nervioso? —le ayudó.

—Eso. Pero si tengo que decir algo deprisa, siem... siempre pu... puedo ca... ca... ca... —Y entonces, con una nítida voz de barítono, cantó—: ¡CANTAAAAAAR!

Betty le quitó de los dedos la botella de salsa de tomate, y cubrió la mano de Red con la suya.

—No te pongas nervioso —le dijo.

Red la miró con ojos amorosos.

Las manos de Rafe y Evelyn también se encontraron bajo la mesa. Al cabo de un instante, Evelyn dijo con calma:

—Nos van a embarcar rumbo a Pearl Harbor.

—Lo más lejos posible del tiroteo. Eso está bien.

—Bueno —añadió ella, en su deseo de que todo el mundo fuera feliz aquella noche—, al menos, Norteamérica no está en guerra.

Rafe no dijo nada. A veces contestaba con el silencio, un silencio que siempre era ruidoso. En aquellos momentos ella podía sentir sus pensamientos, aunque no siempre pudiera leer su mente.

—Los rumores dicen que la Marina está preocupada por Japón, —prosiguió Evelyn—, así que están moviendo todo lo que pueden desde la Costa Oeste hasta Hawai. Puede que el Ejército también os destaque allí, muchachos... ¿O esto es lo que me gustaría?

Rafe miró un instante hacia los que bailaban en la pista pero sin prestarles atención; sus ojos volvieron a Evelyn. Ella se dio cuenta de que estaba a punto de decir algo, pero entonces la atención de Rafe se centró en lo que en ese momento Billy le estaba diciendo a Bárbara con voz tan sombría como desacostumbrada.

—Sólo quiero que sepas —peroraba Billy— que eres una mujer muy, pero que muy especial. Y... que me están entrenando para ser un guerrero, para ir a la guerra allí donde me necesita mi país...

Anthony, sentado enfrente de él, también le escuchaba, mientras que, con los ojos muy abiertos, le dedicaba una intensa mirada que decía: «No exageres».

—Pero la cuestión... —continuó explicándole a Bárbara, que le escuchaba inmóvil y sin pestañear—, la cuestión es que nadie conoce el futuro después de esta noche. Por tanto tenemos que hacer de esta noche... algo especial. Tan especial como tú.

A Anthony le gustó la última frase, a juzgar por la manera en que frunció la boca, como un siciliano dando su aprobación a la dulzura de un melón.

Bárbara levantó una elegante mano y se dio golpecitos en la barbilla con unas largas uñas rojas. Rafe observó que las demás enfermeras sentadas a la mesa también estaban atentas. Al final, Bárbara movió la cabeza y contestó:

—Creo que ha sido la vez que mejor me han dicho esta frase.

Billy palideció durante un instante y por la manera en que Anthony empezó a mover la boca se diría que el dulce melón se había agriado. Pero Bárbara no había terminado.

—Espero que puedas volver cuando todo termine, pilotito... porque no vas a olvidar esta noche.

Y, dicho esto, le besó en la boca apasionadamente, mientras la columna vertebral de Billy se ponía rígida.

Evelyn tiró de Rafe para levantarlo y alejarlo de la mesa de modo que pudieran hablar en privado, resguardados por el remolino circundante de los asistentes a la fiesta.

—¿Algo va mal? —le preguntó Rafe al oído en medio de la barahúnda.

—No —le contestó ella de la misma manera—. Simplemente que no me apetecía pasar esta noche entre una multitud; sólo quería estar contigo.

En ese momento, a tono con la magia que parecían tener todos los momentos que pasaba con Rafe, la orquesta empezó a tocar una pieza lenta. Rafe la tomó de la mano y se dirigieron a la pista con las demás parejas. Evelyn apoyó la cabeza en su pecho, y él la abrazó. Pero ella todavía podía sentir su silencio, la existencia de algo no dicho. Le miró a la cara.

Él dejó de bailar.

—Salgamos —dijo Rafe.

En la galería acristalada de la zona de restaurante ya había varias parejas; ninguna prestaba la más mínima atención a la vista del exterior. Rafe llevó a Evelyn hasta una esquina apartada. Los altos e iluminados edificios de Manhattan brillaban a la izquierda, y el puerto de Nueva York se extendía delante de ellos, reluciente y negro.

Se quedaron allí de pie, juntos. Él quería besarla —Evelyn podía sentirlo— pero todavía no dijo nada.

Ella lo miró. Ninguno de los dos veía otra cosa que no fuera al otro. Rafe se inclinó hacia ella, y Evelyn cerró los ojos y esperó el beso.

Pero no llegó. Cuando los volvió a abrir de nuevo, él miraba hacia abajo y mantenía apretada su mano con fuerza.

—Sea lo que fuere lo que estás intentando decirme —dijo Evelyn— no debe de ser bueno del todo... o no resultaría tan difícil de decir.

—Me marchó.

—Todos nos iremos.

Evelyn le rozó los labios con los suyos, con la suavidad de un soplo; pero el contacto de ambas bocas con sus objetos de deseo los unió con fuerza, creando un pequeño reducto cálido en medio de la fría noche.

Sin embargo, una vez más, Rafe se obligó a parar.

—Sí, pero... yo me voy a la guerra. Volaré en el Escuadrón Águila, una unidad que los británicos están formando para los pilotos norteamericanos.

—No entiendo.

—Hitler ha invadido Polonia, Checoslovaquia y muchos otros países que los chicos de Tennessee no sabemos pronunciar, y cada vez que lo hace, dice que eso es todo lo que quiere... entonces, conquista algo más. No entiendo de política pero sí de matones, y desde luego a éste hay que pararle los pies.

—Pero tú estás en el Ejército de Estados Unidos, ¿cómo han podido ordenarte que vayas?

—No lo han hecho —contestó sin mirarla—. Me presenté voluntario.

Las emociones se desataron dentro de ella: quería agarrarle, gritar, zarandearle... Se sentó sin mirarle, y durante unos instantes se sintió invadida por el pánico. No por el pánico corriente, el externo, el pasajero y tembloroso sino por ese otro, interior, que surge cuando el corazón queda

atenazado por el miedo y los gritos con que le engañan todos los demás guardianes del alma —la esperanza, la fe, los sueños, la memoria y la previsión—, enfrentados a unos problemas que, con toda seguridad, no existen en absoluto. Sin embargo, allí estaba Rafe delante de ella, mirando hacia el puerto y, en su centro, la Estatua de la Libertad, cuya alta silueta dorada se reflejaba en sus ojos. Por romántico que pudiera haber sido el momento, Evelyn sabía que no todos los hombres que iban a la guerra volvían vivos; y amaba tanto a Rafe, lo quería tanto, que las viejas supersticiones de su infancia le susurraron que Dios nunca la dejaría conservar nada que amara con la intensidad con que amaba a Rafe.

—Rafe... —empezó con suavidad—, soy una enfermera, y hago lo que hay que hacer. No lo que quiero, sino lo que hay que hacer.

—Esto hay que hacerlo —replicó él, aunque más argumentando consigo mismo que con ella—. Soy el único que lo ve.

Evelyn comprendió entonces que seguramente Danny también se había opuesto a la decisión.

—¿Y el futuro del mundo depende de ti? —le espetó, y al instante se sintió mal por la manera como había sonado, pero no se desdijo.

—Depende de mí por ser quien soy —respondió Rafe.

En ese momento, la furia de Evelyn empezó a trepar por encima del cariño.

—Te aprobé —dijo con amargura—. Te dejé pasar, y ahora te presentas voluntario para ir al lugar más peligroso que podías escoger.

—No tienes ninguna responsabilidad en esto, Evelyn tan solo la que te corresponde por lo que te quiero. —Hizo una pausa—. Evelyn, siempre he pensado que sabías lo que sentía por ti. Quizá me lo haya inventado, quizá ocurrió demasiado pronto para que sea verdad, quizá... Todo lo que te puedo decir es lo que es ahora. Y esta noche tengo que confesarte que te amo. Así que, no puedo decirte lo que la mayoría de los pilotos les están soltando a sus amigas sobre lo de hacer de esta noche algo especial. Para mí ya lo es porque estoy aquí y sé lo que siento por ti. Me voy a ir, y pese a lo que sientas sobre esto o sobre mí, no sé cómo cambiar. Pero voy a volver. Volveré. Y cuando lo haga, tendremos la oportunidad de saber si lo que

siento esta noche, y que espero tú sientas también, es algo duradero, algo verdadero.

Cuando Evelyn volvió a mirarlo, en los ojos de Rafe había lágrimas, había amor.

En la acera, militares y enfermeras intercambiaban ardientes besos antes de atravesar la puerta giratoria del hotel. Otras parejas entraban directamente al vestíbulo y se dirigían a los ascensores sin más preámbulos. Rafe y Evelyn, que habían entrado en calor gracias al largo paseo desde el club de jazz, permanecían de pie al lado de la puerta, abrazados, besándose. Y el hecho de que en las cercanías del hotel otras parejas hicieran lo mismo, y que incluso fueran vestidas con idénticos uniformes —cada pareja como una copia en papel carbón de la siguiente—, no hizo que Rafe y Evelyn se sintieran menos únicos ni por un instante. Él se retiró y la miró a los ojos, sorprendiéndose a sí mismo con la tentación de olvidar todo lo relacionado con su resolución y de limpiar las nobles aspiraciones de su amor. Tan tentado estuvo que al final le dijo:

—Ésta es ya la noche más maravillosa de mi vida y no quiero echarla a perder.

Ella le besó con suavidad en los labios.

—No podrías hacerlo.

—No ahora. Pero si no vuelvo, no quiero dejarte triste y arrepentida.

—No sé si está en tus manos escoger esto, Rafe.

Dijo estas palabras mirando hacia la acera manchada de chicles, bebidas derramadas y crónica suciedad de Nueva York. Entonces giró su cara hacia él, y las luces de la calle sacaron destellos de su pelo.

—Además, si sólo me quedara una noche de vida —añadió Evelyn— querría pasarla contigo.

—No intento ser noble. Lo siento. Además, la idea de sentir más amor del que nunca he tenido y ser consciente de que podría no volver a tenerlo jamás... eso lo que más me asusta.

Evelyn apoyó la cabeza en su cuello. Él le susurró:

—Volveré —le susurró él—. Pase lo que pase, encontraré la manera.

Se besaron de nuevo. Sus manos se unieron una última vez y entonces se obligaron a irse.

Evelyn se introdujo en la puerta giratoria, y cuando estaba a mitad de camino Rafe detuvo la puerta; ella se volvió para mirarlo a través del cristal. Él movió entonces los labios sin emitir sonido: «Te quiero». Evelyn le devolvió las palabras también en silencio: «Te quiero».

Rafe liberó la puerta echándose para atrás, y Evelyn terminó de hacerla girar y entró en el hotel. Caminó hasta la recepción y retiró las llaves; en ese momento, se volvió para mirar a través del amplio ventanal delantero, hacia la calle, donde él esperaba de pie. Rafe levantó la mano en un postrer saludo y se fue.

Hasta ese momento, Evelyn no se percató de que aún sostenía la rosa que él le había regalado en la estación de ferrocarril.

A la mañana siguiente, en la misma estación, Rafe y Danny estaban juntos en medio del frío matutino; una luz amarilla lechosa bañaba las vías desiertas. El andén estaba casi vacío; el resto del personal militar de la zona recibiría sus ordenes de viaje después, por la tarde. Y ninguno sería enviado hacia el norte, a Canadá, para unirse a la Royal Air Force y cruzar después el Atlántico Norte rumbo a Gran Bretaña.

Rafe no le había contado al resto de sus amigos del escuadrón adónde iba; había dejado que Danny lo hiciera por él. Explicarles la decisión de Rafe podía ayudar a Danny a sentirse mejor en todo aquel asunto, aunque Rafe no lo había planeado de esa manera. Simplemente odiaba despedirse de la gente que quería y suavizaba el golpe de la separación diciéndose a sí mismo que en realidad no era un adiós puesto que los volvería a ver de nuevo y los llevaría con él a todas partes.

Evelyn era un asunto distinto, por supuesto. En relación con ella se sentía desprotegido, y su sentimiento de consuelo se escoraba desde la serena solidez que sentía cuando estaba con ella a las escalofriantes dudas que tenía cuando no estaba en su compañía. Desde que la dejó en el hotel se había despreciado por no quedarse, aunque sólo fuera para abrazarla o permanecer despiertos hasta el amanecer; también había pensado que ella sería una idiota si se preocupaba por un hombre tan desconectado con la realidad del sentido común.

El equipo de Rafe, todas sus cosas para ir a la guerra, iba metido en un talego que descansaba a sus pies. Cuando el revisor gritó «¡Viajeros al tren!», levantó la bolsa y se la colgó al hombro. Entonces, una vez más, miró hacia la puerta giratoria que conducía al andén de la estación.

Danny captó la mirada.

—¿No dijiste que le habías pedido que no viniera?



—Así es —contestó Rafe.

—Entonces, ¿por qué la buscas?

—Es una prueba —explicó—. Si le dije que no viniera, y viene... bueno, entonces es que me quiere.

—¡VIAJEROS AL TREN! —volvió a gritar el revisor.

—Sigues siendo un niño —dijo Danny.

—Siempre lo seré. Danny... si me ocurriera algo, me gustaría que fueras tú el que se lo dijeras.

—Bueno, estoy seguro de que no te ocurrirá nada.

—A ti tampoco. —Rafe alargó su mano hacia Danny, quien la apartó de un golpe y le abrazó.

El tren, que parecía frío y vacío, esperaba a su lado. Rafe subió a él y encontró un asiento junto a una ventana ante la que estaba Danny. Los empleados cerraron las puertas y el convoy crujió cuando los enganches de los vagones sintieron el tirón de la locomotora.

Danny esbozó una sonrisa forzada y agitó la mano; Rafe levantó la suya.

Bajo su sonrisa, Danny susurró:

—Házselas pasar canutas, Rafe.

Entonces arrancó el tren llevándose a su amigo.

Evelyn corría por el pasillo de la estación central; miraba los números sobre las puertas que conducían al laberinto de andenes. Se había propuesto no acudir a la estación pues Rafe le había pedido que no lo hiciera. Pero ¿era realmente lo que él quería? Se había ido a la cama sin poner la alarma del despertador, con la esperanza de dormir hasta bien pasada la hora de poder cambiar de idea. ¡Como si hubiera podido dormir! No había parado de dar vueltas toda la noche. Al final decidió poner el despertador a modo de truco para conseguir dormir, pero cuando quitó la alarma media hora antes de que sonara aún continuaba despierta.

Seguía repitiéndose que no iría. Ya se habían dicho adiós, así que ¿por qué prolongar la despedida y hacerla más dolorosa?

No fue consciente de cuándo se decidió. De pronto agarró el bolso y se dirigió a la estación a toda prisa. No conseguía encontrar el andén, pues los números no parecían ordenados correlativamente. Pasó corriendo junto a un hombre que estaba fregando el suelo, y a punto estuvo de chocar con un mozo de estación que acababa de salir de las puertas correderas de acceso a los andenes.

—Por favor —preguntó sin resuello—, ¿es éste el andén del tren de las 6.27?

—Sí, pero acaba de salir —contestó el interpelado.

Evelyn se lanzó a través de la puerta.

No vio pasar a Danny que, en ese preciso instante, dos puertas más allá, salía del andén y se metía en el pasillo.

Evelyn se quedó parada sobre el cemento humedecido por el frío aire de la mañana, mirando cómo los últimos vagones del tren tomaban la larga curva que les dirigía hacia la vía principal y desaparecían.

Nunca se había sentido más sola.

Cuatro días más tarde, Rafe estaba en la cubierta de un buque canadiense cargado de trigo, fuel, rodamientos, acero para fabricar ametralladoras y un piloto norteamericano con rumbo al Escuadrón Águila. Había subido a cubierta para evitar el mareo y la claustrofobia que le ocasionaban los compartimientos interiores. La cubierta despejada le ayudó en lo de la claustrofobia, pero no alivió su estómago revuelto.

Pudo ver otros cinco barcos que avanzaban entre las olas junto al carguero en el que viajaba. Sabía que el convoy estaba compuesto por otros doce barcos, aparte del suyo.

Ante ellos se extendía un cielo hinchado con furiosas nubes. Navegaban hacia una tormenta.

Rafe cerró los ojos y pensó en Evelyn.

Mientras Rafe se dirigía al este, Evelyn viajaba hacia el oeste.

Tanto ella como las demás enfermeras de su unidad médica de la Marina habían recibido las ordenes de subir a un tren que cruzaba el Mississippi en San Luis, atravesaba ruidosamente las llanuras, cruzaba los estados desérticos y las Rocosas y llegaba a los puertos de California, donde subirían a bordo de un barco que las conduciría a través del azul Pacífico y los dorados ocasos hacia el paraíso isleño de Hawai.

Danny y los componentes de su escuadrón no viajaron en tren. Volaron con sus aviones por el interior hasta una base donde, con ayuda de grúas, se subieron los aviones en barcos que transportaron aeronaves y pilotos hasta su destino definitivo, tan lejos de las nubes tormentosas del Atlántico y de la guerra en Europa como fuera posible imaginar... un lugar llamado Pearl Harbor.

***OceanofPDF.com***

En el eterno anochecer de las islas Británicas, todos los objetos — naturales, mecánicos o humanos—, parecían fríos y grises, como privados de sus colores. La lluvia daba la sensación de caer en todas las direcciones, como si no se acumulara en las nubes, sino que se extendiera por todas y cada una de las moléculas del aire, de manera que toda la atmósfera estuviera empapada y lista para escurrir la fría humedad dentro de todo lo que tocara.

Las pistas del aeródromo de Basingborne estaban mojadas y apenas se distinguían de la tierra oscura que las rodeaba. Cerca de los achaparrados y viejos hangares, los cazas británicos —Spitfire y Hurricane— descansaban rodeados de mecánicos presurosos que arrancaban paneles de fuselaje acribillados a balazos y hurgaban en motores de avión que habían sido sometidos a un trabajo excesivo. Rafe caminaba con el talego a través de la pista. Se acercó por la espalda a un esbelto y pálido oficial británico, el comandante de aviación Peter Richard Tubbs, que estaba inclinado sobre uno de los Spitfire comprobando los daños que había sufrido en el motor. Rafe esperó a que el oficial se incorporara y entonces lo saludó.

—McCawley, señor.

Rafe se dio cuenta de que al comandante Tubbs le faltaba el brazo derecho.

—Le instalaremos en alguna parte, —dijo el oficial—, y luego le presentaremos al equipo con el que volará.

—Si remiendan los agujeros de balas aquí mismo, en la pista —dijo Rafe—, quizá deberíamos saltarnos las cuestiones domésticas y pasar directamente a los aviones.

Tubbs se dio la vuelta y condujo a Rafe a través de la pista. Aunque fuera manco, sus andares eran equilibrados y resueltos. Tenía el espíritu de

un mando, y Rafe estaba seguro de que el comandante seguía realizando ejercicios de mantenimiento físico, incluso sin el brazo derecho. No había duda de que se trataba de un jefe fuerte y severo, aunque no era de la misma pasta que Doolittle, que tenía el inherente sentido de los norteamericanos del contacto con sus hombres. Tubbs era un oficial británico con la actitud distante propia de una sociedad clasista.

A mitad de la pista le dijo a Rafe:

—¿Están todos los yanquis tan deseosos de que los maten como usted, teniente? —Rafe tuvo ocasión de oír por primera vez cómo sonaba su rango en el inglés de las islas.

—No es deseo de morir, señor; son ganas de destacar.

El comandante Tubbs frunció los labios y no volvió a mirar a Rafe.

Torcieron por un lateral del hangar y lo primero que vio Rafe fue la cola de un Spitfire adornado con el emblema del Escuadrón Águila, un pájaro de aspecto fiero lanzado al ataque y gritando. La cola parecía buena, pero a medida que el avión se hizo más visible, cambió su primera impresión. Un rastro de balazos que subían por el fuselaje había sacado trozos de material de la cubierta del ala; pero lo más impresionante fue que aún se podían ver las salpicaduras de sangre en el interior de la cabina.

—Buen chico —explicó Tubbs—. No murió hasta que aterrizó y apagó su motor. —Se calló un momento para dar tiempo a que Rafe lo asimilara, y añadió—: Bienvenido a la guerra, teniente.

Tubbs se alejó, abandonando a Rafe en la contemplación de la ensangrentada cabina.

***OceanofPDF.com***

El capitán Jesse Thurman era oficial de la inteligencia naval. El tamaño de su cabeza quedaba oculto por un pelo negro, espeso y ondulado. Llevaba una gorra enorme y cuando los otros chicos de su sección se enteraron de la talla que gastaba, dijeron: «Esto lo explica todo». Fue la única justificación que encontraron para al hecho de que siempre pareciera más inteligente que los demás.

Y realmente necesitaban justificarse, porque, de otra manera, hubiera sido muy duro para ellos convivir con un hombre que daba con la solución acertada con más rapidez que nadie, que descubría nuevos caminos para atajar viejos problemas, y que saltaba por encima de los laberintos mentales que los demás creaban siempre con sus discusiones sobre lógica y probabilidades. Al contrario que sus colegas, no se había educado en las mejores universidades del país, y tampoco procedía de una gran ciudad. La madre de Thurman había sido maestra rural en el Medio Oeste y, durante los primeros ocho años de su educación, las enseñanzas habían procedido en exclusiva de ella. Disfrutaba leyendo, iba a la iglesia, tenía una guapa y apacible esposa —la única mujer a la que había mirado en su vida— y dos niños pequeños. Casi todo el mundo lo encontraba agradable... hasta que se convertían en un obstáculo al rechazar la evidencia de las conclusiones a las que había llegado. Entonces perdía la paciencia y se convertía en un hombre irascible y sarcástico. Y estas características no eran las idóneas para conseguir una promoción rápida dentro del Ejército.

Pero el capitán Thurman no carecía totalmente de instinto político. En una ocasión, uno de sus tíos —había crecido sin padre, pues murió cuando Thurman era todavía un niño— le había explicado que un hombre no progresa en la vida haciendo que los que están en lo más alto de la escalera parezcan peores de lo que son sino más bien procurando que se sientan

mejores. Y Thurman había entendido el consejo. Los almirantes que estaban por encima de él en la cadena de mando del Pentágono se dieron cuenta enseguida de que si querían parecer agudos e intuitivos, lo mejor era tener frecuentes discusiones con el silencioso capitán que trabajaba, casi siempre solo, en aquella oficina situada en un rincón de la Sala de Guerra.

Pero sus superiores nunca le habían llevado a la Casa Blanca... hasta ese día.

Thurman estaba sentado a dos asientos de uno de los extremos de una larga mesa de caoba en la que se reflejaban las barras de latón y los brillantes galones de los hombres uniformados reunidos alrededor de la misma. Los miembros del gabinete del Presidente vestían su propio uniforme: blancos almidonados, corbatas apagadas y gemelos brillantes. Thurman se sentía fuera de lugar, aunque no incómodo; sabía que se esperaba que guardara silencio. También era consciente de que su invitación se debía a que sus jefes de la Marina encontraban confusas aquellas reuniones en la Casa Blanca, y se sentían en peligro ante semejante incertidumbre.

El capitán Thurman no dispuso de mucho tiempo para valorar la atmósfera que rodeaba la mesa. Tan pronto como el último consejero se hubo sentado, los pestillos de la ancha puerta del otro extremo de la sala repiquetearon con engrasada precisión, y ambas hojas se abrieron al unísono empujadas por George, un negro alto y de espaldas anchas, a la sazón mayordomo privado del presidente Franklin Delano Roosevelt.

Y apareció el Presidente, sentado en una silla de ruedas, la cabeza alta, la mandíbula prominente... Sus hombros eran tan anchos como los del mayordomo, y se extendían más allá del respaldo de ratania de la silla. Su camisa almidonada era de un blanco luminoso, llevaba una corbata de seda y el pelo brillante, peinado para atrás. Las manos de Roosevelt descansaban sobre los brazos de la silla y parecían fuertes. Thurman había oído las historias que circulaban sobre sus proezas atléticas antes de que sucumbiera a la polio, aquella fiebre que le atacara después de un día completo de natación y carreras con sus hijos y que le había dejado, en apenas veinticuatro horas, paralizado de la cintura para abajo. Según se rumoreaba en Washington, Roosevelt continuaba insistiendo en ejercitar su torso para

mantener la apariencia de fortaleza. Thurman se fijó en que los bíceps y los deltoides se destacaban bajo el traje entallado y se dio cuenta de que las historias eran ciertas. También observó las piernas del Presidente, secas bajo la tela de sus pantalones de finas rayas y apuntaladas con las abrazaderas de acero sujetas a los zapatos.

George, el mayordomo, se dirigió en silencio hacia los manillares traseros de la silla e introdujo a Roosevelt en la sala.

Todos se pusieron en pie.

Una vez instalado en la cabecera de la mesa —mientras George salía por la puerta y cerraba las hojas con el mismo silencio con el que las había abierto—, el Presidente dijo:

—Síéntense, caballeros. —Antes incluso de que pudieran acomodarse en sus sillas, Roosevelt prosiguió—: Me temo que estoy de mal humor. Churchill y Stalin no dejan de preguntarme lo que yo, a mi vez, les pregunto a ustedes: ¿Cuánto tiempo más va a seguir simulando Estados Unidos que el mundo no está en guerra?

El general George C. Marshall era el consejero militar de mayor confianza del Presidente. La leyenda decía que Roosevelt, famoso por esperar que su opiniones se aceptaran como hechos y que sus deseos se cumplieran de inmediato, había reparado en Marshall por primera vez —y ciertamente que había reparado en él— cuando el general no era más que uno de los muchos burócratas que habían llevado a la Casa Blanca para suministrar al Presidente la información que no paraba de solicitar. En una reunión —no distinta a la que tenía lugar en aquel momento—, Roosevelt había expuesto un plan con absoluta seguridad, ante el cual todos los presentes habían otorgado su inmediato asentimiento moviendo la cabeza. Todos excepto Marshall, que tras aclararse la garganta replicó con firmeza: «Señor Presidente, creo que es una pésima idea». Roosevelt —continúa la historia— se había quedado mirando a Marshall atónito y en silencio, mientras que todos los asistentes palidecían. Cualquiera que sea el grado de fidelidad de la historia —y Thurman dudaba de la veracidad de todas las anécdotas—, cuando Roosevelt andaba buscando un nuevo presidente para su Junta de Jefes de Estado Mayor, al llegar a los últimos puestos de la lista de candidatos, había señalado con el dedo a Marshall.



El General Marshall tomó la palabra.

—Hemos incrementado el suministro por mar de petróleo y alimentos a rusos y británicos, y...

—¡Lo que en realidad necesitan son carros de combate, aviones, munición... y hombres que luchen! —le interrumpió Roosevelt—. Pero nuestro pueblo piensa que Hitler y sus matones nazis son problema de Europa.

Roosevelt sacudió la cabeza y a Thurman le pareció que sus labios gesticularon una blasfemia silenciosa. Y sabía que si el Presidente había interrumpido al general Marshall, era inútil que nadie más intentara hablar. A veces «el Jefe» sólo quería oírse a sí mismo. Thurman lo entendió bien porque a él le ocurría lo mismo.

—Tenemos que hacerlo otra vez —continuó Roosevelt—. Tenemos que enviar más barcos y armamento antiaéreo a los británicos y a los rusos.

—¿Y seguir desmantelando la Flota del Pacífico? —preguntó uno de los almirantes.

Roosevelt giró la cabeza hacia la ventana. Sus gafas reflejaron la luz gris de finales del invierno.

—¿Tengo otra elección? —se preguntó—. Estamos fabricando frigoríficos mientras nuestros enemigos construyen bombas.

Cuando el capitán Thurman abandonó la Casa Blanca —ignorado por los demás oficiales a los que acompañaba— llegó a la conclusión de que todos los rumores que había oído sobre Roosevelt parecían ajustarse a la realidad.

También se recordó a sí mismo que cualquier oficial de Inteligencia que se creyera todos los rumores carecía por completo de inteligencia.

En el extremo del planeta opuesto a Washington, D. C., y casi al mismo tiempo, el almirante Isoroku Yamamoto penetraba en un cuarto sin ventanas de Tokio donde se reunía el Consejo de la Guerra japonés. También estaban alrededor de una mesa, pero ésta apenas levantaba treinta centímetros del suelo, en el que los concurrentes se sentaban sobre unos cojines. Yamamoto se quitó la gorra e inclinó la cabeza al entrar, lo suficiente para mostrar

respeto, pero no tanto que pudiera entenderse como temor a los agresivos guerreros que habían desposeído al Emperador de cualquier poder efectivo. Yamamoto se sentó, aceptó el té que le ofrecían como símbolo de bienvenida e inhaló una larga y lenta bocanada de aire. Advirtió el olor a sudor de la sala. Aquellos hombres, a pesar de su mirada adusta y severa, estaban preocupados. Intentaban irradiar poder porque temían las consecuencias de no tenerlo. Yamamoto sabía que eran peligrosos.

También era consciente de que le necesitaban, y al mismo tiempo de que le tenían miedo por sus conocimientos. Yamamoto se había formado en Norteamérica, en Harvard, y estaba reconocido por todos como el militar más brillante del país; Japón no tenía otro como él. Sus planificaciones de las recientes campañas habían sido impecables. Japón había ido expandiéndose incansablemente por todo Asia: se había apoderado de islas rusas, había aterrorizado al continente chino y se había tragado Indochina. Sus éxitos confirmaban la creencia de cada uno de los presentes sobre la superioridad del carácter japonés. Yamamoto sabía que se estaban emborrachando con la idea, y había intentado recordarles que ningún país—en especial uno que careciera de materias primas esenciales, como era el caso de Japón—podía vivir mucho tiempo sin diplomacia, pero los señores de la guerra consideraban que las negociaciones no eran más que una de las oscuras y engañosas facetas del arte de la guerra. Muchos miembros del Consejo habían expresado la opinión de que la insistencia de Yamamoto en la cautela era consecuencia de la cobardía, y los escasos amigos que tenía en el seno del mismo le habían prevenido contra su posible asesinato.

Aunque educado en Norteamérica, Yamamoto no era menos japonés que cualquiera. No le asustaba la muerte.

Pero también era realista. Mientras meditaba en su jardín, sabía que podía soñar, anhelar y considerar cualquier fantasía que complaciera a su alma. Mas se enfrentaría a los hechos. Y en esto no era distinto a un jefe militar americano cuyo carácter admiraba, Robert E. Lee, el cual había deseado fervientemente evitar la guerra, pero que, una vez asumido que resultaba inexorable, consideró que había que luchar con prudencia y fiereza.

Yamamoto fue derecho al grano:

—La guerra es inevitable —empezó—. Rehuir este hecho es la muerte. Si enviamos tropas a China, los norteamericanos cortarán el petróleo que es nuestra cuerda de salvamento... No tenemos otra opción que la guerra.

Yamamoto concedió a su auditorio la oportunidad de asimilar lo que acababa de decir. El refrendo que había hecho de la política agresiva de los consejeros era cuanto éstos querían oír; sin embargo, no lo esperaban.

—Y si tenemos que combatir contra los norteamericanos —continuó— sólo hay un camino: un ataque inesperado y a gran escala antes de que puedan prepararse. Infligirles un golpe que los paralice durante años. Entonces podremos conquistar todo el Pacífico y se verán obligados a pedir la paz.

—¿Nos ve capacitados para un golpe así? —preguntó Nishikura, el consejero a quienes los amigos de Yamamoto habían identificado como el más decidido a asesinarle.

—Los propios norteamericanos lo hacen viable. Los aniquilaremos en un único ataque: en Pearl Harbor. Déjenme que se lo muestre.

Y seguidamente empezó a retirar las tazas y las teteras para que toda la superficie laqueada de la mesa se convirtiera en un liso y reluciente Océano.

Pearl Harbor era una joya aún más majestuosa que los tesoros de las ostras que le dieron nombre.

Era una esmeralda de aguas tranquilas rodeada por la isla de Oahu, en el medio de los exuberantes y fragantes trozos de desbordamientos volcánicos que componen Hawai. El océano Pacífico ocupa casi la mitad del planeta Tierra, y Hawai, situada muy cerca del centro de dicho océano, se encuentra a más distancia de otra masa terrestre de importancia que lo que pueda estar cualquier otro lugar del mundo. Y para todo aquello obligado a cruzar el más grande de los océanos, Pearl no era tan sólo un paraíso de bienvenida, era casi una necesidad.

Ford Island es una baja y arenosa prolongación de terreno elevado en medio del puerto que no sólo proporciona un refugio adicional para el fondeo de los barcos, sino que además es una perfecta posición estratégica para cualquiera que decida controlar ese privilegio. A mediados de 1941, más de sesenta buques de guerra —entre portaaviones, acorazados, submarinos y barcos auxiliares, el núcleo de la Flota del Pacífico estadounidense— rodeaba Ford Island.

Cuando Evelyn llegó con sus amigas en los *jeeps* militares que las transportaban a la puerta principal de las instalaciones navales de Ford Island, vio aquellos buques por todas partes. Era tal la densidad de los mismos alrededor del perímetro que al principio no pudo divisar el agua que había más allá de ellos. Durante unos instantes se sintió desorientada y decidió pedir a uno de los marines que guardaban la entrada que le señalara el muelle principal, pero antes de que pudiera hacerlo, el soldado sonrió y dijo:

—¡A-lo-ha!

Las enfermeras se miraron unas a otras en el momento en el que el conductor firmaba el registro, devolvía una sonrisa cómplice a los marines y arrancaba.

—¿Sabéis cual es la relación hombre-mujer en esta isla? —dijo Bárbara—. Cuatrocientos... a una.

Betty sacó del bolso unas gafas de sol nuevas que tenían unas palmeras de plástico pegadas a las patillas, y que había comprado en un puesto ambulante tan pronto bajaron del barco. Las deslizó en su cara y gritó a los infantes que habían quedado a sus espaldas:

—¡Nos vemos en la playa, chicos!

Evelyn no se entretuvo en la residencia de enfermeras. Encontró su cuarto —un cubículo que iba a compartir con Betty—, dejó su bolsa sin desempacar a los pies de la litera y se marchó en busca del hospital de la base donde iban a trabajar.

Lo que encontró fue un centro de limpieza inmaculada lleno de camas vacías con las sábanas blancas que lanzaban destellos luminosos junto a las ventanas que cubrían las dos largas paredes. La suave atmósfera —aromatizada con la dulce fragancia de las adelfas isleñas— navegaba a la deriva por las almohadas y expulsaba el químico olor de la lejía utilizada para fregar los suelos de madera noble. Evelyn consideró que nunca había estado en un lugar tan limpio.

Encontró a un auxiliar que estaba ordenando un armario de suministros y le preguntó por qué estaba tan vacío el hospital. Le respondió que las peores lesiones que se habían tratado allí desde que él estaba habían sido dos esguinces de tobillo y media docena de casos de insolación.

Evelyn regresó a la residencia de enfermeras convencida de que en Pearl Harbor se encontraba todo lo lejos que se podía estar de la guerra.

Excepto que Rafe estaba en la misma, y eso hacía que el combate y todos sus horrores se hallaran tan cerca de ella como su propio corazón.

Las balas trazadoras, marcando la línea del fuego de las ametralladoras de las alas de un caza alemán, cortaron el aire en el exterior de la cabina de Rafe; éste tiró de la palanca, empujó el acelerador y accionó los pedales de control —aflojando con un pie y presionando con el otro—, y envió el Spitfire hacia arriba con un giro. Lo hizo de manera instintiva. Ya conocía a fondo el avión, y le gustaba; pensaba que los Spitfire eran guerreros, como los perros mestizos: guerreros, sensibles y veloces. Los Messerschmitt verde oscuro y los Focke-Wulf contra los que combatían eran más pesados y potentes, y sus pilotos iban provistos de un blindaje de acero. La principal protección de un Spitfire era la propia ligereza del avión, con la consiguiente velocidad y maniobrabilidad. Pero, tras interminables horas de combate y constantes remiendos, los aviones empezaban a mostrar poca solidez, de manera que, cuando Rafe sometía el fuselaje a la tensión de un giro brusco, notaba el estremecimiento del aparato. Pero en aquel momento no podía pensar en ello. Si el avión se le desmontaba, moriría; pero si dudaba, o lo hacía el avión, cuando el Messerschmitt se le viniera encima, también moriría.

Al hacer girar su avión totalmente, volvió sobre los pasos de sus atacantes y tendió una emboscada a los pilotos que intentaban hacer lo propio con él. Apretó el gatillo de la ametralladora y observó cómo sus propias trazadoras mordían el camino hacia la sección de cola de los cazas alemanes.

Rafe no oía las balas ni el traqueteo de su avión. Durante el combate no estaba pendiente de los sonidos; la visión lo era todo. Se fijó en cómo las ráfagas que disparaba subían por el fuselaje y acababan su camino en la cabina. Entonces, vio salir volando la sangre del cuerpo de un piloto alemán que no podía ser mucho mayor que él. Cuando Rafe atravesó volando la estela de humo, mientras el alemán caía en espiral hacia el Mar del Norte, se preguntó por un instante si no se trataría también de un niño granjero.

Aquella noche escribió una carta de un tirón, luego corrigió la ortografía con la ayuda de un diccionario prestado y por último la volvió a copiar cuidadosamente a mano.

*Querida Evelyn:*

*Aquí hace un frío que te cala hasta los huesos. No es fácil hacer amigos. Hace dos noches tomé una cerveza con un par de pilotos de la RAF (aquí la cerveza es lo único que no está frío) y ayer murieron los dos... No hay ningún sitio donde pueda encontrar calor, y esto me hace pensar en ti.*

Y Evelyn leyó la carta sentada a sotavento de una palmera desde donde podía contemplar cómo se arrebolaba el cielo con la puesta del sol sobre el Pacífico.

No contestó inmediatamente. Hasta el lunes no recogerían el correo y necesitaba tiempo para que se le fuera tranquilizando el corazón y pudiera escribirle algo que le sonara intenso, algo digno de él.

El domingo por la tarde se duchó en la residencia de enfermeras, dejó que la brisa marina que siempre se levantaba después del mediodía le secara el pelo y se puso un ligero vestido de algodón. Ya empezaba a tener las piernas y los brazos bronceados, y el pelo se le había aclarado varios tonos. Betty y las otras chicas se estaban maquillando, pero Evelyn, en contra de su costumbre, sólo se puso carmín. Iba a salir para estar sola.

Se dirigió a la playa, donde encontró un trozo de roca lo bastante liso para sentarse. Se quitó los zapatos y apoyó su bloc de cartas sobre las rodillas; acto seguido cogió la estilográfica que su padre le había regalado cuando se enroló en la Marina y empezó a escribir.

Aquella noche los alemanes habían llegado pronto, y los Spitfire y los Hurricane no tardaron en encontrarse con ellos. Aunque era un auténtico caos. Aviones por doquier, dentro y fuera de las nubes, y con la visibilidad tan limitada que Rafe pensó que había más posibilidades de morir por colisión que por las balas. De repente, el grito de otro piloto de la RAF se abrió camino entre el ruido del motor y las interferencias de su radio.

—¡Quitádmelos de encima! ¡Que alguien me los quite de encima!

Rafe exploró el aire entre dos nubes rotas. Abajo y a su derecha vio un Messerschmitt disparando sus ametralladoras; delante, un Hurricane

británico ya estaba echando humo.

—Estoy sobre él —contestó Rafe, y golpeó con fuerza su palanca de mandos hacia la derecha, lanzando su Spitfire en picado directamente hacia la parte superior del avión alemán.

Las balas de Rafe mordieron la cabina y el aparato enemigo alemán cayó en una rápida espiral girando como un sacacorchos. Rafe le siguió durante toda la caída, hasta ver cómo impactaba contra el agua. Sin perder un segundo, volvió a subir.

El piloto del desahuciado Hurricane aprovechó el momento de seguridad que le había proporcionado Rafe para deslizarse su destrozada cúpula y lanzarse; su paracaídas se abrió sin problemas y le transportó hasta el agua. Rafe viró hacia otros dos cazas alemanes y realizó una pasada a toda velocidad, justo entre ambos, al tiempo que disparaba. Cuando los alemanes se ladearon a izquierda y derecha respectivamente, Rafe encontró las nubes y aprovechó la circunstancia para dejarse caer a toda la velocidad que pudo para localizar en el mar el paracaídas del piloto británico.

Casi no podía dar crédito a la suerte que tuvo al divisarlo sobre el agua, todavía medio hinchado, junto al piloto. Rafe deslizó su cúpula y lanzó una boya de humo, al tiempo que radiaba la posición al rescate aeronaval antes de subir para enfrentarse de nuevo a los alemanes.

Rafe no podía imaginar una muerte más horrible que la de perecer solo en medio de las negras y gélidas aguas.

Cuando hizo descender su baqueteado Spitfire sobre la pista del aeródromo de Bassingborne, sintió la tensión del fuselaje y oyó el grito del metal, como el gemido de un viejo perro. Gracias a aquel viejo chucho de avión estaba vivo y le dio unas palmaditas como si fuera un leal y extenuado sabueso ya en casa después de la cacería.

Media hora después encontró una carta encima de su litera. Se sentó en una silla a la luz de una linterna, detrás de las cortinas de oscurecimiento y empezó a leer la misiva de Evelyn. La letra no era elegante, carecía de espirales o curvas innecesarias; era clara, tan franca como Evelyn.

*Querido Rafe:*



*Resulta extraño estar tan lejos de ti. Pero debes saber una cosa: cada atardecer miro la puesta del sol e intento atraer su último átomo de calor hasta mi corazón, para desde él enviarlo al tuyo.*

Rafe estuvo sentado un buen rato con la carta en sus manos, sintiendo lo que ella había sentido, tocando lo que ella había tocado. El calor inundó todo su cuerpo.

Rafe dio un respingo, sobresaltado al descubrir al comandante Tubbs de pie a sus espaldas. ¿Desde cuándo estaba allí? Rafe hizo ademán de levantarse, pero el oficial le dijo con rapidez:

—No, no, por favor, siga sentado. Sólo quería hacerle saber que han localizado a Nigel.

—¿Nigel, mi comandante?

—El piloto que cayó hoy cayó al mar y por el que usted arriesgó su vida al ayudarlo. Lo recogió el rescate aeronaval. Al parecer le llevará unos días entrar en calor de nuevo; pero está vivo y volverá con nosotros.

Rafe asintió con la cabeza, contento por la noticia. El comandante se dirigió hacia la puerta pero antes de alcanzarla se volvió y dijo:

—Algunos miramos mal a los yanquis porque aún no se han involucrado en esta guerra, pero como se hayan quedado en casa muchos más como usted, que Dios asista a cualquiera que luche contra Norteamérica.

Esbozó una sonrisa, saludó y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

—Gracias, mi comandante —dijo Rafe, al tiempo que le devolvía el saludo.

—No —contestó Tubbs por encima de su hombro—. Gracias a usted.

***OceanofPDF.com***

Danny y el resto de la escuadrilla viajaron hasta Hawai a bordo de un avión de transporte cuatrimotor cuyo fuselaje iba lleno de depósitos de combustible. Aunque solía ocurrir, incluso a los pilotos, nadie se mareó. Recuperaron cinco horas sobre las zonas horarias desde San Francisco, tres más desde la Costa Oeste y, cuando aterrizaron, resultó que era extrañamente de madrugada.

Un autobús verde oscuro de la Marina los recogió en la base y los dejó con sus talegos delante de unos barracones de madera. Era poco antes de mediodía, hora local. Echaron una mirada por los alrededores, a los palmerales, al intenso verde del césped cortado, a los arbustos llenos de flores...

—¡Hawai! —explotó Anthony—. ¡Es el paraíso!

—Sí, exacto —apostilló Danny, y recogió su talego—. Somos la protección de los barcos y de las bañistas.

Anthony, Red y Billy cruzaron sus miradas mientras le seguían hasta los escalones de los barracones. Danny había estado de un humor de perros todo el viaje. Desde que Rafe se había ido, se moría por saber cuando podría entrar en acción, y un paraíso en el Pacífico no era precisamente el lugar más adecuado.

Entraron en las naves y Danny se paró de repente; los demás, con las cabezas gachas bajo el peso de los talegos, arremetieron contra su espalda como vagones de carga descontrolados. Danny se había detenido al ver a unos pilotos durmiendo todavía en sus literas.

—¡Es increíble! —exclamó Billy—. ¡Están todos durmiendo!

—Están todos bo... borrachos —concluyó Red.

Y no se equivocaba. Los pilotos acostados en las literas llevaban camisetas hawaianas y aún apestaban a la cerveza de la noche anterior.

Danny, tras un instante de silencio, ladró:

—¡Preparaos! ¡Los bárbaros de los cielos estamos aquí!

Dos de los durmientes soltaron unos gemidos y se cubrieron las cabezas con la almohada. Entonces, el que estaba más cerca de la puerta se sentó en la cama, el pelo apuntando a todas las direcciones y la lengua moviéndose como si quisiera limpiar la boca de un terrible gusto. Los recién llegados observaron cómo cambiaba de posición y dejaba colgar los pies por el lateral de la litera. Cuando éstos tocaron el suelo, alguna sensación subió hasta su embriagado cerebro. Levantó uno de los pies para mirarse la planta y encontró un nuevo tatuaje. Parpadeó como si intentara recordar cómo había llegado allí.

—¡Eh, tú, señor Coma!

—¿Dónde está el lagarto? —preguntó el semicomatoso piloto.

—¿Qué lagarto?

—El que ha dormido en mi boca esta noche.

—¿Esto es una base aérea? —preguntó Danny, sin dirigirse a nadie en particular.

—Aquí solemos decir a-lo-ja... miento, —dijo el señor Coma—. Esto es un a-lo-ja-miento.

El agudo sonido de un silbato naval y la enérgica orden del oficial de cubierta anunciaron la llegada del almirante H. E. Kimmel, comandante de la Flota norteamericana del Pacífico, al acorazado *West Virginia*. Al igual que sus hermanos *Tennessee*, *Nevada*, *Missouri* y *Arizona*, el buque era tan sólo unos pocos centímetros más corto que el *Titanic* y más pesado. Los cañones principales de cada acorazado podían lanzar proyectiles de alto poder explosivo con un alcance de hasta treinta kilómetros. Por separado, la potencia destructiva de cualquiera de aquellos barcos era impresionante; todos juntos, constituían una terrorífica fuerza ofensiva. Pero no eran todo lo que tenía el almirante Kimmel. Las teorías navales más recientes afirmaban que serían los portaaviones, y no los acorazados, la principal arma marítima del futuro. Gracias a los aviones que transportaban podían extender su radio de acción a cientos de kilómetros y atacar por igual

objetivos terrestres o marítimos; además estaban en condiciones de bombardear, torpedear y realizar fuego de artillería. Kimmel tenía dos portaaviones bajo su mando, y estaban fondeados en Pearl Harbor.

A los ojos de muchos marineros, los portaaviones eran unos artefactos horribles. Si se quiere, se puede llamar dinosaurio a un acorazado, o pensar que no es más que una fragata moderna. Pero una fragata era una cosa hermosa para un marinero. Y no había almirante sobre la faz de la tierra que pudiera subir a bordo de un acorazado como el *West Virginia* y no se estremeciera ante la majestuosidad que se desprendía de la perfecta simetría de sus líneas, de su poderosa navegación desde la popa redondeada a la puntiaguda proa, y del despliegue y erizamiento de sus enormes cañones.

«¡Almirante a bordo!», entonaron los oficiales, y una fila de marineros enfundados en prístinos blancos se cuadraron de golpe y saludaron al unísono en el momento en que Kimmel bajaba de la pasarela de abordaje y les devolvía el saludo. Ningún hombre podía llegar a almirante sin valorar la tradición, aunque no es que Rimmel fuera un entusiasta de la fanfarria. Sin embargo, apreciaba en la resuelta ejecución de los rituales el orgullo de los hombres por sus barcos, y estaba convencido de que quienes lo sentían se esmerarían en las tareas básicas —el engrasado de los cojinetes, la eliminación del óxido, el almacenamiento de los proyectiles, el calibrado de los visores de tiro— que hacían de un barco un arma efectiva a lo largo de los años.

El almirante Rimmel recorrió con el capitán la hilera de marineros. Mientras pasaban revista, le comentó en voz baja a su subordinado:

—Me gusta cómo los mantienes alerta. Las falsas alarmas que recibimos de Washington podrían hacernos bajar la guardia, pero no voy a permitir que ocurra tal cosa.

El capitán asintió con la cabeza; no había nada que decir. Rimmel había mantenido informados a los capitanes de sus principales buques de las alertas recibidas desde el Departamento de Guerra, a todas las cuales habían respondido con diligencia. Pero las alarmas eran frecuentes y contradictorias. Los japoneses estaban en guerra con sus vecinos, eso lo sabía todo el mundo, pues era algo que llevaba ocurriendo desde hacía años. Y además los nipones tenían capacidad suficiente para atacar objetivos

norteamericanos por todo el Pacífico. Pero el Pacífico era un océano enorme, y ¿qué quería decir estar preparados, permanecer alertas? Si los avisos no paraban de llegar, las alertas podrían convertirse en simple rutina.

La inspección de Kimmel se vio interrumpida por la llegada de uno de sus ayudantes, que portaba un mensaje en la mano derecha.

—De Washington, almirante —dijo entregando a Kimmel un papel doblado.

Kimmel se detuvo a mitad de la revista para leerlo. Los mensajes de Washington eran lo suficientemente importantes para ser entregados en mano y merecer una atención inmediata. Éste era breve y frustrante. Devolvió el papel a su ayudante, contuvo el impulso de mostrar su enfado, y dijo:

—Sigamos con esto.

Acto seguido se giró hacia los marineros y continuó su revista. El jefe de sus consejeros en estrategia, un contraalmirante de su estado mayor, permanecía con él, caminando en el lado contrario al del capitán.

Cuando rebasaron la hilera de marineros, Kimmel le dijo:

—Se supone que cubro medio planeta con esta flota, y siguen quitándonos barcos. Ahora me ordenan transferir doce destructores más a la Flota del Atlántico, y todo el armamento antiaéreo disponible. ¿Saben a lo que nos enfrentamos aquí?

—He estudiado los análisis de simulacros de combate que nos han enviado sobre el probable resultado de un ataque japonés a cada una de nuestras principales bases del Pacífico —respondió el consejero—. En todos los supuestos, perdemos.

Kimmel asintió con la cabeza.

—¿Saben esto y siguen quitándonos barcos?

—Consideran que Europa es la principal amenaza.

—En estas evaluaciones de riesgos... ¿incluyen a Hawai?

—Dicen que la costa de Pearl Harbor es poco profunda para realizar una ataque aéreo con torpedos, y que estamos rodeados con redes submarinas. De lo único que tenemos que preocuparnos aquí es de un sabotaje por eso hemos agrupado nuestros aviones para facilitar su protección. Pero desde el aire, Pearl está segura; es por los demás sitios por donde somos vulnerables.

Llegaron al final de la cubierta. Kimmel saludó con la cabeza al capitán, que dio la orden de que los marineros rompieran filas. Kimmel escudriñó las aguas de Pearl Harbor.

—Un enemigo inteligente te golpea exactamente allí donde crees que estás a salvo —dijo al cabo de un rato—. Aumentemos la vigilancia de las comunicaciones japonesas, y asegurémonos de que Washington hace lo mismo.

Con su tremenda belleza natural, y un gran número de habitantes de origen japonés, las islas Hawai siempre han supuesto un foco de atracción de visitantes procedentes de Japón, viajeros incansables a los que les gusta dejar testimonio fotográfico de sus viajes.

En 1941 uno de estos turistas realizaba una excursión por las verdes colinas de Oahu. Al detenerse en un mirador del sendero, extrajo de la cesta de la comida una magnífica cámara equipada con una lente profesional. Se giró hacia Pearl Harbor y empezó a tomar fotografías.

En Pearl Harbor se podían encontrar por doquier a otros turistas dedicados a igual afición. Incluso hubo uno que contrató una hora de vuelo en un avión privado para observar y fotografiar desde el aire la belleza de Pearl Harbor.

Una semana después las nuevas fotografías llegarían a la remota isla japonesa que ocultaba un puerto notablemente parecido en forma y profundidad a Pearl. La llegada de la información provocó un revuelo entre los estrategas del almirante Yamamoto, que ya habían construido un modelo a escala de las instalaciones norteamericanas. El modelo era tan grande que los técnicos caminaban por el agua, hundidos hasta las rodillas, para poner a punto las maquetas de los barcos y colocarlas en las posiciones que coincidían con la información más reciente del espionaje. Y fueron estas posiciones las que provocaron el entusiasmo entre el alto mando de Yamamoto, a la sazón reunido encima de una plataforma cubierta al lado de las maquetas.

—Miren los buques, ¡todos agrupados! —exclamó Genda sin aliento mientras miraba atentamente las fotos—. ¡Son unos blancos perfectos!

—¡Y los aviones! —añadió otro oficial—. Son... ¿cómo es la expresión norteamericana? ¿Gansos sentados?

—Patos sentados —replicó Yamamoto en voz baja—. Comandante Genda, ¿has preparado una demostración?

Le había dicho a Genda que redujera los obstáculos que se opusieran a sus reglas básicas. Yamamoto —como todas las mentes militares desde Genghis Khan hasta Robert E. Lee— consideraba que los planes de batalla triunfaban o fracasaban no por los matices, sino a causa de su sentido común elemental. Y aunque Yamamoto sabía que sus oficiales, siendo japoneses como eran, obedecerían sus órdenes sin rechistar, quería que actuaran plenamente convencidos del éxito de su osado plan.

Genda mostró una ilustración sobre la profundidad del agua, tan sencilla que podía haberla dibujado un niño: cielo, blanco; agua, azul; arena, amarillo... indicando la distancia entre la superficie del mar y el fondo marino de Pearl Harbor.

—Hemos modificado nuestros torpedos teniendo en cuenta la poca profundidad de Pearl Harbor —explicó.

Sobre una larga mesa próxima a la ilustración de profundidad descansaba un torpedo japonés real. Genda levantó un grupo de aletas de madera unidas por una banda metálica circular y las deslizó por el torpedo.

—Nuestros ingenieros han desarrollado una innovación: estas aletas de madera. Ajustándolas de esta manera, permiten que los torpedos naveguen por puertos de poca profundidad.

Al final de otra jornada, una escuadrilla de Spitfire surgió de un cielo borrasco y aterrizó entre chirridos. Los aviones estaban acribillados a tiros y maltrechos. Rafe fue el último en tomar tierra; en su fuselaje se podían distinguir siete esvásticas que simbolizaban otras tantas victorias.

Rodó por la pista hasta detenerse junto a Ian MacFarlane, el mecánico escocés que, pese a los permanentes combates, mantenía su avión en condiciones de volar. Ian había visto mucho durante los meses que llevaba

ocupándose del Spitfire del yanqui, pero cuando Rafe apagó el motor, Ian soltó un juramento:

—Los montantes están sueltos —le dijo a Rafe al salir de la cabina—, el sistema hidráulico gotea y el eléctrico se ha fundido.

Ian meneó la cabeza mientras ajustaba la manguera de combustible al depósito del Spitfire.

—¿Cuál de las tres cosas quieres que te arregle?

—Las tres.

—Si lo que querías es un jodido Cadillac, haberte quedado en tu país.

—Bueno —replicó Rafe—, si no quieres darme un avión en condiciones, será mejor que empieces a estudiar alemán.

—¡Que te den por el culo! —protestó Ian intentando no sonreír. Al contrario que a los ingleses de la unidad, que no los querían mucho, a él le gustaban los yanquis de manera instintiva.

—A ver si hablamos bien —le provocó Rafe.

—¡Y que además no te guste!

Rafe se dirigió a los barracones; Ian, tras poner en marcha el surtidor, se acercó para ayudar a los armeros en la recarga de las ametralladoras. El combustible y la munición... Lo primero era lo primero.

Rafe llegó exhausto a su catre y se tumbó de espaldas, intentando estirar los músculos del cuello y los hombros, entumecidos después de horas de confinamiento en la angosta cabina. En los catres cercanos, algunos pilotos ya estaban durmiendo, y Rafe sabía que necesitaba hacer otro tanto. Dudó si escribir antes a Evelyn; no sabía nada de ella desde su última carta, pues no había dado tiempo a que la correspondencia hiciera el viaje de ida y vuelta, pero de todos modos quería escribirle para decirle... ¿qué? *Te quiero, te echo de menos, para ti es mi último pensamiento cada noche antes de darme la vuelta para dormir...*

Sonó la sirena. Los alemanes se acercaban. Todo el mundo saltó de sus catres al unísono y salió a la carrera.

—¡Putos boches! —oyó decir a alguien—. ¡Incursión nocturna!

Rafe llegó a su Spitfire en el momento preciso en que Ian estaba retirando la manguera de combustible. Hizo un gesto con la cabeza a Rafe y añadió:



—No he podido...

—¡Gírala!

—Pero...

—¡Gírala!

Ian dio un giro a la hélice, y el motor tosió al instante y empezó a rugir con firmeza y potencia. Rafe examinó sus indicadores y vio que los niveles de los fluidos estaban al máximo y que las diferentes temperaturas se situaban todas dentro de la zona de seguridad. Empujó el acelerador y la hélice le arrastró hasta la pista.

Ian le observó partir.

—Vete con Dios, muchacho —susurró a modo de oración.

Tan pronto estuvieron en el aire, el escuadrón de Spitfire se apretó en formación de combate, y en menos de cinco minutos se encontraban encima del Canal.

Montones de nimbos y estratos oscurecían aún más el cielo nocturno, iluminado tan sólo por destellos blancos cuando la artillería disparaba desde tierra. Rafe ocupó su sitio, justo a la derecha del jefe de escuadrón, y miró hacia las nubes que tenía delante.

No tuvo que esperar mucho. Estaba midiendo la distancia —utilizando la técnica visual de focalizar a noventa metros por delante de la hélice, cambiar entonces la atención hacia el infinito y volver de nuevo atrás—, cuando de pronto vio un caza alemán, un Focke-Wulf, irrumpiendo a su derecha a través de las nubes.

—¡Aquí vienen! ¡A las diez en punto arriba! —gritó por la radio.

Las imponentes nubes parecieron romperse al arrojar una enorme formación de cazas y bombarderos que iban directos hacia ellos.

Por la radio, Rafe oyó la voz de su jefe de escuadrón:

—¡Grupo Alfa, a los bombarderos! ¡Grupo Beta, a los cazas!

Disciplinados y con experiencia, los pilotos de la RAF se desgajaron en formaciones cerradas.

Ocurrió de manera impremeditada: Rafe y el jefe de escuadrón británico se lanzaron uno al lado del otro contra el bombardero que iba a la cabeza de

la falange alemana mientras disparaban sus ametralladoras. Aunque pasaron como balas, describiendo un largo arco para evitar el fuego de los bombarderos, Rafe estaba seguro de haber visto tambalearse al que iba en cabeza.

—¡Lo tenemos! —aulló por la radio—. ¡Sigamos con él!

Lanzó su avión a toda velocidad en un giro muy cerrado, subiendo justo entre las colas del primer grupo alemán y las proas del segundo. Su giro fue tan cerrado que el Spitfire rugió por la fuerza de la gravedad.

Al salir del giro y enderezarse, Rafe cosió a balazos al bombardero de cabeza, que empezó a echar humo; mantuvo la altura, pero ya estaba herido. El bombardero en cabeza, la tripulación dirigente, el mejor cabo artillero... Si conseguía eliminar aquel avión, podría desbaratar todo el grupo, dispersándolo y dando a los demás Spitfire la oportunidad de correr entre sus componentes en lugar de picotearles en los flancos; incluso podría desviar toda la misión. Miles de toneladas de bombas enemigas que no caerían sobre una ciudad. Rafe envió su avión a otro giro cerrado para volver y acabar con el bombardero.

La fuerza de la gravedad le aprisionó contra el asiento, dobló el fuselaje... y reventó un conducto de aceite en el interior de la cabina. De repente, un chorro de aceite caliente a presión se esparció por todas partes: por encima de Rafe, de los mandos y, lo peor de todo, por el cristal de la cabina.

Intentó limpiar el aceite con las manos, pero lo único que consiguió fue extenderlo y empeorar la situación. No podía ver nada, ni a los bombarderos alemanes, ni a los cazas alemanes, ni siquiera a su propio jefe de escuadrón. Sus indicadores se habían oscurecido; había aceite caliente hasta en sus ojos.

El jefe del escuadrón británico observó que el avión de Rafe viraba para alejarse de los bombarderos, y que los cazas alemanes se disponían a saltar sobre él.

—¡MacCawley! —aulló a través de la radio—. ¡Métase en las nubes! ¡Métase en las nubes!

—¡No puedo verlas! —contestó Rafe—. ¡Estoy volando a ciegas!

Pero no estaba aterrorizado. Podía oír la fuerza del motor y sentir las revoluciones de la hélice en el aire; sabía que tenía velocidad relativa de vuelo y altura, y que nunca había necesitado los indicadores para volar. Y sabía además que tenía unos camaradas que lucharían para protegerle como él lo habría hecho por ellos. Mantuvo constante la altitud del Spitfire, agarró la palanca de mandos con sus rodillas para mantenerla firme, localizó el reguero de aceite y, con una mano, presionó la rotura, mientras que con la otra se quitaba el pañuelo de seda que le protegía el cuello de las rozaduras. Apenas había empezado a limpiar el cristal de la cabina con el pañuelo cuando se produjo un segundo desastre.

El aceite caliente chorreaba por doquier dentro de la cabina, y al llegar al corroído cableado eléctrico del vetusto avión, provocó una descarga... una chispa... y de pronto las llamas empezaron a extenderse por el aparato.

Arrancó el extintor del soporte situado en un lateral de la cabina y disparó una nube que apagó el fuego, pero que llenó toda la cabina de un humo asfixiante. Entre el humo y la grasa que embadurnaba el cristal, se quedó ciego de nuevo.

Esto ocurría en el momento en el que primer Messerschmitt inició su ataque; en la primera pasada, las balas rasgaron la parte delantera del fuselaje del Spitfire. Milagrosamente, el motor continuó funcionando. Tenía potencia y Rafe aún conservaba cierta capacidad de maniobra; pero ¿hacia dónde ir? Intentó abrir la cúpula de la cabina para que se fuera el humo, pero estaba bloqueada.

Sacó su pistola Colt 45 y apuntó directamente al cristal de la cabina, cubriéndose los ojos. Apretó tres veces el gatillo; la cúpula se hizo añicos y salió volando a consecuencia de los impactos. El aire del exterior le permitió mejorar la respiración y la visibilidad. Entonces agarró la palanca de mandos pero la nave había dejado de responder.

Los Messerschmitt se lanzaron en tropel contra él y le acibillaron el motor a balazos, que dejó de funcionar de inmediato. Rafe tiró de los controles para liberar la resistencia de la hélice y conservar la suficiente velocidad relativa de vuelo como para poder dominar el planeo.

—¡Sal de ahí, McCawley! —La voz del jefe de escuadrón resonó en la radio—. ¡Sal de ahí!

El avión de Rafe fue descendiendo hasta caer entre unas nubes que le proporcionaron una momentánea protección, pero en cuanto las hubo atravesado volvió a quedar expuesto a los cazas alemanes.

El jefe de escuadrón intentó ir tras él y cubrirle, pero el Spitfire de Rafe caía cada vez a mayor velocidad. Los alemanes se lanzaron de nuevo en picado en su busca, y cuando dieron con él vieron la hilera de esvásticas pintadas en el fuselaje del aparato. Si Rafe hubiera podido saltar, le habrían perdonado la vida: los pilotos de ambos bandos todavía observaban la regla de la caballería aérea de la Primera Guerra Mundial, según la cual no se disparaba a los pilotos cuando se lanzaban en paracaídas; eso vendría más tarde. Pero los jóvenes pilotos alemanes de los Messerschmitt y Focke-Wulf no iban a dejar que un as de la aviación salvara su avión y se les escapara.

El Spitfire de Rafe llegó a la deshilachada niebla que flotaba sobre el agua, y el jefe de escuadrón lo perdió de vista unos instantes. Pero enseguida lo vio surgir de nuevo de entre una estela de niebla, dar media voltereta, golpear con el techo, estrellarse y hacerse añicos contra el agua. Todo al mismo tiempo.

No había ninguna posibilidad de que alguien pudiera sobrevivir al choque.

El jefe del escuadrón, estremecido y paralizado de dolor, informó por radio:

—McCawley ha caído. Ni rastro de paracaídas.

***OceanofPDF.com***

El golpe, dirigido hacia arriba, hacia su corazón, como una cuchillada, le dañó seriamente las costillas. Dorie Miller se estremeció y bajó su codo izquierdo para proteger la zona, manteniendo todavía su mano enguantada en un lado de la cara. Su contrincante le asestó un doble gancho con la derecha —¡malditos boxeadores zurdos!— justo debajo del codo izquierdo, y el dolor pasó directamente a su columna vertebral. Por primera vez en su carrera pugilística Dorie sintió que se le dormían las piernas.

Y no había sido una carrera tan larga.

A la Marina le gustaba generar la lealtad hacia un barco; era el símbolo tangible de la Armada como hogar. Navegues donde navegues, aunque se trate de una patrullera de contrachapado, procura convertirla en la mejor patrullera de la flota, y dale fuerte al que diga lo contrario. El orgullo engendra la destreza, y la competición construye la excelencia; así que los hombres siempre han justificado las ansias por demostrar su superioridad. Y en Pearl Harbor, con los grandes acorazados de la Flota del Pacífico alineados uno al lado del otro, era de lo más natural que hubiera competiciones dentro de los buques y entre ellos. Era imprescindible.

Dorie Miller era el campeón de boxeo de los pesos pesados del acorazado *West Virginia*. Y esto le proporcionaba fama, una fama que jamás había tenido, ni en su vida ni en la Marina, porque era sureño, tímido, pinche de cocina y negro. Sin embargo, ninguna de estas cosas importa cuando te has calzado unos guantes de boxeo y te encuentras con otro hombre en medio de un improvisado cuadrilátero levantado sobre la cubierta de un buque de guerra.

En su camino hacia el campeonato del *West Virginia*, Dorie nunca había sentido el aliento de sus compañeros de barco, que eran casi todos blancos, al igual que los marineros contra los que peleaba. Ninguno de los otros

hombres de color del barco —los cocineros, los mayordomos que transportaban los proyectiles desde la santabárbara hasta la cubierta de los cañones, o los que fregaban los suelos de los oficiales o sacaban brillo a sus zapatos— se habían enfrentado con Dorie en el cuadrilátero. Había uno o dos que, incluso, hubieran podido derrotarle —sobre todo después de que Dorie les hubiera enseñado cómo agacharse, moverse y acortar los golpes—, pero él había sido el primero de su grupo en presentarse voluntario para pelear en las ahumadas «veladas» que decidían la clasificación de los boxeadores del barco, de manera que los demás marineros de color que ocupaban su sitio en el perímetro de la muchedumbre y le animaban, lo hacían con más fuerza en sus corazones que en sus gargantas. Los marineros blancos, incluso los que apostaban por él, siempre parecían desear que otro blanco lo noqueara.

Pero esto fue así hasta que Dorie consiguió el campeonato del *West Virginia*. A partir de entonces, sus camaradas de a bordo —fueran blancos, negros o con lunares violetas— apostaron por él y le vitorearon con todas sus fuerzas, fuera quien fuese el rival con el que se enfrentara.

Pero aquel chico blanco del acorazado *Nevada*, con sus maneras de zurdo y su velocidad de serpiente de cascabel, los estaba asustando a todos... Excepto a Dorie, que en aquel momento estaba demasiado maltrecho como para sentir miedo.

Dorie, sin sentir las piernas, lanzó un primer rechazazo contra el campeón del *Nevada*. Éste, que estaba disfrutando con los vótores de sus camaradas en la cubierta de su propio buque, paró el contraataque con sus guantes y retrocedió bailando. La mayoría de los hombres con los que había combatido Dorie no tenían una técnica tan depurada —los combates eran por lo general más correosos que técnicos—, y por primera vez en su corta carrera aparecieron fugazmente en su cerebro estas palabras: «Dorie, vas a perder». Pero cuando el tipo se adelantó bailando de nuevo Dorie le lanzó un gancho de izquierda que le alcanzó justo debajo del esternón; el tipo se le echó encima, agarrándole, y con un gruñido le dijo:

—Pegas bastante fuerte... para ser un cocinero.

Aquello no le sentó nada bien a Dorie, y quiso hacerle daño. Se revolvió para desasirse del abrazo y lanzó un directo de derecha demasiado furioso,

demasiado largo, demasiado desequilibrado... Era justo lo que estaba esperando su contrincante, que se adelantó a Dorie con un derechazo corto que tuvo un efecto fulminante. Dorie percibió un débil resplandor luminoso, sintió el corte sobre su ojo izquierdo y vio la sangre que manaba y salpicaba.

La sangre no le importaba; tampoco sentía excesivo dolor, ni siquiera durante el mismo combate. Pero sus piernas temblaban, incontroladas, y eso sí que le preocupaba.

Dorie oía los gritos de los marineros más allá de las cuerdas del cuadrilátero. Durante un instante fugaz fue consciente de la puesta del sol, y de las altas nubes blancas encima de ellos, y de la deslustrada madera de la cubierta bajo sus pies; de las montañas lejanas, y de los buques de alrededor, amarrados en los muelles como si fueran troncos varados en la orilla tras ser arrastrados por la corriente. Y Dorie parecía ver todo esto desde algún sitio bastante por encima de él, como si el puñetazo hubiera abierto, momentáneamente, un boquete en su cabeza, y su mente se hubiera liberado de la materia. Y todo a cámara lenta. Vio detenerse a su contrincante, como un gato listo para saltar, sabedor de que Dorie estaba listo para rematar; le vio acercarse, vio llegar su puño... y sin pensarlo siquiera Dorie lanzó el suyo.

Oyó el agudo crujido de un puñetazo bien asestado y sin más su rival cayó en la lona y quedó inmóvil.

Cuando los gritos de los marineros se hicieron salvajes, Dorie se tocó el profundo corte de la frente con el reverso de su guante; al retirarlo, estaba manchado y húmedo. Lo único que pensó fue: «Pero si hoy es domingo...».

---

Aquella mañana, Evelyn y seis de sus amigas enfermeras habían asistido a los servicios religiosos en la iglesia congregacionalista contigua a la base. El congregacionalismo había llegado un siglo antes desde Nueva Inglaterra para convertir a los polinesios. Los misioneros congregacionalistas, con su inteligencia, sinceridad y pragmatismo yanqui, habían fundado tantos negocios como iglesias, y muchos de los mejores y

más extensos latifundios de Hawai eran propiedad de los descendientes de estos misioneros. El dicho que circulaba por las islas era que los congregacionalistas habían llegado a Hawai para hacer el bien, y que maldito el bien que habían terminado haciendo.

Sus servicios religiosos eran serios y dignos. Evelyn se sintió a gusto entre la sencillez del templo y de los himnos tradicionales. No le proporcionaron paz, pero sí esperanza, y eso ya era mucho.

Cuando Evelyn y sus compañeras volvieron a sus aposentos, la base estaba en silencio. Algunas dormían, otras habían optado por disfrutar de un día libre y se habían marchado de la base por cualquier medio y con cualquier rumbo posible: playa, montaña, deporte, paseo por Honolulu... En Hawai todo el mundo parecía amar la vida y pensar en el trabajo sólo como una palabra más de siete letras.

—Vayamos a algún bar a buscar oficiales —propuso Bárbara.

—¿Nada más salir de la iglesia? —preguntó Martha.

—¡Para obtener el perdón, tienes que tener algún pecado!

Todas rieron el descaro de Bárbara, todas excepto Evelyn.

—Acompáñanos, Evelyn. Tú eres de las que necesitas pecar un poco.

—Tengo que inventariar los suministros.

—¿Inventariar suministros? ¿Un domingo? —preguntó Bárbara. Le encantaba divertirse, pero si había trabajo por hacer, nunca dejaba a nadie en la estacada.

—Quiere escribir a Rafe —intervino Betty.

—Divertíos, chicas —respondió Evelyn sonriendo tristemente, según le pareció a Betty, y se dirigió hacia el hospital de la base, perdida en sus pensamientos.

Sandra, la más feúcha del grupo, comentó:

—Diez mil hombres de la isla se postrarían a sus pies para adorarla, y se aferra a un tipo que está en la otra punta del planeta. Ojalá pudiera olvidarlo.

—No te olvides del amor, cariño —intervino Bárbara—. Nunca.



Al acercarse al hospital, Evelyn divisó a un hombre negro, alto y ancho de espaldas, con la cara apoyada contra el panel de cristal de la puerta delantera y las manos alrededor de sus ojos para poder atisbar el interior. Vestía una camiseta y unos pantalones de la Marina. Ella sabía que la puerta siempre estaba abierta; ¿podía ser que fuera tan tímido que no entraba porque no sabía si había alguien dentro? Evelyn se le acercó por detrás.

—¿Puedo ayudarle, marinero?

Al girarse, Evelyn descubrió el profundo corte de su frente, tan sólo cerrado por una tirita. La herida había goteado sangre sobre la camiseta, y aún estaba húmeda y roja.

—Perdone, señorita —contestó el marinero—. Todos los médicos del barco están jugando al golf, y no he encontrado a nadie para que me mire esto.

—Nuestro doctor también se ha ido —dijo Evelyn—, pero voy a ver si encuentro a uno.

—Disculpe la molestia —se excusó, y se dispuso a marchar.

—Espere, déjeme verla.

El marinero se acercó y dejó que le quitara el tirita. Evelyn presionó entonces con delicadeza para abrir la herida y ver su profundidad. Al terminar, retrocedió y le miró a los ojos.

—¿Cómo se llama?

—Dorie Miller, señorita.

—Yo soy la teniente Stewart. Soy enfermera y no estoy jugando al golf. Bueno, ese corte necesita una sutura, porque de lo contrario va a quedar una gran cicatriz. ¿De acuerdo?

Dentro del hospital, en una sala huérfana de pacientes aquella tranquila mañana de fin de semana, Evelyn lo sentó en un taburete y le cosió la herida. Los ojos de Dorie se pusieron en blanco, como si pudiera mirar dentro de su cráneo.

—¿Cómo se lo hizo?

—Boxeando.

—¿Venció?

—Sí señorita.

—¿Qué ganó por vencer?

—Respeto.

Evelyn cortó el hilo tras la última puntada y le entregó un espejo. Dorie examinó la faena. Los puntos estaban pegados, apretados y los irregulares bordes del corte estaban cuidadosamente unidos entre sí para que hubiera además una sutura de piel. Dorie, que ya había tenido cortes con anterioridad y lucía cicatrices de múltiples batallas, se dio cuenta de que apenas se vería.

—Ningún médico lo habría hecho mejor —afirmó.

Evelyn lo acompañó hacia la salida. Allí, el marinero se detuvo en la puerta e hizo un movimiento con la cabeza, medio de saludo, medio de reverencia.

—Gracias, señorita.

—Dígame una cosa, Dorie. Un hombre tan grande como usted, ¿aún tiene que pelear con los puños para conseguir respeto?

Dorie miró a Evelyn directamente a los ojos, y después desvió la mirada hacia un punto lejano.

—Dejé a mi madre y me enrolé en la Marina para ser un hombre —explicó—. Ellos me han convertido en cocinero... Ni eso siquiera; limpio los restos de la comida de los demás marineros. En dos años, ni siquiera me han dejado disparar un cañón.

—Cuídese, Dorie.

—Usted también, señorita.

Evelyn dedicó el día a clasificar, contar y reordenar. Los suministros se habían almacenado con cuidado, quitándolos de en medio; pero no estaban donde se necesitarían en caso de emergencia. El padre de Evelyn le decía a menudo: «Los accidentes son exactamente eso: algo que no se espera que ocurra. Hay que estar preparados para cuando se producen». Evelyn no tenía un presentimiento concreto de que fuera a ocurrir un desastre en Pearl Harbor; años después, algunos confesarían un extraño presentimiento de que el peligro se acercaba, pero los problemas de Evelyn eran más personales e inmediatos. Rafe estaba en la guerra, y el preparar los botiquines por si surgía alguna necesidad repentina le hacía sentirse más cerca de él.

Cuando llegó la hora de la cena, decidió volver a los aposentos de las enfermeras. Al atravesar la puerta del hospital y empezar a descender los escalones de madera, se acordó de Dorie Miller esperando allí aquella mañana; un campeón de boxeo, un marinero, que no sabía si entrar en el hospital naval porque dudaba de que sería bien recibido. Pensó en el largo camino que aún tenía que recorrer el mundo.

Y de repente sus ojos vieron algo que la dejó paralizada: un hombre, perfilado por la luz del sol poniente, que avanzaba lentamente a lo largo del camino bordeado de palmeras que iba del hospital al puerto. Aún no podía ver su cara, pero vestía un uniforme de piloto y se dirigía hacia ella. Su corazón golpeó con fuerza contra las costillas, su cabeza empezó a flotar y, sin ningún sentido, susurró:

—Rafe...

Evelyn avanzó; el hombre estaba más cerca. «¿Por qué va tan despacio?», grito una voz en su interior, mientras el corazón le daba saltos de alegría en el pecho. «¡Ha vuelto! ¡Está aquí! ¡Es real!». Y entonces le vio la cara.

Era Danny. Su cara estaba triste, como la propia muerte.

Y antes incluso de que él dijera nada, Evelyn lo supo.

***OceanofPDF.com***

Evelyn y Danny se hallaban sentados en el banco junto a un enorme *banyan*, donde Evelyn había contemplado muchas puestas de sol. Ella estaba ausente, Danny se esforzaba al hablar.

—Yo... viví con la familia de Rafe después de morir mi padre. Rafe me enseñó a volar. Siempre pensé que nada podría detenerle en el aire.

Evelyn observó los decadentes colores del día y dijo:

—Me contó que eras el mejor piloto que había conocido.

—¿Eso dijo? —Danny levantó la cabeza para mirar las nubes, de perfiles anaranjados, que desaparecían con suavidad—. Allá arriba siempre me incitaba a volar mejor y más rápido.

Se giró para mirar a Evelyn que seguía con la mirada ausente. Esta pérdida del hombre que ambos habían querido afectó a Danny. Desvió los ojos, luchando por dominar sus emociones.

—El padre de Rafe me escribió para darme la noticia, y he tardado dos horas en armarme de valor para venir aquí a contártelo. Pero si puedo hacer cualquier cosa para ayudarte, dímelo, ¿de acuerdo?

Pero ella seguía con la mirada perdida en la lejanía.

Danny se levantó y le puso la mano sobre la suya, buscando un mutuo consuelo.

—Comprendo por qué Rafe te quería —dijo—. Eres tan fuerte como él.

Pero ella se mantuvo en silencio, y él no tenía nada más que decirle. La mano de Evelyn estaba lacia y sin vida bajo la suya, y Danny tenía la sensación de que lo mejor que podía hacer era dejarla sola. Le dio dos golpecitos en la mano a mano de despedida, y se alejó.

Al llegar al recodo del camino, miró hacia atrás, y vio su figura en la creciente oscuridad. Evelyn había empezado a derrumbarse. Su cuerpo se convulsionaba, presa de la aflicción.

Danny regresó inmediatamente junto a ella y le puso una mano en la espalda. Volvió a sentarse y de pronto Evelyn apoyó la cabeza en su hombro y sollozó desconsoladamente. Danny le tomó los brazos con suavidad y por primera vez le pareció haber encontrado una buena ocasión de liberar su pena.

Al día siguiente se reunieron en el club de oficiales, una pequeña construcción de madera entre los hangares y los barracones. En el rincón de los pilotos del bar, todos los colegas de Rafe se concentraban en torno a una estantería con vasos de licor, uno para cada hombre del escuadrón. Encima había otra estantería más pequeña con algunos vasos boca abajo.

El silencio sólo se veía alterado por los ventiladores, que giraban lentamente alrededor de los mugrientos cojinetes de bola.

Evelyn y sus amigas enfermeras estaban también allí. Las lágrimas se deslizaban por algunos rostros, pero a ella ya no le quedaba llanto que liberar.

Cada uno de los presentes tenía en la mano un vaso lleno de whisky. Danny levantó el suyo y dijo:

—A la salud de Rafe McCawley. El mejor piloto y el mejor hombre que he conocido en mi vida.

Todos contestaron:

—Por Rafe.

Y se llevaron el vaso a los labios. Danny dejó el suyo boca abajo en la pequeña estantería, detrás de una indicación escrita a mano. En la estantería de arriba había vasos con nombres y notas de «Accidente en prácticas». Pero la de Rafe rezaba: «Rafe McCawley, muerto en acción».

Danny observó la hilera de vasos, y la situación le superó. Se giró de espaldas y cuando resultó evidente que no podía decir nada más y que no iba a volverse, todos se fueron marchando con discreción.

Todos excepto Evelyn. Permaneció unos instantes en la puerta, observando la espalda de Danny mientras sollozaba, intentando encontrar alguna manera de consolarlo, como él había hecho con ella.

Pero no tenía nada que ofrecer y decidió marcharse, cerrando la puerta tras de sí con suavidad.

***OceanofPDF.com***

El Almirante Yamamoto paseaba con Genda por los muelles y observaba cómo las tripulaciones del puerto preparaban sus portaaviones para el viaje. Su secretismo era total, y sus esfuerzos para crear un ambiente de normalidad eran extremos. Incluso había dividido sus fuerzas para que todo el grupo de batalla no saliese junto, sino que se encontrasen en los perdidos confines del océano. Sus precauciones parecían dar resultado; los hombres que cargaban las provisiones en los portaaviones estaban relajados, incluso despreocupados. Se diría que contemplaban la próxima misión como unos simples ejercicios rutinarios.

Pero los pilotos, que se movían arriba y abajo por las pasarelas, mostraban una actitud diferente. Había inquietud en sus acciones, llevaban uniformes inmaculados; se habían vestido para la victoria, o para la muerte. Habían estado practicando implacablemente ataques con torpedos y bombas contra la laguna de la isla, cuyo parecido con Pearl Harbor era inconfundible. Lo sabían.

Yamamoto se giró hacia Genda y dijo:

—Has entrenado bien a los pilotos, pero nadie ha disparado nunca contra ellos.

—Si conseguimos pillarlos por sorpresa —respondió Genda—, los americanos ofrecerán poca resistencia.

Genda estaba entusiasmado y quería añadir algo más, pero captó en la mirada de Yamamoto que el almirante estaba hurgando en su mente, intentado analizar la situación una vez más, especulando qué podría salir mal y cómo prevenir cualquier error.

Yamamoto dijo por fin:

—Prepara equipos de operadores de radio para enviar mensajes que intercepten los americanos, en cada objetivo potencial del Pacífico. Incluye

Hawai... así la confusión será mayor.

Genda sonrió.

—Muy brillante, almirante.

—Un hombre brillante —respondió Yamamoto—, encontraría la manera de no tener que hacer la guerra.

---

Hawai se extendía majestuosa y apacible bajo una sábana de estrellas.

Betty estaba con los ojos cerrados, tumbada en una de las dos literas del cubículo que compartía con Evelyn en la residencia de las enfermeras de Ford Island. Betty no estaba dormida, pero permanecía inmóvil y fingía estarlo, pues en la litera de encima estaba acostada su compañera Evelyn, con el rostro hacia la pared, llorando en silencio por Rafe.

El centro de Oahu era muy vital, lleno de soldados, marineros y mujeres, y con los lugareños felices de recibir su dinero. Los bares servían bebidas tropicales y tocaban música en vivo. Los restaurantes servían pescado fresco, acompañado de piña y nueces de macadamia.

En la calle principal de Oahu había un cine cuya luminosa marquesina anunciaba una película de Charlie Chaplin.

Danny Walker estaba sentado en uno de los asientos laterales de la sala que no estaba del todo llena, pero lo estaría más tarde cuando acudieran más parejas de novios, después de la cena. Pero el ambiente era festivo. Los soldados se llamaban unos a otros; los chicos presumían y las chicas reían. Y a todos les divertía encontrarse en un cine y disfrutar de la emoción de las películas.

Las tenues luces de la sala dieron paso a la oscuridad y el público se fundió en el silencio. La pantalla cobró vida con los noticiarios previos a la película. El primero señalaba los signos positivos de que América salía de la Gran Depresión; mostraba a felices trabajadores volviendo a sus puestos en las fábricas, y el narrador desprendía optimismo. El público veía aquello con interés; cualquier clase de película para ellos era un milagro, y estaban



acostumbrados a una lectura cívica positiva de la cobertura de los acontecimientos actuales. Luego llegó la información sobre la guerra en Europa; empezó con unas imágenes de trabajadores británicos a favor de la defensa civil colocando carteles de propaganda con la imagen de Churchill y sus palabras destacadas encima de él: ¡DADNOS LAS HERRAMIENTAS Y NOSOTROS TERMINAREMOS EL TRABAJO! Con un tono de voz nervioso y emocionado, el narrador del noticiario repetía las palabras, y añadía: «Así lo declaró Churchill, y en este caso América ha dado más que provisiones: el Escuadrón Águila, voluntarios americanos en la batalla de Gran Bretaña». De repente la pantalla aparecía llena de imágenes de pilotos corriendo hacia sus Spitfires y despegando.

Danny permanecía petrificado en su asiento mientras el narrador seguía hablando: «¡Luchan como valientes y están frenando a los alemanes, para la frustración de Hitler y del resto de sus tiránicas tropas!». No había ningún comentario de las pérdidas entre los pilotos del Escuadrón Águila, ni tampoco de Rafe McCawley, su amigo del alma durante tanto tiempo, que le había enseñado a volar, que se había sentado junto a él sobre un barrilete de clavos y...

Era demasiado para Danny. Tuvo que levantarse y dirigirse hacia el pasillo, a pesar de que Charlie Chaplin acababa de aparecer en la pantalla, andando como una paloma.

Salió por la puerta del pasillo y entró en el vestíbulo para dirigirse a la puerta principal, cuando tropezó con Evelyn, que salía del otro lado de la sala.

—Ev... —tartamudeó, totalmente sorprendido—. Evelyn.

—Hola, Danny —dijo. Y de pronto resultó obvio para ambos que habían ido al cine, pero que habían decidido abandonarlo, exactamente por las mismas razones. Se quedaron plantados en un extraño silencio. A través de las puertas del cine se veía un modesto restaurante, al otro lado de la calle. Danny lo miró, y luego la miró a ella.

—¿Te apetece un café? —le dijo.

Dos minutos más tarde se hallaban sentados en un rincón del restaurante desde el que podían ver el cine, al otro lado de la calle, con la marquesina

luminosa atrayendo a los rezagados. Una camarera de Samoa les sirvió dos tazas de café y les dejó cartas de menú que ninguno de los dos miró.

Evelyn bebió un poco, dejó la taza sobre la mesa y dijo:

—Nada como una comedia para levantar el ánimo, ¿eh?

—Sí, era muy divertida.

—Aunque hayan pasado tres meses no consigo sonreír —dijo ella, y luego intentó contradecirse, levantando las comisuras de los labios, intentando no parecer tan triste. Tal vez funcionase. Se sentía mejor, sentada allí con Danny—. ¿Cómo te va?

—Creo que más o menos como a ti. No se trata sólo de la pérdida... sino de la culpa.

—¿Te refieres a haberlo ayudado con su problema de dislexia a salvarle las alas?

—Creo que no habría terminado ni la secundaria si no le hubiese revisado los trabajos —dijo Danny, y se dio cuenta de que aún no había probado el café. Añadió crema de leche y una buena cantidad de azúcar—. En definitiva, era normal. Cuando entramos en Aviación, le ayudé a esconder su problema mezclando cartas, y nunca pensé en lo que estaba haciendo.

—¿Crees que si no lo hubieses ayudado aún estaría vivo? —preguntó Evelyn.

Danny asintió y esbozó una media sonrisa por la observación de Evelyn. O quizás no era una observación, quizás ella también estaba pasando por lo mismo.

—Bueno —dijo ella como si respondiera a sus pensamientos—, ¿y yo qué? Lo aprobé... cuando debería haberlo suspendido. Y estaría vivo.

—¿Y por qué lo aprobaste? Siempre me lo he preguntado.

—Mi padre fue uno de los pilotos que enseñó al coronel Doolittle. Así que muchos de sus amigos se apagaron y murieron cuando les dijeron que eran demasiado viejos para volar —Evelyn se llevó la taza de café a los labios—. Cuando me pongo a pensar así, como hacemos los dos, me digo a mí misma que cuando le quitas a una persona lo que ama, la matas.

Dejó la taza tan deprisa sobre el plato que lo golpeó. Se acababa de dar cuenta de que aquellas palabras podía aplicárselas a ella misma; Rafe estaba

muerto, y Evelyn sentía que ella también lo estaba.

Danny no pareció captar ese pensamiento; más bien daba la impresión de sentirse aliviado por lo que ella acababa de decir.

—Tienes razón —dijo con expresión seria—. Rafe... lo que le convertía en Rafe... habría estado muerto un minuto después de que le quitaras las alas. Tenía que ponerse a prueba delante de toda esa gente que no le tenía ninguna consideración.

—Es tan... extraño. Es como si el defecto que lo hacía sufrir fuese el regalo que lo hacía grande.

Se miraron profundamente a los ojos, conectando en un momento de gracia, creyendo por un momento que quizás la luz en realidad procede de la oscuridad.

La camarera los interrumpió, volviendo a rellenar las tazas con una cafetera echando humo.

—Es curioso, ¿verdad?... —dijo Danny—. Rafe hacía que la gente encontrase algo en su interior. Leyendo a Rafe empecé a amar los libros, a querer escribir, a ser otro Hemingway. Un sueño extraño para un chico de Tennessee. Pero Rafe me hacía soñar, él veía lo que yo podía desear ser, y me ayudó a desearlo. Hacía lo mismo con todos los que conocía, sobre todo con los que conocía mejor. Y creo que nadie lo conocía mejor que tú y que yo.

En las calles de Oahu, toda mujer que quería compañía tenía una cita, y Billy y Red eran hombres felices, el doble de felices por su doble cita. Billy y Bárbara paseaban del brazo por la calle; justo detrás de ellos iban Red y Betty, sin llegar a tocarse, pero muy cerca el uno del otro, mientras Red tartamudeaba:

—Yo... yo... —tartamudeaba Red.

—¿Por qué estás nervioso esta noche? —le preguntó Betty.

—Bu... bueno —contestó Red—. Porque... porque qui... quiero decirte a... algo. Yo... yo...

Billy se había detenido para hablar con Bárbara un momento y escuchaba a Red, animándole en silencio a continuar. Red lo intentaba, pero

infructuosamente.

—¡Cántaselo, Red! —le espetó de pronto Billy, girándose hacia su amigo.

Red se detuvo en la acera; la idea de cantar lo que quería decir dominaba todo su ser, y el mundo que lo rodeaba se reducía al círculo donde sólo cabían él y Betty. No reparó en la presencia cercana de Billy y Bárbara, que lo observaban, ni en la gente que pasaba por su lado. Así que cantó a grito pelado:

—¡Betty sólo quiero decirte que TE QUIEROOO! ¡Casi... casi... casi te amo!

Betty lo miró con sus ojos azules de muñeca, parpadeando en lo que fue un largo instante para Billy y casi una eternidad para Red. Luego intervino:

—En fin, Red. Yo también casi, casi te amo —le dio un beso seco en los labios, y Red se puso colorado como el semáforo en rojo de la calle.

—Bueno —dijo Billy—, ¿primero la cena? ¿O una película y luego...?

Fue entonces cuando vio a Evelyn y a Danny en el restaurante. Se encontraban a pocos metros de él, iluminados como maniquíes en un escaparate, y ajenos a cualquiera que estuviera a su alrededor. Bárbara también los vio, igual que Red y Betty. Parecían tan perdidos el uno con el otro como Red lo había estado en su canción a Betty.

Evelyn sonreía. La liberación, el placer de hablar sobre Rafe con alguien que lo quería a su manera con tanta intensidad como ella, la permitía respirar con tranquilidad por primera vez desde que supo de su muerte. Se apoyó en el respaldo de la silla, jugó con la taza de café, y dijo:

—Rafe me hacía sentir que la vida puede ser más grande y mejor... Y no permitía que el mundo le convirtiera en pequeño.

Danny asintió, y ambos sonrieron; ése también era el Rafe que él conocía.

Evelyn estaba cada vez más locuaz:

—Al crecer en una familia militar —decía, inclinándose hacia delante—, cambiaba de lugar cada año. Nuevos pisos, nuevos colegios, nueva gente... sin ataduras. Es lógico que me convirtiera en enfermera... «Intenta

evitar el dolor, no te preocupes demasiado por nada». Soy una enfermera que nunca había visto sangre... ni nunca había conocido el amor, hasta que conocí a Rafe.

Evelyn se detuvo en seco, al darse cuenta de que Billy y Bárbara estaban mirando a través de la ventana.

Danny se giró para ver qué la había hecho detenerse tan de repente, y qué había apagado la sonrisa de su rostro, y vio a sus amigos fuera, en la acera. Billy fingía naturalidad, lo cual le hacía parecer todavía más incómodo; Red frunció el entrecejo, desconcertado. Pero la cara que en realidad hablaba era la de Betty; pasó de la sorpresa a la satisfacción, y de la satisfacción a la preocupación, en cuestión de segundos.

Todos se saludaron, intentando parecer relajados, y los cuatro de fuera cruzaron la calle en dirección al cine. Evelyn y Danny se encontraron sentados, en silencio, cohibidos.

—¿Te acompaño a casa? —dijo finalmente Danny.

—No, iré sola —contestó Evelyn—. Gracias por el café. Gracias por todo.

Se levantó antes de que él tuviera tiempo de reaccionar, acercó la cara hacia su cabeza como si le quisiera besar con la mejilla, cruzó el local deprisa y salió a la noche, dejando a Danny solo con su café y el aroma de ella todavía en el aire.

---

El capitán Thurman estaba sentado en su rincón del sótano del Departamento de Guerra y observaba cómo la máquina del teletipo, conectada directamente a la sección de codificación/descodificación del piso superior, sacaba un mensaje descodificado. La máquina dejaba espacios donde había palabras o sintagmas en la transmisión japonesa interceptada que los agentes secretos de Washington no podían descifrar, mientras Thurman veía cómo las páginas impresas salían con lentitud del aparato con más espacios en blanco que palabras. Pero sus ojos — inteligentes, verdes, tras unas gruesas gafas de concha— arrebatában las palabras y perforaban los espacios blancos entre ellas. Durante un buen rato

no hizo ningún comentario, hasta que por fin dijo a un cansado teniente, al cual había asignado emitir las hojas de descodificación transmitidas previamente:

—Nada de esto tiene sentido.

—Bueno... eh... claro que no, señor —añadió con prudencia el teniente—. Sólo está descodificado en parte.

—¿Su anterior jefe era un idiota? —preguntó Thurman.

—¿Señor?

—Ya me ha oído.

—Bueno... desde un punto de vista intelectual, no era difícil estar a su altura, señor.

—Hágame un favor, teniente. Cuando le formule una pregunta, deme una respuesta directa. ¿Era un idiota?

—Era un idiota, señor.

—Y por eso me trata como si yo también lo fuera. Cuestión de hábitos, ¿no?

—Lo siento, señor.

—No lo sienta y entérese bien. Entérese de que ya no trabaja para un idiota. Ya sé que la descodificación es parcial, por eso se las he hecho enviar. —Thurman había intentado por todos los medios obtener cierta ayuda inteligente, y el teniente fue repentinamente trasladado de la sección de asuntos públicos al sótano, para colaborar con el capitán Thurman. Éste le dijo que lo había elegido por su imaginación, y le encargaba sobre todo las transmisiones más difíciles de descifrar.

—Quiero decir que la parte que entendemos no tiene sentido —añadió Thurman—. Los japoneses están enviando instrucciones militares por todo el Pacífico, pero no hay unas directrices lógicas.

—Señor, yo no...

—¡Intentan confundirnos! —lo interrumpió Thurman. Observó la transmisión que tenía delante y fijó los ojos en ella durante un buen rato. Al final, dijo:

—No soporto que alguien intente tomarme el pelo.

Para familiarizar a las nuevas enfermeras con el hospital, Evelyn había diseñado un plan: cada una de ellas se ocuparía de localizar el material necesario para tratar a los pacientes, de modo que los antisépticos, las suturas, los vendajes, las toallas y los recipientes estuvieran a mano y así evitar confusiones y errores, algunos de los cuales podían ser fatales; por ejemplo, un paciente en mal estado podía morir por sobredosis si dos enfermeras demasiado ocupadas o distraídas al comprobar su ficha, le suministraban cada una de ellas una dosis de morfina. Así que las enfermeras cumplían con el plan de entrenamiento y se movían por el hospital satisfechas de saber que conocían y dominaban su oficio. Cada una llevaba una cesta con artículos de sus listas; era como una cacería de material médico.

—¡Eh! —gritó Betty, que estaba revisando el armario de suministros—. ¿Alguien ha visto las tiras de torniquete?

Evelyn, que hacía la función de supervisora en la organización, fue para allá y dijo:

—No tenemos demasiadas. He pedido más. Van en la segunda estantería. Descansa un poco y luego continúa con más material.

—Vale —contestó Betty.

Evelyn bajó la voz y dijo:

—No era lo que parecía.

—Lo sé —respondió Betty con delicadeza—. Lo único que me preocupa es que sientes la necesidad de decirlo.

—¿Qué quieres decir?

—Han pasado meses. Ya has sufrido suficiente para el resto de tu vida. Ahora tienes que continuar con tu vida.

—Ya lo estoy haciendo —replicó Evelyn, levantando un poco la voz.

—Soy tu compañera de habitación —dijo Betty bajando aún más la voz—. Te oigo llorar cuando crees que estoy dormida.

Evelyn inspiró profundamente y en silencio, como si pudiese recuperar el dolor que había revelado. Había querido mantener sus problemas en privado, sobre todo con respecto a la joven Betty, a la que había intentado proteger como si fuese su hermana menor. Pero como ocurre con la mayoría de hermanas menores, Betty se había dado cuenta de todo, más de lo que cualquiera pudiese imaginar.

—Evelyn —dijo—. Mentí sobre mi edad para poder escapar de casa. Mi padre nunca me dejaba salir con chicos, y mis hermanos ahuyentaban a los que me miraban. Ahora sólo quiero vivir, ¿comprendes? Y te veo y quiero ser como tú, llena de vida. Y ahora... —Betty negó con la cabeza, con sus rizos rubios balanceándose por delante de los ojos azules—. ¿Acaso Rafe hubiese deseado tu muerte sólo porque él muriera? Decidió que te lo contara su mejor amigo porque no quería que sufrieras sino que lo olvidaras todo. Y eso es lo que tienes que hacer.

Evelyn se puso una mano en la boca como si de esta forma pudiese detener las lágrimas. Betty la abrazó, y Evelyn lloró en silencio sobre su hombro. Pero no tardó en calmarse; se limpió las lágrimas, y las dos enfermeras continuaron con su trabajo como si no hubiese ocurrido nada.

Aquella misma noche, Evelyn abrió el baúl al pie de su cama. Sacó un diario entre las ropas de paisano y otras pertenencias personales, se sentó en la cama, y lo abrió por la página donde había metido la rosa que Rafe le había regalado en la última noche que estuvieron juntos.

Evelyn estaba de pie sobre una de las rocas volcánicas que sobresalían en las tranquilas aguas del puerto. Protegía la rosa con cuidado con ambas manos. Los pétalos estaban secos, frágiles como cenizas. La rosa —que una vez había sido fresca— estaba marchita, pero no le importaba; en su corazón siempre se mantendría viva y fresca y llena de promesas, como la propia vida. Y no le importaba lo que significase; siempre podría quedarse así en su corazón. «Sólo es un recuerdo», se dijo.



Evelyn quiso lanzar la rosa seca y marchita al agua, pero fue incapaz. Entonces la rodeó con una mano y quiso cerrar el puño para aplastarla, pero le temblaron los dedos.

No obedecieron sus órdenes.

Mientras el sol crepuscular proyectaba una capa de brillo anaranjado sobre la superficie de la pista, Danny estaba sentado en la cabina de piloto de su P-40 y disparaba una ráfaga corta por los cañones del ala. Unos bloques de roble colocados bajo el avión aguantaban el fuselaje y lo mantenían con perfecta estabilidad; un objetivo de madera a cientos de metros de distancia absorbía las balas. Billy estaba fuera, en el extremo del ala derecha, observando el objetivo con prismáticos.

—No, todavía no convergen —dijo. Red y Anthony, encorvados debajo de las alas, ajustaban los cañones con destornilladores, y cuando Danny disparó otra ráfaga, Billy informó:

—Bang, justo en el objetivo. —Pasó la cinta de los prismáticos por encima de la cabeza y se los quitó—. Vámonos, tengo sed. Coma tiene algunos pilotos navales que vienen al bar; primero los ablandamos con Mai Tai's y luego los desplumamos en el póquer.

—Ya estoy —dijo Anthony, lanzando el destornillador a la caja de herramientas que Red ya estaba cerrando.

—Vosotros ir tirando —dijo Danny—. Yo me quedo a comprobar los indicadores.

—¡Ya lo han hecho los mecánicos! —le replicó Anthony—. ¡Vamos, nosotros somos pilotos!

—Quiero volver a comprobarlos.

—Entonces me quedaré a ayudarte —se ofreció Red.

—Gracias, pero no me hará falta.

Red estuvo a punto de protestar, pero Billy le puso una mano sobre el hombro para que no dijera nada y luego le preguntó a Danny:

—¿Estás bien?

—¡Sí! —contestó enseguida, pero tras un momento de duda, rectificó:

—¡No! —Antes de proseguir inspiró profundamente y miró a su círculo de colegas—. Me he enamorado de la mujer de Rafe.

—Lo veía venir —suspiró Billy.

—Yo no. Intenté evitarlo... pero no he podido.

Tras un breve silencio, Red intervino:

—Tarde o temprano estará con alguien, Danny. Rafe te pidió que cuidaras de ella. Es probable que ahora esté mirando desde el cielo, esperando que seas tú el elegido.

—¡Una mierda! —gritó Anthony, que parecía más enfadado con Red que con Danny—. ¡Aunque estés muerto, no querrás que nadie se lleve a tu chica... y menos tu mejor amigo!

Red sorprendió a todos con la contundencia de su contrarréplica.

—¡Danny es más que un amigo, teniendo en cuenta que se ocupa de ella!

—¿Sí?

—¡Sí!

—Dile esto a alguien que no sea de Brooklyn.

—¡Dejadlo, chicos! —intervino Billy—. Esta discusión no conduce a ninguna parte.

Danny asintió, como si estuviera de acuerdo con todos.

—Sé que no está bien —dijo—. No sé qué hacer.

Nadie tenía una respuesta válida. Bajaron la cabeza, mirando hacia el suelo.

—Amigo, —dijo Billy tras un breve silencio—, no puedo darte ningún consejo. Excepto... excepto quizás éste. Ocurra lo que ocurra entre tú y Evelyn, tanto si eres fiel a tus sentimientos como si no, no lo dejes escapar por Rafe sino por ti.

Billy se llevó a Red y Anthony. Danny, en el silencio de la noche, se encontraba con una paz repentina que no podía explicar. Sus amigos lo habían atrapado en un fuego cruzado de consejos que había reflejado más el carácter de cada uno que la situación de Danny; pero a su manera tenían razón, ya que los confusos sentimientos existían dentro de él, y la aceptación de esa verdad —que Danny era un hombre desgarrado, lleno de pena, esperanza, dolor y deseo— liberó la garra de la muerte alrededor de su alma, un alma que no era el rígido hielo que había sentido, sino un fluido remanso del espíritu.

Todavía estaba perdido en el silencio cuando una voz le llamó desde atrás:

—Danny...

Se giró sorprendido. Evelyn se había acercado, aunque permanecía fuera de la pista.

—Lo siento —dijo ella—. No quería interrumpirte.

—No, para nada —observó su sonrisa dulce y triste—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Me gustaría que me dieras la dirección de los padres de Rafe. He pensado que quizás podría escribirles... —Tras un breve silencio, prosiguió—: Lo estoy pasando mal intentando olvidar el pasado. —Parecía querer decir algo más, pero no encontraba las palabras.

Danny asintió, comprendiendo todo lo que decía y lo que no decía.

—Yo lo he intentado, centrándome en el futuro —le dijo, sonriendo por su propio fracaso—. Pero tampoco ha funcionado, porque esto me ha hecho pensar que cuando emprendía algo o me veía inmerso en algún problema, siempre contaba con que Rafe me echaría una mano, no me dejaría solo. Ahora... todo esto ha terminado.

Sacó un lápiz y un trozo de papel del bolsillo y le escribió la dirección. Se acercó a ella y le puso el papel en la mano.

—Espero que sirva de algo —dijo—. Yo he escrito tres veces, pero no me ha ayudado.

Evelyn introdujo con suavidad el papel en el monedero y lo cerró de golpe. Pero no podía moverse. Dirigió la mirada hacia la última luz del día, una línea gris en el borde de un cielo que oscurecía. Volvió los ojos hacia Danny.

—Rafe me dijo que no quería dejarme con una vida llena de pesar. Nos contuvimos. Y ahora sólo tengo pesar —dijo Evelyn.

Danny sintió una punzada de dolor; no sabía qué decir. Era obvio que ella tampoco. Él miró también hacia el horizonte. Luego arriba, a las estrellas. Después, más deprisa, otra vez a su avión.

—Oye —dijo de pronto—, ¿has visto alguna vez Pearl Harbor de noche?

—Claro, por supuesto —contestó ella.

—¿Desde el aire?

El despegue fue más suave de lo que Danny esperaba, y más brusco de lo que deseaba Evelyn. Había mostrado preocupación por su peso añadido en el avión, aunque él le había asegurado que era mucho más ligera que una carga total de combustible y municiones. Pero la cabina estaba tan Colapsada, con ella sobre las rodillas de Danny y los cinturones de seguridad sujetándola con tanta fuerza, que se sentía inútil y torpe, y antes de despegar había insistido en que nunca conseguirían levantar el vuelo, aunque en su vida se había sentido más emocionada y optimista. Pero la saturación en la cabina no parecía representar ningún problema para él, a pesar de que para tomar el control de mando tenía que pasar el brazo alrededor de su cintura, y sólo podía ver los indicadores levantando la cabeza por encima de su hombro; a ella le parecía que llevaba el avión con algo más que las manos y los ojos, mediante alguna otra conexión que fluía desde todo su cuerpo. Evelyn se sentía emocionada y a salvo.

La fuerza del motor era suave y poderosa; ella sintió su firme atracción empujándole hacia atrás.

El cielo sobre ellos era sorprendentemente claro; algunos planetas brillaban con más intensidad, como solistas de una sinfonía celestial, mientras los coros de estrellas bailaban alrededor de una luna llena.

—¡Qué maravilloso! —dijo ella.

—Sujétate fuerte.

Dio al avión una suave media vuelta, y Evelyn vio girar el mundo entero al revés. Tenían el cielo debajo, y sobre sus cabezas estaba Pearl Harbor. Las crestas pulidas de las suaves olas atrapaban la luna, formando tiras curvas de blanco que, en la imaginación de Evelyn, parecían estrellas alargadas, y la iluminación lunar alcanzaba toda la extensión hasta el fondo poco profundo del puerto, y le daba la sensación de que podía ver más allá de los límites de su nuevo y desordenado mundo hasta los confines del cielo.

El P-40 abandonó el cielo con elegancia y se deslizó hacia la tierra, con los neumáticos chirriando ligeramente al contactar con la pista. Danny

dirigió el avión de nuevo a su punto exacto, fuera del hangar, sin tener que acelerar siquiera. Evelyn había olvidado su peso sobre las rodillas de Danny, la estrechez de la cabina, e incluso la atracción de la gravedad. Cuando Danny apagó el motor, oyó el silencio, vio lo invisible, pensó en lo impensable.

Con cuidado, Danny le sacó los arneses que la rodeaban. Evelyn miró por encima. Las estrellas seguían brillando en lo alto.

—Hasta esta noche no me había dado cuenta de que no quería vivir —dijo ella.

Se giró sobre las rodillas de Danny y lo miró. Y él sólo vio sus ojos.

Sin mucha decisión, casi reacios, se besaron. Su pasión fue creciendo, y ninguno de los dos estaba preparado para encontrar las fuerzas de resistir aquel momento.

***OceanofPDF.com***

Betty seguía dormida, pero Evelyn ya estaba levantada y vestida. Se sentó en silencio en su litera, contemplando la rosa prensada pero no conseguía deshacerse de ella.

La volvió a poner dentro del diario, que metió de nuevo en el cajón antes de cerrarlo sin brusquedad pero con firmeza, como si fuese una decisión final.

Caminó deprisa, practicando lo que iba a decir. «Danny, lo de la pasada noche fue un error... Danny, lo de la pasada noche no fue un error, pero sí fue... demasiado precipitado. Eres un hombre maravilloso, y muy especial para mí, pero no estoy... no estoy... preparada».

Tropezó con Danny, que venía por la dirección contraria, corriendo precipitado. Él sonrió al darse cuenta de que era Evelyn, la tomó de los hombros, hablándole mientras ella lanzaba una exclamación de sorpresa:

—¡Danny!

—¡Evelyn! ¡Venía a verte!

—Danny, yo...

—¡Evelyn! ¡La otra noche fue tan hermosa! Espero que tú también sientas lo mismo.

—Claro, Danny, yo...

Al darse cuenta de sus apuros, Danny creyó comprender.

—Lo sé, Evelyn, fue demasiado precipitado. Pero no puedo decirte que lo siento —dijo sonriendo, con el rostro resplandeciente de felicidad—. Lo que sí siento es tener que irme corriendo, porque tengo que cumplir con mis obligaciones, pero necesitaba encontrarte y decirte una cosa. —Hizo una pausa, e inspiró profundamente—. Siempre he soñado con que algún día

escribiría algo, algo digno de leer. Nunca lo he hecho. Pero esta mañana, cuando me he levantado, me han venido palabras a la cabeza.

Evelyn vio el trozo de papel que Danny tenía en la mano sin duda desde antes de tropezar con ella. Él lo desplegó con cuidado, hizo otra profunda inspiración y leyó.

*Volé más alto que los ruiseñores  
y nunca los oí cantar.  
Viví mi vida en invierno  
hasta que trajiste la primavera.*

Levantó los ojos hacia los suyos, le puso el poema en la mano, le besó la mejilla y se fue corriendo en la dirección en que había venido.

—¿Puedo verte esta noche? —preguntó, girando la cabeza un momento.

—Vale... —respondió con suavidad, y lo vio sonreír de alegría antes de acelerar la carrera.

De nuevo en su habitación, con Betty todavía en su dulce sueño de inocente juventud, Evelyn colocó el poema de Danny dentro de las mismas páginas que albergaban la rosa de Rafe, y cerró el libro, agradeciendo en silencio a su corazón que contuviera dos amores, como su diario.

***OceanofPDF.com***

## LIBRO SEGUNDO

### Infamia

*OceanofPDF.com*



Metido en la sección de Inteligencia del Departamento de Guerra, el capitán Jesse Thurman había perdido la noción del tiempo; o, mejor dicho, lo había superado. No sabía ni la hora ni el día en que se encontraba; para él, el único tiempo era Ahora. Un logro absolutamente budista... sin que sea nada malo para un baptista.

Las únicas indicaciones del tiempo que había transcurrido desde que había dormido o se había duchado eran la agridulce fragancia de su ropa y la poblada barba en el mentón. Cualquier oficial superior que hubiese entrado en su guarida del sótano le habría dicho al capitán que la limpiase y que se tomara un descanso. Thurman le habría enviado al cuerno, y el oficial se habría mostrado comprensivo. Nada de particular entre oficiales.

En las últimas horas y días, había emitido mensajes descodificados, informes con el sello de TOP SECRET, fotografías de espías japoneses de portaaviones cargados de aviones, bombas y torpedos. Sabía que pronto ocurriría algo, y nadie en la tierra podría convencerlo de lo contrario.

Thurman era consciente de que no dejaba de meditar mientras daba vueltas y más vueltas en círculos; intentaba estar quieto, y los agarrotados músculos de la espalda le recordaban que estaba en posesión de un cuerpo físico. Dio dos pasos, alejándose de los papeles que tenía esparcidos encima de la mesa, y en ese momento se le ocurrió pensar que en la otra punta del mundo, el almirante Yamamoto trabajaba con la misma obsesión, estudiando los horarios, los mapas, los potenciales avances humanos y las estrategias para afrontarlos.

Thurman admiraba a Yamamoto y se preguntaba si podrían haber sido amigos en el caso de que se hubiesen conocido. Y Thurman reflexionaba que en cierto sentido se conocían y estaban conectados, incluso más que si

tomasen copas juntos en el mismo bar y compartiesen la cena cada miércoles, como él hacía con la mujer con la que se había casado.

«¡Miércoles! —pensó Thurman—. ¡Mi esposa! ¡Mi familia! ¿En qué día estamos?». Consultó un calendario, pero entonces cayó en la cuenta de que no le servía de nada en aquella situación. Su reloj indicaba las doce y quince minutos, ¿pero del mediodía o de la noche? Se frotó la barba de tres días y miró su reflejo en la base de metal pulido de una lámpara de escritorio. Tenía mal aspecto. Se puso el abrigo. Tenía que salir de allí, besar a su esposa, abrazar a sus hijos.

En el momento en que se disponía a abrir la puerta, un mensajero de seguridad, un alférez que nunca había necesitado afeitarse, entró desde el vestíbulo, con un sobre de «Muy urgente» en la mano. La calificación se utilizaba tan a menudo que nadie se mostraba inquieto ni sorprendido. El alférez no sudaba; nadie le había dicho que se diera prisa.

—¿De dónde viene esto? —preguntó Thurman.

—Oficina de enlace diplomático, capitán —respondió el alférez, ahogando un bostezo.

—Busque una cama o abandone el Ejército pero nunca más se le ocurra bostezar delante de mí, ¿lo ha entendido? —soltó Thurman, mientras tomaba el sobre y lo abría.

—Sí, señor —contestó el alférez.

—Fuera de aquí.

Thurman leyó y releyó rápidamente el mensaje, y al instante descolgó el teléfono de su mesa, antes de que al alférez le hubiese dado tiempo de cerrar la puerta.

—Señor Presidente —oyó Roosevelt desde algún lugar de su sueño—. Señor Presidente. —Lo que estaba oyendo era la voz de George, su mayordomo, pero cuando Roosevelt se hubo puesto las gafas que tenía en su mesita de noche, era la voz de uno de sus hombres de confianza la que hablaba.

—¿Qué sucede? —contestó Roosevelt, con un tono de voz potente.

—Señor Presidente —insistió la voz—. Acabamos de recibir un mensaje del embajador peruano en Japón. Sus fuentes le indican que los japoneses están reuniendo su flota para atacarnos.

La voz de Roosevelt era más clara que sus pensamientos, pero no tardó en hacer desaparecer las resonancias de su sueño, y dijo:

—Hemos recibido avisos de todas las bases americanas en el Pacífico. ¿Por qué ésta te parece especialmente alarmante?

El edecán parpadeó, apabullado por el poder de Roosevelt. Arrancado de un sueño atormentado, con dos preguntas tuvo al otro a la defensiva, intentando quitarse de encima responsabilidades.

—No... yo no me he alarmado, señor, yo... el general Marshall me llamó y me ordenó que lo despertase. Dijo que le habían llamado de la sección de Inteligencia del Departamento de Guerra y que convocaría una reunión para usted en dos horas, si está dispuesto a cancelar el desayuno del Senado sobre la legislación bancaria.

Roosevelt utilizó sus poderosos brazos para adoptar una posición vertical, apoyándose en las almohadas, y su mayordomo le ayudó a colocarlas bien detrás de su espalda.

—¿El general Marshall dijo si el embajador peruano conocía el objetivo?

—El general dijo que el embajador no estaba seguro —respondió el edecán—, pero cree que se trata de Pearl Harbor.

Los almirantes, los generales y los consejeros civiles estaban sentados detrás de Roosevelt y veían la silueta de su grande e inconfundible cabeza justo sobre el alto respaldo de su silla de ruedas, mientras parpadeaba el reflejo de la pantalla delante de él. La cinta era en blanco y negro y sin sonido, incluso más espasmódica que las primeras películas de cine mudo, y mostraba un puerto japonés, con sus muelles casi del todo vacíos.

Un almirante hablaba por encima del crujido del proyector:

—Nuestro oficial de Inteligencia Naval en Tokio filmó esto en secreto, confirmando que la flota japonesa ha zarpado... hacia algún lugar. No podemos localizarla, porque no captamos su radio. Podrían estar llevando a

cabo simples maniobras o preparando un ataque importante. Me parece que el ataque es inevitable. La cuestión es dónde, ¿y cómo?

Cuando la cinta llegó a su fin y golpeó sobre el carrito del proyector, el almirante inclinó la cabeza hacia las luces de arriba; cuando se encendieron, todos los presentes en la sala se encogieron; nadie había dormido demasiado la noche anterior.

El almirante se dirigió hacia un caballete para mostrar aviones de reconocimiento saliendo en todas direcciones desde todas las bases americanas en el Pacífico; era un experto en reuniones militares, y le encantaban los soportes visuales.

—Seguimos enviando aviones de reconocimiento en vectores más amplios, pero no conseguimos nada. —Se detuvo un momento para dar tiempo al Presidente de asimilar el gráfico, aunque era muy sencillo, y empezó a descubrir el siguiente mientras decía:

—Hemos enviado barcos a las zonas siguientes...

Roosevelt ya había tenido suficiente e intervino:

—Acaban de desaparecer dos divisiones enteras de portaaviones japoneses y no las encontramos, ¿correcto?

—Sí, señor Presidente, y nosotros...

—Soy consciente que la Marina hace todo lo que puede, almirante. Sigamos. Dígame dónde cree que están.

—Sí, señor Presidente. —El almirante mostró rápidamente los tres carteles siguientes, como si de repente se hubiese enfadado con los edecanes que los habían preparado, hasta encontrar un enorme mapa sin relieves del océano Pacífico.

—Entre América y el lejano Este se hallan las rutas marítimas donde los vientos y las corrientes facilitan la navegación —dijo señalándolas con un puntero—. Mucho más arriba se encuentra la ruta del norte, entre Canadá y Rusia. Entre estas dos hay algo que llamamos el mar Libre. Si yo estuviese en el lugar de los japoneses, enviaría allí una fuerza expedicionaria. Podría esconderse toda la masa terrestre asiática en el mar Libre y nadie se enteraría.

—¿Así que dónde aparecen y atacan? —preguntó el Presidente.

—Ése es el problema, señor Presidente. La última información de la Inteligencia diplomática sugiere Hawai, pero como ya sabe hemos recibido avisos para todo objetivo concebible, y la verdad es que desde el mar Libre los japoneses podrían atacar cualquier lugar que desearan. Las Filipinas, Borneo, Guam... —El almirante observó que el Presidente estaba perdiendo la paciencia—. El Capitán Thurman, de la inteligencia Naval, se ha centrado sólo en este problema, y tiene algo que contarnos.

Todos los reunidos miraron a Thurman; el almirante se sentó de prisa. Thurman no perdió el tiempo.

—Nuestro equipo de criptología ha roto hace poco los códigos de viento de los japoneses, que son para tráfico militar de alto nivel —dijo Thurman—. Hemos estado un tiempo desarrollando una teoría de la situación según nuestra información, y este mensaje reciente del embajador del Perú ayuda a confirmar nuestras sospechas. Creo que el objetivo es Pearl Harbor.

—¿Tiene pruebas sólidas? —preguntó uno de los generales.

—Si tuviese pruebas sólidas, ya estaríamos en guerra, señor —replicó Thurman.

Los ojos del general parpadearon, y el vicealmirante, al que había sorprendido la inclusión de Thurman en aquel equipo, sintió un estremecimiento y se quedó mirando un rincón alejado de la sala; no había duda de que Thurman era un hombre brillante y tampoco había duda de que su intelecto no incluía el saber político.

—¿Qué clase de pruebas tiene entonces, capitán? —preguntó el general.

Thurman sabía que se encontraba en un terreno pantanoso. ¿Cómo podía explicar los instintos a un hombre tan cerebral? —Miró al general directamente a los ojos y respondió:

—Nuestras máquinas de descodificación no muestran todas las palabras y tienen líneas confusas, así que para explicar las descodificaciones tenemos que interpretar lo que creemos que intentan comunicar.

—Interpretar. Quiere decir adivinar, ¿no es así? —replicó el general.

—Ellos utilizan su intuición basada en la información... —empezó a decir el almirante.

—Gracias, almirante, —le interrumpió Thurman—. Adivinamos. Nos basamos en detalles que pueden parecer insignificantes, y la lectura que

hacemos puede resultar paranoica. Es obvio que alguien tiene que salir para ver qué hay dentro. Y lo que yo veo es un golpe en Pearl Harbor. Es lo peor que puede suceder. Un ataque a Pearl podría devastar la capacidad para la guerra de nuestra flota del Pacífico.

—¿Así que quiere que movilizemos la fuerza militar del Pacífico al precio de millones de dólares, basándose en su curioso presentimiento? —dijo el general.

—No, señor —replicó el capitán Thurman—. Considero que mi trabajo es recoger e interpretar información, y que tomar decisiones difíciles, basadas en la información incompleta que ofrecen por mis miserables máquinas de descodificación, es asunto suyo.

Todos en la habitación se dieron cuenta entonces de que Roosevelt no había dicho nada, pero que estaba escuchando con atención. Se produjo un silencio, pero el Presidente siguió sin abrir la boca.

Al final, el almirante tomó la palabra de nuevo:

—Entonces tráiganos una información mejor para que podamos tomar una decisión mejor, capitán.

—Sí, señor —respondió el capitán Thurman.

Habría jurado que vio al presidente Roosevelt mover la cabeza, aprobando o desaprobando, de eso no estaba seguro. Después ni siquiera estuvo seguro de que hubiera movido la cabeza. Pero no había duda de que Roosevelt le había escuchado.

Los dos grupos de batalla de Yamamoto se encontraron en alta mar, justo en las coordenadas que habían planeado. Bajo el más estricto silencio de radio se reunieron para partir hacia Hawai.

Yamamoto estaba en el puente de su buque insignia mientras unos hombres encendían el código luminoso a cada barco para confirmar que todo iba bien. Seis portaaviones: *Akagi*, *Kaga*, *Soryu*, *Zuikaku*, *Hiryu*, *Shokaku*. Seis portaaviones, con un total de 441 aviones militares. En la expedición figuraban también dos acorazados, nueve destructores, tres cruceros y una flotilla entera de protección, aunque Yamamoto no esperaba encontrarse un solo barco durante el trayecto.

Se encontraban en el mar Libre. En esto, el Departamento de Guerra americano tenía razón.

En Pearl Harbor había 96 barcos americanos. Ocho acorazados, todos llamados con nombres de estados: *Arizona, California, Maryland, Nevada, Oklahoma, Pennsylvania, Tennessee, West Virginia*. Ocho cruceros, dos ligeros y seis pesados, llamados con nombres de ciudades: *New Orleans, San Francisco, St. Louis, Helena, Raleigh, Detroit, Honolulu, Phoenix*. Había también 35 destructores, llamados con nombres de hombres distinguidos de la Marina; cuatro submarinos, llamados con nombres de animales. Y minadores, hidroaviones auxiliares, barcos de reparación, barcos de prácticas. En los campos de aviación que rodeaban el puerto había cazas de guerra: P-40, P-36, P-26, F4F. Y bombarderos: SBD para acciones en picado, B-17 pesados, B-18 mixtos, A-20 ligeros. También hidroaviones de patrullas de reconocimiento PBY y aviones utilitarios, además de municiones, combustible, recambios, y almacenes para mantener en movimiento la impresionante fuerza militar.

Pero esta fuerza no estaba en movimiento. Buena parte se hallaba en reposo bajo el fuerte sol de Hawai.

Yamamoto iba a por la maquinaria militar. Le preocupaban sobre todo los portaaviones americanos... *Lexington, Saratoga, y Enterprise*. Tenían su base en Pearl Harbor, pero Yamamoto no podía tener la seguridad de que estarían allí cuando atacasen sus aviones.

Sin embargo, no había duda sobre los seres humanos. Miles de marineros, soldados, civiles. Hombres, mujeres y niños. Yamamoto sólo apuntaba a las instalaciones militares, pero conocía la frase de Shakespeare: «¡Grita destrucción! y desata los perros de la guerra». Una vez iniciado el ataque, moriría mucha gente.

En los siguientes meses y años, mucha gente recordaría a Yamamoto como sediento de sangre y cruel. Pero entre los señores de la guerra que dirigían Japón, muchos no lo considerarían lo bastante despiadado. Como estratega, estaba preparado para centrarse en la eliminación de los medios del enemigo para hacer la guerra, y eso es lo que iba a hacer. Sabía que moriría gente. Pero cuántos, y cómo se enfrentaría al hecho de sus muertes,

era una cuestión que él, como cualquier otro ser humano en su situación, sólo podía ofrecer a sus dioses.

***OceanofPDF.com***



En una base de observación en la isla de Oahu, tres cansados soldados asignados a la Inteligencia Militar estaban sentados junto a su equipo de control telefónico. Uno de ellos, un japonés-americano, tenía asignado el trabajo de radioescucha, y controlaba el tráfico telefónico en las islas de Hawai y Japón. Llevaba puestos unos auriculares y estaba sentado ante una consola desde la cual podía supervisar todas las líneas que cruzaban el Pacífico. Junto a él estaba el trazador, que se encargaba de la parte local de la ecuación; si el radioescucha captaba algo sospechoso que salía de las islas y se dirigía a Japón, el trazador podía detectar el lugar de la conversación en Hawai, justo hasta la dirección del teléfono local utilizado. El tercer hombre de su equipo era un supervisor de Inteligencia, cuya tarea consistía en decidir qué sospechas eran lo bastante importantes para transmitir las a través de la cadena de mandos.

El radioescucha, que siempre hablaba en voz baja a pesar de que su equipo impedía cualquier posibilidad de delatar su presencia en las líneas telefónicas, apartó de la oreja un casco del auricular y dijo:

—He captado algo en la línea tres. Dos hombres, que al parecer no se conocen. El de Japón pregunta si los portaaviones están amarrados.

El supervisor miró al trazador, que ya estaba trabajando, y de pronto dijo:

—Es un dentista. Su oficina se encuentra en... —Miró al supervisor—. Tiene vistas a Pearl Harbor.

El almirante Kimmel estaba en la silla del barbero, como hacía una vez por semana, cuando su edecán entró en el local y le preguntó al barbero si le importaba dejarlos solos un momento. El barbero salió por la puerta de

detrás bajo la sombra de una palmera, dejando al almirante y a su edecán solos en el local.

El edecán habló con seguridad, deprisa pero sin precipitarse.

—Almirante, una de nuestras emisoras de escucha ha captado una llamada entre un dentista local y alguien en Japón. El dentista no conocía al emisor; hablaba como si fuese un amigo de uno de los parientes del dentista, interesado en recibir información sobre el entorno local antes de decidirse a viajar a Hawai. Pero lo que preguntó en concreto fue la situación de los portaviones.

—¿Por qué se lo preguntaría a un dentista?

—Porque su consultorio tiene vistas a Pearl.

—¿Es un espía?

—Creemos que no, pero Inteligencia lo está comprobando. Dicen que creció aquí, pero que nació en Japón. Nuestra sección de escucha afirma que este tipo de conversación es frecuente; un amigo de un amigo, cualquiera vinculado por amistad o parentesco, llama desde el viejo país y pide información, y al que vive aquí le da la sensación de que sería grosero no facilitársela. Es la cuestión sobre los portaaviones lo que hizo sospechar a nuestros chicos; el emisor de Japón insistía en preguntar sobre los portaaviones. ¿Por qué el dentista no podía verlos? ¿Se habían desplazado? ¿Podían encontrarse en otra parte del puerto?

El almirante Kimmel se concedió un momento para reflexionar.

—Asumamos lo peor —dijo al fin—. Los japoneses quieren información sobre nuestros portaaviones hasta el punto de hacer llamadas temerarias. Su flota ha desaparecido. Están ahí fuera haciendo planes. Pero ¿cuál es su objetivo?

Al comprobar que esta vez la interrupción del almirante duraba más tiempo del habitual, el barbero decidió encender un cigarrillo.

Al no obtener respuesta de su edecán, Kimmel siguió preguntando:

—¿Y no tenemos ni la más remota idea de dónde se puede encontrar su flota?

—No, almirante. También lo hemos comprobado con Washington, y no tienen nuevas noticias.

—¿Cuántos submarinos están patrullando, diecinueve?

—Exacto, señor.

—Diecinueve. Cubriendo medio mundo. —Kimmel hizo un gesto de contrariedad—. ¿Ha delegado el asunto del dentista al FBI?

—Sí, señor.

—Investigarán al dentista pero no encontrarán la flota japonesa.

—No, señor.

—Adelante —dijo Kimmel.

Cuando el barbero oyó cerrarse la puerta de delante, apagó el cigarrillo y siguió cortándole el pelo al almirante. Pero éste guardó silencio; incluso estaba más callado que de costumbre.

---

Era el mágico momento nocturno de las islas. Al desaparecer el sol, la temperatura del mar y de la tierra alcanzaba un equilibrio y los vientos se calmaban. Sólo soplaba una brisa que sacudía las secas frondas en las cimas de las altas palmeras, produciendo un suave y apacible crujido, como el primer juguete de un recién nacido.

Habían aparecido las estrellas como brillantes puntas de alfileres en una noche tan clara que las que se precipitaban —los meteoritos que ardían en la atmósfera invisible de la tierra— lucían la blanca gloria de los fuegos artificiales lanzándose hacia su muerte.

La figura que caminaba hacia el hospital base se había detenido y miraba al cielo de la noche justo en el momento en que una de aquellas estrellas fugaces moría en su camino. Se preguntó si era un presagio.

Ese mismo pensamiento, su conciencia, lo mantuvo anclado sin moverse. Parecía que había pasado días sin pensar en nada; en realidad los pensamientos le habían pasado por la mente a tal velocidad que ninguno formaba parte de él, y se movía hacia delante como un animal, conducido por puro instinto hacia una guarida secreta donde podría recuperarse de sus heridas o morir. Ahora se encontraba aquí, deteniéndose por primera vez y experimentando el inquietante pensamiento de que las fuerzas que iban más allá de su propio control determinaban su destino. «¿Por qué pienso esto ahora?», se preguntaba. Nunca había sido demasiado supersticioso. Creía en

un dios justo, honesto y cariñoso, aunque sus maneras eran misteriosas para los descendientes de Adán y Eva. Pero la visión de una estrella fugaz, cayendo hasta su muerte mediante la mecánica de un universo en constante movimiento desde el principio de los tiempos tenía un desconcertante impacto en él. La estrella fugaz tenía su destino. ¿Cuál era el suyo? ¿Acaso tenía uno?

Este último pensamiento era incluso más confuso. ¿Tenía algún destino determinado, ya fuera determinado por el azar, ya por la divinidad? Y podía darle forma de algún modo, como siempre había hecho, porque estaba vivo y tenía oportunidades.

Ah, oportunidades. Ahora lo entendía. Lo relacionaba todo con la roca que se precipitaba en el espacio y moría por su falta de oportunidades, porque en ese momento se sentía del todo desprotegido.

Razonaba consigo mismo. «¡Estoy vivo! ¡Nunca he estado más vivo que ahora mismo!». Y sin embargo sabía que razonar de esa forma era un signo que se había convertido en algo menos que vivo, en sólo un eco de algo que ya no vivía, en un fantasma.

Cualquiera que lo viese habría sentido lo mismo. Se encontraba con una extraña quietud, y cuando volvió a moverse, forzándose a avanzar, parecía flotar en un silencio sinuoso, como alguien que hubiese visto mundos desconocidos para los mortales de la Tierra.

Se volvió a detener en la oscuridad de fuera del hospital.

Las luces estaban encendidas, y brillaba el blanco del interior. Dentro, más luminosa que el indiscreto blanco de las sábanas, estaba Evelyn, sola y hermosa, como una bailarina en una caja de música gigante.

Él se había quedado paralizado al ver a Evelyn a través de las ventanas.

A ella le resultaría difícil, si no imposible, poder ver fuera debido a la luminosidad deslumbrante del interior; de haber mirado por los vidrios de las ventanas habría visto su almidonada imagen reflejada. Si hubiese mirado a través del cristal esforzándose para distinguir qué había en el exterior, habría captado el perfil de su cofia de uniforme, o la silueta de su hombro.

Pero Evelyn no miraba fuera. Se movía como una máquina cumpliendo con su solitario trabajo en el hospital, intentando mantener la mente ocupada para no sufrir, aunque sin encontrar alivio. Incluso cuando el

hombre de fuera se acercó al cristal, Evelyn se dirigió hacia su escritorio de cara a las ventanas y se sentó.

En el escritorio, el reservado a la supervisora de las enfermeras, Evelyn retrasó el calendario hasta octubre, donde había escrito en la casilla de 22 de octubre «pedir provisiones». Fue en esa misma fecha cuando Danny la llevó a volar de noche sobre Pearl Harbor.

Con lentitud y deliberación, contó las semanas que habían pasado hasta aquel día, 6 de diciembre.

Fuera, en la oscuridad, Rafe —porque se trataba de Rafe— se acercó más a las ventanas.

Rafe no podía ver lo que había en el escritorio. No lo habría mirado aunque lo hubiera podido ver. Sólo la vio a ella.

Estaba allí, a sólo unos metros de ella, tocándola casi. Y aunque se sentía como un fantasma, sin sustancia, sin poder de movimiento, estaba muy vivo, y nunca sintió la vida en todo su deseo y desesperación más que ahora, al ver a Evelyn y acercarse a ella, quedándose sin aliento.

La vida. Ella significaba la vida para él. Y el amor. La vida y el amor. Para él, en ese momento, una cosa y la otra eran lo mismo. Y la razón no era un sueño sensiblero sino una realidad concreta. Su amor por Evelyn lo había mantenido vivo.

Y mientras por su mente cruzaban las imágenes de lo que había sufrido desde la última vez que la había visto, reflexionaba sobre ese hecho literal. Recordaba, recordaba con toda la inmediatez de las heridas todavía tiernas y sin curarse del todo, quitándose los arneses de su Spitfire, sentado erguido y lanzándose del avión en sus últimos metros de vuelo a través de la niebla que flotaba sobre el mar. Recordaba el loco instante, tan breve para el resto del mundo pero tan eterno para él, cuando parecía tener todo el tiempo del mundo para considerar si impactaría contra el agua en un ángulo lo bastante oblicuo como para rozar la superficie, o si caería en picado, con el mismo resultado repentino con el que una piedra choca contra una valla. Luego un destello cerebral cegador tras un impacto que no fue ni una cosa ni la otra, y el frío, el frío devastador, contra su piel abrasada.

Fue ese frío lo que en un primer momento le hizo saber que había sobrevivido al impacto, pero que moriría pronto. Y fue entonces cuando el

rostro de Evelyn apareció en su mente. Oyó su voz en los fragmentos de la carta que ella le había escrito.

Querido Rafe...

El frío recorría su cuerpo como una exhalación mientras se hundía. Se hallaba en su propio infierno, escondido entre la niebla, un capullo, un útero, un lugar donde el oleaje del mar helado parecía ofrecer el mismo confort que una cuna, brindando un sueño interminable. Luego se dio cuenta de que el resultado del impacto todavía estaba con él; sus pensamientos se sucedían libres de la realidad porque apenas tenía conciencia. Sus ropas de piloto habían perdido todas las bolsas de aire, su pesada cazadora de cuero estaba empapada de agua salada; Rafe se deslizaba bajo la superficie.

«Cada puesta de sol», oyó decir a Evelyn.

Mientras desde fuera del hospital contemplaba a Evelyn, sus pulmones luchaban por absorber aire, como seis semanas antes, en el mar del Norte. En vívidos destellos de memoria vio salir las burbujas de su boca buscando la superficie mientras su cuerpo se hundía. Si entonces oía algo era la voz de su propio deseo, gritando «¡Evelyn! ¡Evelyn!». Luchaba por volver a la superficie, respirando, quitándose los zapatos, la cazadora, los pantalones.

El esfuerzo lo había agotado. Intentaba pensar con claridad, serenamente, con lógica; pero cuando sus extremidades se negaban a moverse, no sabía si se trataba de fatiga o de una parálisis como consecuencia del frío. No tenía fuerzas para nadar, ¿y adónde nadaría aunque pudiese? Flota. «Mantente vivo, —pensó—. Evelyn».

Los pantalones se le salían por debajo de la superficie y consiguió tocar la tela con los dedos. Hizo nudos en los bajos del pantalón y en la cintura, dejando aire dentro de las perneras. Era un medio rudimentario para mantenerse a flote, pero le mantuvo vivo unos minutos más.

No sabía cuánto tiempo estuvo flotando. Durante un rato siguió vivo, inventándose una serie de pequeños pactos: «Sigue vivo un minuto más —se decía—, y luego puedes dejar de... lucha contra el dolor sólo un minuto más». Le temblaba el cuerpo, y los dientes le castañeteaban entre las doloridas mandíbulas. Después nada tembló, nada se movió, nada le dolió.

No tenía fuerzas ni voluntad de vivir. El rostro se le hundió en el agua... su cuerpo se separó del salvavidas improvisado, y lo que había sido Rafe McCawley se fue moviendo sin rumbo fijo bajo la superficie.

«... guardo calor en mi corazón —decía la voz de Evelyn dentro de él—, y te lo envío a ti...».

Oyó a Evelyn con tanta claridad que abrió los ojos para verla. Se encontró a sí mismo bajo la superficie del mar; no sabía a qué profundidad. Miró hacia arriba y vio unos resplandecientes rayos de luz procedentes de una fuente sobre la superficie; vio el rostro de Evelyn a través de los inquietos rayos que penetraban el agua. Ella lo contemplaba como él la había imaginado contemplando las puestas de sol de Hawai.

Sus extremidades cobraron vida y luchó para acceder a la luz, rompiendo la superficie. El mar estaba oscuro y vacío, pero agarró los pantalones con nudos, los volvió a hinchar y resistió... por vivir y por Evelyn.

Ahora Rafe observaba a Evelyn a través de la ventana; su carne, sus formas, su realidad, y se preguntaba: «¿todavía me ama? ¿Me ha amado alguna vez?».

Con esas dudas, otra imagen le apareció por la mente, su siguiente recuerdo la confusa y entumecida agonía —no podía llamarse de otra forma— para mantenerse con vida en el agua. Vio a hombres con gruesos abrigos, uniformes marinos, de pie a junto a él. Seguía tan mojado y tenía tanto frío que creía que se encontraba en el agua, pero sintió una palpitación bajo la espalda y se dio cuenta de que estaba tumbado en la cubierta de un barco que más tarde sabría que era un mercante noruego. Los tripulantes le hablaban en una lengua que no entendía; uno de ellos se le dirigió en alemán y otro en inglés, aunque a Rafe le costó bastante darse cuenta de que le hablaba en su lengua. Tenía los miembros rígidos y los labios helados, y se preguntaba si ya estaba muerto. Pero sentía un dolor cada vez más intenso en el pecho que se esparcía desde el corazón, bajo las sábanas con las que los marinos lo habían cubierto, e intentó pronunciar una palabra a través de su rígida mandíbula. El marino que le había hablado en inglés se inclinó hacia él y escuchó, y Rafe consiguió articular de nuevo la palabra,

aunque el otro no entendió nada. La palabra que pronunció Rafe fue «Evelyn».

Dentro del hospital base, Evelyn volvió a colocar el calendario en su lugar sobre el escritorio y puso en orden los lápices y otros objetos, con el extraño cuidado de quien siente una pérdida de control sobre las cosas importantes de la vida y por ello se preocupa por las insignificancias.

Tomó su bolso, apagó las luces y salió a la noche.

Después de cerrar la puerta con llave y de dar varios pasos por el camino para dirigirse hacia los cuarteles, vio a alguien que estaba a varios metros entre las sombras, helado, como la figura de madera de un hombre. Era una forma que conocía, y en una postura que le era muy familiar.

Era Rafe.

El cuerpo de Evelyn perdió todo el peso. Se sentía flotar, volar, mientras el mundo se inclinaba sobre su eje y las estrellas giraban en torno de ella. Se desmayó.

Al verla caer, Rafe recuperó su habilidad para moverse y la agarró antes de que su rostro impactase contra el suelo.

Ella sintió la fuerza de sus brazos, su sólida realidad mientras él la protegía de su súbito desfallecimiento. Acercó sus dedos temblorosos a la mejilla de Rafe.

—Evelyn —dijo él.

Ella respiraba con dificultad. Rafe la ayudó a sentarse en el banco junto al camino y empezó a derramar palabras.

—No podía decírtelo con un telegrama, te tenía que ver cara a cara. Te observé a través de la ventana, y... y no conseguí... no conseguí poder mirarte a los ojos y preguntarme si todavía tenía alguna importancia.

—¿Cómo...? —consiguió decir—. ¿Cómo lograste...?

—¿Sobrevivir?

—Hizo una larga pausa, y a ella le pareció que estaba inseguro, que no sabía cómo contárselo todo. Pero luego, cuando Rafe volvió a hablar, simplificó la historia, aunque sin duda había sido una gran aventura. Evelyn quería conocer todos los detalles, pero no le interrumpía porque lo que más



deseaba era que su vida —que de repente había perdido toda la predicción que en su momento le había dado un sentido de la organización y el control — volviera a tener sentido.

Salté en la niebla —continuó por fin—. Los alemanes no me podían ver, pero los chicos de la RAF tampoco. Estaba nervioso, salí del avión antes de que impactase y fui a parar al agua, muy fría, por cierto... —Volvió a hacer una pausa, y ella tuvo la seguridad de que no era la falta de memoria lo que le hacía dudar; omitía algo—. No sé cuanto tiempo estuve en el agua... Dicen que en el agua sólo se puede sobrevivir un par de horas, pero creo que estuve más tiempo dentro. Me recogió un buque de carga noruego que se dirigía a España. Amarró en La Rota junto a un barco alemán, y me dijeron que me escondiera en la bodega. Tenía miedo de que me entregasen, así que robé algunas ropas, salté del barco y encontré una iglesia cuyo cura contactó con la clandestinidad y me consiguió un barco de mercancías para Nueva York. Primero llamé a mis amigos, y después al coronel Doolittle, que envió a un hombre para que me recogiera. Querían tomar informes. Le dije al coronel que primero necesitaba ver a alguien, que tenía uno asunto personal en Hawai, y me ofreció un vuelo de provisiones que salía al cabo de una hora. —Volvió a hacer una pausa, y la miró—. He hablado mucho, y tú no has dicho nada.

—Estoy... tan sorprendida, tan contenta de saber que estás bien. Porque estás bien, ¿verdad?

—Nada que no tenga remedio... creo.

Ella lo miró entonces con firmeza, con dolor en los ojos. Rafe, al ver aquel dolor, y habiendo implorado a la fuente seca de su alma una fértil reunión, sintió una horrible inquietud por todo el estómago. Ella desvió la mirada, y Rafe, incapaz de soportar el silencio, añadió:

—Eso es lo que me estaba preguntando mientras te observaba. Si... las heridas cicatrizarían, si... la distancia podría superarse, si importaría haberlo conseguido.

Evelyn se dio cuenta de lo que le preguntaba.

—Rafe, yo... —dijo buscando las palabras—. Ha sido todo muy distinto al estar tan segura de que habías muerto.

—Siento todo lo que has tenido que sufrir. Pero he vuelto. Vivo. Como te prometí.

Se odió por esta última parte que recordaba a Evelyn que le había prometido sobrevivir y volver con ella, como si a cambio ella hubiese hecho una promesa. Pero ¿no era así? No con palabras sino con los ojos, el contacto, su beso, aquellos silenciosos sonidos del corazón de Evelyn. ¿Podría recuperarla? ¿Cómo? ¿Era posible sentirse unido a alguien compartiendo la vida y el amor, sin que ella sintiese lo mismo que él? Rafe se daba cuenta de la aturdida mirada en el rostro de Evelyn, y añadió:

—Lo siento, creo que he asumido demasiadas cosas.

—No es eso... Rafe, yo...

—No pasa nada. Siempre he sido así. En lugar de ver cosas con los ojos las veo con las emociones. Me invento cosas que son reales en mi mente pero no en las de los demás. Soy demasiado dramático. Pero tú no tienes la culpa.

—Sí, es culpa mía. Las cartas que te escribí...

—No te preocupes por eso. Cuando un tipo está fuera de casa, solo, las chicas de buen corazón como tú intentan animarlo. —Se daba cuenta de que estaba hablando de más. ¿Qué intentaba recuperar? ¿El orgullo? No, algo que iba más allá del orgullo. La vida y el amor, el amor y la vida, la certeza de que ambas cosas son lo mismo.

—Rafe —dijo Evelyn—, no es que lo que te escribía no fuese cierto. Es que... creía que estabas muerto.

—No veo qué...

—Creía que lo estabas. Y ahora... Yo he... —Le costaba lo indecible contestarle lo ocurrido.

—¿Qué? —Rafe la miró, como indeciso, y luego soltó la pregunta que más temía—: ¿Has conocido a alguien?

Seguía sin poder decírselo, pero asintió con la cabeza y vio morir los ojos de Rafe.

Entonces alguien llamó:

—¡Rafe! ¡Estás vivo! —Era Danny, que se acercaba corriendo, con un telegrama en la mano—. Tus padres me han enviado un telegrama. Acaba

de llegar al cuartel. —Abrazó a Rafe con verdadera emoción. Pero al hacerlo sus ojos se iluminaron hacia Evelyn. Rafe captó la mirada.

El rostro de Rafe estaba nublado cuando se apartó de Danny, y esto contuvo la alegría de su compañero. Danny volvió a mirar a Evelyn, incapaz en ese momento de mirar a ninguno de los dos. Luego apareció otra expresión en los ojos de Danny, una inequívoca mirada de vergüenza.

Entonces Rafe lo supo todo.

—Oh, Dios mío —dijo—. Oh, Dios mío.

Casi al mismo tiempo, Evelyn y Danny pronunciaron su nombre:

—Rafe...

Rafe levantó una mano, haciéndolos callar, y se alejó de ellos.

***OceanofPDF.com***

Rafe contemplaba las oscuras aguas de Pearl Harbor. Las estrellas seguían brillando encima de él pero no sentía ninguna conexión con ellas, ningún vínculo con nada que tuviese que ver con la vida ni con el amor. Dos cosas, la misma cosa, ambas tan muertas como el meteorito que había visto antes, cayendo hasta desaparecer.

Le pareció que el agua había aceptado el alma de la estrella fugaz, pero no la había preservado, igual que había sucedido con las cenizas de los últimos meteoritos caídos en su superficie, cuya alma atesoraba. El mar engullía su esencia en una eterna oscuridad, como el alma de Rafe McCawley, en otro tiempo piloto, ciudadano de Tennessee, amigo de... amante después de algo que no era real.

El problema era que el amor nunca había sido una ilusión para Rafe, nunca le había faltado la sustancia de la vida. Mientras se sentía tan solo y destrozado como los pedazos en llamas del meteorito que había visto caer, la imagen del marinero noruego inclinado sobre su cuerpo congelado y medio ahogado, con las estrellas brillando sobre sus cabezas, volvió a iluminar su mente, y con esa imagen vino el susurro de aquella única palabra que había pronunciado:

—Evelyn.

Rafe, con la mirada fija en la oscuridad del mar despiadado, luchaba por enterrar lo más lejos posible el recuerdo de su amor para que nunca más pudiera sentirlo.

Ninguno de los dos pronunció palabra mientras se dirigían a la residencia de las enfermeras, pero al llegar a la puerta, Danny dijo:

—No te preocupes, lo encontraré. —La abrazó con fuerza y sinceridad, aunque el abrazo tenía un algo de culpa, atravesó rápidamente el césped rodeado de pequeñas palmeras, y salió a la carretera que conducía al cuartel. «Vuelve con sus amigos, —pensó Evelyn—. Necesita ayuda». Entonces lo sintió por Danny; ahora le dolía más su situación que antes, de camino a casa.

Al girarse hacia la puerta tropezó con Betty, que salía de trabajar en el peor turno del hospital.

—¡Evelyn! —exclamó Betty—. ¡Estás muy pálida! ¿Qué ocurre?

—Nada, es sólo... sólo una noticia. Rafe está vivo.

—El rostro infantil de Betty acusó el impacto, pero después apareció en sus ojos una mirada desconocida, mucho más madura y reflexiva de lo habitual.

—¡Oh, Evelyn! ¡Oh, Dios mío! —exclamó al ver el dolor reflejado en los ojos de su amiga.

Los P-40 de Hickham Field se hallaban agrupados, como polluelos en busca de calor bajo la bombilla del gallinero en una noche de invierno. De esta forma era más fácil proteger los aviones. Pero ninguno de los vigilantes del aeropuerto abordaría a un piloto americano con uniforme, y ninguno le dijo nada a Danny cuando se metió entre los aviones.

Danny encontró a Rafe en el grupo más alejado del hangar, sentado en la cabina abierta de un P-40. Rafe no reaccionó cuando Danny subió por el ala, y éste pensó: «Él sabía que lo encontraría. Me conoce lo suficiente como para saber que no pararía hasta encontrarlo». Sin embargo, dijo:

—Acostumbrabas a sentarte en el avión cuando estabas deprimido.

—¿Deprimido? —contestó Rafe—. ¿Tengo que estar deprimido?

—Vamos a tomar algo. Podemos hablar de ello. Es decir, si no tienes miedo de hacerlo.

Rafe lo miró directamente a los ojos.

El primero de los varios «volcanes» Mai-Tai impactó en la mesa de madera con un fuerte golpe. Rafe miró la lava esculpida rodeada de flores tropicales que contenía el líquido rosa, y frunció el ceño.

—Me parece una bebida un poco cursi —dijo.

—Bebe y luego hablamos.

Rafe concentró su mirada en Danny, y luego aceptó el reto y dio un largo sorbo con una paja que sobresalía del líquido.

Bebieron durante un buen rato sin hablarse. Había momentos en que el silencio era angustioso, pero ninguno de los dos quería ser el primero en romper el hielo. Al final, Rafe arrojó su paja en el potente Mai-Tai como un pescador lanzando su arpón en un lago auténtico, se volvió a sentar en su silla y gritó al camarero:

—¡Cuatro cervezas! —Miró a Danny y añadió—: Ya no bebo más agua sucia de ésta.

—¿Cuatro cervezas? —replicó Danny—. Estás hecho un gran bebedor.

—No tanto. Una es para ti.

Una enorme camarera de Samoa les trajo las cuatro cervezas, y mientras las colocaba sobre la mesa se abrió la puerta del bar y entró a raudales el ambiente de carnaval del centro de Oahu, junto con Billy, Anthony y Red. Danny los había estado esperando; cuando les pidió ayuda para encontrar a Rafe, les dijo que fuesen allí si no daba resultado la búsqueda en los clubes de la base y en otros antros. Ahora intentaba comunicarles con un sutil movimiento de cabeza que se alejaran, pero su emoción al ver a Rafe era demasiado grande; se precipitaron hacia él, dándole palmadas en la espalda, pasándole la mano por el pelo, gritando «¡estás vivo, hijo de puta! ¡Estás vivo!».

Dos horas más tarde se encontraban con su tercer volcán Mai-Tai. Rafe utilizaba botellas de cerveza vacías como cazas para demostrar las tácticas de combate sobre el canal de la Mancha.

—Los alemanes irán por debajo de tu avión porque sus aviones son más rápidos. Luego saldrán disparados para que no puedas alcanzarlos —mostró el movimiento con el baile de una botella, gesticulando con las manos, y con un maravilloso sentido del espacio y de la posición, incluso estando

borracho—. Pero después volverán y te pillarán por detrás... como algunos americanos.

Rafe dejó sobre la mesa las botellas vacías y miró desafiante a Danny. Se produjo un tenso silencio.

—Quizás deberíamos dejaros hablar solos —dijo Billy por fin.

—¡No, tranquilo, tranquilo! —replicó Rafe en voz alta—. Traedle a Danny una copa de whisky... auténtico, tipo Tennessee.

Pero Billy optó por llevarse a Red y Anthony a otra parte del bar, donde encontraron taburetes entre la multitud de marinos.

—¿Tienes algo que decir? —preguntó desafiante Danny.

—Tenemos que discutir algunos hechos —contestó Rafe.

—¿Sí? ¿Qué hechos?

—Sé que cualquier tipo la amaría —empezó Rafe—. No me resulta difícil de entender. No puedo culparte por lo que ha ocurrido. Creías que estaba muerto, ella estaba deprimida y tú intentabas ayudarla.

—¿Deprimida? —replicó Danny—. ¡Estaba destrozada, Rafe! ¡Los dos lo estábamos! Lo que nos unió fue que tanto ella como yo te apreciábamos... aunque ahora te resulte difícil de creer.

—Sí, claro, os preocupabais por mí, y por eso os enrollasteis. —Los ojos de Danny encontraron los de Rafe—. De todos modos tú no lo sabías.

—¿Qué dices? —se precipitó Danny.

—Digo que ahora ya lo sabes, así que ha llegado el momento que te vayas a la mierda.

Billy, Red y Anthony, no podían oír la discusión entre Rafe y Danny debido al ruido del bar y a la música hawaiana que soltaba la radio, pero captaron la expresión de Danny, como si hubiera recibido un impacto en plena cara.

—Me pediste que cuidara de ella —dijo Danny muy serio.

—Cuidarla. ¡No que te aprovecharas!

—¿Aprovecharme? —Danny apretaba las mandíbulas, tratando de contener su ira—. Eres un borracho de mierda —continuó—. Siempre lo has sido. El alcohol te trastoca el cerebro.

—¿Me trastoca el cerebro? ¿Es ésta una forma pedante de llamarme estúpido?

Danny se agarró a los bordes de la mesa para no estrangularlo.

—¡Tú la dejaste! ¡La dejaste para luchar en una guerra de otro!

Rafe miró atrás como una serpiente venenosa, encantado de verle furioso. Luego dijo con calma:

—No sabía cuánto la quería hasta que agonizaba, y su rostro fue la última cosa que me pasó por la mente.

Danny se sintió afectado por aquellas palabras porque sabía que eran ciertas... pero él no podía cambiar las cosas.

—Bien, me quedé —dijo—. Me quedé y las cosas cambiaron. Me costará tiempo acostumbrarme.

Rafe se levantó, como si estuviera de acuerdo. Luego dijo:

—Acostúmbrate a esto.

De un soberbio puñetazo lo derribó al suelo pegajoso. Danny se quedó con los pies entre la silla tumbada y se limpió la sangre de la comisura de los labios.

—Si quieres pelea, la tendrás.

Rafe apartó la silla con el pie. Danny le soltó entonces una patada en la parte detrás de la rodilla y luego le propinó otra en el pecho mientras caía. La pelea estaba servida.

El gorila del bar, un samoano novio de la camarera, tenía los puños grandes y duros como cocos. Pero no tuvo la oportunidad de utilizarlos. Cuando se movió de detrás de la barra, Anthony le interceptó.

—Déjalos que se peleen —dijo—. Lo necesitan.

El gorila apartó a Anthony de un solo manotazo, pero antes de que pudiera avanzar un paso más, Red había roto un volcán de lava de Mai-Tai en el cráneo del gorila.

El barman agarró el teléfono y llamó a la policía militar.

Rafe y Danny seguían intercambiando puñetazos, rodeados por otros militares que les habían hecho espacio. Los marineros que estaban sentados habían girado los taburetes para ver el espectáculo, y animaban indistintamente a los dos contendientes, a cada puñetazo que soltaban. Billy, Red y Anthony hacían un gesto de dolor a cada golpe de sus amigos, y se agitaban y retorcían como si fueran ellos los que se peleaban. Un marinero



que estaba junto a Billy le tocó el brazo y le preguntó si era una lucha particular o podía participar cualquiera.

Billy, al límite de su ansiedad y adrenalina, le soltó un directo en la mejilla derecha, y de repente todo el bar estalló en una reyerta.

Rafe y Danny seguían tan enfrascados en lo suyo que no sentían ningún dolor. Después de levantarse para intercambiar más golpes, volvieron a caer al suelo, y se agarraron mutuamente los brazos como si se los quisieran arrancar. Cuando Danny intentaba levantarse de nuevo, Rafe le soltó un rodillazo en la ingle que le hizo doblarse de dolor.

—¿Te ha dolido? —dijo Rafe—. Perdona, no creía que tuvieses nada entre las piernas.

Danny se lanzó hacia Rafe sin mirar, lo agarró por la cintura y lo arrastró hacia la pared. Pero se equivocó de dirección y fueron a caer a través de una ventana a la acera de gravilla del callejón. Allí permanecieron momentáneamente aturridos entre los restos de la ventana hasta que vieron llegar los jeeps de la policía militar. Entonces consiguieron ponerse en pie, ayudándose mutuamente, y se fueron corriendo.

Dentro del bar, la música hawaiana seguía sonando en la radio como si tal cosa.

La mayoría de días del año, la emisora de radio KGMB cerraba su emisión a las 11 de la noche y no reanudaba su actividad hasta la mañana siguiente, pero entre el 6 y el 7 de diciembre de 1941, continuaba emitiendo sin interrupciones, y la intención oculta de aquella decisión era ayudar a los militares de Estados Unidos. Esa misma noche, una escuadrilla de bombarderos B-17 viajaba desde tierra firme a través del inmenso Pacífico hacia el pequeño punto de Hawai, y la música que sonaba de la emisora de radio de Oahu servía de radiofaro secreto para traer a los grandes pájaros a casa. Los bombarderos americanos no llevaban explosivos ni municiones e incluso habían sido despojados de sus cañones para ahorrar peso para el duro viaje, y dentro de sus aparatos, los tripulantes estaban sintonizados con la música hawaiana y la escuchaban con gratitud mientras los conducía hacia lugar seguro.

Justo al mismo tiempo, 280 kilómetros al norte de Hawai, la enorme escuadra japonesa retumbaba a través de la oscuridad del mar Libre, con las proas de los grandes barcos surcando las aguas hostiles. Y en el puente de su buque insignia, el portaaviones *Akagi*, donde el almirante Yamamoto escuchaba música hawaiana que sus tripulantes utilizaban para que les guiase al centro mismo de las fuerzas americanas en el Pacífico, Pearl Harbor.

Yamamoto, como cualquier mando militar que mereciese sus botones de metal y galones de oro, estaba rabiosamente alerta, no sólo para ver si la operación se desarrollaba según los planes previstos sino por si surgía cualquier contingencia imprevista, pues él sabía mejor que nadie en el mundo, que el éxito de su plan dependía del factor sorpresa. La potencia de fuego de los americanos en Pearl Harbor era mucho mayor que la que Yamamoto hubiese podido llevar consigo, y si le esperaban con la artillería preparada y apuntando hacia el cielo, con los aviones en el aire, los acorazados echando humo y los bombarderos a la búsqueda del ataque japonés para convertir a los cazadores en cazados, entonces la operación podría resultar un desastre increíble para la nación del ilustre militar. Estaba en su puente de mando, oyendo la música hawaiana, y pensó: «Si los americanos sospechan algo de nuestro ataque, la radio nos lo revelará».

Cuando el reloj en el mamparo gris sobre la radio indicó la medianoche, uno de los oficiales de navegación arrancó una página del calendario e hizo una entrada de su posición en el diario del *Agaki*.

Era el 7 de noviembre de 1941; la fecha que Franklin D. Roosevelt estaba destinado a declarar que viviría en la infamia.

Yamamoto no podía perder el tiempo pensando en el significado que tomaría esa fecha. Su gran preocupación en ese momento era una rápida detección de su ataque, y el mayor peligro se centraba en los submarinos que el Alto Mando Japonés había acordado incluir en la operación. Varios miembros del consejo de guerra habían aceptado el plan de Yamamoto porque estaban seguros de su éxito, pero los líderes navales habían objetado que sus barcos sólo iban a utilizarse como un medio de transporte para

aviones pero no iban a participar directamente; de hecho, el plan lo evitaba totalmente, y los hombres de la Marina, ya acostumbrados a quejarse de Yamamoto, decían que su estrategia trataba sus barcos de guerra como simples transbordadores. Nadie discutía sin embargo la brillantez y simplicidad del plan, y el consejo acordó un compromiso, ordenando que los submarinos se acercasen y penetraran en Pearl Harbor... antes de que llegasen los aviones. Yamamoto se opuso a ello, y señaló que si se descubrían los submarinos, cosa que consideraba probable, pondría en peligro toda la ofensiva. Pero su objeción fue rechazada. No había guerra sin política.

Yamamoto miró su reloj. En ese momento los submarinos estarían llegando a Pearl Harbor.

El destructor americano *Selfridge* estaba patrullando fuera de la boca de Pearl Harbor. Desde el puente de barco varios vigías rastreaban con prismáticos las aguas oscuras. Uno de ellos le pidió de pronto a un compañero que observase con sus prismáticos en un punto que le indicaba.

Dentro de la sala de control del *Selfridge*, el oficial de vigilancia recibió a través de sus auriculares un informe desde el puente.

—Señor —le transmitió al capitán—, los vigías nos avisan que han visto algo, dos puntos a estribor.

El operador de sonar, sentado muy cerca, los miró y asintió; su equipo también había detectado un gran objeto en movimiento en aquella dirección.

—¿Muy grande? —preguntó el capitán al operador de sonar.

Intentó hacer una lectura mejor y negó con la cabeza.

—Ahora lo he perdido.

—Es probable que sea un pez calderón —dijo el capitán—. Se parecen a los submarinos.

Justo detrás del *Selfridge*, había otro destructor americano, el *Ralph Talbot*, que también patrullaba por las mismas aguas. Sus vigías localizaban

lo mismo que el *Selfridge*. El capitán del *Ralph Talbot* estaba en el puente de su barco cuando su oficial de servicio se le acercó y le dijo:

—Señor, el *Selfridge* ha informado de un contacto, y luego lo ha perdido. Ahora nuestro sonar informa del contacto.

El capitán miró hacia el *Selfridge*, luego enfocó los prismáticos hacia el agua, donde indicaba el oficial de servicio. Vio algo oscuro y negro deslizándose bajo la superficie. Reaccionó al instante, agarró el interfono y llamó.

—¡Sala de radio! Atención al *Selfridge*. Comuniquen al comandante de escuadra que hemos detectado un submarino y pedimos permiso para carga de profundidad.

Volvió a mirar la forma negra que pasaba a unos metros de ellos. Estados Unidos tenía sus propios submarinos patrullando por el Pacífico, pero ninguno de ellos intentaría desplazarse sumergido justo en la bocana de Pearl Harbor, y había órdenes terminantes de que los destructores hundiesen cualquier barco que violase aquellas aguas protegidas.

—Estamos a ocho kilómetros de Pearl Harbor y está penetrando en la zona de seguridad —dijo el capitán a su oficial de servicio—. Preparen un ataque de emergencia.

El interfono cobró vida con una llamada de la sala de radio:

—Señor, el comandante de escuadra del *Selfridge* niega el permiso.

El Capitán del *Ralph Talbot* no daba crédito a sus oídos.

—¿Cómo dice? —replicó.

—Niega el permiso, señor —confirmó la sala de radio—. Dice que es un pez negro.

El capitán se tragó su frustración y cerró el interfono. Pero le dijo al oficial de servicio mientras observaban desaparecer la figura hacia Pearl Harbor:

—Si es un pez negro, lleva un motor incorporado en el culo.

Danny conducía por las carreteras secundarias de las colinas de Oahu, lejos de la gente y del tráfico, con su Buick descapotado al aire fresco. Había comprado el coche a un capitán de las Fuerzas Aéreas que a la

mañana siguiente regresaba en avión al continente. El coche era viejo pero estaba immaculado, y el capitán se lo vendió con un apretón de manos y le dijo que le enviara el dinero cuando lo tuviera, y que él mandaría los papeles.

En cierto modo era el primer coche que Danny tenía en propiedad, comprado con la primera esperanza de que él y Evelyn podrían vivir juntos para siempre. El coche de alguien que va a convertirse en alguien, había pensado Danny. Pero ahora, con Rafe a su lado, las narices, los nudillos, las barbillas y las espinillas de los dos hombres molidos por la reciente pelea, a Danny le desesperaba no poder conducir de nuevo con un sentimiento de celebración.

Rafe había permanecido callado desde que dejaron el bar, pero cuando descendían de la colina dijo con toda naturalidad:

—Ha sido un viaje agradable.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? —replicó Danny, conteniendo la ira.

Rafe giró lentamente la cabeza, miró hacia el asiento de atrás como si admirase la tapicería, se volvió a girar como si contemplase el salpicadero, asomó la cabeza como si examinase los parachoques... y empezó a vomitar. Danny pisó el freno y el coche derrapó hasta detenerse.

Danny lo acompañó a la cuneta y esperó a que se le pasaran las náuseas. Se frotó el rostro, lleno de frustración y sintió las contusiones de su pelea con Rafe; estaba convencido de que por la mañana le dolería la cabeza.

Rafe intentó enderezarse, pero volvió a sentir arcadas y se dobló hacia delante.

—¿Cómo es que no vomitas tú también? —preguntó entre vómito y vómito.

—Creo que ya estoy acostumbrado —contestó Danny.

—¿A los Mai-Tai? —balbuceó Rafe, preguntándose en su desgracia cómo alguien podría acostumbrarse a aquello.

—A las ganas de vomitar. Me he sentido así de mal desde que volviste a casa.

A Rafe le habían desaparecido las náuseas, pero seguía doblado hasta la cintura, con las manos sobre las rodillas.

—Bienvenido a casa —dijo con amargura.

—Eh —soltó Danny—, basta ya. Rafe... eres la única familia que tengo. La única familia que realmente he tenido. Cuando te fuiste, me quedé solo, más solo que nunca. Igual que ella —hizo una pausa—. Tú y yo somos parte el uno del otro. Y ahora Evelyn es parte de los dos.

—Cállate ya, ¿vale? Me estás poniendo más enfermo.

—No la culpes a ella, Rafe. No es lo que piensas. Evelyn te quiere. Lo sé —Rafe parecía que no escuchaba, pero Danny sabía que no era así, y añadió—. Y sé que siempre te querrá.

Rafe se irguió para mirar a Danny; sabía que para Danny eso era difícil de decir.

Los ojos de Danny estaban húmedos de emoción. Necesitaba el perdón de Rafe, necesitaba que entendiera lo lejos que estaba de querer traicionar a un amigo.

—Parte de lo que ella aprecia de mí —dijo con tono casi implorante— es lo que de tu persona ve en mi alma. Le dije eso, Rafe.

—¡Qué tierno! ¿Es así como la conmueves?

Danny le soltó un puñetazo en el estómago. Rafe se dobló, tosiendo, sin nada más que liberar del vientre. Danny esperó, satisfecho de ver el dolor de su amigo, contento de haberlo golpeado.

Rafe se irguió muy despacio, asintiendo como si se considerara merecedor del puñetazo. Danny estaba a punto de disculparse cuando, por segunda vez esa noche, Rafe le dio con la rodilla en la entrepierna. Danny se dobló, cayó de rodillas y fue entonces él quien se puso a vomitar.

—Eso está mejor —dijo Rafe.

Rafe se arrastró hasta el asiento de detrás del coche y perdió el conocimiento, con Danny echando las entrañas en la cuneta.

En las tormentosas aguas del norte de Hawai, la flota del almirante Yamamoto se posicionaba para su ataque, justo antes de amanecer.

Otro destructor americano, el *Ward*, surcaba las aguas, de vuelta a puerto después de una noche patrullando. Su capitán estaba en el puente y los vigías todavía escudriñaban el mar. Uno de ellos vio algo y lo comunicó al capitán.

—Señor, ¿ve eso, en nuestra estela?

El capitán miró con los prismáticos en la estela, detrás del barco, y vio algo pequeño y negro.

Es una torrecilla —dijo.

—¿Puede ser una de las nuestras? —preguntó un oficial que estaba junto a él.

—Intenta seguirnos a través de las redes de los submarinos para entrar en el puerto. Vamos a hundir a ese hijo de puta.

La tripulación del *Ward* respondió a sus órdenes con gran eficiencia, girando el cañón de la cubierta y disparando a la torrecilla expuesta del arco sumergido en su estela. Era el primer disparo de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial.

Falló. El explosivo pasó por encima de la torrecilla y detonó sin causar daños.

Dentro del submarino japonés, el subcomandante observaba el *Ward* por su periscopio, y cuando vio salir una llamarada de la cubierta del destructor se dio cuenta que le estaban disparando y gritó la orden de inmersión.

Pero el segundo proyectil del *Ward* no falló. Dio de lleno en el submarino, destrozándolo como un hacha contra una lata. El submarino dio una sacudida y giró sobre sí mismo.

Desde el puente de mando, el capitán del *Ward* dio otra orden mientras contemplaba cómo se hundía el submarino:

—Radio Pearl. Aquí destructor *Ward*. Hemos disparado y hundido un submarino enemigo que intentaba entrar en Pearl Harbor.

Habían empezado a desaparecer las estrellas, y el cielo presentaba un tono gris. Durante la noche, las tripulaciones japonesas habían cargado los aviones con bombas y torpedos, y ahora los estaban colocando en posición.

Bajo la cubierta, los jóvenes que pilotarían esos aviones en el ataque se preparaban espiritualmente para lo que estaban a punto de hacer. Algunos se sentaban delante de capillas personales, rezando plegarias particulares. Algunos escribían poemas sobre la muerte. Otros escribían poemas a sus esposas, novias, familias.

Un piloto, demasiado joven para tener hijos y demasiado tímido para tener novia, se sentó y escribió estas palabras:

*Querido padre:*

*Ahora voy a cumplir con mi misión y mi destino. Espero que traiga honor a nuestra familia, y si precisa de mi vida la sacrificaré orgulloso de ser un buen servidor de nuestra nación y un hijo digno.*

En el puente de mando del *Akagi*, Yamamoto observaba por las ventanillas la cubierta del portaaviones. El personal de cubierta formaba hileras perfectas y permanecían atentas mientras la guardia de honor izaba la bandera japonesa en el cielo del amanecer. La insignia del Sol Naciente ondeaba con orgullo y fuerza en el viento. Mientras los hombres guardaban un escrupuloso silencio, Yamamoto se preguntaba si se habría apoderado de ellos la emoción del momento o si permanecían en silencio por el temor a un caos impredecible al que iban a lanzarse. «¡Grita destrucción! y desata los perros de la guerra». Pero los hombres no estaban serenos, tan sólo lo bastante disciplinados como para contener su emoción por un momento. Mientras la bandera del Japón Imperial ondeaba al viento, y los gallardetes



de batalla de la flota se elevaban para bailar junto a ella, los marineros gritaban.

Sonaban silbidos, rugían las órdenes, cantaba el viento, todo eran gritos a la acción. La cubierta era un torbellino de actividad, y aunque Yamamoto tenía la autoridad de dar cualquier orden que estimase oportuna en cualquier momento, tenía la sensación que no estaba en sus manos el poder para dar forma a los acontecimientos. No podía detener el impulso del momento... ¿y quién querría hacerlo? Los indicadores, las alas impecables, las ruedas engrasadas, las superficies relucientes, todo estaba dispuesto en la cubierta. Los pilotos, con cintas en la cabeza del Sol Naciente, corrían hacia sus aviones y subían a las cabinas. Las hélices giraban y los motores se ponían en marcha. El personal de cubierta sacaba las cuñas de debajo de las ruedas de los aviones. Estaban preparados para despegar.

Un oficial de cubierta miró arriba hacia Yamamoto, esperando su señal. Cuando Yamamoto saludó, el oficial hizo señales a los primeros aviones. El primero de los aparatos japoneses empezó a rodar. Y una vez más los marineros saludaron a aquellos hombres que ya habían elegido como los héroes de su nación.

Una persona aficionada a la historia podría valorar los sucesos de aquella mañana, desde la distancia del tiempo, y argumentar que las siguientes horas fueron lo más significativo del siglo xx, y es posible que del xxi, ya que vieron el arranque de una guerra que cambiaría el mundo.

Pero este argumento es poco riguroso. ¿Cómo puede aislarse un momento sin los muchos otros que condujeron a él, o la infinita cadena de respuestas que lo siguieron? Es evidente que no hubo ningún momento aislado. Todos los instantes fueron el presente para aquellos que los vivieron en Pearl Harbor y los vieron desde su propia perspectiva.

En una nueva instalación de radar en la isla de Oahu, un oficial y un soldado bostezaban frente a su equipo. Tenían órdenes de operar hasta las siete, pero puesto que la tecnología era nueva y sus hombres querían más

preparación, el oficial le había otorgado al soldado unos minutos más con la pantalla, aunque ya pasaba de la hora. Cuando el soldado dijo: «¿Qué es esto? Hay niebla», ni él ni el oficial se alarmaron demasiado. Era de día, ya no estaban en la primera línea de defensa, y el equipo era tan poco familiar para todo el mundo que nadie confiaba aún en el nuevo artilugio.

El oficial se movió hacia un lado, dejando los papeles que había rellenado, y observó la pantalla. Al principio pensó que el soldado había manoseado los controles y borrado la pantalla. Pero pronto vio que la pantalla no proyectaba un borrón ambiguo. Había evidentes interferencias en el radar que penetraban del noreste, tantas que parecían una nube.

—Nunca había visto nada igual —dijo el oficial, y descolgó el teléfono. El soldado dio unos golpecitos en la pantalla, y luego hizo lo propio en los lados, pero las interferencias no desaparecían.

Encima, en el mando de vigilancia, otro oficial del ejército respondió al teléfono. Escuchó el informe de la emisora del radar, y preguntó:

—¿De dónde procede? —Escuchó la respuesta, cubrió el receptor con la mano (se habían dado órdenes a todas las unidades de inteligencia de guardar la información, dividiéndola en categorías, para frustrar las actividades de espionaje de los japoneses) e informó al comandante de vigilancia:

—La emisora del radar ha localizado una nube de interferencias procedentes del noreste.

El comandante de vigilancia encendió la radio de su escritorio y sintonizó la KGMB. Le tranquilizó oír la emisión de música hawaiana. Asintió con la cabeza y dijo:

—Están en marcha muy pronto. Eso significa que tenemos un vuelo de B-17 entrando desde el continente. Utilizan la música de la radio como radiofaro buscador. No lo comunique por telegrama, y diga a los chicos del radar que no se preocupen por nada.

—De acuerdo, señor —dijo consternado el oficial de la emisora del radar. Colgó el teléfono y comunicó al soldado:

—Dicen que no nos preocupemos.

La emisora del radar no sabía nada del tranquilo vuelo de los bombarderos que venían del continente, y el mando de vigilancia no se daba

cuenta de que había demasiadas interferencias en la pantalla del radar como para que la fuerza de los aviones que se acercaban fuese de los americanos.

Una de las interferencias que aparecía en el radar americano era un bombardero ligero japonés con una tripulación de tres hombres. Los aviones eran robustos y compactos, pintados con un color de arena que los hacía más invisibles en el cielo sobre el Pacífico. Uno de los tripulantes hacía la función de navegante, y su trabajo lo facilitaba la música hawaiana que venía de su radio, sintonizada con una emisora comercial de Oahu que los hacía penetrar como un radiofaro buscador. El piloto del bombardero japonés miró a su izquierda y vio cómo el sol salía por el horizonte, proyectando rayos en todas las direcciones, recordando la bandera japonesa. Lo consideró un bello presagio, y así se lo hizo saber a sus amigos.

El primer avión que despegó de las cubiertas japonesas en la luz previa al amanecer había sido un aparato de reconocimiento. El avión japonés que no había sido detectado entre el pacífico tráfico aéreo civil de aquel domingo por la mañana, volaba en aquel momento sobre Pearl Harbor y retransmitía a la flota japonesa:

—Harbor en calma. Barcos en su sitio. —A esta excelente noticia, el piloto de reconocimiento añadió dos palabras no muy reconfortantes:

—Portaviones fuera del puerto.

Cuando Yamamoto recibió este mensaje descodificado, lo leyó en silencio y luego le dijo a su estado mayor:

—Hemos logrado el factor sorpresa, pero sus portaaviones no están en el puerto. Esto no me gusta.

Se trataba de un eufemismo: la ausencia de los tres portaaviones americanos amarrados en Pearl Harbor preocupaba lo indecible a Yamamoto. Los otros barcos americanos estaban allí, apiñados y esperando delante del furioso tigre de su agrupación de batalla como la carne cruda... o el cebo. Yamamoto no tenía ni idea de dónde se podrían encontrar los portaaviones americanos. ¿Estarían de reconocimiento y esperando para

atacar? Una vez enviados sus aviones a Pearl Harbor, si los americanos lo encontraban podrían hundirle sus portaaviones, y entonces también perdería todos sus aviones...

En realidad, los portaaviones americanos se hallaban a cientos de kilómetros. Uno estaba de maniobras. Los otros dos se habían dirigido hacia Midway, sospechando que si se producía un ataque japonés, tendría lugar lejos de Pearl Harbor.

La posibilidad de hacer regresar a sus aviones apareció en la mente de Yamamoto, pero hacía horas que los submarinos habían iniciado sus incursiones, y aun en el caso de que los americanos todavía no estuviesen alarmados por ninguno de ellos, su descubrimiento resultaba inevitable y cuando se produjera desaparecería toda posibilidad de sorpresa. Era ahora o nunca.

Genda, el comandante de la Aviación, sabía lo que pensaba Yamamoto, y lo tranquilizó:

—Tenemos un caza en la pantalla, en caso de que nos ataquen.

—Hay que seguir adelante. Es nuestro momento —añadió Yamamoto.

Ya había 190 aviones de guerra japoneses invadiendo los cielos del paraíso, no muy lejos de Pearl Harbor.

Esa mañana el almirante Kimmel había salido temprano de casa, anticipando una partida de golf con sus amigos y colegas oficiales. Estaba a punto de salir al bello sol radiante cuando sonó el teléfono:

—Almirante, —le informó un miembro de su servicio—, uno de nuestros destructores informa que ha disparado y hundido un submarino enemigo que intentaba entrar en Pearl Harbor.

—Envíe la noticia a Washington —ordenó Kimmel de inmediato—, y...

Pero antes de terminar la frase ya estaba deteniéndose un jeep delante de su casa, preparado para llevarlo al cuartel general.

En Washington, D. C., en los sótanos del centro de Inteligencia Naval, un mecanógrafo de dieciocho años se enfrentaba a un descodificador.

Thurman estaba detrás, con el cinturón en las costillas. Cuando Thurman estaba tenso, siempre se subía los pantalones.

—¿Eres nuevo con esta máquina, muchacho? —preguntó.

—Sí, señor, muy nuevo y muy nervioso, señor —contestó el mecanógrafo.

Thurman respiró profundamente intentando reforzar su paciencia y observó las palabras descodificadas que salían de la máquina: INÚTIL MÁS CHARLAS SOBRE PAZ...

Era demasiado para Thurman. Agarró el teléfono, una línea directa al piso superior, y dijo sin formalidades:

—¡Hemos recibido un mensaje japonés que parece una declaración de guerra! Estoy aquí abajo intentando salvar al mundo libre y vosotros me enviáis un descodificador con granos y sin experiencia. Necesito ayuda... AHORA mismo. ¡Gracias!

En su fuero interno, Thurman sabía que ya era demasiado tarde. Pero intentó tranquilizarse recordando que en algún momento de su vida, sus instintos habían sido equivocados. Pero no podía recordar en qué momento había sido.

Cuando llegó a su oficina, el almirante Kimmel recibió los últimos comunicados de un edecán que ya los había leído.

—Inteligencia Naval ha interceptado una transmisión de Tokio a la embajada japonesa en Washington, dándoles órdenes de quemar todos los documentos secretos y destruir sus máquinas descodificadoras.

—¿El Departamento de Guerra ha enviado la alarma? —preguntó Kimmel a su edecán.

—No, señor.

No era una declaración de guerra, por supuesto, pero ningún oficial profesional podría oír aquella noticia sin llegar a la conclusión de que los japoneses esperaban la guerra. Y puede discutirse si el almirante Kimmel o sus colegas en Washington debían de haber esperado lo mismo. Pero, desde luego, los mensajes enviados desde Washington no podían considerarse

alarmantes; cuando Kimmel los leyó, las bombas ya habían empezado a caer.

Cuando la primera escuadrilla de aviones japoneses divisaron de cerca Pearl Harbor, aceleraron, fueron perdiendo altura y se lanzaron en picado al ataque.

El puerto estaba tranquilo. Era una apacible mañana de domingo y la mayoría de marinos, soldados y civiles en Oahu y sus alrededores se encontraban todavía soñolientos en sus camas. Se acercaban las navidades, y adornos de colores rojos y verdes colgaban de árboles cargados de aromáticas frutas tropicales. Los niños se vestían de pastores, y los Reyes Magos y los ángeles se amontonaban en coches familiares para llegar temprano a la iglesia y prepararse para la Navidad. En las viviendas militares, los oficiales salían a los porches en camiseta y pantalones cortos para recoger el periódico de la mañana.

En las cubiertas inferiores del acorazado *Arizona*, la banda del barco, que había ganado un concurso musical la noche anterior, se concedía un privilegio de dormir hasta entrada la mañana.

En el muelle principal, un joven corneta ensayaba nervioso para actuar por primera vez en la ceremonia de izar la bandera.

Dorie Miller fregaba el suelo de la cocina en el *West Virginia*. En la zona de comedor, un joven marinero se disponía a abrir un paquete que había recibido de su novia al volver a casa, y que no había abierto a la espera de un momento tranquilo en el cual aliviar la soledad y reforzar las esperanzas; desenvolvió el papel, recortado de una bolsa marrón, y descubrió que le había enviado una fotografía de ella y una cadena con un recordatorio. Se colgó la cadena alrededor del cuello, lleno de emoción.

En Washington, los ojos de Thurman se abrían cada vez más a medida que el teletipo marcaba las letras del mensaje interceptado de los japoneses y descodificaba: «Relaciones rotas... Hostilidades inminentes».

En las montañas que dominaban Pearl Harbor, los excursionistas y los campistas se habían sentido inquietos desde antes de que amaneciera por el silencio tenso, roto por un retumbo creciente que alguno de ellos pensó que

serían los dioses de Hawai sacudiendo la Tierra. Pero el ruido no procedía de Madame Pele, diosa de los terremotos y los volcanes; el cielo se llenó de repente de aviones japoneses, que pasaban por encima de sus cabezas. Había docenas y docenas de ellos, y todos se dirigían a Pearl Harbor.

En las aguas del puerto, los barcos americanos permanecían en silencio, con los motores fríos, las anclas firmes en la arena del fondo del mar.

Un kilómetro más allá, los aviones torpederos japoneses descendían hasta casi rozar las olas, y sus motores, al límite, rugían.

Mucho más arriba, formaciones de bombarderos japoneses se posicionaban para lanzar su carga mortífera.

En los aeródromos de Pearl Harbor, los aviones americanos yacían en grupos, como los barcos anclados, desarmados, desprevenidos, sin protección.

En su buque insignia, el almirante Yamamoto y su tripulación se agrupaban alrededor de los mapas de batalla, esperando información, y antes incluso de que les llegasen las noticias de las primeras explosiones, los marineros japoneses de debajo las cubiertas se estaban armando y llevando a la cubierta de vuelo la segunda tanda de aviones.

Unos minutos después de las ocho de la mañana, dos marineros se hallaban en la cubierta del *U. S. S. Oklahoma*, un orgulloso acorazado tan imponente como cualquiera de la flota. Compartían un cigarrillo y contemplaban el tranquilo puerto. Uno de ellos vio unos aviones —su mente sólo registró los primeros— que se dirigían directos hacia ellos rozando el agua.

—Mira eso —le indicó a su amigo.

—Otra vez el ejército —respondió el otro—. Practican con nosotros. —Algo cayó del avión en cabeza y colisionó en el agua sin hacer apenas ruido; el avión se ladeó, alejándose—. Prácticas de torpedos —dijo. Observaron la dirección del torpedo, una línea blanca que surcaba el agua hacia ellos—. Ahora escucha; oirás un pequeño ruido cuando golpee el lateral del barco.

Observaban sin alterarse y con una divertida curiosidad mientras el torpedo se precipitaba sobre el *Oklahoma*, bajo su línea de flotación. Una inmensa explosión lanzó un muro de agua de más de cincuenta metros sobre la cubierta, arrojando al mar a los marineros y a todo lo que no estaba firmemente sujeto.

El día era tan estupendo como las explosiones dentro y en los alrededores de Pearl Harbor. Algunos habitantes del centro de Oahu, a sólo unos kilómetros de distancia, oyeron pero no vieron nada, y siguieron sin enterarse del ataque hasta un buen rato después de que terminase.

***OceanofPDF.com***



Danny sintió el sol en la cara, y antes de abrir los ojos percibió su luminosidad, pero no fue la luz lo que le despertó. Un extraño ruido llenaba el aire. Era inusual y bastante fuera de lugar como para llegar a los niveles del subconsciente de su mente de piloto. Lo sacó de su estupor. Le picaban los ojos y se los frotó. Al abrirllos, —no sin un gesto de dolor— se encontró en el asiento delantero del Buick. Palpó a su alrededor para tomar conciencia de su situación y encontró su camisa rasgada y llena de sangre seca. Entonces recordó la pelea, lo recordó todo.

Miró en el asiento de atrás y vio a Rafe, que se despertaba en la misma condición. La diferencia entre ambos era que Rafe miraba el cielo con el rostro perplejo. Danny recordó entonces el retumbo que lo había despertado y también miró hacia arriba.

El ruido había ido en aumento, creciendo hasta una insoportable vibración, y la luz sobre el rostro de Danny empezó a reflejar destellos a medida que los objetos pasaban entre él y el sol. Era una masiva formación de aviones, mayor que cualquiera que hubiese visto Danny en los cielos de Hawai o en cualquier otro sitio.

Se cruzaron la mirada, buscando respuestas. ¿Cómo podía haber un vuelo de aviones con la base en Hawai sin que Danny lo supiera?

Entonces comprendieron lo que ocurría, en un momento que barrió sus dolores de cabeza, de los labios partidos y de los nudillos castigados. Rafe saltó al asiento delantero mientras Danny se colocaba detrás del volante, dispuesto a salir disparado con su Buick hacia la base.

En Washington, Thurman había leído la primera parte de otro mensaje secreto interceptado en su viaje entre Tokio y la embajada japonesa, y sabía,

incluso antes de que el resto fuese descifrado, que llegaba demasiado tarde.

La primera instrucción del mensaje era: PARA ENTREGARSE A LAS 13.00, HORA DEL ESTE. Thurman había mirado en vano el reloj. En Washington ya había dado la una.

Pretendía ser una declaración de guerra con el tiempo calculado. Para Thurman eso significaba sin duda que los actos de guerra tenían también una precisión temporal, y ya en marcha.

Consiguió un teléfono y llamó al almirante con más rango que conocía, y aunque lo hizo con precipitación y rozando el pánico, una voz interior le decía con tranquila resignación: «Demasiado tarde. Demasiado tarde. Demasiado tarde...».

Ese día el heroísmo tuvo muchas caras.

La guardia de honor estaba procediendo a izar la bandera en la popa del acorazado *Arizona* cuando los primeros cazas Zero, volando a 400 kilómetros por hora y a 25 metros del agua, empezaron a disparar contra el acorazado *Row*, barriendo las cubiertas con fuego de ametralladoras. Los marines terminaron la ceremonia, un acto sagrado para ellos, antes de correr hacia sus posiciones de ataque para contestar el fuego.

Un piloto desconocido de uno de los Zeros, mientras volaba a ras de suelo, muy cerca del puerto, en su carrera hacia el ataque, vio jugar a unos niños y les hizo un gesto inequívoco con la mano, para que huyeran de allí porque estaban en peligro.

Bajo las cubiertas del acorazado *West Virginia*, Dorie Miller estaba limpiando las bandejas del desayuno de los marineros blancos que acababan de comer, cuando notó que el barco temblaba; la fuerza de una explosión se transmitía a través de toda la estructura de acero del buque. El interfono dio señales de vida: «¡A sus puestos de combate! ¡A sus puestos de combate! ¡Esto no es una maniobra de prácticas!».

Los hombres corrieron hacia las escaleras, y el vaivén del barco debido al estallido de una segunda bomba los lanzó al suelo. Dorie se hallaba en el pie de la escalera cuando varios hombres le cayeron encima y lo derribaron.

Varios pisos encima, el capitán del *West Virginia*, Mervyn Bennion, corrió hacia el puente de mando, donde encontró la mayor parte de su tripulación herida en el suelo por la explosión de una bomba de 200 kilos.

—Tranquilos —fue su primera orden de guerra—. Avisad a la tripulación. ¡Que lleven a los heridos a enfermería!

El puente se partió en dos. Un trozo de metralla penetró en el estómago del capitán Mervyn Bennion y le dejó los intestinos al descubierto, aunque no perdió el conocimiento. Vio que el marinero a quien daba órdenes estaba destrozado. El capitán Bennion, apretando las manos en el estómago para mantener los órganos dentro del cuerpo, luchaba por mantenerse en pie y se preguntaba qué debía hacer a continuación para salvar a sus hombres y al barco.

Dorie Miller surgió de la cubierta principal de abajo a la luz del sol y vio carnicería y confusión en todas partes. Un oficial cubierto de sangre lo agarró por el hombro y gritó:

—¡Necesitamos camilleros en el puente!

Dorie corrió entre el fuego y el humo, hacia el puente. Se agarró a un pasamanos que llevaba hacia arriba, y subió las escaleras a saltos.

Llegó al puente de mando y vio a los marineros inclinados sobre el capitán sin intestinos, que todavía daba órdenes:

—Cobertura aérea. Iniciar el control de fuego. Los Zero japoneses seguían pasando como rayos por delante de las paredes quebradas del barco, disparando fuego de ametralladora, castigando el acero por todas partes mientras los americanos se amontonaban en el puente de mando. Dorie ayudaba a un marinero a levantar al capitán para llevarlo abajo.

Lo trasladaron entre los dos. Dorie agarraba las piernas de Bennion por detrás de las rodillas, y el marinero lo sujetaba con las manos por debajo de los hombros del capitán y sobre su pecho. El trajín del traslado le suponía una auténtica tortura. Dorie quería ser amable con el capitán, que seguía apretándose el estómago, pero no podía hacer nada excepto apretar los dientes y apresurarse, mientras las bombas explotaban en el *West Virginia* y en los barcos de alrededor, y los cascotes de hierro pasaban silbando a través del aire lleno de humo. Cuando llegaron a la escalera que conducía a las cubiertas inferiores y ya no podían llevar al capitán entre los dos, Dorie

cargó con él, usando una mano para aguantarse en pie mientras con la otra agarraba al Capitán como si se tratara de un muñeco de peluche. El marinero esperaba a Dorie en la cubierta para retirar la escalera, pero antes de que la cabeza de Dorie estuviese por debajo del nivel de la cubierta, el marinero recibió una ráfaga de ametralladora de otro Zero que le agujereó todo el cuerpo.

Mientras bajaba la escalera, Dorie no sentía el peso del cuerpo pero captaba su dolor.

Al llegar abajo, el capitán se sintió morir.

—Déjame aquí —le dijo Bennion secamente.

Dorie lo dejó donde le había indicado, al borde de la agonía:

—Localiza a mi oficial ejecutivo —consiguió decir— y comunícale que tiene el mando. Dile que ponga las calderas al máximo y que se asegure de que los cañones tienen munición suficiente...

No pudo acabar de dar la última orden. Dorie no consideró necesario tomarle el pulso, no hacía falta. Dejó con el máximo cuidado la cabeza del capitán en la cubierta, volvió corriendo hacia la escalera y la subió para enfrentarse al infierno.

Había fuego y humo en todas partes, incluso en el agua entre los barcos a causa del combustible que flotaba en la superficie. En las cubiertas había no sólo combustible, sino también sangre, gritos y confusión. Todo el mundo parecía correr tanto como podía, y sin embargo el tiempo se había estancado; los hombres corrían como si pisaran barro, y los Zero, zumbando a través del humo, con los cañones parpadeando luz, ofrecían una terrible elegancia. Las balas alcanzaban y derribaban a los hombres que corrían. Cuando Dorie logró encontrar al oficial ejecutivo, le gritó:

—¡El capitán dice que tome el mando! —El oficial asintió y siguió dando órdenes; había sido testigo de las heridas del capitán.

Entonces Dorie lo vio: un cañón antiaéreo desguarnecido porque los artilleros encargados de su manejo yacían junto al arma con los cuerpos acribillados. Dorie corrió hacia el cañón en medio de las balas que no cesaban. Vio que la cinta de municiones ya estaba cargada. Dorie Miller

apuntó con el cañón hacia los Zero que aparecían entre el humo negro, y empezó a disparar.

La avalancha de sucesos propició las crudas experiencias de unos hombres sorprendidos con la guardia baja por otros con una intensa planificación. Un artillero, en una de las cubiertas inferiores del acorazado *Pennsylvania*, acababa de tomar una ducha matutina cuando las explosiones de las bombas empezaron a sacudir el barco. El *Pennsylvania* yacía en dique seco, colgado sobre bloques sólidos debajo de su casco abierto, y se preguntó si el buque estaría a punto de desprenderse de sus soportes. Sabía que los torpedos no podrían alcanzarlos; tendrían que ser bombas japonesas, y el instinto de contraataque de todo guerrero eliminó cualquier otro pensamiento. Corrió hacia las escaleras y subió a la cubierta tan sólo con una toalla alrededor de la cintura.

Había empezado un servicio rutinario con su cañón antiaéreo el día anterior y lo había dejado sin asegurar la cubierta. Corrió hacia el cañón, arrancó la cubierta con violencia e introdujo un proyectil. Otros hombres de la tripulación se precipitaban en la cubierta, intentando buscar una forma de contraatacar, y le ofrecieron su ayuda. Sabía que lo único que tenía para disparar era munición de prácticas, proyectiles que explotarían como indicadores aéreos para localizar objetivos pero que no soltarían metralla. Pensaba no obstante, que si pudiese alcanzar uno de los Zero de frente, derribaría al muy hijo de puta. Disparó el primer proyectil y el retroceso del cañón le hizo caer la toalla. La recogió entre improperios. Mientras, sus compañeros volvían a cargar el cañón. No dejaban de disparar y a cada explosión a él se le caía la toalla, hasta que un marinero que lo observaba se quedó en paños menores para darle al artillero sus pantalones.

—Estoy harto de ver tu culo, —dijo, y siguió disparando.

En las cubiertas de los otros barcos se vivía la misma locura. Los artilleros encontraron las cajas de municiones cerradas, así que buscaron martillos y, expuestos al fuego de las ametralladoras, golpearon los cerrojos para abrirlas. Entonces descubrieron que las cajas estaban vacías. Los oficiales responsables de aportar orden al caos caían por todas partes como

moscas. Con la característica espontaneidad americana, los hombres de la tripulación organizaron relevos para subir las municiones hasta los cañones desde el almacén del barco.

El aire no sólo estaba vivo con balas y metralla sino con trozos de hierros que volaban a consecuencia de las explosiones de bombas y torpedos que destrozaban los barcos. Un marinero vio bajar un colega con las nalgas desgarradas; no consiguieron ver la parte del cuerpo que faltaba, pero el trozo de hierro del tamaño de una pelota de béisbol que lo había herido fue a parar a los pies del marinero. Lo guardó en una caja de zapatos, y cada vez que se volvían a ver a lo largo de sus vidas se lo enseñaba.

Los sobrevivientes guardarían extraños recuerdos como ése. También se acordarían de sus amigos destrozados delante de ellos, ardiendo ante sus ojos, gritando en desgarradoras agonías. No sólo verían esas imágenes en sus sueños sino también despiertos hasta el final de sus días. Y ellos eran los afortunados.

Evelyn había estado despierta toda la noche. El impacto del regreso de Rafe le había hecho perder el sentido del tiempo y le parecía que jamás podría volver a conciliar el sueño. Pasó muchas de las largas horas de la noche esperando fuera de la residencia de enfermeras a que Rafe, Danny, o ambos volvieran y le contasen el milagro que habían propiciado: cómo la felicidad y la paz podían emerger de la situación en la que los tres se encontraban. Era un milagro que no podía imaginar y por el que ni siquiera podía rezar; le parecía equivocado pedirle a Dios lo imposible, sobre todo porque ella misma se sentía responsable de la desesperanza.

Un par de horas antes de amanecer había vuelto a entrar en la residencia y se había tumbado en su litera, todavía con la ropa de la noche anterior puesta, y sin embargo más lejos que nunca de conseguir dormir. Cada momento de su vida —una vida que empezó en el momento que conoció a Rafe y que terminó cuando él y Danny la dejaron en la oscuridad de su interminable noche— aparecía una y otra vez en el techo mientras abría los ojos, o en el interior de sus párpados cuando se forzaba a cerrarlos.

Cuando salió el sol estaba sentada en el borde de la litera, con el diario abierto y la rosa de Rafe junto a la carta de Danny. No le preocupaba que Betty regresara de su turno y la sorprendiera en aquel estado; tenía deseos de hablar con ella y quizás encontrar algún consuelo, llorando sobre su hombro. Miró su reloj y vio que acababan de dar las ocho de la mañana. Betty volvería pronto.

Entonces Evelyn oyó un estruendo lejano. Primero pensó que era fuego de cañón naval; una ocasión, durante la celebración del 4 de julio, había oído los disparos de un acorazado naval en la base militar donde se había preparado. Pero ese ruido era más profundo, más prolongado. Y no cesaba. Se preguntó a quién se le ocurriría soltar cañonazos desde una embarcación, precisamente un domingo por la mañana. Miró por la ventana y vio nubes de humo que ascendían en el aire, y aunque nunca las había oído antes, tuvo la seguridad de que se trataba de bombas.

—Oh, Dios mío... ¡TODO EL MUNDO AL HOSPITAL! —gritó, y echó a correr de habitación en habitación, golpeando las puertas de sus compañeras enfermeras.

Mientras Bárbara y Sandra salían de la cama y agarraban sus ropas, Evelyn corrió hacia el hospital. Aviones para ella desconocidos —Zero japoneses— zumbaban sobre su cabeza y disparaban hacia la residencia de enfermeras, sin conseguir alcanzar el objetivo.

Oyó el ruido de las ametralladoras y el susurro de las balas en el aire; no sabía si la disparaban a ella, pero no podía estar más horrorizada. Disparaban. Llegó al hospital y se precipitó dentro, respirando con dificultad; encontró a tres enfermeras que acababan de llegar para el turno de día. La miraban impacientes, esperando que les dijera lo que debían hacer.

Evelyn se dirigió rápidamente al botiquín, y empezó a sacar cajas llenas de provisiones; Bárbara y Sandra aparecieron muy alarmadas en la puerta del fondo.

—¡Sacadlo todo! —gritó Evelyn, a todas las enfermeras—. Vendajes, material de sutura...

Fuera explotó una bomba, tan cerca que sacudió las paredes de madera del hospital.

—¡Se están acercando! —gritó Sandra, casi presa por el pánico.

Evelyn se detuvo y escuchó; hubo otra explosión de bomba en el exterior, incluso más cerca. Un terrible pensamiento le asaltó.

—¡Venid conmigo! —gritó.

Bárbara y Sandra la siguieron mientras cruzaba disparada el vestíbulo y entraba en la sala de recuperación donde cuatro hombres, víctimas de un accidente en jeep estaban tumbados con las piernas enyesadas y colgadas en el aire. Atrapados y desamparados en aquella sala, también habían oído las bombas y gritaban pidiendo ayuda. Evelyn fue corriendo al botiquín en busca de cuchillas de afeitar.

—¡Cortad las cuerdas! ¡Hay que alejarlos de las ventanas!

Evelyn saltó hacia la cama más cercana y cortó las cuerdas que sujetaban las piernas rotas de un hombre. Pese al dolor que le produjo el liberar las piernas del soporte, el hombre dio las gracias mientras ella lo sacaba de la cama y lo arrastraba hacia la pared más alejada de las ventanas.

Bárbara y Sandra la seguían, y un doctor con la misma idea que Evelyn apareció en la puerta con ayudantes que había conseguido y entre todos llevaron a los cuatro pacientes lejos de sus camas. Después colocaron colchones contra las ventanas mientras las bombas en el exterior parecían encaminarse hacia el hospital como un gigante invisible con huellas explosivas. Evelyn, las enfermeras, el doctor y los ayudantes utilizaron los colchones que sobraban para cubrir a los pacientes y cubrirse a sí mismos en el momento en que una bomba estallaba justo fuera del hospital, provocando grandes agujeros en las paredes y haciendo añicos las ventanas cegadas con los colchones.

Temieron que la siguiente bomba cayera justo sobre sus cabezas, pero afortunadamente no fue así.

—¿Estáis todos bien? —preguntó el doctor, levantando la cabeza.

Todos estaban bien, excepto alguien que tenía pequeños rasguños. Estaban vivos. «Gracias a Dios», oyó Evelyn susurrar al marinero que había trasladado para salvarlo, y vio que miraba el somier donde había descansado hacía tan sólo unos instantes. Atrapado en los muelles que habían sostenido el colchón, había un trozo considerable de metralla, todavía echando humo de su viaje explosivo de la bomba a la pared.



Una gran formación de bombarderos japoneses se acercaba a Pearl Harbor a 3500 metros. Yamamoto los había dispuesto a gran altura para que hubiese el máximo número de aviones sobre el objetivo en el menor tiempo, con una interferencia mínima de uno a otro, y sus bombarderos volaban justo donde se les había asignado.

Yamamoto era tan meticuloso en la planificación que los bombarderos japoneses tenían asignado un barco americano específico como objetivo. La identificación de los objetivos específicos iba a ser posible gracias a las muchas horas de prácticas estratégicas, tanto con fotografías aéreas como con barcos en miniatura flotando en la maqueta del puerto. El bombardero de uno de los aviones que volaba hacia el *Arizona* era bueno, muy bueno, pero ni en sus mejores sueños habría imaginado la precisión y la fortuna de la primera bomba que dejaría caer.

Al acercarse a los amarraderos, a través del visor de bombardeo los barcos parecían juguetes a sus pies. El bombardero iba identificando los otros buques que podía divisar: *West Virginia...*, *Oklahoma...* Era capaz de identificarlos a pesar de que algunos ya estaban ardiendo, pero le preocupaba que el humo cubriera el *Arizona*. En cuanto lo divisó a través de su visor de bombardeo, tiró de una palanca y soltó una enorme bomba de acero.

Mientras descendía la bomba, observaba el barco. Sabía que la pequeña hélice en la cola de la bomba giraba en el aire, activando el mecanismo de explosión en su interior. Contó los segundos y casi sintió su velocidad mientras caía cada vez más y más deprisa, con la espoleta preparada para retrasarse después del impacto inicial de modo que la fuerza de la caída hiciera penetrar los altos explosivos a través de las cubiertas superiores, provocando estragos en las entrañas del barco.

No vio el momento en que la bomba conectó con la madera de teca de la cubierta y la perforó; la óptica del visor de bombardeo no era tan buena. En una fracción de segundo la bomba atravesó una capa tras otra de la cubierta hasta el corazón del almacén del barco, donde reposaban 90 000 kilos de pólvora negra junto a las estanterías de los proyectiles de cañón.

La explosión produjo la muerte instantánea de cerca de 1200 hombres.

El bombardero japonés se preguntó por un momento si en realidad su bomba había fallado y se la había tragado el agua, sin detonar. Entonces, desde una altura de 3500 metros, vio volar por los aires al *Arizona*, con la eslora del barco rota y sus tripas arrancadas en un violento instante. Los hombres de la cubierta fueron lanzados a la capa de combustible de los otros barcos a la deriva que ya flotaba en el agua. El impacto envió toneladas de escombros al aire que caían con un efecto todavía más devastador para el *Arizona* y sus vecinos. El *West Virginia*, amarrado al lado y convertido ya en un caos de destrozos, sangre y llamas, recibió más daños; cañones de dieciséis pulgadas volaban como postes de teléfono y llovían fragmentos del *Arizona* tan grandes como caravanas.

***OceanofPDF.com***

Después de una noche de beber y alborotar, Red se levantó y fue al lavabo arrastrando los pies; dio contra la pared, retrocedió como un juguete con cuerda y se tambaleó a ciegas de nuevo hacia delante. Entró en el lavabo, donde soltó un río de orina interminable. Se quedó allí de pie, todavía más dormido que despierto, disfrutando del alivio de su vejiga. De pronto un retumbo penetró en su cerebro, y abrió un poco los ojos. A través de las hendiduras de la ventana sobre el retrete vio una nube de aviones japoneses que pasaban a toda velocidad.

Se frotó los ojos y volvió a mirar; los aviones bombardeaban los alejados hangares. Red orinó en la pared asustado, mientras intentaba meter de nuevo su miembro en los calzoncillos. Gritó a los chicos que dormían:

Mi... mi... mi... —Se golpeó la cara con las dos manos y luego hizo lo propio con los pies en el suelo...—. Mier... ¡Mierda! Mier...

No podía hablar, no podía despertarlos; lleno de frustración, consiguió soltar:

—¡¡Los japoooooneeses!! ¡¡Los japoooneses!!

Sonaba como la voz de un barítono en una ópera bufa. Sus amigos se pusieron en movimiento; Anthony, con un tremendo dolor de cabeza a consecuencia de la resaca, exclamó:

—¿Qué coño...?

Red señaló fuera e intentó decir algo, pero no consiguió pronunciar palabra. En ese momento se oyeron las explosiones y los pilotos saltaron de las camas.

Los soldados estaban desayunando en la sala de comedores de Hickham Field, cuando balas de ametralladora empezaron a impactar en las paredes.

Los hombres corrían hacia las puertas tan deprisa que quedaron bloqueados, como gente asustada en el incendio de un teatro; los soldados habrían conseguido salir si hubiesen tenido tiempo, pero no era el caso; una bomba cayó sobre el tejado de madera y mató a todo el mundo que se encontraba en el recinto.

Doscientos cincuenta kilómetros más allá, los bombarderos japoneses de baja altitud, con escoltas Zero, zumbaban cruzando el aeródromo, atacando los grupos de cazas americanos, escuadrillas enteras eliminadas con una sola bomba. Los mecánicos y los pilotos que corrían hacia sus aviones desesperados por poder contraatacar un enemigo aventajado, se encontraban atrapados en medio de las balas que caían sin descanso. Los hombres corrían en todas las direcciones, y los Zero los barrían con fuego de ametralladora. Era una carnicería.

Los hombres de la escuadrilla de Danny salieron arrastrándose a la luz del día, medio borrachos y medio vestidos. Los aviones japoneses pasaban disparados por encima de sus cabezas; el suelo parecía estar en erupción en todas partes. Los pilotos se precipitaban hacia sus propias líneas de vuelo. Habían llegado al asfaltado cuando los aviones americanos agrupados empezaron a explotar como una hilera de fichas de dominó. El impacto de una bomba derribó a todos los pilotos.

—¡Malditos japoneses! —gritó Billy. Miró alrededor y vio cañones antiaéreos en el campo, la mayoría desguarnecidos porque los hombres que debían manejarlos habían sido acribillados hasta la muerte mientras se dirigían a sus puestos.

—¡Vamos! —exclamó Billy, y echó a correr hacia un búnker de sacos de arena que protegía un cañón de 50 milímetros.

—¡Billy! —gritó Anthony, pero Billy seguía corriendo. Un río de balas de la ametralladora de un Zero lo rozaron, impactando en el asfaltado pero sin llegar a darle.

Casi había alcanzado el búnker cuando una bomba de acero cayó dando saltos en la pista. Hizo un ruido metálico al rebotar por delante de los pilotos caídos, y fue a chocar contra el costado del búnker justo en el momento en que llegaba Billy. La bomba se detuvo sin detonar. Billy

observaba con los ojos fuera de las órbitas y el corazón paralizado. Sus amigos, que lo veían desde cuarenta metros, se quedaron sin respiración.

—No ha estallado —se desahogó al fin Anthony.

Pero Billy oyó un sonido dentro de la bomba, una intermitencia metálica. Luego el sonido se detuvo y la bomba estalló, convirtiendo a Billy en un polvo de sangre.

Red, Anthony y los otros contemplaban ante sus ojos cómo se evaporaba su amigo, y su inocencia, como la de América, se fue para siempre en ese momento.

Danny cruzó la puerta principal con su Buick; los guardias se habían puesto a cubierto y disparaban con sus rifles a los aviones que pasaban por encima. Sin pisar en ningún momento el freno, Danny aceleró el Buick en el asfaltado, donde aún quedaban algunos aviones. Rafe saltó del automóvil antes de que se detuviera, con Danny detrás de él.

Echaron a correr hacia un grupo de cazas cerca del hangar, pero de pronto tanto éste como los aviones estallaban por las bombas. Rafe y Danny se lanzaron al suelo y vieron cómo las balas de ametralladora alcanzaban otros aviones en la línea de vuelo y agujereaban las paredes de los edificios principales, destrozando la torre de control.

—¡Tenemos que subir a un maldito avión! —exclamó Rafe, con los dientes apretados.

—¡De acuerdo! —contestó Danny a gritos, entre el ruido infernal. Se levantó y corrió junto a Rafe hacia otro grupo de aviones. Al acercarse a los aparatos, que estaban muy pegados unos a otros, una bomba estalló entre ellos, desintegrándolos con la explosión. De nuevo en el suelo, Danny y Rafe miraron alrededor, parecía que se estuviera produciendo la destrucción de todas las fuerzas aéreas americanas.

—¡Maldita sea! —exclamó Rafe furioso.

El alcance del ataque japonés les parecía evidente; los bombarderos enemigos cubrían el cielo, y los Zero rozaban en desbandada las copas de los árboles, ametrallando a los soldados que huían de los edificios por su cuenta, y haciéndolos caer como moscas.

—¡Vamos! —dijo de repente Danny y echó a correr de nuevo, seguido de Rafe.

Cuando alcanzó una cabina de teléfono, agarró el receptor y sacó una moneda del bolsillo del pantalón.

—¡¿Vas a telefonar?! —gritó Rafe.

Danny marcó el número. Rafe lo esperaba fuera, bailando al ritmo de las balas que barrían la zona, pensando que Danny se había vuelto loco hasta que le oyó gritar:

—¡Soy Walker! ¡Nos están atacando en Wheeler! ¡Llenad esos aviones de combustible y armadlos AHORA MISMO!

Danny colgó bruscamente el receptor y corrió hacia el coche. Rafe, en el absurdo de la batalla entró en la cabina para descolgar el receptor antes de que Danny lo agarrase para obligarlo a volver al Buick de inmediato. Detrás de ellos, la cabina de teléfono estalló en un torrente de balas de ametralladora de un Zero que pasaba en vuelo rasante.

Alcanzaron el descapotable y se metieron dentro.

—¿Adónde vamos? —gritó Rafe.

—Al aeródromo auxiliar en Haleiwa, a dieciocho kilómetros al norte.

—¿Qué hay allí?

—Dos P-40.

—De acuerdo.

Cuando los pilotos de los Zero vieron al Buick moverse, se lanzaron al ataque como un enjambre.

Danny conducía como un poseso entre la lluvia de balas, serpenteando con el Buick a toda velocidad.

En Pearl Harbor, el acorazado *Nevada* se había puesto en marcha, surcando las aguas del puerto erupcionadas con las bombas. Los marineros de los barcos de alrededor, sumergidos en las llamas, el miedo y la derrota, al ver moverse el *Nevada*, lo animaron con sus gritos.

El Capitán del *Nevada* luchaba desde el puente por salvar su barco, convencido de que si salían a mar abierto tenían posibilidades de combatir.

Pero el piloto en cabeza de la siguiente escuadrilla de aviones japoneses divisó el acorazado en marcha y envió a su escuadrilla tras él.

Aparecieron agrupados sobre las olas, soltando torpedos y bombas. El capitán del *Nevada*, notó cómo temblaba el barco al recibir el impacto de un torpedo bajo la línea de flotación.

—No lo conseguiremos —dijo a sus oficiales—. Y si vamos por aquí bloquearemos la bocana. —Examinó la orilla—. ¡Atraquemos allí! —Señaló el punto exacto donde podían amarrar el barco fuera de la ruta principal del puerto. Sus oficiales retransmitieron la orden al timonel, que hizo virar el barco pese a que las explosiones seguían destrozando el barco.

El *Nevada* se desvió de su ruta y se dirigió hacia tierra, incrustando la proa en la roca volcánica de la costa.

El impacto sacudió las calderas, a punto ya de reventar por la presión del vapor que impulsaba al enorme barco. Los chorros de vapor de las cañerías rotas escaldaron y cegaron a los fogoneros. Su jefe era un hombre llamado Dan Ross; sus hombres lo recuerdan gritando: «¡Todos fuera, ya me encargo yo de esto!». También recuerdan que obedecieron su orden, y se arrepienten de haberlo hecho tan deprisa. El humo y el vapor también cegaban a Ross, pero se quedó detrás y mantuvo funcionando las calderas, luchando para leer los indicadores y regular las válvulas para alimentar las armas y las bombas, para dar al *Nevada* unos minutos más de vida.

Sobre las cubiertas, el *Nevada* era como una bestia separada de su rebaño; los depredadores la rodeaban con torpedos y bombas. El ataque era frenético y caótico; un torpedo lanzado contra el barco no consiguió alcanzar el casco y cayó en la playa, estallando sobre una casa que quedó destrozada. Pero ninguna de las bombas parecía fallar; detonaban en toda la eslora del barco, sumergiendo toda la cubierta superior en llamas. Los marineros con el cuerpo ardiendo saltaban al agua y buscaban la orilla, como naufragios chamuscados de humanidad. Los doctores, el personal médico, todo el mundo que podría haber ayudado, también estaban quemados. Pero los hombres gritaban en la orilla y se dirigían al hospital.

Era el hospital donde trabajaba Evelyn.

En el infierno de los acorazados, el humo negro había convertido el día en noche. El número de aviones atacantes parecía interminable, y su estrategia implacable. Incluso la suerte estaba del lado de los japoneses. Los torpedos que impactaban contra un barco levantaban su casco con la explosión, permitiendo que la siguiente ola de torpedos avanzara por debajo e impactara en el siguiente barco amarrado detrás. Los acorazados americanos se balanceaban como columpios.

El *Oklahoma* ya estaba escorando, con la cubierta hecha astillas, y con cientos de marineros en las aguas oleaginosas, luchando por sacar sus cabezas a la superficie. De pronto otra ola de torpedos produjo enormes agujeros a lo largo de todo el casco.

Dentro del barco, las ensordecedoras detonaciones deformaron el casco y el agua penetró dentro; algunas puertas, en principio herméticas, no podían cerrarse en la castigada estructura; otras se cerraron sin poder abrirse como vías de escape. A medida que el barco se iba inclinando más y más, las escaleras verticales se transformaban en horizontales; los hombres buscaban desesperados cualquier salida imaginable, y a medida que avanzaban marineros destrozados por más detonaciones de bombas y torpedos.

En la dañada y ahora casi vertical cubierta, los marineros se deslizaban hacia el agua. Sin embargo, los marines en la cubierta disparaban a los aviones japoneses, algunos incluso con pistolas.

Pero el coraje no podía salvarlos, ni tampoco a su barco. El *Oklahoma*, con la misma masa que el *Titanic*, dio la vuelta sobre sí mismo, succionando hacia el fondo todo lo que tenía alrededor. Un sobreviviente, ya en el agua cuando volcó el barco, recordaría haber sido absorbido tan deprisa que perdió el cabello y fue arrastrado hasta la arena del fondo del puerto. Muchos hombres quedaron atrapados debajo del barco. Pero para otros, el contacto de la superestructura del *Oklahoma* con el fondo del puerto fue su salvación; las fuerzas líquidas cambiaron de dirección, y los hombres que habían sido propulsados a las profundidades fueron enviados después hacia la superficie, lanzados casi por completo fuera del agua antes de volver a enfrentarse con el combustible ardiendo. Algunos de los supervivientes empezaron a nadar hacia una lancha con motor que alejaba a



los hombres del naufragio; la lancha fue víctima de una bomba japonesa, y se convirtió en un geiser de escombros y trozos humanos. Los hombres en el agua infernal decidieron nadar en la dirección contraria.

Al menos tenían alguna opción. Muchos de sus compañeros —los que todavía no estaban muertos— se encontraban vivos y atrapados dentro del casco sumergido del *Oklahoma*.

El pequeño aeródromo auxiliar en Haleiwa se hallaba escondido entre las verdes colinas volcánicas de Oahu. La pista apenas estaba asfaltada, y la única construcción permanente —si es que a un semicírculo de metal ondulado sujeto a una base de cemento se le puede llamar permanente— era una especie de cobertizo. Aquella mañana, Earl Smith era el único hombre en la instalación. Consideraba aquel pequeño aeródromo, que tan sólo era un punto de mantenimiento militar, su propiedad personal, aunque aún sentía más apego por los dos cazas P-40 que allí había aparcados. Sentía por ellos unos lazos emocionales, como si fueran sus propios hijos. Los había cuidado con devoción, que en el caso de Earl quería decir que los maldecía de forma cariñosa.

Cuando estaba cargando la cinta de munición en los cañones de las alas de uno de los cazas, el Buick derrapó para detenerse sobre la hierba junto a la pista, y Danny y Rafe saltaron inmediatamente. Había agujeros de bala en el portaequipajes del Buick, y Earl maldijo entre dientes al descubrirlos.

—¿Están preparados? —preguntó Danny, acercándose corriendo.

—Siempre lo están —contestó Earl, ofendido. Entonces miró hacia arriba y soltó un juramento. Por primera vez vio la nube de Zero y de bombarderos a lo lejos. Earl, apartado de las instalaciones principales de Pearl Harbor y sus alrededores, no sabía lo que allí estaba ocurriendo y lo que en ese momento veía era la segunda ola de aviones japoneses avanzando en nuevos ángulos.

Earl colocó las cubiertas de la munición en su sitio.

—¡A por ellos! —dijo—. Pero que a los aviones no les pase nada.

—Gracias por tu preocupación, Earl —dijo Danny. Él y Rafe subieron a sus respectivas cabinas, y sobre sus cabezas vieron unos Zero que se

separaban del grupo principal y se dirigían hacia ellos.

Rafe estaba acostumbrado a los despegues de los Spitfires con el motor caliente, y se sintió frustrado al encontrarse con el motor frío de los P-40.

—¡Lo estás ahogando! —gritó Earl, mientras el motor renqueaba.

—¡Las bujías están sucias! —contestó Rafe.

Earl miró a Danny.

—¿Quién es este imbécil? —gritó, y añadió algo, pero sus palabras quedaron ahogadas por el ruido de los motores de Danny y Rafe, que por fin cobraron vida.

Dentro de las cabinas encendieron las radios y rodaron hasta el final de la pista, uno junto al otro. Podían ver los Zero cada vez más cerca, sin duda dirigiéndose hacia ellos. No había tiempo de seguir calentando los motores. Rafe aceleró su aparato y Danny fue tras él, avanzando con una lentitud agónica mientras los cañones de las alas de los Zero empezaban a iluminarse, y los P-40 pasaban entre el fuego enemigo y se elevaban en el cielo.

—¡Mantente a poca altura! —dijo con brusquedad por la radio, y echó hacia la izquierda, lejos de Danny, que se lanzó hacia la derecha, y los Zero se dividieron para perseguirlos.

Hubo un momento —no pudieron ser más de unos segundos, aunque fueron intensos— en que Rafe y Danny se sintieron unidos de nuevo, juntos otra vez sin que nada los pudiera separar. Estaban en sus aviones, cada uno consciente de la posición del otro, y de todo lo que ocurría dentro y fuera de sus cabinas. Sus almas estaban más próximas que nunca.

Y sentían acercarse los aviones japoneses.

Era la primera vez que Danny entraba en combate. En cambio Rafe tenía experiencia, y analizó lo que sucedía, no a nivel consciente, pero sí en sus entrañas, donde siempre vivía.

—Apuesto a que en Japón no echan insecticida a las cosechas —retransmitió.

Danny lo entendió al instante y siguió la táctica de Rafe mientras éste viraba bruscamente y usaba el cobertizo, las palmeras y las bajas colinas para sacarse de encima los Zero. Los pilotos japoneses eran hábiles y disciplinados, y sus ligeros y poderosos aviones estaban bien preparados

para los difíciles ataques aéreos, pero la técnica del insecticida de los P-40 era una sorpresa, con los aviones americanos rozando el suelo a menos de un metro, elevándose luego, ladeándose a derecha e izquierda. Los Zero, divididos en dos grupos para cazar a la pareja, se quedaron cerca y rociaron el aire con fuego de ametralladora, pero cuando el avión japonés en la cola de Rafe dio en las hojas de una palmera con la punta de una ala y giró sobre sí mismo hasta el suelo con una explosión instantánea, los otros se hicieron atrás lo suficiente como para que Rafe pudiese respirar y comunicarle a Danny:

—¿Cuántos te siguen?!

—¡Creo que cuatro! —respondió Danny, casi sin respiración—. ¿Y tú?

—No lo sé... —Volando a trescientos kilómetros por hora, y a veinte pies, hizo girar de forma majestuosa el avión para poder ver sobre el hombro y contar los aviones que le seguían. Al llegar a tres dejó de contar.

—¡Danny! —soltó—. Vamos a ver quién es más valiente.

Danny ladeó el avión, lejos de Rafe, sabiendo con exactitud lo que le insinuaba.

Los cuatro Zero detrás de Danny lo seguían confiados. Los motores Mitsubishi eran más potentes que los suyos, y los aviones más ligeros y maniobrables. Podían ganar altura a una velocidad muy superior a la de los aparatos americanos. La única ventaja mecánica de los P-40 era que podían picar más rápido pero ¿qué ventaja era ésa cuando estaban rozando la hierba de la cima de las colinas? El viraje de Danny fue brusco, pero los Zero podían superarlo si se daba el caso; cuando enderezó el vuelo habían perdido el contacto con los otros Zero, pero puesto que los aviones americanos se habían dividido, estaba claro que lo hacían desesperados para huir en cualquier posible dirección. Pero no huían. Los pilotos japoneses se desperdigaron para ampliar su campo de fuego, y aceleraron para cerrar el espacio entre ellos y los enemigos y eliminarlos del espacio.

Earl lo vio desde abajo, incluso antes que los japoneses: los dos P-40 precipitándose el uno contra el otro, como dos balas que apuntaran cada uno a la nariz del otro.

—¡Oh, mierda! —murmuró Earl—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Los P-40 parecían volar apuntando hacia las hélices del otro; los pilotos japoneses se dieron cuenta demasiado tarde de que volaban directamente hacia sus camaradas.

En el último momento, Rafe y Danny hicieron lo que habían practicado antes en Estados Unidos, dando un cuarto de vuelta en el aire a la derecha, y situando las panzas de los P-40 una frente a la otra.

Los japoneses tuvieron suerte; sólo dos de ellos chocaron en el aire, estallando en una doble bola de fuego.

Los otros se dispersaron, y después del impacto y alejados unos de otros, se dieron cuenta de que habían perdido los dos B-40 detrás de las colinas, y dejaron atrás el pequeño aeródromo para dirigirse hacia donde tenía lugar el principal ataque japonés.

Danny y Rafe volvieron a juntarse en el cielo abierto, y observaron la escuadrilla de Zero desde atrás mientras se alejaban. Los P-40 volaban tranquilamente, y hasta el momento no habían gastado municiones. Pero sólo hasta el momento.

Danny y Rafe intercambiaron las miradas. Ninguno de los dos sonreía. Ninguno de los dos fruncía el entrecejo. No mostraban ninguna emoción, pero sentían una extraña paz. Hasta entonces no había nada más que eso, lo que les unía era la batalla.

—¿Me oyes bien? —preguntó Rafe por la radio.

—Sí. Llámame si necesitas ayuda.

Rafe sonrió.

—Llevo medio depósito lleno —dijo—. ¿Y tú?

—Algo menos.

Danny disparó una corta ráfaga para comprobar si funcionaban sus cañones. Funcionaban. Rafe hizo lo mismo. Enfrente, en las alturas, vieron otra formación de aviones japoneses que se dirigía hacia Pearl.

—No hay problema para encontrar objetivos —comunicó Danny—. ¿Cómo quieres que los ataquemos?

—Están en formación de ataque. Atacaremos toda su línea.

Volvieron a intercambiar miradas.

—La tierra de los hombres libres —dijo Rafe.

—El hogar de los valientes —contestó Danny.



No había suficientes ambulancias en Oahu para ocuparse de todos los heridos.

Los camiones militares llevaban montones de gente al hospital. Algunos gritaban agonizantes, otros estaban inconscientes y sufrían lo indecible, algunos tenían pulso y otros no. En medio de todo aquel caos, a los desbordados enfermeros militares de los campos de aviación y de los barcos, a menudo les resultaba imposible decidir quién se salvaría y quién no tenía esperanzas. De modo que hicieron lo que pudieron con torniquetes y compresas y dejaron que fueran los médicos y las enfermeras quienes lo decidieran. Los heridos iban junto a los cadáveres; no fue una jornada agradable.

Evelyn trabajaba con actividad febril en la sala principal, como si fuera una agente de policía encargada del tráfico. Gritaba:

—¡Poned a los críticos en la sala uno y los estables en la dos! ¡Bárbara! ¡Llena todas las jeringuillas que encuentres con estimulantes y antibióticos!

Había momentos en los que nadie parecía oírla. La visión de cosas como la pata de un conejo salpicada de gotas de sangre que Sandra acababa de ver alrededor del cuello de un joven marinero que tenía medio rostro destrozado, dejaría a cualquier enfermera tan inmóvil como un reloj sin manillas. Las enfermeras, que por primera vez en su vida veían heridos de guerra, temblaban y se sentían impotentes al ver la enorme cantidad de hombres que llegaban terriblemente heridos. No sabían a cuál debían ayudar primero. Algunas, como Bárbara, corrían de un lado a otro desesperadas, distribuyendo jeringuillas.

En momentos como aquél Evelyn se daba cuenta de que estaba perdiendo el control de las enfermeras de las que era responsable y se sentía desbordada. Con todos aquellos gritos y confusión a su alrededor necesitaba

hacer algo, gritar algo para organizar algo..., pero ¿el qué? Vio a dos marineros que llegaban con un oficial en una camilla. La sangre formaba una mancha de color rojo intenso en medio de la parte delantera de color blanco del uniforme del oficial. Pero estaba consciente y se sostenía una compresa en el cuello. Los hombres del cuerpo militar, que no sabían dónde dejarlo, miraron a Evelyn:

—Déjenlo aquí —dijo.

Ellos lo dejaron en el suelo, a los pies de Evelyn. Ella se arrodilló y dijo:

—Vamos a ver...

El hombre la miraba fijamente. Estaba consciente pero no permitiría que ella le apartara la mano de la herida del cuello. Llevaba su nombre impreso encima del bolsillo de la camisa del uniforme, y Evelyn lo leyó a través de la mancha de sangre.

—Jackson... comandante Jackson. Déjeme ver. —El hombre retiró la compresa para mostrarle la herida a Evelyn, y la sangre manchó su delantal blanco almidonado. Era sangre arterial, de un rojo muy intenso. Evelyn observó la herida y se sintió como si fuera ella quien la tuviera, como si se tratara de un corte profundo en su alma. Sin pensarlo dos veces y reaccionando por instinto y por conocimientos, Evelyn deslizó su mano encima de la herida del cuello caliente de Jackson, buscó la arteria sangrante y tapó el agujero con el dedo. Miró fijamente al rostro del hombre agonizante y él le dedicó una mirada de súplica.

Evelyn empezó a respirar muy deprisa. No podía moverse, no sabía qué hacer. Las enfermeras gritaban, angustiadas por todos los cuerpos esparcidos a su alrededor. Pero algo en la superficialidad de la sangre de su mano desnuda, el pulso de la vida que todavía podía notar a través de la punta de su dedo en la herida, la ayudó a reaccionar.

—¡Doctor! —gritó—. ¡Doctor!

El médico que vio por encima de su hombro era un hombre joven que tampoco había visto nunca heridas de guerra, como les ocurría a las enfermeras. Evelyn echó mano de una fuerza interior y dijo con palabras claras y precisas.

—Es una arteria... responde a la presión... los bordes están limpios...

El médico se arrodilló junto al hombre herido y empezó a trabajar mientras Evelyn permanecía con el dedo en la herida.

—¡Bárbara! —gritó Evelyn—. ¡Dos bolsas de plasma! ¡Bárbara!

Bárbara se encontraba arrodillada en el suelo, junto al botiquín, recogiendo las jeringuillas que se le habían caído. Al oír a Evelyn sacó plasma del botiquín, pero también lo derramó.

—¡Escúchame! —exclamó Evelyn—. ¡ESCÚCHAME! —Por un momento, el ruido del hospital pareció menguar un poco. Incluso los hombres heridos parecían más tranquilos—. ¡Podemos hacerlo! —dijo Evelyn en un tono de voz elevado pero calmado—. ¡Sólo tienes que concentrarte en una sola cosa cada vez! —Todos regresaron a su trabajo, pero ahora las cosas no parecían tan desorganizadas—. Bárbara —dijo Evelyn con firmeza—, trae dos bolsas de plasma, vamos.

Bárbara empezó a concentrarse. Evelyn trabajaba en el centro del huracán que les había llevado a todos a una tormenta de horror y de muerte. Algo en el modo en que lo hacía, en el modo en que la miraba el hombre al que le estaba salvando la vida hizo que, por un instante, sintiera que tenía que ser, y que podía ser, un modelo de vida.

Todo era una locura.

Los B-17 que se aproximaban a Oahu tras catorce horas de vuelo desde el continente se vieron atacados por los Zero y no podían defenderse porque sus armas no estaban preparadas. Y los cazas no eran el único peligro: mientras sobrevolaban la isla, se inició un fuego antiaéreo a su alrededor. Los artilleros americanos que permanecían en tierra creían que todo lo que veían en el aire era japonés.

En la emisora de radio cuya señal había guiado tanto a los aviones americanos como a los japoneses hasta Pearl, un pinchadiscos recibía instrucciones para que dejara de poner música suave hawaiana para anunciar algo: «Todo el personal del Ejército, de la Marina y de la Infantería de Marina deben informar».

El general Walter C. Short era comandante de las fuerzas del Ejército americano en Hawai. Rodeado por sus asesores, que trabajaban para



movilizar a todas las fuerzas, emitió un escueto comunicado a Washington: «Las hostilidades con Japón han comenzado con un ataque aéreo sobre Pearl Harbor».

El presidente Roosevelt recibió las noticias en la Casa Blanca, donde estaba almorzando con su amigo y consejero, Harry Hopkins, que contestó al teléfono. Luego le pasó rápidamente el auricular al Presidente que escuchó y luego colgó el auricular, muy afectado.

—Los japoneses han atacado Pearl Harbor —le dijo a Hopkins.

—¡Dios mío! ¿Tenemos un cálculo aproximado de los daños?

Roosevelt le miró furioso. Hopkins había visto a Roosevelt enfadado, y no era divertido. Uno de sus consejeros le diría más adelante: «Cuando se enfada es capaz de decir cosas que pueden dar al traste para siempre con una relación». Hopkins supo que la furia que vio en el rostro de Roosevelt no iba dirigida a él, pero seguía siendo horrible.

—Nuestra Flota del Pacífico, anclada, ¿no está lista? —dijo Roosevelt—. Es terrible. Esto no ha terminado.

En los cielos del Pacífico, el teniente Shimazaki, al mando de la segunda ola de ataques, habló en un tono de voz tranquilo por su radio:

—Segunda ola, nos desplegaremos sobre las bases militares. Los bombarderos de alto nivel atacan las bases aéreas, los bombardeos en picado atacan los barcos en el puerto. Los cazas bombardean y se cubren.

Descendió el avión para el ataque.

A sus pies, el puerto era una masa de destrucción y de pánico. Se oían gritos por todas partes. Los hombres intentaban luchar contra el fuego y trasladar a los heridos. Mientras la siguiente ola de aviones japoneses atacaba, los barcos americanos más pequeños, desechados en el primer ataque, se convirtieron en objetivos. Una enorme explosión sacudió el destructor *Shaw*, y cuando otros buques auxiliares empezaban a iluminarse en el puerto, resultó evidente que ninguno se salvaría.

Aunque la resistencia americana seguía siendo esporádica y bastante ineficaz, mucho más molesto para los pilotos japoneses era el espeso humo negro que surgía de los barcos alcanzados y de las manchas de aceite en el agua. Un torpedo, cuyo piloto caía en picado, golpeó la superestructura de un acorazado en llamas y estalló.

Los marineros de la vorágine del terror y del desastre luchaban con todas sus fuerzas por sobrevivir. Los hombres atrapados en un barco en llamas utilizaron los cañones rotos de un arma naval de poco más de doce centímetros como puente para cruzar el barco menos dañado que había anclado junto a ellos. Otros se lanzaron al agua y nadaron entre la mancha de aceite utilizando los amplios movimientos de la braza para apartar las llamas de sus rostros mientras arrastraban sus cuerpos demasiado heridos para nadar por sí mismos.

El hospital, en otro tiempo un lugar inmaculado blanco como la nieve, perfectamente ordenado y lleno de camas luminosas y vacías, se había convertido en un horror teñido de rojo intenso. Había sangre por todas partes. Los colchones estaban tan empapados de sangre que goteaban hasta el suelo. Los charcos de sangre se unían con los riachuelos que ya corrían por el suelo procedentes de las heridas sangrantes de los hombres que permanecían tumbados en el suelo. Los soldados, los marinos y los civiles, malheridos y quemados, agonizantes, gritando de dolor, pidiendo ayuda... Y Evelyn, con el uniforme lleno de manchas de sangre, trabajando en medio de aquel caos. Al ver cómo a Sandra le temblaban las manos mientras intentaba administrarle una inyección intravenosa a un marino quemado, dijo:

—No busques la vena, clávala... ¡Y marca de algún modo los que ya han recibido morfina!

Sandra apretó los dientes y clavó la aguja en la carne ennegrecida. En el bolsillo del uniforme llevaba un lápiz especial que se utilizaba para los gráficos médicos. Lo sacó del bolsillo y preguntó:

—¿Dónde los marco?

—¡En la frente! —contestó Evelyn, mientras se preguntaba cuántos heridos ya habrían recibido sobredosis de morfina con todo aquel lío.

Sandra intentó hacer una marca en el rostro ennegrecido por el humo del marino; el lápiz resbaló por encima de la suave piel sucia y la marca apenas se distinguía. Evelyn buscó su bolso, vertió su contenido, tomó el lápiz de labios y escribió una M en la cabeza del paciente. Las demás enfermeras hicieron lo mismo.

En el vestíbulo, los médicos amputaban extremidades. Un médico veterano de la Marina dejó la sierra apoyada en la tibia de un marinero y gritó:

—¡Evelyn! Dame un torniquete.

Ella se dirigió al armario y descubrió que el material necesario para realizar un torniquete se había agotado.

—¡Necesito un torniquete! —repitió el médico. Ella se quitó las medias y se las entregó.

Los dos se miraron por un momento.

—Tienes que seleccionarlos —dijo el médico—. ¡Los están trayendo en camiones!

En el vestíbulo, ella se convirtió en la encargada de señalar quién necesitaba cuidados médicos inmediatos y quién podía esperar. En el exterior del hospital había un mundo surrealista de humo blanco, con marineros ennegrecidos por las quemaduras que salían de él, como si se tratara de zombis en busca de ayuda. Seguían llegando camiones, camiones militares e incluso civiles llenos de gente herida. Unos marinos jóvenes levantaban los cuerpos con mucho cuidado y los llevaban hasta la puerta del hospital. Una vez más, Evelyn tenía que armarse de valor. Se trataba de decisiones de vida o muerte. ¿No deberían tomarlas los médicos? ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no era capaz de...?

Evelyn intentó ahuyentar todos aquellos pensamientos y miró al primer marinero herido que llegó a la puerta: tenía el estómago lleno de vendas empapadas en sangre. Le puso la mano en el cuello y notó un pulso débil, pero tenía la piel fría. Estaba a punto de padecer un shock.

—¡Crítico! ¡Sala principal! —les dijo a los encargados de transportar a los heridos.

El siguiente era otro marinero agonizante, un chico muy joven que tenía el pecho lleno de heridas pero que seguía con los ojos abiertos, pidiendo ayuda. Evelyn le tocó el hombro, y lo único que se le ocurrió decirle fue:

—Todo irá bien.

El chico cerró los ojos y Evelyn se preguntó si ya habría muerto, pero no le volvió a tomar el pulso porque seguían llegando hombres heridos y apenas quedaba tiempo para mirarlos. Evelyn se levantó y le susurró al militar que había a un extremo de la camilla:

—Adminístrele morfina.

El joven militar había oído aquellas palabras en más de una ocasión aquel día. Llevó al marinero a una zona oscura del hospital y lo dejó con cuidado en el suelo, entre otros jóvenes que ya habían muerto. La parte más oscura del hospital ya empezaba a parecer un depósito de cadáveres al aire libre. Evelyn los miró mientras los trasladaban y pensó: «De modo que la guerra es así».

Lo primero que vio cuando al volverse hacia el siguiente cuerpo que llegaba por la puerta fue el uniforme de aviador, las alas en el pecho... y aquel pecho lleno de balas. Al piloto le habían disparado en el rostro. A Evelyn le fallaron las piernas. Dirigió la mirada hacia los distintivos de la manga del uniforme, y vio que eran exactamente iguales que los que llevaban Rafe y Danny. Evelyn perdió momentáneamente el equilibrio y se descubrió arrodillada junto a la camilla. No era capaz de recordar si se había caído o si se había arrodillado voluntariamente. Evelyn extendió una mano sobre las placas de identificación del piloto, las leyó... y vio que ponía un nombre extraño.

Evelyn respiró aliviada. Luego les dijo a los camilleros:

—Llévalo a la sombra y cubridlo. Está muerto.

Evelyn se recuperó cuando entró el siguiente cuerpo. Se trataba de una mujer que iba en camilla, con un uniforme blanco y el estómago abierto por un disparo. Sus pálidas manos reposaban encima de la herida abierta. Evelyn le buscó el pulso y no lo encontró.

—Ella también ha muerto, llevadla a...

Se trataba de Betty.

Evelyn se apoyó en la jamba de la puerta de entrada al hospital. Oía voces a su alrededor pero no las escuchaba. Los hombres alistados que llevaban a sus amigos en busca de ayuda médica ya no esperaban a que ella los seleccionara sino que se desplazaban hasta donde los llevaba el impulso.

Evelyn intentó enfocar la mirada, encontrar algo que la ayudara a olvidar la imagen del rostro de Betty y el choque de su muerte. Al echar un vistazo a lo lejos del hospital, Evelyn vio más marineros terriblemente heridos que surgían entre el humo. A su espalda, la masa embarrancada del *Nevada* ardía en una orilla del puerto.

Evelyn se volvió hacia un asistente.

—Ve a suministros —le dijo—, y coge esos botes de aerosol que utilizan para matar gusanos.

—¿Insecticida? —El chico la miró asombrado.

—No, sólo los aerosoles. Los rellenaremos con ácido tánico. Los esterilizará y enfriará las quemaduras. ¡VAMOS!

El hombre desapareció a toda prisa. Mientras Evelyn se apresuraba para atender a los marineros quemados gritó por la puerta del hospital a los asistentes:

—¡Necesitaremos todas las camas! ¡Si respiran, haced que se levanten y ponedlos en otro sitio!

Los americanos que permanecían en el suelo no eran los únicos que experimentaban unas condiciones caóticas, y tal vez la confusión natural de un acontecimiento como aquél explica algunas de las cosas que ocurrieron aquel día. Los pilotos japoneses, en plena batalla, acelerados por meses de entrenamiento y con órdenes de encontrar objetivos, cayeron en picado y bombardearon camiones que transportaban civiles para ponerlos a salvo, lejos de las zonas de las bases que los japoneses estaban atacando. Los

camiones eran militares, y eso es lo único que vieron los atacantes. Milagrosamente, ninguna de las mujeres ni ningún niño de los que iban en los camiones murieron.

Los japoneses tuvieron muchas oportunidades de matar a civiles, oportunidades que no aprovecharon puesto que estaba claro que la violencia contra la población civil no era su intención. Los alrededores de Oahu sufrieron considerables daños a consecuencia de los proyectiles disparados desde armas antiaéreas americanas que cayeron a tierra tras fallar su objetivo.

Por otro lado, es indudable que los japoneses no intentaron suavizar sus ataques contra las personas que llevaban uniforme. Los hombres que luchaban por sobrevivir en las aguas ardientes del puerto frieron bombardeados por los Zero que pasaban por allí, y no hubo compasión en las matanzas.

En el campo de aviación de Hickham, un camión de color rojo intenso del departamento de bomberos de Honolulu se dirigía a toda prisa hacia un edificio militar en llamas debido al ataque aéreo, y en cuanto el camión se detuvo y los bomberos saltaron de él y echaron a correr para apagar el fuego, fueron reducidos por balas disparadas desde los Zero.

Dos de los aviones implicados en el bombardeo fueron perseguidos por P-40 que jamás vieron llegar, y las bombas de los aviones americanos los alcanzaron hasta convertirlos en escombros.

Aquel día no hubo muchos aviadores americanos en el aire pero sí algunos, y Rafe McCawley y Danny Walker fueron dos de ellos. Entre ellos derribaron a seis aviones japoneses.

En algún momento, durante la batalla de aquella mañana, Danny pasó de ser un piloto asustado que jamás había visto un combate a un guerrero vengador. No era consciente de nada. Pero, al ver al último Zero al que dispararía aquel día en el aire, comprendió que había cumplido con parte de un destino para el que había nacido, o al menos que descubrió de niño mientras permanecía sentado en un barril en el interior de un fuselaje de un avión que únicamente volaría en su imaginación, en una granja de Tennessee.

Y era consciente de que había sido Rafe el que le había llevado hasta aquellos vuelos de la imaginación y quien le había legado aquel destino.

Mientras los dos aviones viraban y regresaban a su base, Danny colocó su caza junto al ala de Rafe y comprendió que ya no se sentía culpable ni se hacía reproches por el hecho de amar a Evelyn. Lo que Danny sentía por Evelyn había sido tan inevitable para él como lo había sido aquel día de combate. Ya fuera gracias al Dios Jehová o a los destinos del monte Olimpo, una fuerza mayor que Danny había determinado su destino.

No tenía sentido negarlo: había sido conducido hasta aquel destino por Rafe.

La plana mayor de Yamamoto, que trabajaba en el centro de mando de su buque insignia, recibió las buenas noticias. El grupo de batalla japonés era muy eficaz, y los mapas y modelos que utilizaban para señalar el progreso del ataque registraban un barco americano tras otro alcanzado con bombas y torpedos. Los aviones que habían participado en los primeros bombardeos regresaban con pilotos sonrientes, que eran felicitados como si fueran grandes héroes.

En el puente del *Akagi*, Genda, el jefe de la aviación, le resumió la situación al almirante que tanto admiraba.

—Los hemos pillado por sorpresa. La primera oleada está regresando, la segunda está atacando, y de un total de 350 aviones, sólo hemos perdido 29. —Hizo una pausa para evaluar cómo aquel resultado, mucho mejor de lo que habían previsto, afectaba a Yamamoto. Al ver que el almirante permanecía en silencio, Genda añadió—: Estamos preparados para lanzar la tercera oleada.

Yamamoto siguió en silencio.

—¿Qué le preocupa, almirante? —preguntó Genda.

—No tenemos ni idea de dónde se encuentran sus portaaviones. Evidentemente, nos deben de estar buscando. Si nos encuentran y nos atacan mientras nuestra segunda oleada sigue fuera... o, peor, mientras aterriza sin combustible y las armas sin munición...

Yamamoto no tuvo que terminar la frase. Genda comprendió el alcance del desastre que supondría que los americanos les sorprendieran en el momento en que no pudieran defenderse. Y si los japoneses perdían sus portaaviones, aquel día pasarían de la victoria al desastre. Genda era agresivo. Sabía que debía serlo, del mismo modo que el almirante debía sopesar los riesgos. Pero Genda tenía razón al decir que debían atacar por tercera vez.

—Necesitamos un informe de daños —dijo Yamamoto en un tono de voz sosegado.

Como si los dioses de la guerra le estuvieran escuchando, el oficial de comunicaciones dijo en ese momento:

—Tenemos al comandante Fuchida en la radio, almirante.

Yamamoto asintió con un movimiento de cabeza y la voz de Fuchida se oyó por el intercomunicador.

—Ahora me encuentro en el puerto —informó—. Ha sido una victoria impresionante. —Victoria. Era la primera vez que las almas alegres del grupo de los japoneses pronunciaban aquella palabra. La plana mayor quiso gritar de alegría, pero el almirante tiraba de cada palabra que le llegaba de su explorador en un Zero que surcaba los aires de Pearl Harbor—. Hay muchos barcos dañados, y algunos están completamente destruidos —prosiguió Fuchida—. El segundo ataque está teniendo dificultades por el humo.

Aquello fue suficiente para Yamamoto. Hizo un gesto al oficial de comunicaciones para que le tuviera informado de cualquier novedad de Fuchida y volvió el rostro hacia el mar abierto, donde permanecían los portaaviones americanos y el futuro incierto. Genda se acercó a él.

—Cuanto más atacemos —dijo Yamamoto—, más difícil resultará encontrar los objetivos. Y ya no hay lugar para la sorpresa.

—¡Si atacamos por tercera vez y aniquilamos sus depósitos de combustible, destruiremos su capacidad para operar en el Pacífico por lo menos durante un año! —exclamó Genda.

—Y si fallamos, si perdemos nuestros portaaviones, destruiremos nuestra capacidad para luchar contra ellos.



Cada uno de ellos sabía que lo que decía era evidente. En ocasiones, aquélla era la única forma de llegar a una decisión.

Y Yamamoto llegó.

—En cuanto llegue el segundo ataque —dijo—, nos retiraremos.

Al cabo de un rato, el grupo de batalla japonés regresó a casa.

¿Los hechos son reales?

Los hechos son que los portaaviones americanos no se encontraban cerca de los japoneses cuando Yamamoto suspendió el ataque, y Genda estaba en lo cierto cuando decía que una tercera ola de aviones, que se hubiera lanzado contra los depósitos de combustible americanos, no habría encontrado ninguna oposición, y que los devastadores efectos del ataque sorpresa en Pearl Harbor se hubieran multiplicado.

También es cierto que Yamamoto muy pronto se dio cuenta de que había perdido la oportunidad y se obsesionó tanto que, cuando unos meses más tarde se enfrentó a un dilema idéntico durante la batalla de Midway, tomó la opción contraria y lanzó un segundo ataque a pesar del peligro de ser descubiertos. Y en aquella ocasión, los portaaviones americanos estaban cerca, y lo encontraron y hundieron sus portaaviones.

Éstos son los hechos. ¿Acaso otras decisiones hubieran cambiado el curso de la historia? En realidad, nadie lo sabe.

***OceanofPDF.com***

Los aviones habían dejado de llegar.

Pearl Harbor era un lugar lleno de cuerpos y de barcos destrozados. Sangre. Restos humanos y escombros cubrían toda la superficie de la anteriormente prístina agua y que ahora resultaba horrible a causa de los incendios en la superficie que emanaban un horrible humo negro.

Mientras el almirante Kimmel intentaba organizar defensas por si se producían más ataques, salvaba a los hombres atrapados entre sus barcos hundidos e intentaba recoger los restos de su flota, recibió un telegrama de Washington. En él ponía: «Permanezca alerta. Ataque inminente de los japoneses».

El general Short, en su cuartel general, comunicó a su plana mayor:

—Quiero vigías y centinelas por todas partes, con órdenes de disparar primero y preguntar después. Tenemos que estar prevenidos por si se produce un aterrizaje de las tropas enemigas.

—General, —preguntó uno de los coroneles—, ¿cree que es posible una segunda invasión por parte de las tropas enemigas de tierra?

—Después de lo de esta mañana, será mejor que no consideremos nada imposible.

Un edecán le entregó un telegrama de Washington a través de la Western Union que había llegado al cuartel general del ejército a través de un mensajero, que resultó ser un japonés americano que iba en bicicleta. El telegrama decía: «Ultimátum de Japón para ser entregado exactamente a la una en punto de la tarde, hora de Washington. El significado que puede tener la hora establecida no se sabe, pero permanezcan alerta».

Los coches del Departamento de Policía de Honolulu se detuvieron ante las puertas de la Embajada Japonesa de Oahu y unos oficiales descendieron de los vehículos y cruzaron a toda prisa el vestíbulo de la sede diplomática.

En ella se encontraron a los empleados japoneses quemando documentos. Los oficiales de policía apagaron los fuegos y tomaron a los empleados japoneses bajo custodia. Los oficiales comentarían después que les pareció que los miembros de la embajada parecían muy asustados.

Pero los ataques no habían terminado por aquel día. Los aviones americanos que intentaron regresar a sus bases después de que acabara el ataque fueron atacados por las asustadas tropas de defensa aérea, pero ningún piloto resultó herido. Sin embargo murió un piloto japonés. Durante el ataque contra los barcos anclados, su avión resultó tan dañado que no pudo estrellarlo, como si se tratara de una bomba voladora, contra ningún objetivo militar disponible como habían hecho los pilotos de otros aviones dañados. El aparato se vino abajo contra el banco de arena de las aguas del puerto y el piloto japonés surgió por encima del ala de su Zero. Cuando en el cielo dejaron de sobrevolar los demás Zero, un grupo de marineros americanos armados con rifles tomaron un bote motorizado y se dirigieron hacia el piloto para arrestarlo como prisionero. A medida que se aproximaban, el japonés sacó una pistola y ellos le mataron.

No se acercaron a ningún avión japonés, ni se encontraron a más pilotos japoneses con vida. Se dieron órdenes para que se tratara a todos los cadáveres con respeto. No obstante, uno fue colocado en el interior de un cubo de basura hasta que se encontró un contenedor adecuado para su cuerpo. Cuando les preguntaron por qué lo habían puesto allí dentro, los hombres que lo habían hecho dijeron que no había sido por falta de respeto, sino que después del combate, fue el único lugar que encontraron para dejar el cuerpo.

Todos los heridos sangraban, incluso los quemados. La sangre de los hombres quemados por el fuego era de un color rojo muy intenso, y las heridas de bala o metralla, particularmente crueles. Fuera, el ruido de los aviones y de las bombas había sido reemplazado por el de las sirenas. Se oían sirenas por todas partes, aunque sus gritos de alerta parecían ridículos, como los telegramas que habían llegado demasiado tarde.

En el interior del hospital se oían otro tipo de lamentos. Los hombres se quejaban de dolor, llamaban a sus madres, derramaban lágrimas que recorrían sus rostros destrozados y gritaban con todas sus fuerzas mientras

las enfermeras iban y venían entre el ruido y la sangre; preferían el ruido al silencio, pues los hombres que aún podían gritar estaban vivos.

Los que habían muerto fueron trasladados del mismo modo en que llegaron, y los caminos del hospital estaban llenos de sangre, las puertas abiertas, preparadas para engullir la vida y escupir la muerte, la boca del infierno.

A lo largo del camino manchado de sangre hasta esa boca abierta pasaban los tenientes Daniel Walker y Rafe McCawley. No se habían puesto de acuerdo para coincidir. Ni siquiera habían mencionado el nombre de Evelyn al decidir el destino. Únicamente habían dicho que de regreso a la base aérea, que ya sabían que estaba destrozada, pasarían por el hospital.

Cuando estuvieron dentro se quedaron anonadados, con las espaldas apoyadas en la pared, contemplando horrorizados y enfurecidos aquel siniestro espectáculo. Sintieron ganas de vomitar de nuevo.

Entre aquellos hombres heridos, Evelyn le estaba mostrando a otras dos enfermeras cómo debían utilizar los insecticidas para aplicar antiséptico refrescante en los cuerpos carbonizados. Danny y Rafe la observaron hasta que ella alzó la vista y sus miradas se cruzaron. Sus ojos mostraban emoción, alivio, pero el resto de su cuerpo estaba en tensión y cubierto de sangre. Evelyn se dirigió hacia ellos pero se detuvo a varios metros.

—¿Cómo podemos ayudar? —le preguntó Rafe.

Tres minutos más tarde, se sentaron en unas sillas plegables al final del pasillo, con unos tubos de plástico transparente que extraía sangre de sus brazos y la depositaban en un vaso verde de botellas de Coca-Cola esterilizada, pues todos los contenedores de transfusión llevaban tiempo ocupados. Evelyn se aseguró que las vías de sus brazos no gotearan y rápidamente regresó al trabajo. Danny y Rafe permanecían sentados el uno junto al otro mientras su sangre quedaba depositada en unas botellas idénticas. De nuevo se sintieron unidos, como si su sangre no fuera únicamente al mismo destino sino que procediera de la misma fuente.

Cuando la noche empezaba a caer en Pearl Harbor, los fuegos habían sido apagados pero el olor del humo seguía impregnándolo todo, ahora sumado al horrible olor que desprendían las antorchas de soldadura cuyas chispas se distinguían en medio de la oscuridad que el ejército había

impuesto. No había disparos salvo las esporádicas ráfagas de los centinelas aún nerviosos. Ahora la guerra servía para salvar a los hombres atrapados.

Unos equipos que trabajaban frenéticamente siguieron los sonidos transmitidos a través de los cascos de los barcos y que atravesaban las capas del casco volcado del *Oklahoma*. A medida que transcurría la noche, fueron saliendo unos hombres medio desnudos, unos hombres que habían perdido la esperanza de volver a respirar aire puro. Cuando salían a la superficie, probablemente eran los únicos que podían observar todo aquel desastre con sensación de gratitud.

La mayoría de los desaparecidos estaban a bordo del *Arizona* y, mientras la espeluznante explosión que lo destruyó y la envergadura de la destrucción dejaba en evidencia la magnitud del número de víctimas, los hombres de la Marina se torturaban al pensar que, aunque el barco yacía en el fondo del puerto, tenía que haber supervivientes atrapados en bolsas de aire en el interior del casco. Los hombres que se ocupaban del rescate se sintieron aún más angustiados cuando los buzos que primero llegaron al casco juraron haber oído golpes procedentes del interior. La Marina se apresuró a reforzar el equipo de rescate con más buzos que se pusieron a trabajar en los restos del naufragio. Nadie sabía cómo podrían extraer de aquel lugar a alguien con vida. Pero si se encontraban allí, sus hermanos los encontrarían o morirían en el intento.

Y eso es lo que ocurrió: murieron en el intento. Los buceadores que recorrían las ruinas del barco murieron cuando los escombros les cayeron encima, y resultó evidente que las vidas que estaban en juego al intentar salvar a los que quedaban en el *Arizona*, después de haber recuperado los cuerpos de los muertos, eran más numerosas que las de quienes abrigaban la esperanza de ser rescatados.

Los almirantes tomaron la decisión de suspender las operaciones para intentar acceder al *Arizona*, y éste se convirtió en un monumento de lo que había ocurrido y en un murmullo silencioso de las muertes que ocurrirían por su culpa.

## LIBRO TERCERO

### Invencibilidad

***OceanofPDF.com***

Todos los periodistas y fotógrafos de prensa de Washington le estaban esperando con los flashes de sus cámaras preparados. Pero cuando el Presidente fue conducido hasta el lugar, ni un solo fotógrafo tomó una fotografía. Todavía no.

Los asistentes ayudaron a Roosevelt a levantarse de la silla mientras el Presidente intentaba mantener erguidas sus débiles piernas y dirigirse al podio. Sus ayudantes bloquearon los cierres de acero en los frenos de las rodillas y ahora, el presidente Franklin Delano Roosevelt, frente al micrófono, aparecía poderoso e incluso mayestático.

Ahora todas las bombillas de las cámaras se dispararon. Roosevelt miró al público, un público que él sabía que era toda América, todo el mundo, toda la historia. Su mirada era fría y su voz mostraba cierto tono enfurecido.

*Ayer, 7 de diciembre de 1941, una fecha que permanecerá en la infamia, Estados Unidos de América fue atacado repentina y deliberadamente por las fuerzas navales y aéreas del Imperio japonés.*

*Estados Unidos estaba en paz con esta nación y, a petición de Japón, todavía estaba en conversaciones con su Gobierno y con su Emperador para mantener la paz en el Pacífico. Además, una hora después de que las escuadrillas aéreas japonesas hubieran empezado a bombardear en Oahu, el embajador japonés en Estados Unidos y su colega entregaron al secretario de estado una contestación formal a un reciente mensaje americano. En esa respuesta se decía que parecía inútil continuar las negociaciones diplomáticas*

*existentes, pero no aparecía en ella ninguna amenaza de guerra ni de ataque armado.*

*Cabe señalar que la distancia entre Hawai y Japón convierte en evidente el hecho de que el ataque fue planificado deliberadamente hace varios días e incluso semanas. Durante este intervalo, el Gobierno japonés ha decidido engañar a Estados Unidos con declaraciones falsas y expresiones llenas de esperanza por una paz continuada.*

*El ataque de ayer en las islas hawaianas ha causado mucho daño a la Marina americana y a las fuerzas militares. Se han perdido muchas vidas de hombres americanos. Además, los barcos americanos han sido atacados con torpedos en alta mar entre San Francisco y Honolulu.*

*Ayer el Gobierno japonés lanzó un ataque contra Malaca.*

*Anoche, las fuerzas japonesas atacaron Hong Kong.*

*Anoche, las fuerzas japonesas atacaron Guam.*

*Anoche, las fuerzas japonesas atacaron la isla de Wake.*

*Esta mañana, las fuerzas japonesas han atacado la isla de Midway.*

*Por lo tanto, Japón ha emprendido una ofensiva sorpresa que se ha extendido por toda la zona del Pacífico. Los hechos de ayer hablan por sí mismos. Los habitantes de Estados Unidos ya se han formado su propia opinión y comprenden perfectamente las consecuencias en la vida y la seguridad de nuestra nación.*

*Como comandante en jefe del Ejército y de la Marina he ordenado que se tomen las medidas necesarias para nuestra defensa.*

*Siempre recordaremos el carácter del ataque contra nosotros. No importa el tiempo que nos lleve vencer esta invasión premeditada, pues los americanos lucharán con todas sus fuerzas y lograrán la victoria total.*

*Supongo que interpreto el deseo del Congreso y de la gente cuando aseguro que no sólo nos defenderemos hasta el*



*límite de nuestras fuerzas sino que pondremos los medios para que esta forma de traición nunca más vuelva a ponernos en peligro.*

*Las hostilidades existen. No hay duda de que nuestra gente, nuestro territorio y nuestros intereses están en grave peligro.*

*Con gran confianza en nuestras fuerzas armadas, con la decisión sin límites de nuestra gente, lograremos el triunfo. Que Dios nos ayude.*

*Le pido a este Congreso que declare que desde el ataque no provocado y ruin de Japón del domingo, día siete de diciembre, se ha producido un estado de guerra entre Estados Unidos y el Imperio japonés.*

---

¡GUERRA! La palabra resonó por toda América, y todos los jóvenes de todo el país, tanto del campo como de las ciudades, abandonaron sus arados o sus tacos de billar y se dirigieron hacia los centros de reclutamiento militares. ¡GUERRA! Los años de la agresión alemana al otro lado del Atlántico, la conquista de Europa, la guerra aérea contra Gran Bretaña, las incursiones en África y en Asia... no habían logrado que Estados Unidos abandonara su actitud distante y despreocupada y entrara en guerra. Pero con las noticias de Pearl Harbor, el dique se había roto y resurgió la ira. No importaba demasiado que Japón se encontrara tan lejos en el planeta Tierra. Había sido un ataque contra América, un ataque contra casa, un ataque sorpresa, repentino, deliberado y por Dios que alguien iba a pagar por ello.

El Congreso había contestado con una declaración de guerra, no sólo contra Japón sino también contra sus aliados europeos, Alemania e Italia. Roosevelt prometió a los americanos que él lideraría la venganza. Pero las noticias del Departamento de Guerra y las discusiones en la Casa Blanca no eran ni positivas ni poderosas. Parecía que lo único que podía hacer Europa era intentar frenar la dimensión de su derrota.

Para contraatacar, el país no sólo debía entrenar a soldados, marineros y aviadores, sino que también tenía que movilizar su industria armamentística, y todo esto llevaba tiempo. El tiempo era lo único que América no era capaz de fabricar. Sus enemigos se habían preparado durante años y ya habían logrado varias victorias: los alemanes e italianos en Europa, y los japoneses en el sureste de Asia, en Corea y en China.

Hasta entonces los alemanes habían ocupado gran parte de la mente de Roosevelt por suponer la mayor amenaza para la civilización occidental, pero ahora consideraba que Japón era el peligro más inmediato para Estados Unidos. Los japoneses habían lanzado su ofensiva y América estaba en retroceso en todo el Pacífico. Había empezado el trabajo de reparación en los barcos de Pearl Harbor —algunos de los hundidos incluso habían sido reflatados— y los portaaviones americanos habían escapado, pero seguía sin ser una fuerza adecuada de defensa, y menos para contraatacar y para vencer. Se consideraba probable una invasión japonesa a Estados Unidos. Algunos estrategas militares, —la gente jamás sabría cuántos—, lo consideraban más que probable. Roosevelt recibió informes del Departamento de Guerra en los que se decía que sus mejores estrategas habían estudiado los escenarios y creían que si los japoneses decidían invadir Estados Unidos y aterrizar en la Costa Oeste y entraban tierra adentro, el país no podría detener a los invasores hasta que hubieran llegado a Chicago.

Roosevelt reunió a sus consejeros de la Casa Blanca y les dijo:

—Nos estamos enfrentando a una crisis mayor de la que ninguno de nosotros podría haber imaginado. Nos han enseñado a creer que somos invencibles y ahora nuestros mejores barcos, el corazón de nuestra flota, han sido destruidos por un enemigo al que considerábamos inferior. —No se extendió demasiado en este punto; el Presidente no estaba de humor para escuchar expresiones de forzado optimismo—. Estamos contra las cuerdas, caballeros. Por esta razón debemos contraatacar ahora. Golpear el corazón de Japón, como ellos nos han golpeado a nosotros.

Reinaba el silencio en torno a la mesa y los consejeros, tanto civiles como militares, se preguntaban si el Presidente estaba hablando de amplios e indefinidos objetivos, como solían hacer los políticos, o si realmente tenía alguna acción militar específica en mente. Esto último no tenía sentido, pues cualquier profesional militar de aquella mesa consideraba que una operación ofensiva americana era imposible en un futuro próximo.

Uno de los almirantes se reclinó en su silla, con las condecoraciones de su uniforme reflejadas en la superficie de la mesa pulida de caoba, y dijo:

—¿Contraatacar, señor? Con todos mis respetos, señor Presidente, todavía estamos retirando cadáveres y residuos del fondo de Pearl Harbor.

Roosevelt, apretó las mandíbulas.

Todos dejaron que fuera el general Marshall, que siempre había sido capaz de oponerse a Roosevelt sin faltarle al respeto, quien hablara.

—Señor Presidente —dijo Marshall—, Pearl Harbor nos ha pillado por sorpresa porque no nos hemos enfrentado a los hechos. Ahora no podemos volver a ignorarlos. El Ejército tiene bombarderos de largo alcance, pero no posee ningún lugar desde donde lanzarlos. Midway se encuentra demasiado lejos, China está invadida por las fuerzas japonesas, y Rusia rechaza ir a la guerra con Japón y no nos permitirá atacar desde allí.

Roosevelt lo miró desafiante.

—Si el Ejército no es capaz de hacer lo que se debe hacer, entonces deje que lo haga la Marina.

El almirante, que había permanecido reclinado, se apoyó en el respaldo de su silla y dijo:

—Los aviones de la Marina son pequeños, sólo pueden llevar cargas ligeras y tienen un alcance corto. Tendríamos que llevarlos a varios kilómetros de Japón y por lo tanto arriesgaríamos nuestros portaaviones. Y si perdemos nuestros portaaviones, no tendremos escudo para hacer frente a cualquier invasión.

Roosevelt estalló.

—¿Es que alguno de los que están aquí piensa que la victoria es posible sin correr peligro? ¡ESTO ES UNA GUERRA! ¡Por supuesto que existe un riesgo!

—¡Pero debe considerarlo, señor Presidente! —dijo el general Marshall en un tono de voz tranquilo pero elevado. Sabía que estaba hablando con el

hombre que había dicho a América en las profundidades de la Depresión que a lo único que debían temerle era al propio temor. Pero luego se enfrentaban a las fábricas paradas y a la pérdida de empleos y no a las bombas y bayonetas.

—Señor, en esta mesa no hay un solo hombre que pueda mostrarse abiertamente cauto. Conocemos el valor militar de lanzarse a la ofensiva y todos hemos sido entrenados para ser agresivos. Pero no les servimos a usted ni a los americanos si le decimos que podemos cumplir algo que simplemente no podemos.

—Caballeros... —dijo Roosevelt—, casi ninguno de ustedes me conocía cuando era capaz de utilizar mis piernas. Yo era fuerte, orgulloso y arrogante. Ahora me pregunto, cada hora de mi vida, por qué Dios me puso en esta silla. Pero cuando veo la derrota en los ojos de mis compatriotas, en vuestros ojos ahora mismo, empiezo a pensar que tal vez me dejó así por estas cosas, cuando todos necesitamos que se nos recuerde quiénes somos realmente. ¡Que no nos rendiremos ni cederemos!

—Pero señor Presidente —rogó el almirante—, con todos mis respetos... lo que usted nos pide no es posible. Estoy de acuerdo con el general Marshall.

Roosevelt reposó las manos en los brazos de su silla de ruedas e intentó levantarse. Los asistentes corrieron a ayudarle, pero él los rechazó. Roosevelt se levantó con un tremendo esfuerzo físico, que provocó que las venas de su cuello se hincharan y que gotas de sudor le resbalaran por el rostro, se sostuvo sobre sus débiles piernas y miró a los hombres que le rodeaban.

—No me digan... que no es posible.

Francis Stuart Low, apodado «Frog» por sus amigos, era un capitán de submarino de la Marina americana. El capitán, como todos los americanos, se había sentido ultrajado por el ataque a Pearl Harbor, pero el estallido de la guerra le había sorprendido menos que a la mayoría, pues formaba parte de la red de oficiales de la cadena de comandos de la Marina a los que se informaba y consultaba acerca de los problemas que concernían a la

estrategia y a la planificación. Estaba acostumbrado a escenarios hipotéticos y a juegos de guerra, y siempre intentaba verlos con imparcialidad profesional. El estallido de las hostilidades había hecho que Inteligencia Naval estudiara distintas posibilidades para llevar a cabo un ataque contra los japoneses y al capitán le llegó un olorcillo de algo que iba mucho más allá de la mera especulación. Parecía algo realmente serio, algo que evidentemente la Marina no había sido capaz de prever y que le cautivó.

Se descubrió pensando en ello de noche y día. No siempre formaba parte de sus principales pensamientos pero estaba constantemente presente en las partes más inferiores de su cerebro.

Tuvo la sensación de que había insistido en la cuestión, como habían hecho todos, cuando visitó la base aérea de Norfolk. Mientras se encontraba allí, los pilotos de los portaaviones practicaban en las pistas de aterrizaje que tenían señalada la silueta de la cubierta de un portaaviones, y los pilotos navales la utilizaban para poner a punto sus habilidades de aproximarse a una superficie tan limitada. El capitán Low no prestó demasiada atención a los pilotos, pues se trataba de una práctica rutinaria.

Lo que sí le llamó la atención fueron las maniobras de los pilotos de la aviación del Ejército, que regresaban de una misión de entrenamiento mientras los aviones detenían sus prácticas. Los pilotos del Ejército decidieron hacer algunos aterrizajes muy ajustados, apuntando a la silueta del vuelo del portaaviones que había pintado en la pista.

Low los estuvo observando durante todo el tiempo que practicaron la maniobra.

Al cabo de un rato, llamó a su jefe jerárquico, quien a su vez llamó a otro, quien a su vez llamó a otro... hasta que las llamadas llegaron a la Casa Blanca.

Cuantos ataúdes cubiertos con banderas...

Permanecían en fila, sobre la pista de aterrizaje del aeródromo de Hickham, un ejército de muertos.

Había llevado muchos días reunirlos a todos de aquel modo. Tras el ataque habían estado todos muy ocupados. Reorganizar tripulaciones y escuadrillas, reparar o reemplazar equipamiento que no podía salvarse. Y los cuerpos de los muertos figuraba entre lo que no podía salvarse. Merecían respeto, y los que seguían con vida merecían su espacio de dolor, pero eso era un lujo cuando cada segundo se dedicaba a que no aumentara el ejército de los muertos.

Allí estaban, en fila, listos para ser enviados a casa o para ser incinerados allí mismo, si es que así lo habían deseado.

Rafe permaneció entre los acompañantes, los militares con sus mejores uniformes, los civiles con sus mejores prendas de domingo y, mientras observaba el mar de ataúdes envueltos en banderas pensó en su destino, en su hogar, y se preguntó dónde se encontraba ahora su hogar. Danny se hallaba a su derecha y Evelyn al otro lado de Danny. Así eran ahora las cosas. Rafe podía estar relativamente cerca de ella, pero no más cerca de lo que ya estaba. Ella ya no se encontraba en casa.

Así pues, ¿dónde se encontraba su hogar si no estaba con Evelyn? En Tennessee no, desde luego, pues Danny formaba parte de todo lo que recordaba. Y los demás lugares que había visto, entre ellos grandes ciudades como Nueva York y Londres, no eran más que lugares y no una unión de cuerpo y espíritu que formaban juntos el lugar que él pudiera reconocer como su hogar. Su hogar era donde en ese momento se encontraba.

No, no era entre los muertos. El amor y la esperanza le habían mantenido con vida y, a pesar de que la esperanza había desaparecido, el amor persistía. Por muy doloroso que resultara, era suficiente para recordarle que tal vez podría volver a amar. Pero ahora no podía encontrar esperanza en esto, no podía imaginarlo.

Mientras permanecía allí de pie, recordó un lugar al que creyó pertenecer. Era el interior de la cabina de mando de un avión, en un lugar llamado guerra.

Evelyn sabía lo que Rafe estaba pensando: incluso en lo más lejano. No había posado su mirada en ella desde que se había distanciado de ella aquella primera noche en el hospital, antes de que empezara el ataque; y luego en el hospital, cuando Evelyn preparaba las transfusiones, él había intentado dejar el brazo flácido y muerto y había mirado a través de ella como si fuera invisible.

Había tantas cosas que ella le quería decir a Rafe... Pero no tenía palabras...

Y Danny... ¿Qué podía darle ella?. ¿Cómo podía consolarlo de todo el dolor y la impotencia que sabía que él sentía?

Evelyn se sentía vacía y desconsolada. En uno de aquellos ataúdes cubiertos por banderas, justo el que tenía enfrente, yacía el cuerpo de Betty.

Danny Walker permanecía junto al amigo al que jamás podría reemplazar y a la mujer a la que nunca podría amar tanto como en aquel momento a pesar de que jamás conseguiría amarla completamente, y sintió que no tenía opciones. No podía alejarse de Evelyn, jamás podría volver a ser su admirador, protector y amigo. Permanecía tan inmóvil en su posición como sus amigos en el interior de sus ataúdes.

Pero Danny era Danny y su mente empezó a divagar hasta que se encontró pensando en el ataúd donde yacían las placas de identificación deformadas que habían pertenecido a Billy, placas de identificación, porque la reliquia del metal era lo único que habían encontrado del cuerpo volatilizado por una bomba. El poeta que había en el interior de Danny no pudo evitar ayudarlo a reflexionar sobre este estado de muerte y de

recuerdo, como si Billy hubiera cruzado en un momento el límite entre el cuerpo y el espíritu. Danny parecía haberse liberado para volar y resplandecer en este infinito mundo de amor y reverencia que proporciona a la vida su único verdadero significado.

Para Danny, esto no era un sentimiento. Él creía en la supervivencia y sabía que un cuerpo sin alma estaba muerto, y que un alma sin cuerpo estaba tan viva o más de como lo había estado.

Esta creencia le proporcionó a Danny su propia fe. Y por esa fe podía esperar un milagro, pues sólo un milagro lograría que las cosas fueran bien entre él, Evelyn y Rafe.

—¿... dónde está Dios? —estaba diciendo el pastor—. Aunque no somos capaces de comprender por qué nuestros amigos mueren mientras nosotros vivimos, podemos creer que con nuestra vida llega la oportunidad, el deber, de que nuestras vidas cobren sentido, de reafirmarnos en nuestra creencia de que cualquier dios que merece ser adorado escogería la justicia, el perdón, y llevaría a estos hermanos y hermanas caídos hasta la paz eterna. Amén.

Evelyn avanzó un paso y colocó un ramo de flores encima del ataúd de Betty. Notó que alguien se acercaba a ella. Era Red, y cuando Evelyn levantó la vista y se cruzaron sus miradas, Red rompió a llorar, como si hubiera algo en Evelyn que le hubiera impedido contenerlas por más tiempo. Evelyn se aproximó a él y Red se abrazó a ella sin dejar de sollozar. Después de todo, tal vez aún era capaz de consolar a alguien.

Mientras Evelyn permanecía junto al ataúd de Betty y Red lloraba en su hombro, un general de las fuerzas aéreas del Ejército se acercó a Rafe.

—¿Es usted el teniente Rafe McCawley? —le preguntó poniendo énfasis en el nombre de pila puesto que el apellido podía leerse claramente en la placa del uniforme de Rafe.

—Sí, señor —contestó Rafe.

—¿Y el teniente Daniel Walker se encuentra por aquí?

—Allí está —contestó Rafe, al mismo tiempo que Danny, al oír pronunciar su nombre, se volvía hacia el general.

—Tengo órdenes para vosotros —dijo el general—. Los dos os vais de Estados Unidos. Volaremos dentro de dos horas. —Les entregó un sobre a



cada uno con las órdenes impresas.

—¿Para qué, señor? —preguntó Rafe.

—Pregúntale al coronel Doolittle —dijo el general, alejándose.

Rafe y Danny se miraron. Después, miraron a Evelyn, que permanecía desconsolada junto al ataúd de su amiga.

—Vayamos a recoger nuestras cosas —dijo Danny—. Se lo diré luego.

Cuando Rafe llegó a Oahu por primera vez se registró en un pequeño hotel. Oficialmente se encontraba de permiso, y hallar un lugar donde pasar la noche había sido su única obligación. Entonces, sólo podía pensar en su encuentro con Evelyn. Y ahora estaba recogiendo sus cosas para marcharse tras haber tenido una entrevista muy distinta de la que había imaginado. Aún así era incapaz de dejar de pensar en ella.

Rafe intentó olvidarlo todo y concentrarse en la rutina de la vida de un soldado: secó la maquinilla de afeitar, secó el cepillo de dientes en la toalla y metió sus objetos personales con cuidado en el interior de su talego. Abrochó los botones de la camisa, la dobló y la guardó con sus últimas cosas. Luego ató la bolsa del modo que le habían enseñado en el campamento. Finalmente hizo la cama del hotel como su madre le había enseñado. Para ella era importante dejar siempre el lugar recogido y limpio, aunque uno no supiera lo que podía ocurrir después de haberse marchado.

Ahora comprendía que aquel consejo había sido útil para su madre. Alisó algunas arrugas de las sábanas de la cama pero ¿cómo podía serlo ahora para él?

Antes de encontrar una buena respuesta, alguien llamó a la puerta. Pensó que se trataría del taxista, que habría llegado antes, pero al abrir la puerta comprobó que se trataba de Evelyn.

—¿Puedo entrar? —preguntó ella.

Rafe retrocedió un paso para que entrara. Evelyn se dirigió al centro de la habitación y echó un vistazo a su alrededor: la alfombra tejida que cubría el suelo de madera, las macetas con plantas de las ventanas, algunos rayos de sol que se filtraban por la ventana, el ventilador que giraba lentamente en el techo y el talego a los pies de la cama.

—¿Estabas recogiendo tus cosas? —preguntó Evelyn aunque la bolsa ya estaba lista.

—Ordenes —contestó Rafe.

—¿Qué clase de órdenes?

—Secretas.

—Peligrosas —dijo ella.

Evelyn se rozó la barriga con la mano de forma involuntaria.

—No encuentro a Danny —dijo—. ¿También ha recibido órdenes?

Rafe asintió con un movimiento de cabeza.

—Probablemente se esté despidiendo de sus compañeros de escuadrilla. «Antes de buscarte, abrazarte, besarte y despedirse de ti como corresponde a un buen amante», —hubiera querido añadir Rafe—. «Como haría yo si fuera tu amante».

Evelyn permaneció en el centro de la habitación, inmóvil, observando cómo Rafe enrojecía y desviaba la mirada.

—No quería dejar que te marcharas sin explicarte algo —dijo Evelyn acercándose a Rafe, y él pensó por un momento (y lo deseó con todas sus fuerzas), que le besaría. El deseo de tocarla era tan angustiioso que le dolía físicamente. Quería tocarla con las manos, pero se obligó a alejarse de ella.

Él volvió la cara y Evelyn se detuvo.

—No es necesario que me des ninguna explicación.

—Quiero hacerlo —dijo ella—. Porque actúas como si jamás te hubiera amado. Debes superarlo.

Él se dio media vuelta y su rostro volvió a enrojecer.

—¿Que lo supere? Amarte fue lo que me permitió sobrevivir, ¿no lo comprendes?

—No digas eso... —respondió Evelyn en un tono de voz débil, casi como un susurro.

Rafe hablaba en un tono de voz acalorado y furioso.

—¡No lo quieres oír! ¡Danny y tú queréis olvidar que tú y yo tuvimos una relación, pero a mí no me resulta tan sencillo! Creí lo que decías en tus cartas, creí que me amabas, y eso me motivó para continuar, para regresar.

Rafe hablaba en un tono de voz más elevado de lo que hubiera deseado. Se obligó a hacer una pausa, y entonces descubrió el dolor en el rostro de

Evelyn. En aquel momento deseó abrazarla, besarla.

—Ahora me siento muerto —dijo más calmado—. Y no lo comprendo. ¿Por qué, Evelyn? ¿Por qué?

—Rafe... —Hizo una pausa. Evelyn estaba muy pálida—. No sé cómo decirlo... pero debo hacerlo. Estoy embarazada.

La sangre dejó de correr por el corazón de Rafe, aunque tuvo fuerzas para acercarse a ella. Evelyn se volvió, se dirigió hacia la ventana y se asomó por las rendijas de las persianas, como si el aire pudiera reanimarla.

—No estuve segura hasta que apareciste vivo... —dijo—. Entonces ocurrió todo. Y ahora no puedo decírselo a Danny..., y tú tampoco. Ahora sólo tiene que pensar en su misión y en regresar con vida.

Rafe sintió una presión en la cabeza, como si unas manos invisibles se la estuvieran estrujando. Además, le dolía como si en su interior resonara algo muy fuerte que le impedía oír. Pero ahora se sentía dolorosamente lúcido, comprendía finalmente la verdad.

Evelyn seguía de espaldas, con la cabeza agachada.

—Rafe... Toda la vida he deseado un hogar, un lugar que pudiera considerar mío. Pero la vida jamás me ha preguntado lo que yo deseaba. Ahora le voy a entregar a Danny todo mi corazón. Pero jamás escribiré una carta ni miraré una puesta de sol sin pensar en ti. Siempre te querré.

Evelyn alzó la cabeza y se volvió hacia Rafe. El sol que se colaba por la ventana doraba algunos mechones de su cabello. Rafe sabía que jamás olvidaría aquella imagen. Evelyn tenía los ojos llenos de lágrimas pero trataba de no llorar.

Pasó corriendo por su lado, se dirigió a la puerta y salió de la habitación. Rafe permaneció inmóvil, incapaz de moverse.

Mientras repostaba el avión que les llevaría de vuelta por el océano hasta Estados Unidos, Rafe y Danny aguardaban en la sombra. Sus talegos permanecían junto al poste de acero que sostenía el fino tejado que cubría sus cabezas. En el poste había señales de metralla, pero el agujero producido por la bomba que había explotado en la carretera ya había sido reparado. Rafe y Danny observaban la carretera.

—Le dije que no viniera —dijo Danny.

Cuando les avisaron de que el avión estaba listo, recogieron los talegos y se los echaron al hombro, y poco antes de que salieran del cobijo donde se encontraban, Evelyn apareció por la esquina del hangar, por detrás de ellos. Rafe fue el primero en descubrirla. Danny, siguió con la mirada los ojos de Rafe hasta encontrar a Evelyn.

Evelyn se detuvo bajo el sol. Rafe y ella se miraron por un instante, y luego él se volvió y echó a andar hacia el avión mientras dejaba que Danny hablara a solas con ella.

Danny se aproximó a Evelyn, dejó el talego en el suelo y la abrazó.

—Ten cuidado —le dijo Evelyn—. No tengas miedo. —Le besó suavemente en la mejilla, y le dedicó una sonrisa. «No lo alarguemos demasiado, Evelyn —se dijo—. Todo irá bien».

Pero Danny quería alargarlo. La miró fijamente con sus ojos suaves y marrones mientras le decía:

—Lo único que me asusta... es que puedas amarle a él más que a mí.

Evelyn desvió la mirada hacia la pista gris, que ardía bajo el sol. «Mírale, Evelyn. ¡Mírale!». Cuando finalmente Evelyn levantó el rostro, le ofreció lo mejor que podía darle.

—Te quiero, Danny. Y estaré esperándote cuando regreses.

Él le dedicó una sonrisa, le dio un beso rápido y apasionado en los labios mientras se sentía aliviado y fortalecido por sus palabras. Danny recogió su talego, se lo echó al hombro y se dirigió presuroso hacia el avión. Mientras subía las escaleras, Evelyn vio a Rafe en la sombra de la puerta del avión, esperando a Danny. ¿O tal vez la estaba observando? Danny se volvió para despedirse de Evelyn con la mano por última vez antes de entrar en el aparato. Sonrió y le gritó algo, pero el viento se llevó las palabras, y las enormes hélices del avión las ahogaron. Danny agachó la cabeza para entrar en el avión.

Evelyn no estaba segura, pero le pareció que Rafe no dejaba de mirarla, mientras se cerraba la puerta y el avión empezaba a recorrer la pista.

La base aérea de Eglin era un lugar de entrenamiento del cuerpo aéreo del Ejército americano. Se encontraba en las llanuras arenosas del territorio de Florida, junto al golfo de México. A Rafe y a Danny no les dijeron que los llevaban a Eglin ni durante el vuelo a través del Pacífico ni cuando se detuvieron para repostar en Los Angeles ni durante el último tramo de la jornada por Estados Unidos. Hasta que no descendieron del vehículo y volvieron a oler el mar —tras ser conducidos a un cuartel donde les indicaron que se asearan—, no osaron preguntar adónde les habían llevado. Entonces un sargento les informó como si fueran unos idiotas.

El sargento los dejó antes de que a ninguno de los dos se le ocurriera preguntar qué hora era. Se habían dormido y despertado en numerosas ocasiones durante aquel viaje largo y agotador, y estaban demasiado cansados para calcular la diferencia horaria. Sólo sabían que era de noche en Eglin y que tenían veinte minutos para ducharse y afeitarse.

Al cabo de veinte minutos apareció un general, que los condujo por el terreno llano y arenoso de la base hasta un edificio parecido a un búnker, construido bajo el suelo. No había ventanas, y los aparatos de aire acondicionado estaban empotrados en las paredes del búnker, y zumbaban mientras secaban la humedad y formaban charcos.

El general los condujo hasta el interior del búnker y luego por un pasillo espartano. Danny y Rafe se miraron mientras caminaban. El lugar apestaba a secreto. Al final del pasillo, el general abrió una puerta sin previa llamada, se hizo a un lado para que Rafe y Danny pudieran entrar, y luego salió y cerró la puerta.

En la habitación había un archivador, una lámpara, dos sillas de madera y un escritorio, tras el que estaba sentado el coronel Jimmy Doolittle.

Rafe y Danny se pusieron firmes y saludaron. Doolittle les devolvió el saludo de forma informal y les indicó que se sentaran en las dos sillas que había al otro lado de la mesa, sin levantar la mirada de los papeles que estaba estudiando.

—Sé lo que hicisteis —dijo Doolittle.

—Podemos explicarlo, coronel —dijo Rafe.

—¿Explicar qué?

—Sea lo que sea lo que haya oído de nosotros —contestó Danny.

—¿Te refieres a los aviones en los que volabais o a los que derribasteis? Recibiréis una estrella de plata y os promocionarán a capitanes. —Doolittle se reclinó en la silla y se los quedó mirando.

Rafe carraspeó y dijo:

—Ésas son las buenas noticias, señor o...

—Sois prácticamente los únicos pilotos del Ejército con experiencia en combate y os necesito para una misión que me han ordenado que prepare. ¿Sabéis lo que significa *top secret*?

Rafe y Danny se miraron, indecisos. Danny no estaba dispuesto a contestar a la pregunta, de modo que Rafe dijo:

—Sí señor. Se refiere a las misiones que a uno le hacen ganar medallas que les envían luego a los familiares.

Doolittle esbozó una sonrisa.

—*Top secret* significa que os entrenarán para algo que jamás se ha hecho en la historia de la aviación y que se lleva a cabo sin saber adónde iréis. Y debéis aceptarlo como es o no aceptarlo.

—Yo iré, señor —dijo Rafe.

—Yo también —dijo Danny.

—Id a descansar un poco —dijo Doolittle—. Tenéis mal aspecto. Empezaremos mañana. Nos veremos a la hora del desayuno. He escogido a otros pilotos. —Echó un vistazo a los informes que descansaban encima de su mesa y que había estado estudiando—. Y quiero que os conozcáis para que se sientan cómodos con vosotros. El hecho de que hayáis estado en un combate y que lo hayáis superado con éxito, será muy importante para su actitud.

Doolittle regresó a sus papeles. Rafe y Danny permanecieron sentados, esperando a que les diera permiso para salir, como temerosos de que el espeluznante general fuera a aparecer de nuevo para decirles lo que debían hacer.

—¿Eso es... todo, señor? —preguntó Rafe.

Doolittle los miró fijamente. Parecía muy pálido bajo aquella luz tenue rojiza y pensaron que tal vez había permanecido despierto más horas que ellos, y que lo que estaba planeando le mantenía tenso.

—Me estaba preguntando si no tenía nada más que añadir, señor —dijo Rafe.

—Hay otra cosa que puedo decir —dijo Doolittle—. No necesitaréis esos aviones. —Danny y Rafe sintieron un estremecimiento—. Por cierto, McCawley —añadió Doolittle—, los británicos me han enviado esta caja. Son sus objetos personales de cuando estuvo en Inglaterra.

Había una caja de cartón del tamaño de una caja de zapatos encima de un archivador, junto a la puerta. Rafe se la colocó bajo del brazo y Doolittle y él se miraron un instante antes de que Doolittle regresara a sus papeles y Rafe y Danny volvieran al pasillo.

La noche era fría a pesar de que se encontraban en una playa de la costa del Golfo. Después de todo era invierno y los pocos rezagados que paseaban por la playa no se percataron de la silueta de Rafe mientras encendía una fogata con leña. La leña prendió bien, la había encontrado entre las dunas. Era suave y estaba seca. Y pronto consiguió un fuego pequeño pero vivo.

Rafe se arrodilló junto al fuego y abrió la caja que contenía las cartas de Evelyn, las que los británicos le habían enviado a Doolittle entre los efectos personales de Rafe después de que hiera derribado. Cuando estuvo en España con la Resistencia, se preguntó qué ocurriría con aquellas cartas. Creyó que terminarían en manos de sus padres y que éstos tal vez se las devolverían a Evelyn. Pero ahora estaban de nuevo en manos de Rafe y no había nadie a quien pudiera entregárselas.

Y él no podía quedárselas. Ahora se daba cuenta. Cuando llegaron al nuevo cuartel después de entrevistarse con Doolittle sintió la tentación de abrir las cartas y volver a leerlas en su cubículo, pero no podía pasar por esa tortura.

De modo que observó las llamas que danzaban y dejó caer las cartas de Evelyn encima de ellas. Las dejó caer con tanta ternura como un guerrero colocando el cuerpo de sus hijos sobre una pira funeraria, dejándolas caer suavemente pero alimentando el fuego.

En lugar de observar cómo se quemaban, prefirió mirar hacia el mar, donde las olas parecían pequeñas y suaves, y la niebla nocturna cubría las estrellas. De pronto oyó una voz a sus espaldas:

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Y al volverse se encontró con Danny, que aparecía entre la oscuridad.

Rafe miró hacia el fuego y vio que las cartas ya se habían convertido en cenizas. Rafe prosiguió admirando el fuego, y Danny se sentó a su lado.

Permanecieron sentados un buen rato sin hablar hasta que Rafe dijo, sin dejar de mirar el fuego:

—No podemos seguir manteniendo el silencio.

—Tienes razón —contestó Danny.

—Debemos enfrentarnos a los hechos —dijo Rafe—. Y los hechos son que los dos amamos a la misma mujer.

—No vas a volver a golpearme, ¿verdad? —preguntó Danny sonriendo.

—Incluso antes de que vinieras a vivir conmigo y con mi familia, ya éramos hermanos...

—Ya lo sé, Rafe, pero no pude evitar lo que ocurrió entre Evelyn y yo, del mismo modo que tú no pudiste dejar de amarla.

—Es lo que intento decirte. Tú y yo somos familia, y creí que Evelyn y yo también lo seríamos. Pero si te culpo por lo ocurrido, que ahora ya es un hecho, os pierdo a los dos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Danny.

—Eres un buen tipo, Danny —dijo Rafe—. Serás un buen esposo. Y un gran padre... algún día. Y tal vez todos podemos ser una familia.

Danny comprendió exactamente lo que Rafe le estaba ofreciendo: era mejor que el perdón. Danny asintió con la cabeza.



—Pero no quiero que sigas con esta misión —añadió Rafe.

—¿A qué te refieres? ¿Cómo voy a abandonar esta misión? —Danny sintió que se ponía furioso.

—Ella te quiere —insistió Rafe, como si eso lo explicara todo.

—Esta vez no me dejarás atrás. —Los dos sabían que no había ningún argumento por parte de Rafe que pudiera hacer cambiar a Danny de idea.

—Bueno, pues sigue —dijo Rafe—. Pero debes volver con vida. Nos cuidamos mutuamente. Pero si llega el momento de escoger entre uno de los dos, regresarás tú. ¿De acuerdo?

Danny le miró, muy serio. Luego sonrió.

—No hay ningún japonés que pueda matarnos.

—Tienes razón, paisano —dijo Rafe, y también sonrió.

Y Danny abrigó la esperanza de que reirían y bromearían, y que incluso irían a tomar juntos una cerveza. Pero Rafe permaneció sentado, observando el mar monótono y el cielo sin estrellas.

***OceanofPDF.com***

Doolittle les había ordenado que se reunieran todos en el interior del hangar de Eglin. El sol asomaba por el horizonte y el aire todavía era frío, pero los jóvenes aviadores permanecían muy animados en el hangar. Red y Anthony habían llegado tarde la noche anterior, y había otros aviadores junto a ellos que se paseaban con aires de lo que eran: lo mejor que la aviación del Ejército podía ofrecer.

En el hangar había un bombardero, un B-25, uno de los nuevos aviones de alcance medio, más rápido y más pequeño que un B-17. El aparato era de un color verde intenso, con alas rígidas y una cola inconfundible con estabilizadores verticales a cada lado. Había algo que recordaba a un bulldog: bajo, fornido y chato. Su presencia no era extraordinaria en una base aérea tan importante como aquella, pero Rafe y Danny ya habían conocido a algunos de los hombres que se encontraban allí reunidos y sabían que dos al menos eran bombarderos. El B-25 llevaba una tripulación de cuatro hombres, y en la habitación había unos setenta u ochenta hombres. ¿A quién había incluido Doolittle entre todos ellos?

—¡Atención! —anunció un sargento, y Doolittle irrumpió en la habitación.

—Tranquilos —dijo Doolittle—. Sentaos. —Los jóvenes aviadores se aposentaron en las sillas plegables colocadas en forma de cuadrado y dirigidas hacia Doolittle. El B-25 se encontraba detrás de ellos. Doolittle permaneció de pie delante de ellos, erguido como un roble, la barbilla alzada y la mirada directa. Tenía cuarenta y cinco años, veinte más que la mayoría de los aviadores que se encontraban allí, pero ninguno de ellos se hubiera metido jamás con él en un bar. Su expresión era dura, como solía ocurrir con todos los coroneles. Pero parecía relajado. En presencia de aviones, Doolittle rezumaba confianza.

—Todos vosotros habéis sido cuidadosamente escogidos —dijo— para una misión *top secret*, una misión osada y peligrosa. Mirad al hombre que tenéis a vuestro lado. Es muy probable que dentro de seis semanas uno de los dos haya muerto.

Danny se acercó a Rafe y susurró, en un tono de voz suficientemente alto para que le pudieran oír los demás pilotos:

—¿De qué color quieres las flores para el funeral?

Los hombres de su alrededor sonrieron, y el propio Doolittle no pareció molestarse. La chulería era habitual entre los pilotos.

—Escógelo tú —contestó Rafe— voy a ser yo quien te las lleve.

—Muy bien —dijo Doolittle, serio de nuevo—. Si hay alguien que quiera abandonar, puede hacerlo ahora. No se le formularán preguntas.

A ninguno se le había ocurrido la idea de abandonar.

Doolittle se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—En la escuela de vuelo —dijo—, todos aprendisteis a llevar aviones de un único motor y de varios motores. Aquí llevaréis motores de varios motores.

Rafe y Danny se miraron. Bombarderos.

—Quiero presentaros a un par de personas —prosiguió Doolittle, y miró a un hombre que permanecía a su izquierda—. El doctor White es un oficial médico de vuelo. Se ha presentado como voluntario para aprender artillería y realizar la misión porque no podemos llevar a un hombre de más.

Rafe y Danny volvieron a mirarse. Una misión de bombardeo de larga distancia.

—... Y Ross Greening —dijo Doolittle—, nuestro oficial de artillería que revisará vuestro equipo y vuestro entrenamiento desde una baja altitud.

«¿Baja altitud? ¿Qué demonios de misión es ésta?».

Doolittle hizo un gesto hacia Greening, a su derecha. Greening saludó con la cabeza a la audiencia y Doolittle dio por finalizado su resumen.

—Vuelvo a repetir que esto es *top secret* —dijo—. No podéis hablar con nadie de esto. ¿Alguna pregunta?

Rafe levantó el tono de voz:

—¿Quién será el primero, coronel? Me gustaría ser voluntario.

Danny le propinó un codazo tan fuerte en las costillas que Rafe se quedó sin aliento.

—Creí que lo había dejado bien claro —dijo Doolittle—. No estoy organizando únicamente esta misión, la dirijo yo mismo.

Danny se acercó a Rafe y volvió a susurrarle, aunque en esta ocasión de modo que nadie pudiera oírlo.

—Retiro lo de las flores. Moriremos todos.

Evelyn trabajaba en el hospital en turnos de ocho horas de trabajo y cuatro de descanso.

En el puerto estaban reparando las cosas, restaurando y renovando todo lo que podían.

En el interior del hospital ocurría exactamente lo mismo, y poco a poco el rojo fue reemplazándose de nuevo por el blanco.

Evelyn intentaba no pensar en nada que no fuera su trabajo, su trabajo inmediato: las vendas que debía cambiar en aquel momento, las medicaciones que debía controlar, la carta que debía escribir a petición del marinero que se había quedado sin manos o la lectura que debía realizar para el que ya no tenía ojos.

En dos meses, Evelyn recibió una carta de Danny.

*Querida Evelyn:*

*Nos censuran las cartas (un oficial de Inteligencia se sienta literalmente y las lee antes de enviarlas) para asegurarse de que no hablamos de lo que estamos haciendo.*

*Estoy bien. No deseo hablar de lo que estamos haciendo. Quiero hablar de ti, y de mí y de nuestro futuro. El hecho de que alguien más lea esto antes que tú no me preocupa porque sé que lo que hay entre tú y yo es algo, y siempre lo será, entre tú y yo. Nadie más sabrá del todo ni comprenderá bien lo que existe entre nosotros, y sólo Dios conoce el futuro.*

*Pero no, espera, esto tampoco es totalmente cierto. Yo conozco el futuro, al menos este pedazo: te amo, y siempre te*

*amaré.*

*Danny*

Rafe no le escribió, por supuesto, y Evelyn sabía que no lo haría. Estaba convencida de que jamás volvería a escribirle una carta.

Pero él era la única persona del mundo, aparte de ella, que sabía lo del niño que llevaba en su vientre, y en este sentido compartían el mayor secreto de su vida.

No, tal vez no era el mayor secreto. Ese secreto era tan grande que Danny jamás lo sabría, Rafe sólo podía sospecharlo e incluso Evelyn apenas estaba segura. El mayor secreto de la vida de Evelyn se presentó en ella una noche, mientras permanecía estirada en su litera para descansar unas horas antes de levantarse y seguir trabajando. Normalmente, estaba tan cansada que solía quedarse dormida en cuanto reposaba la cabeza en la almohada. Pero aquella noche pensó en Betty, en su muerte temprana, y por un momento pensó que Betty se había evitado el tener que hacerse mayor. Esto la indujo a pensar que puesto que ella había sobrevivido a una de las mayores catástrofes del siglo, tal vez ya había crecido.

Aquello no la atormentó, no parecía más que un pensamiento. Pero en cuanto se estiró en la cama y colocó la mejilla encima de la almohada suave, comprendió claramente que si llegaba a vieja, muy vieja, las cartas que volvería a leer, aunque sólo fuera en su mente, serían las que tiempo atrás había recibido de Rafe.

En Eglin, Doolittle les preparaba para la misión y supervisaba personalmente todos los detalles. Los objetivos y métodos permanecieron secretos para los jóvenes pilotos pero, se tratara de lo que se tratara, tenía algo que ver con despegues desde una pista extremadamente corta, seguidos de un largo período de vuelo bajo. Pasaban horas y horas intentando que sus bombarderos despegaran después de una carrera increíblemente corta, y el propio Doolittle permanecía junto a ellos, desarrollando y poniendo a punto las técnicas y habilidades necesarias. Cuando les hubieron enseñado a tratar

a los aviones como animales con sentimientos, dándoles cariño y cuidándolos mucho para asegurarse su actuación, les hicieron empujar su equipo con todas sus fuerzas mientras llevaban las máquinas hasta la línea roja antes de empezar sus recorridos por la pista de la base aérea. Luego tomaban el mando de control de nuevo y los aviones surcaban los cielos.

Ross Greening se deshizo del peso extra de los bombarderos y los dotó de las miras de bombarderos Norden para las que habían sido diseñados. Las Norden, una combinación de engranajes, giroscopios y temporizadores revestidos de acero negro y del tamaño de una sandía, eran una asombrosa arma secreta que permitía bombardeos muy precisos desde mucha altura. Pero para los pilotos, a juzgar por la instrucción que recibían, la misión no prometía implicar nada más arriba de la copa de los árboles. Greening extrajo las pesadas miras Norden de todos los aviones y las reemplazó por un dispositivo provisional que él mismo había confeccionado con una placa de aluminio encima de una plataforma giratoria, más bien utilizado como mira de arma que como una herramienta para disparar bombas.

Practicaron con este sencillo dispositivo, pasando por encima del territorio de Florida a toda velocidad y dejando caer sacos de harina encima de objetivos marcados en la tierra arenosa. Fue un reto para los bombarderos, y los jóvenes pilotos lo encontraron divertido.

En todo aquel tiempo jamás practicaron el aterrizaje. Las posibles implicaciones de ello no les pasaron inadvertidas a los hombres. Pero ninguno de ellos habló de miedo. Veneraban a Doolittle por su destreza, le respetaban por entrenar junto a ellos, y admiraban sus habilidades. Casi todos confiaban en él. Sabían que les llevaría a una misión peligrosa si es que tal misión era necesaria, pero también sabían que no lo harían sin un plan para devolverlos con vida. De eso no les cabía la menor duda.

Los días pasaban lentamente para Danny. Cada hora que estaba lejos de Evelyn era una hora en la que se sentía separado de todo lo que le proporcionaba identidad y sentido. Le seguía gustando volar, como siempre, pero los sentimientos previos de su vida se habían quedado vacíos sin Evelyn. Sus cartas habían cobrado un nuevo significado, y puesto que no

podía componer ni enviarle cartas, decidió escribirle poemas. Algunos los garabateaba en un papel durante los pocos momentos de privacidad de los que podía disfrutar, pero la mayoría los guardaba en su corazón, donde sabía que amaba a alguien mucho más de lo que se amaba a sí mismo.

Por su parte, Rafe perdió la noción del tiempo: la señal de una gran alegría o de una intensa tristeza. Llevó a cabo la proeza implicándose por completo en la tarea que llevaba entre manos. Porque esa tarea implicaba volar, y de este modo resultaba más fácil abandonar su propio dolor. Los bombarderos no eran rápidos ni ágiles como los cazas con los que había volado. Pilotarlos en cortos despegues o en vuelos rasantes por encima de los árboles requería instinto y anticipación. Las exigencias eran una bendición. No pensaba en vivir o en morir, al menos cuando entrenaba. Pilotaba un avión y, por el momento, era lo único en lo que quería pensar.

Pero al amanecer, cuando el sol empezaba a asomar por el horizonte, o al atardecer, cuando el cielo se teñía de un color azul intenso y los bordes de las nubes se teñían de tonos rosados y anaranjados, le resultaba imposible no pensar en Evelyn, y no en dónde debería de estar o qué debería de estar haciendo, —pues sabía que la realidad física de la vida de Evelyn ya estaba perdida para él—, sino en lo pletórico que se había sentido al imaginar esperanzado que algún día sus cuerpos permanecerían tan unidos como lo estaban sus almas. Rafe sufría con la sensación de un vacío que ya no confiaba en llenar jamás.

Dieciséis B-25 despegaron en Florida, en un día en que la primavera ya había llegado a la costa del Golfo. Incluso ese mismo día, al abandonar finalmente la base aérea de Eglin, practicaron sus habilidades sobrevolando por encima de los contornos de la tierra mientras se dirigían al continente, estado tras estado, por encima de las granjas y pequeñas poblaciones, los campos y las gentes de América.

Aterrizaron en San Francisco, cerca del puerto, y recibieron órdenes de presentarse en cuestión de horas en el muelle donde estaba anclado el *U. S. S. Hornet*, uno de los portaaviones que habían escapado del ataque japonés en Pearl Harbor.

Cuando llegaron al *Hornet* descubrieron que sus aviones estaban siendo cargados a bordo de un enorme navío. A cada piloto le fue asignada una litera a bordo del portaaviones. Seguían sin conocer su destino. Ni siquiera los marineros de a bordo lo conocían. Los marineros estaban al corriente de la excepcionalidad de la ocasión. Jamás habían visto ni oído hablar de cargar bombarderos del ejército americano en un portaaviones y empezaron a circular rumores. Algunos marineros creyeron que llevarían todos aquellos aviones a Europa, otros aseguraban que Estados Unidos debía de tener una base secreta desde la que aquellos aviones podrían despegar contra los objetivos japoneses del Pacífico.

Los pilotos no dijeron nada. Doolittle les diría cuándo estaría listo.

El momento llegó cuando el *Hornet*, acompañado por buques de escolta y de apoyo, partió del puerto de San Francisco. El grupo de combate estaba pasando bajo el puente Golden Gate cuando los pilotos recibieron órdenes de acudir a la sala principal de reuniones del portaaviones.

Se presentaron todos, pilotos y tripulantes, y el coronel Doolittle no se anduvo con rodeos.



—Bien, ahora ya puedo deciros que nuestro objetivo es Tokio. Vamos a bombardearlo.

Los hombres que había en la sala, llenos de entrenamientos, de nervios, juventud y energía, estallaron en gritos de júbilo. Se rieron, se golpearon la espalda unos a otros. Rafe, Danny, Anthony y Red, que habían sobrevivido a lo de Pearl Harbor y que conocían compañeros que no lo habían logrado, saboreaban la posibilidad de una venganza pero no se mostraron tan entusiastas.

Doolittle dejó que los hombres disfrutaran de aquel momento de esparcimiento después del prolongado suspense, pero no dejó que la euforia se le fuera de las manos.

—El navío nos llevará a unas 400 millas de la costa japonesa —dijo—. Desde allí abandonaremos el portaaviones.

La noticia fue recibida con un prolongado silencio. Los pilotos no estaban preparados para el lanzamiento desde un portaaviones. Doolittle sabía que se iban a quedar sorprendidos, de modo que les dejó tiempo para que se hicieran a la idea.

Anthony alzó el brazo y dijo:

—Señor, todos creíamos que nos llevaba a algún pequeño aeródromo.

Doolittle se limitó a mirarle, y Anthony, arrepentido de haber abierto la boca, intentó remediar su error.

—Señor, me refiero... ¿se ha hecho alguna vez algo así, lanzar bombarderos desde portaaviones?

—No —contestó Doolittle—. ¿Alguna otra pregunta?

Red alzó el brazo y dijo:

—Co... coronel, hemos practicado des... despegues, pe... pero... —Sin querer ponerse en evidencia por su tartamudeo ante Doolittle, Red miró a Rafe pidiendo ayuda.

—Coronel —dijo Rafe—. Creo que Red está un poco nervioso porque no sabe si podremos aterrizar en la cubierta de este portaaviones.

—No disponemos de carburante para regresar a los portaaviones —contestó Doolittle—, de modo que regresarán a Hawai en cuanto despeguemos.

—Pe... pero si los porta... portaaviones se dirigen a casa —dijo Red—, ¿dónde aterrizamos?

Doolittle echó un vistazo por toda la sala llena de jóvenes aviadores sin ironía en su mirada ni en su voz mientras hablaba.

—Quiero que todos memoricéis la siguiente frase: *Lushu hoo megwa fugi*. Significa «Soy americano», en chino.

---

Media hora después de que Doolittle concluyera su información, el *Hornet* avanzaba hacia el Oeste y Danny y Rafe estaban solos al final de la cubierta, lejos del mar crispado. Habían recorrido toda la cubierta y repetido sus mediciones caminando en la dirección opuesta para asegurarse de que no se equivocaban.

—Es más corto que nuestra pista de prácticas —dijo Rafe—. Y llevaremos 900 kilos de bombas y 700 de carburante.

—Yo tengo otra frase en chino para Doolittle —dijo Danny—. *Mug Wump rickshaw mushu pork*, que significa «¿A quién se le ha ocurrido esta locura?».

Anthony, Red y los demás pilotos también estaban midiendo la cubierta aunque todos actuaban como si la operación fuera una simple cuestión de curiosidad profesional. Cuando el coronel Doolittle salió por la puerta principal y apareció en cubierta, los pilotos abandonaron su andar silencioso y empezaron a pasear tranquilamente, como si todos ellos hubieran decidido tomar un poco el aire en cubierta a la vez.

Doolittle fingió no darse cuenta; se dirigió hacia Rafe y Danny y permaneció junto a ellos observando el otro extremo de la cubierta. Al comprobar que ninguno decía nada, preguntó:

—¿Algún problema? Hablad.

—Verá, señor —dijo Rafe—, sólo tenemos dieciséis aviones...

—¿Y?

—¿Cómo vamos a hacerlo?

—No nos estamos echando atrás, señor —añadió rápidamente Danny—. Es algo que nos gustaría saber ya que vamos a morir haciéndolo.

Antes de contestar Doolittle se detuvo un instante, los miró, y luego observó a los demás pilotos jóvenes que caminaban por cubierta detrás de ellos, con el mar a sus espaldas.

—Ellos nos dieron un mazazo. Con nuestro ataque aéreo, nosotros sólo los pincharemos con una aguja, pero será suficiente para sus pequeños cerebros. ¿Comprendéis?

Rafe y Danny asintieron con un movimiento de cabeza, pero Doolittle sabía que no se había explicado demasiado bien.

—La victoria —dijo— pertenece a los que más creen en ella, y más tiempo. Vamos a creer en la victoria, y vamos a hacer que América también crea en ella.

Doolittle se volvió y caminó entre sus hombres por cubierta, haciéndoles comprender con su presencia que confiaba en que serían capaces de hacer lo que nadie jamás había logrado, mostrando con su firme decisión que no sólo eran capaces de cumplir con la misión sino también de sobrevivir.

Oahu, hogar de Pearl Harbor, y las demás islas de la cadena hawaiana permanecían en un estado de alerta militar constante. El daño se había reparado en las bases militares, y la presencia de la guerra en el aire había proporcionado una nueva visión en todo el ambiente. Incluso alrededor de las viviendas de la base, donde las familias de los oficiales vivían en casas pareadas individuales, predominaba una actitud militar. Ya no había juguetes de niños por el césped y los triciclos y las bicicletas regresaban todas las noches a los porches. Los oficiales iban y venían siempre a la misma hora. Tras los acontecimientos ocurridos algunos meses antes, ninguno de ellos volvería a llegar tarde durante el resto de su carrera.

El general Jackson salió precisamente de una de estas casas y se dirigió hacia el *jeep* que conducía todas las mañanas para trasladarse a su puesto de trabajo en la base. Pero aquella mañana, en cuanto llegó al vehículo, una enfermera de aspecto cansino apareció entre las palmeras donde había estado aguardando, y dijo:

—Perdone, general Jackson. ¿Se acuerda de mí?

Jackson jamás habría olvidado aquel rostro, ni aunque lo hubiera visto desde otro ángulo, tumbado en el suelo, con la mirada fija en la enfermera mientras ella le tapaba con el dedo la arteria dañada que se le llevaba la vida.

—Sí —contestó Jackson. Entonces examinó su rostro. La recordaba como una mujer guapísima, como si fuera su ángel de la guarda, pero la que tenía delante le parecía agotada y desnutrida, con el rostro muy pálido y los ojos muy enrojecidos por falta de sueño. Jackson había oído hablar de lo mucho que estaban trabajando las enfermeras; lo había visto con sus propios ojos durante las cuatro semanas que pasó en el hospital—. ¿Ha podido descansar un poco? —le preguntó.

—No demasiado. —Ella esbozó una sonrisa triste. Parecía nerviosa. Evidentemente había acudido allí por alguna razón.

El general se llevó la mano a las cicatrices que tenía en el cuello y dijo:

—Me gustaría...

—Yo sé cómo puede hacerlo... —dijo bruscamente—. Escúcheme.

—¿Perdón? —dijo él.

—Cuando empiecen a llegar las noticias sobre la misión que están llevando a cabo esos pilotos.

El hombre frunció el ceño.

—No sé de qué...

—Hay una misión. Ocurrirá algo. Usted está en el departamento de Inteligencia y...

El general se volvió de nuevo hacia su *jeep* intentando alejarse de ella.

—Lo siento, no sé de qué me está hablando —dijo.

—Usted trabaja en el departamento de Inteligencia y sabe perfectamente a qué me refiero.

—Puedo hacer que la arresten.

—¿Por qué? ¿Por demostrar que los tipos del departamento de Inteligencia no son los únicos que saben algo? —dijo ella, y colocó una mano en el volante—. ¡General! No quiero saber más de lo que ya sé: que dos hombres que me importan mucho están en gran peligro y que soy inútil como enfermera y como ser humano por preocuparme por lo que puede ocurrirles.

—Mire —dijo, dándose tiempo a pensar—. No puedo discutir con usted. Ya lo sabe. Ni siquiera deberíamos estar hablando.

—Usted trabaja en el departamento de Inteligencia. Esto no es ningún secreto.

—Técnicamente, sí.

—Técnicamente... Escúcheme, general. Me enamoré de un piloto. Viví durante meses preguntándome a cada instante dónde se encontraría, cómo se encontraría, si estaría vivo. Cada punzada que tenía, cada pequeño temor quería explotar en mi interior, aterrorizada, como si sintiera su muerte o...

—Sabía que lo que decía no tenía ningún sentido. ¿Cómo pretendía que la comprendiera?—. Ahora dos hombres a los que... Dos hombres que me importan están en una misión tan secreta que ni siquiera se les permite que me escriban.

—Comprendo que no resulta fácil —dijo Jackson en un tono de voz que le disgustó. Parecía como si pensara que no era más que una mujer histérica, aunque lo cierto era que envidiaba a cualquier hombre que tuviera a una mujer que se preocupara de aquel modo por él—. Pero estamos en guerra, hay misiones en todas partes y no se me permite hablar de ellas —añadió en un tono poco convincente.

Sin querer, Evelyn se llevó la mano al vientre donde el bebé crecía en secreto.

—Pearl será el lugar de escucha, en ese edificio sin ventanas al que acude, con esas antenas de seis metros encima de los tejados.

A Jackson le sorprendió lo mucho que aquella mujer sabía. Por un momento se preguntó si no se trataría de una especie de test de lealtad llevado a cabo por agentes de la policía secreta del Gobierno.

—Trabajé para la enfermería del departamento de Guerra —dijo Evelyn con firmeza—, y poseo acreditación. Lo único que quiero es estar allí cuando lleguen las noticias para saber si han sobrevivido o han muerto.

—La mayoría de oficiales la hubieran llevado al calabozo —dijo Jackson.

—La mayoría de enfermeras hubieran acudido a otras personas en vez de mantener el dedo en la arteria.

Jackson la miró. Ella le devolvió la mirada. Entonces Evelyn apartó la mano del volante y se alejó del vehículo. Él la miró un instante, luego arrancó el *jeep* y se marchó.

El sábado día 12 de abril, el *Hornet* se encontró con el *U. S. S. Enterprise* y sus barcos de apoyo, y el grupo de batalla se dirigió hacia el Oeste en condiciones climatológicas horribles. Viajaron como lo había hecho Yamamoto, a mar abierto.

Pero el tiempo iba en contra de la flota americana, y el avance era más lento de lo que el almirante Halsey esperaba. No obstante, el calendario era menos importante que el sigilo, pues si los militares japoneses descubrían los barcos no sólo peligraría la misión sino toda la habilidad militar de Estados Unidos en el Pacífico y cuanto más se acercaran a tierras japonesas, mayor era el peligro. En cuanto se encontraran dentro del alcance de los bombarderos japoneses, Halsey podría perder sus portaaviones, y en tal caso la guerra estaría perdida.

De modo que, el mal tiempo ralentizaba el avance, pero a la vez dificultaba su localización. La visibilidad estaba reducida y los aviones de reconocimiento tenían dificultades. Halsey, al frente de la operación hasta que los aviones hubieron abandonado la cubierta de su portaaviones, no maldijo su suerte y observó con toda la objetividad que pudo los difíciles y duros hechos.

Ya entrada la noche, la tormenta con la que habían luchado durante toda la travesía por el Pacífico empezó a alejarse lentamente y, aunque todavía se encontraban a muchas horas y a cientos de millas marinas del punto de lanzamiento, Halsey ordenó que dieran comienzo los preparativos iniciales. Los tripulantes empezaron a soltar los amarres de los B-25. El personal de cubierta colocó cuatro bombas en cada caza, y los artilleros del ejército cargaron la munición en las armas.

Doolittle y Ross Greening observaron los preparativos desde un lugar protegido de la cubierta de observación. A Doolittle le maravilló el modo en que los marineros cumplían con su trabajo corriendo de un lado a otro sin hacer caso de las sacudidas de las tablas bajo sus pies, con el rostro

empapado por la lluvia, el viento agitando sus cuerpos y haciéndoles perder el equilibrio. De joven había leído la novela de Robert Louis Stevenson titulada *Secuestrado*, una historia de un soldado que se encuentra rodeado por marineros hostiles en un barco. El soldado, arrogante, considera que los marineros son unos cobardes puesto que no parecen cómodos en el combate cuerpo a cuerpo. Pero cuando estalla la tormenta, el soldado aterrorizado se admira al ver a los marineros encima de las olas, entre los palos y las velas. Doolittle se sentía como aquel soldado.

A su lado, Greening agitaba nerviosamente una baqueteada regla de cálculo. Doolittle se volvió hacia él y le dijo:

—Ross, te vas a cargar la regla.

—Coronel —contestó—. Yo ya he pasado por esto, y debo decirle... Aunque todo vaya bien, no puedo prometer que lo logren.

Doolittle desvió la mirada hacia la cubierta empapada por la lluvia.

—Ya lo sé —dijo—. Tal vez perdamos esta batalla, pero ganaremos la guerra. ¿Sabe cómo lo sé? —Greening se mantuvo en silencio. Sentía respeto por Doolittle y no iba a interrumpirle—. Ellos —prosiguió Doolittle mientras movía la cabeza hacia donde Rafe y Danny estaban comprobando los sistemas mecánicos e hidráulicos de sus bombarderos—. Parecen extraños. No sobresalen en épocas en que la gente está preocupada por su peinado o por el último baile. Pero en tiempos como éste, se ve a jóvenes como ellos avanzando.

Doolittle miró a Greening con su característica mirada inconfundible.

—No hay nada más fuerte que el corazón de un voluntario —dijo.

Volvieron a mirar a los bombarderos y a los hombres que los llevarían.

Y en ese preciso instante, Doolittle tomó una decisión.

De nuevo convocó a los aviadores en la sala de reuniones del portaaviones *Hornet*.

—Despegaremos a última hora de la tarde —dijo Doolittle—. Lanzaremos las bombas, y después para China. Tan simple como esto.

Un joven aviador alzó la mano.

—Coronel, nos ha entregado los buscadores de faros, pero también nos ha indicado que China está bajo el control de las tropas japonesas. ¿Qué hacemos si los faros están apagados?

—Si eso ocurre debéis descender donde podáis y evitar que os capturen. Los chinos ayudarán como puedan.

Doolittle hizo una pausa y esperó a que hubiera más preguntas. Quería ofrecer a sus hombres una oportunidad para que comprendieran que todo estaba controlado, que todas las piezas del plan encajaban. Un piloto que se encontraba al final de la sala, detrás de Rafe y de Danny, alzó la mano y preguntó:

—Coronel, ¿qué hacemos si alcanzan nuestro avión al sobrevolar Japón y tenemos que abandonarlo allí?

Doolittle asintió con la cabeza para mostrar la franqueza de la pregunta.

—Yo no crecí para ser prisionero —dijo—. Si mi avión queda inutilizable, haré que la tripulación se tire en paracaídas y luego lo llevaré hasta cualquier objetivo militar que encuentre. Eso es lo que yo haré. Pero yo soy un hombre mayor, tengo cuarenta y cinco años. Vosotros estáis empezando a vivir, de modo que vosotros decidiréis lo que queréis hacer.

Pero los rostros jóvenes mostraban el convencimiento de hacer exactamente lo que había dicho Doolittle. Él era el hombre que todos querían ser.

Evelyn había visto cómo se curaban heridas durante los últimos tres meses. Heridas en carne viva se habían cerrado, habían dejado de sangrar, habían dejado de mostrar un color rojizo muy intenso para ponerse rosadas bajo sus manos cuidadosas. Todos los días, mientras cambiaba vendajes, luchaba contra el dolor y la infección, luchaba contra la soledad y el desespero de algunos hombres y era testigo del milagro de la curación. Veía cómo los hombres a los que cuidaba pasaban de la agonía a la salud y se preguntaba si el gran y misterioso poder que convertía en natural aquella transformación llevaría a su corazón por el mismo camino.

Pero a medida que transcurrían los días y que crecía la vida en su vientre, se daba cuenta de que llegaría un momento en que no podría



ocultarlo.

De modo que limpiaba las heridas, cambiaba las vendas, cortaba la piel para dejar la carne herida bajo el aire fresco y purificante, y rogaba para que el Dios, que le había girado el rostro, mirara hacia abajo, no a ella sino a los hombres que amaba, y la perdonara para convertirla en un lugar maravilloso donde fuera creciendo la vida inocente que llevaba dentro.

A última hora de la mañana, cuando Evelyn estaba quitando los puntos del brazo de un marinero, levantó un instante la vista y vio a Jackson en la puerta. Llevaba un pase de seguridad en la mano, y Evelyn comprendió en aquel momento que en algún lugar de la guerra estaban a punto de empezar los peligros para los hombres que amaba. Pronto iban a encontrar respuesta todas sus preguntas sobre la esperanza y el futuro.

***OceanofPDF.com***

Eran pescadores y no soldados del ejército japonés. Pero cuando les pidieron que formaran parte del mecanismo del Japón imperial, aceptaron sus órdenes y tomaron sus posiciones en el piquete de navíos colocados alrededor de las islas como sistema de alerta. Incluso les permitieron continuar pescando, siempre que ello no perjudicara su responsabilidad de mantenerse alerta de cualquier intrusión de los navíos americanos.

Los hombres del *Nitto Maru* solían navegar por las aguas del Pacífico durante días sin ver ningún barco, de modo que no estaban preparados para ver lo que vieron a primera hora de la mañana del día 18 de abril de 1942: toda una flota de enormes barcos que se dirigían directamente a Japón. Para los pescadores fue una visión confusa y perturbadora. No habían sido entrenados en el arte de identificar navíos enemigos ni siquiera en reconocer si los barcos que se dirigían hacia ellos eran enemigos o amigos, pero estaban seguros de que tenían que informar de lo que acababan de ver.

Uno de ellos, Nakamura Suekichi, acudió corriendo al capitán del barco, Gisaku Maeda, que ya había empezado a comunicarse por radio con el *Kiso*, el buque insignia de la quinta flota japonesa, cuando vieron una luz procedente de un barco que se dirigía hacia ellos (se trataba del *U. S. S. Nashville*) y empezaron a explotar proyectiles en el agua, muy cerca de ellos.

Rafe y Danny, como los demás pilotos, se habían tumbado en sus literas para descansar, antes de emprender el largo viaje que les aguardaba. De pronto oyeron alarmas por todo el barco y se escuchó por los altavoces:

—¡A sus puestos! ¡A sus puestos! ¡Todo el mundo a sus puestos! —Se asomaron inmediatamente al pasillo y vieron marineros corriendo por todas

partes.

—Estamos demasiado lejos de Japón. ¿Es un simulacro? —se preguntó Danny.

—No lo sé —contestó Rafe—. Algo les ha alarmado.

El coronel Doolittle se dirigió al puente de mando del *Hornet* y encontró al almirante Halsey reunido con su plana mayor.

—Tenemos un problema —dijo Halsey, y Doolittle sabía perfectamente de qué se trataba: vio a los patrulleros frente a ellos disparando.

—¿A qué distancia nos encontramos de Tokio? —preguntó Doolittle.

—A unas 700 millas —contestó.

Unos minutos más tarde, los altavoces del portaaviones anunciaron la orden:

—¡Pilotos, tripulen sus aviones!

El general Jackson acompañó a Evelyn hasta un edificio cuya entrada no tenía nada de especial, salvo que en la puerta no había ninguna indicación. Si alguien hubiera preguntado, le habrían dicho que se trataba de una estación repetidora, lo cual explicaría la cantidad de antenas de largo alcance que había en el tejado. Evelyn siguió a Jackson por dos largos pasillos vigilados por centinelas armados y luego hasta una habitación parecida a un búnker donde había una docena de estenógrafos y de descifradores de códigos trabajando en sus mesas. Más allá de esta zona, Evelyn divisó, a través de un grueso cristal, una sala de escuchas donde unos hombres nerviosos manejaban unos receptores de radio y repetidores teletipo. Jackson acompañó a Evelyn por unas puertas dobles de esta habitación hasta un escritorio vacío.

—No hables con ellos —dijo— y ellos no te hablarán. Simplemente pretenden escribir a máquina la información que te pasamos.

La habitación olía a humo de cigarrillo y a sudor, y Evelyn notó que se le hacía un nudo en el estómago y le entraban ganas de vomitar, tal vez más a causa de los nervios que del olor.

Jackson acababa de sentarse entre los hombres de los auriculares cuando uno de ellos, un japonés americano, se volvió hacia él y dijo:

—Estamos recibiendo transmisiones japonesas... Han descubierto nuestros portaaviones.

Evelyn deseó en ese momento no haber acudido.

A unas 2000 millas, los hombres que había en el puente del portaaviones *Hornet* estaban virando el enorme barco hacia el viento y ponían las poderosas máquinas a toda velocidad. Los pilotos del Ejército corrían a cubierta, donde ya se encontraba la tripulación naval, luchando contra el viento, comprobando las señales y tratando de adaptarse al cambio repentino en los planes de lanzamiento. El crucero que iba junto al *Hornet* seguía esquivando al patrullero japonés.

Doolittle corrió a cubierta y descubrió a Ross Greening que ya estaba trabajando.

—¡Estamos demasiado lejos! —exclamó Greening por encima del ruido del viento y de la lluvia—. Los aviones necesitan más combustible, ¡pero tienen que tener menos peso para despegar!

El plan de Doolittle se había puesto en marcha. Detrás de él se encontraban en el avión los dos bombarderos Rafe y Danny esperando órdenes. Se dirigió a toda prisa hacia ellos y les dijo:

—¡Olvidad todo lo que no necesitéis! ¡Y he dicho todo! ¡Pasad la voz para que todos hagan lo mismo!

Mientras se apresuraban a seguir las órdenes, Doolittle regresó junto a Greening y dijo:

—Ross, será mejor que se le ocurra algo pronto.

Las 300 millas adicionales hicieron que cualquier gramo de peso y cualquier gota de carburante resultaran críticos. Los aviadores en la línea de aviones a sus espaldas empezaron a desprenderse de las herramientas extra que habían planeado llevar en su vuelo a Japón y China. Un copiloto se desprendió de un fonógrafo y archivos; otro lanzó una enorme reserva de rollos de papel higiénico que decidió llevar cuando le informaron de que en China no encontraría. Pero Greening consideraba que no estaban siendo

suficientemente inexorables. Se subió a un avión, quitó la silla de acero del copiloto y la lanzó a cubierta ante Red, que se quedó sorprendido.

—¿Dónde me voy a sentar? —preguntó, asomándose por la escotilla.

La respuesta de Greening consistió en una palmada en un ligero cajón que colocó en el lugar del asiento.

—¿Voy a volar ocho horas sentado en esto? —exclamó Red.

—Será mejor que tanto tú como toda la tripulación vayáis a hacer un pipí antes de despegar —dijo Greening mientras descendía del avión para dirigirse al siguiente aparato.

Greening se detuvo un momento, pensativo, y acto seguido se volvió hacia un marinero.

—Ve a buscarme escobas, mopas y cualquier cosa que tenga un palo largo de madera. ¡Y alquitrán! ¡Y cepillos!

El marinero no dudó un segundo y desapareció corriendo. Cuando regresó a cubierta, Greening estaba sacando las armas de la parte trasera de los aviones.

—Cortad los palos —les indicó Greening a los tripulantes—. Pintadlos de negro y colocadlos en el lugar de las armas. Luego id a la cocina a por esas enormes ollas y llenadlas de gasolina, como si fueran tanques. ¡Vamos!

A lo lejos, el patrullero japonés recibió un impacto y explotó.

Rafe y Danny estaban reemplazando las armas traseras de sus bombarderos por palos pintados de negro.

—Palos de escoba en lugar de armas —dijo Danny en tono tranquilo.

—Al menos asustarán a los japoneses —dijo Rafe.

Ambos se miraron y subieron a sus bombarderos.

En la sala de control de la misión, los técnicos, cansados y nerviosos, no lograban captar nada por los auriculares. Evelyn abandonó rápidamente su propósito de parecer ocupada; de todas formas nadie la miraba. Luego, uno de los hombres que llevaba auriculares (el operador de Washington) se levantó mientras escuchaba. Murmuró «Roger» por el micrófono, lo cubrió con una mano, y anunció a todos los que estaban en la sala:

—El Departamento de Guerra considera que deberían retirarse.

Jackson negó con un movimiento de cabeza.

—Entonces no deberían haber escogido a Doolittle —dijo.

Nadie en Washington tenía el poder para ordenar que se cancelara la misión. Algunos hombres poseían la autoridad, por supuesto, pero eso no era lo mismo que tener el poder. El poder sería la capacidad de decirle al almirante Halsey, en medio del océano más grande del mundo, que no confiara en su inteligencia superior, o decirle al coronel Jimmy Doolittle, en cuanto los aviones abandonaran el portaaviones, que tú lo sabías mejor que él, y en América no había nadie que pudiera hacerlo.

De modo que esperaron y escucharon.

Desde el puente de mando del *Hornet* ordenaron que se prepararan para el despegue y que observaran las ráfagas de viento para asegurar el éxito de la operación.

Doolittle se sentó a los mandos de control del primer bombardero y notó el golpecito constante de los motores mientras los empujaba hasta la línea roja. En cubierta, el auxiliar de vuelo le mostró la señal de ESPERA. Ross Greening también se encontraba en cubierta, sosteniendo una pizarra delante de Doolittle. Doolittle alzó la vista para observar los banderines dispuestos a lo largo de la superestructura del portaaviones, que ondeaban al viento. En el interior, Doolittle sintió como si el avión fuera una prolongación de su propio cuerpo. Las hélices giraron y notó cómo las ruedas rozaban con los frenos. Delante de él, la cubierta parecía muy corta, y si a él le parecía tan corta imaginaba lo que le parecía a los pilotos a sus órdenes, casi ninguno de los cuales había realizado jamás un despegue para el combate, ni siquiera desde un campo de aviación grande y pavimentado, y menos aún desde la cubierta de un portaaviones para aventurarse a mar abierto. ¡Y ni siquiera habían practicado! Ahora llevaban bombas y carburante. ¿Qué quería de aquellos hombres?

Sus ojos descubrieron la bandera americana ondeando al viento.

Ross Greening inspiró profundamente y le mostró a Doolittle las letras escritas con tiza en la pizarra: ¡VAMOS!

Doolittle miró hacia la cubierta y saludó al almirante Halsey. Halsey le devolvió el saludo. Doolittle volvió a mirar a Ross Greening y soltó el freno.

Rafe y Danny observaron a través del cristal de la cabina de su propio B-25 cómo la cola del avión de Doolittle empezaba a alejarse de ellos.

El movimiento del avión parecía muy lento y las hélices cortaban el viento en cubierta. Las voces internas decían «Jamás lo lograré» mientras otras decían «Jimmy Doolittle puede hacer lo que quiera con un avión, y ahora quiere hacer esto». A media pista, el avión todavía parecía rodar muy lento, y así era, con relación al movimiento del barco. Pero el impulso del portaaviones que cortaba el viento proporcionaba velocidad a los aviones y esta velocidad era su única esperanza.

El momento transcurrió con una lentitud prácticamente insoportable para los pilotos que lo observaban, e imaginaban lo que sentiría el propio Doolittle. Cada giro de las ruedas del B-25 llevaba al avión más cerca del extremo de la cubierta, y el paso era tan lento que parecía que no fuera posible que el avión consiguiera despegar. Parecía que tuviera que caer al mar como una piedra, delante del barco, y que el avión desaparecería sin dejar rastro o que las bombas explotarían y harían pedazos a Doolittle y a su tripulación.

Doolittle llegó al final de la cubierta y tiró hacia atrás del mando de control. El bombardero hizo girar las hélices, como les gustaba decir a los aviadores, permaneciendo prácticamente vertical aunque sin detenerse, levantándose lentamente en el aire y Doolittle empezó a volar con gran facilidad mientras realizaba un largo giro alrededor del portaaviones. Los marineros que se encontraban en la cubierta del portaaviones prorrumpieron en aplausos y gritos de alegría. El almirante y su plana mayor, que permanecían en el puesto de mando de cubierta, asintieron con un movimiento de cabeza en señal de aprobación.

Los demás pilotos jóvenes hicieron lo mismo que Doolittle y alzaron los aviones en el aire.

En el puente de comando, el almirante Halsey estuvo pendiente del despegue hasta que el último avión abandonó la cubierta y se alzó hacia Japón.

—¿Sabes? —dijo en un tono de voz calmado a nadie en particular—, es la primera vez en mi vida que lanzo pájaros al aire sin haber planeado estar por aquí cuando regresen a casa. —Se detuvo un segundo antes de añadir —: Muy bien, vayámonos de aquí. —Su agrupación de combate giró tan deprisa como pudo y puso rumbo a Pearl Harbor.

En la sala de control de la misión intentaban oír algo, pero no les llegaba nada por los monitores. Todos sudaban; el fuerte olor causado por la tensión era más fuerte incluso que el olor a cigarrillos. Evelyn hizo un esfuerzo por respirar, con la sensación de que sus pulmones habían olvidado cómo debían hacerlo. No obstante, su corazón no mostró problemas; latía en su pecho haciendo vibrar su cuerpo con cada latido.

Dieciséis aviones volaban sobre el Pacífico, a unos seis metros por encima de las olas. Rafe y Danny podían verse mutuamente mientras volaban a unos quince metros de distancia. El avión de Doolittle iba en cabeza, y el resto de bombarderos le seguían en una estrecha línea. Todos habían logrado despegar desde la cubierta, pero nadie parecía creérselo. Los aviones americanos mantuvieron un silencio estricto por la radio.

El presidente Franklin Delano Roosevelt, prácticamente en el mismo instante, se sentó en una habitación de la Casa Blanca y se dirigió a la nación por radio, para lo que él llamaba «charla informal». Más de la mitad de la población de Estados Unidos le escuchaba mientras decía:

—Desde Berlín, Roma y Tokio nos han descrito como una nación de peleles y *playboys* que contratamos a soldados británicos, rusos o chinos para que luchen por nosotros. Que se lo digan al general MacArthur y a sus hombres. Que se lo digan a los soldados que hoy luchan en las lejanas aguas del Pacífico. Que se lo digan a los chicos de las fortalezas volantes. Que se lo digan a los marines.



Roosevelt, como cualquier hombre, vivía con sus propios temores. Se enfrentaba a los que podía y aprendió a convivir con los que no podía y a responsabilizarse de ellos. Hacía lo que estaba en su mano y vivía con lo que no podía cambiar. No pedía volver a caminar, no pedía una victoria que consideraba inmerecida. Pero mientras pronunciaba estas palabras, el silencio permanecía oculto en su corazón, de donde todos los ruegos procedían mientras le pedía a Dios que Jimmy Doolittle y los muchachos que volaban con él se mantuvieran en el buen camino y se mostraran furiosos con los enemigos de Estados Unidos.

***OceanofPDF.com***

Durante horas, volaron bajo, a una velocidad regular para no gastar carburante. Por el camino, los artilleros que iban detrás del B-25 añadieron gasolina a los tanques. Pero fueron dejando los bidones que les sobraban en el interior de los aviones para no tirar desperdicios, como precaución ante la posibilidad de que los japoneses siguieran la pista de los bidones vacíos hasta los portaaviones. El temor de los americanos a perder los portaaviones era enorme, así como el de perder la guerra.

Los pilotos tenían mucho tiempo para pensar, pero no podían hacerlo. La tensión de conservar gasolina mientras luchaban contra los inesperados y fuertes vientos así como el adelanto de la incursión aérea en la ciudad japonesa más sagrada y mejor defendida, ocupaba toda su mente.

Pero Rafe dejó que sus instintos hicieran volar el avión, mientras aquella parte de su mente que jamás estaba amarrada tras las vallas donde parecía permanecer todo el mundo, volaba libremente para admirar las olas con la luz de la mañana y observar los campos verdes de Tennessee. Le llegó el olor a gasolina del avión de su padre. Podía sentir que se había convertido en el hombre que esperaba ser, no sólo porque hacía lo que siempre había querido hacer sino porque permanecía allí donde quería estar, por algo más importante que su propia vida. Sin embargo, no había esperado encontrarse tan solo en el momento de alcanzar este logro. Había creído que aquella sensación, incluiría el amor de una mujer, fuera lo que fuera lo que le esperase en el cielo de Tokio.

Entonces comprendió con toda claridad que su vida incluía el amor y que por esta razón se sentía completo. Jamás podría tener a Evelyn, al menos del modo que le hubiera gustado, pero siempre la amaría, y no era capaz de imaginar que ella no le quisiera. Y como solía decir su padre a la familia en lo más crudo de la Depresión: «No es suficiente, pero es».

Las reflexiones de Danny durante el vuelo de 700 millas hasta Japón eran distintas. Pensaba en palabras, frases y oraciones que le gustaría decirle a Evelyn para expresarle los profundos sentimientos que sentía por ella. Desde que se despidió de ella en Pearl Harbor, había tenido una sensación inquietante, un sentimiento que parecía mayor que la distancia física. Había una especie de abismo entre sus almas, una distancia que él debía acortar. Danny no sabía qué era aquel abismo; jamás había amado a nadie como a Evelyn y por lo tanto no había conocido a la persona en la que se convertía en su relación con ella. Se preguntaba si esta extraña combinación de unidad y división formaba parte del enorme misterio del amor, simplemente. Fuera lo que fuera, él tendía la mano de la única manera que sabía hacerlo, con la poesía que pasaba por su mente cada vez que pensaba en ella, es decir, siempre. En aquel vuelo por el Pacífico, Danny se oyó diciéndole a Evelyn: «Beberé agradecido cada gota de ese enorme río de espíritu que eres».

Para otras personas, tal vez aquello no era poesía. Tal vez considerarían sensibleras aquellas palabras. Para Danny eran absolutamente auténticas, una expresión de quién era él exactamente y de cómo se sentía. Y con ello, Danny se sentía completo.

La costa de Japón apareció algo más tarde de lo que tenían previsto, y los navegantes de cada avión tuvieron que ajustar sus cálculos. No todos los aviones se dirigieron a Tokio. Unos pocos se separaron del grupo para trasladarse a otras ciudades. Los demás continuaron volando tan lentamente como pudieron, sobrevolando las copas de los árboles.

En el avión de Doolittle calcularon su hora de llegada estimada a Tokio. Su plan original había sido sobrevolar Tokio al anochecer, cuando estaría protegido por la poca luz aunque suficiente para apuntar. Lanzaría bombas incendiarias y los fuegos ocasionados guiarían a los chicos que iban detrás de él. Su navegador le dijo que llegarían a Tokio hacia media noche.

«Pasada la medianoche», pensó Doolittle.

Las islas de Japón, al igual que las de Hawai, estaban llenas de torres de observación y de defensas costeras, y en la primavera de 1942, a diferencia

del día 7 de diciembre de 1941, Estados Unidos y Japón estaban oficialmente en guerra. De todas formas, tanto los militares como los civiles informaron de unos aviones no identificados que volaban desde el océano abierto. Sus avisos fueron ignorados en Japón, como había ocurrido algunos meses antes en Hawai. Las alarmas simplemente no alertaron a quienes consideraban que era imposible que fueran atacados.

En Tokio hacía un día hermoso y la ciudad parecía muy optimista. La guerra estaba tan lejos como la Luna. Los militares japoneses no sólo habían humillado a China sino también a Estados Unidos, y cualquier recuerdo del conflicto armado parecía poco más que un disturbio. Los simulacros de ataques aéreos sirvieron para recordar a la gente que los líderes militares de Japón protegían a su Emperador y a su ciudad. Las sirenas habían desaparecido antes de media noche y los jóvenes tomaron las armas aunque sólo fuera para practicar. En el mercado, las madres paseaban con sus hijos y, al ver los elegantes aviones verdes sobrevolando la zona, a ras de los edificios, pensaban: «¡Qué bonito!».

El propio Emperador vio a uno de los cuatro bombarderos cuatrimotores sobrevolar la zona mientras se disponía a disfrutar del almuerzo en el palacio real. No reconoció al avión y se preguntó si sus generales le informarían sobre los nuevos planes que pensaban llevar a cabo.

Los aviones se dirigieron a sus objetivos en las afueras de la ciudad, cada uno por su lado. Rafe y Danny intercambiaron un gesto de despedida y se separaron, Rafe hacia una fábrica de motores y Danny hacia los depósitos de petróleo junto al puerto. Pero ambos habían estudiado conjuntamente los mapas aéreos, habían memorizado los objetivos de cada uno y las líneas de vuelo y, aunque no volverían a verse, Rafe sabía dónde se encontraría Danny exactamente en todo momento y Danny dónde estaría Rafe.

En ese momento los aviones volaban por separado, sin contacto visual ni por radio, cada tripulación en su propio mundo, cada piloto el capitán del destino individual de su aparato.

El tramo final hasta los objetivos fue una experiencia de constante expectación. Los pilotos subieron tan sólo 60 metros pero, después de sobrevolar las olas y los tejados de los edificios, tenían la sensación de que volaban muy alto. El suelo desaparecía a toda velocidad y las edificaciones en tierra aparecían rápidamente, lo cual resultaba crucial para determinar el menor espacio posible entre el avión y el punto óptimo para lanzar las bombas, pendientes de si se producía un ataque antiaéreo, lo que supondría que los japoneses los habían visto llegar y no les dejarían salir con vida.

Incluso durante las preparaciones, los bombarderos habían encontrado tiempo para inscribir mensajes en sus bombas. Frases cortas pero sinceras escritas en la parte delantera de los 500 proyectiles. Algunos habían escrito: «Por América», «Por el Arizona», «Por Pearl Harbor». En la nariz de una de las bombas del avión de Danny, Anthony había garabateado las palabras «Por Billy».

El bombardero de Rafe hacía funcionar la mira de aluminio que Ross Greening había instalado por un coste total de 20 centavos por avión, y Rafe mantenía el suyo a una velocidad constante mientras buscaba cazas o fuegos antiaéreos en el cielo. No había ninguno. Abrió las puertas de las bombas, colocó el avión en una trayectoria uniforme y dejó el momento en manos del bombardero. Oyó el informe por el auricular, «Bombas liberadas», y todos suspiraron mientras por un momento se preguntaban si el tiempo y el esfuerzo invertidos servirían para algo, si realmente estallarían las bombas que estaban lanzando. Luego, una masa negra de humo y polvo salió de la fábrica, su primer objetivo, y un momento después vieron los escombros de la explosión que salieron disparados en todas direcciones, algunos de ellos incluso a mayor altura que el propio avión.

De pronto empezaron a caer bombas por todo Tokio, y al principio, nadie sabía de dónde procedían. Los militares japoneses enseguida comprendieron que los extraños aviones que algunos habían visto eran los causantes del ataque, y radio Tokio interrumpió su relajada emisión para anunciar a los habitantes de la ciudad que se refugiaran, porque se estaba produciendo un ataque aéreo enemigo.

Los japoneses intentaron organizarse para contraatacar, pero los bombarderos desaparecieron enseguida. Los daños fueron cuantiosos y dispersos: una fábrica aquí, una refinería allí, un almacén a un extremo de la ciudad, unos depósitos de petróleo al otro... El Ejército no sabía con exactitud cómo habían participado tantos aviones en el ataque y, lo que era peor, ignoraban de dónde procedían, de modo que no sabían que medidas tomar para impedir que regresaran.

Los mismos hombres que habían empujado a Yamamoto a atacar Pearl Harbor y que habían vendido a todo el mundo la idea de la invencibilidad japonesa, ahora tendrían que invitar a su Emperador y explicarle que, de todas formas, de algún modo, por algún método que no comprendían y desde un lugar que todavía no podían localizar, Estados Unidos había podido bombardear Tokio, como si el Emperador no lo hubiera deducido por sí mismo.

En la sala de control de la misión del Centro de Inteligencia de Pearl Harbor recibieron la emisión de radio Tokio, y el oyente japonés americano que controlaba y traducía la transmisión anunció a los que se encontraban reunidos en aquella pequeña habitación que radio Tokio estaba anunciando un ataque y les estaba diciendo a los habitantes de la ciudad que se refugiaran.

Durante los siguientes quince días y cuatro horas, ésas fueron las últimas noticias que Evelyn oiría acerca del destino de los hombres a los que amaba.

—Última bomba —dijo el navegante de Rafe, y de pronto se abrieron unos agujeros en el suelo del avión y el plomo caliente voló por el interior del avión hasta el disparador. El navegante, que acababa de volverse para observar la bomba de cerca, exclamó—: ¡Impacto de artillería!

Red abrió el dispositivo de la posición del copiloto y corrió hacia la parte trasera del avión, donde encontró al artillero desplomado e inmóvil. Red enchufó el auricular al intercomunicador y dijo simplemente:

—Muerto.

Rafe buscaba en el cielo, en todas direcciones.

—Si eso son Zero, ¡sácamelos de encima! —contestó a Red.

—¿Qué quieres que haga, que los borre del cielo?

—¡No son Zero, es fuego antiaéreo! —exclamó Rafe mientras los proyectiles antiaéreos chocaban en el cielo delante de ellos. Ladeó el bombardero hacia la izquierda y hacia la derecha, pero por mucho que se ladeara, los proyectiles antiaéreos seguían golpeando el fuselaje y desprendiendo metralla. Rafe disminuyó la velocidad y realizó varias maniobras; Red y el navegante se golpearon contra las paredes y fueron alcanzados por el fuego antiaéreo.

El presidente Roosevelt permanecía sentado en su silla de ruedas, junto a la chimenea en el despacho de la Casa Blanca. En la chimenea no había fuego (la manta que le cubría sus piernas y la caldera de la Casa Blanca le bastaban para no pasar frío), pero él observaba el oscuro hogar como si estuviera encendido. Llevaba el peso del mundo en la frente. Era un hombre solitario que desempeñaba el trabajo más solitario del mundo.

Junto a él se encontraba George, su ayuda de cámara que, incapaz de soportar más el silencio, se aproximó a Roosevelt.

—¿Puedo traerle algo, señor Presidente?

—No, George. —Roosevelt no apartó la vista del hogar apagado—. Estaba pensando en mis hijos. No soy el primer presidente cuyos hijos acuden a la guerra. Me preguntaba de dónde sacaron los otros las fuerzas. Cada vez que un general me viene con un mensaje, temo que me comunicarán la muerte de algunos de mis hijos.

George asintió con un prolongado movimiento de cabeza. Luego, raro en él, dijo:

—Mis hijos no están en esta guerra —Roosevelt levantó la cabeza para mirarle, sorprendido de que George hiciera un comentario de forma voluntaria—. Pero creo que si los tuviera, —añadió—, daría las gracias a Dios por tener este país un presidente que se siente como usted.

En ese momento oyeron que alguien abría la puerta, y se volvieron. Era el general Marshall. Su aparición en aquel punto de la conversación dejó helados tanto a Roosevelt como a George, y de nada sirvió ver el rostro solemne de Marshall. A George se le secó la boca y miró a Roosevelt, pero se dio cuenta de que Roosevelt se había estremecido. Si había ocurrido algo, parecía sentirse más fuerte que nunca, dispuesto a oír cualquier cosa.

—¿Qué ocurre, general? —dijo Roosevelt en un tono de voz firme.

—Los chinos no han recibido nuestra petición de poner señales hasta que ha sido demasiado tarde. Y los aviones tuvieron que despegar tan pronto que tal vez les falte gasolina para llegar a tierra.

—De modo que nuestros muchachos vuelan sin rumbo y no tienen gasolina.

—Los chinos están enviando grupos de búsqueda para intentar encontrar las tripulaciones antes de que lo hagan los patrulleros japoneses, en el caso de que no lo consiga algún avión.

—Que Dios les ayude —dijo Roosevelt, volviéndose para mirar de nuevo el fuego apagado.



El ataque antiaéreo no duró mucho tiempo; prácticamente se encontraban más allá de las fuerzas defensivas de Tokio antes de que los artilleros empezaran a disparar. Y al poco rato el bombardero de Rafe se hallaba fuera de alcance de las armas. Siguió subiendo y escudriñó el cielo en busca de cualquier signo de Zero que pudiera interponerse en su camino, pero no vio ninguno. Los japoneses no sabían de dónde habían venido ni tampoco adónde se dirigían.

El cielo estaba nublado en el momento en que llegaron a la Costa Oeste y al mar de Japón. El navegante examinó las islas costeras para conocer la posición exacta, y Rafe disminuyó la velocidad para ahorrar gasolina para el largo viaje hasta China.

Pero ¿dónde estaba Danny? Sí, las órdenes eran específicas: en cuanto los aviones se hubieran separado hacia sus objetivos individuales, debían seguir cada uno por su lado. Pero Rafe y Danny tenían un acuerdo. Sus objetivos estaban lo suficientemente juntos para hacer costa prácticamente en el mismo lugar y a la vez. Dos aviones que volaban juntos podían protegerse mutuamente y duplicar sus oportunidades de encontrar un lugar seguro para el aterrizaje. Volar juntos era, sin duda, una sensata estrategia.

Pero Rafe sabía que no podía desperdiciar la gasolina con la espera. Danny ya debería de estar allí, o tal vez ya había acudido y había vuelto a marcharse. Rafe se dijo que era el mejor piloto y que seguramente Danny había tenido la misma suerte que él con su objetivo. Seguro, el artillero muerto no era algo reconfortante, pero habían pillado a los japoneses por sorpresa y estaba seguro de que los demás aviones también lo habían logrado.

Rafe todavía sintió un vacío en el estómago mientras su avión abandonaba la tierra y se dirigía hacia el mar abierto sin signo alguno de

ningún otro avión americano.

Luego lo vio, por encima de él, volando tranquilamente y a una velocidad constante a su misma altitud: otro bombardero verde.

Rafe se colocó junto a él. Danny lo miró y sonriente, como si Rafe pudiera salir de la cabina y recogerlo para acudir juntos a algún partido. Entonces Danny vio los agujeros de fuego antiaéreo en el avión de Rafe y frunció el ceño. Los bombarderos llevaban unas luces de emergencia y Danny utilizó las suyas para señalar a través del código Morse: «¿Problemas?».

Red le respondió con signos.

—El artillero ha muerto. ¿Tú?

—Bien —fue la respuesta.

Pero ninguno de los dos se sintió tranquilo en su avión al entrar en una nube y dirigirse hacia China, donde los japoneses poseían todas las principales ciudades y gran parte del campo, pero donde los combatientes de la resistencia de Chiang Kai-shek mantenían parcelas del campo y debían encender luces para guiarles hasta un lugar seguro donde pudieran aterrizar.

A medida que se dirigían al Oeste, las nubes se iban espesando. De vez en cuando, durante las primeras horas de vuelo solían encontrar zonas sin nubes, pero cuando el sol se hubo puesto ya no pudieron ver si había tierra o mar a sus pies.

Danny se sintió preocupado al echar un vistazo al indicador de gasolina y comprobar que quedaba poco combustible. Hacía rato que había añadido las últimas gotas de gasolina al depósito, y el navegante calculó que sólo les quedaba carburante para 100 millas. Con eso podrían llegar a China, aunque no estaba muy seguro puesto que habían estado luchando contra un viento muy fuerte desde que habían abandonado la costa japonesa.

Anthony intentó no ponerse nervioso, pero seguía golpeando el radiorreceptor que debía recoger la señal de los chinos, pero el aparato permanecía en silencio.

Cuando anocheció, Red se volvió y le dijo a Rafe, sin tartamudear:

—Esta misión era realmente suicida. No sabemos si volamos encima de tierra o de mar.

—Vamos a conseguirlo —dijo Rafe.

—Sí, vamos a conseguirlo —coincidió Red.

Pero a Rafe le resultaba imposible decir lo que realmente pensaba, y Rafe sabía que no había sido precisamente la muerte del artillero lo que había contribuido a que Red estuviera tranquilo. Red era un hombre nuevo desde lo de Pearl Harbor.

Rafe miró a Danny, pues aún distinguía la cabina gracias a la luz de la luna. No podía ver el rostro de Danny, pero sabía lo que había. Disponían de menos de media hora para encontrar la costa. Tal vez les quedaba menos de media hora de vida.

---

El avión de Doolittle se encontraba en el mismo estado que el suyo, pero Doolittle sobrevolaba encima de la tierra. Había visto unos montes a través de un agujero de una nube antes de que el indicador de gasolina señalara que estaba vacío. Sin esperanzas de encontrar un lugar seguro donde aterrizar, subió hasta que los motores empezaron a petardear, luego bloqueó los controles y ordenó a su tripulación que se tiraran en paracaídas.

Alcanzaron el suelo sin problemas, prácticamente sin sufrir ni una herida. Doolittle los reunió a todos y caminaron hasta los restos del avión, esparcidos en una baja colina no muy lejos de allí. Doolittle quería asegurarse de que había quedado destruido todo lo que pudiera ser útil para los japoneses. Pero en cuanto llegaron al avión no miró en el interior, simplemente se sentó desanimado en una de las alas rotas. Su copiloto se aproximó y se sentó junto a él.

—Coronel —dijo el copiloto—. ¿Qué cree que harán cuando regresemos a Estados Unidos?

—No lo sé —dijo Doolittle—. Probablemente me llevarán a la cárcel de Leavenworth. —Tenía la sensación de que la misión había sido un fracaso rotundo.

—Vacío —indicó Danny con señas—. Voy a tirarme en paracaídas.

—¡No! —exclamó Rafe al leer la señal—. ¡Dile que no! —Le arrebató el indicador de luces a Red y contestó—: NO. ¡Al agua no! —le dijo a Red—. ¡Al agua no! —le gritó a Danny, como si él pudiera oírle.

Y Rafe no se dio cuenta hasta entonces de lo asustadísimo que estaba de volver a caer en el agua. Le pasaron muchas cosas por la cabeza; el frío que había sentido, el aturdimiento, el miedo y luego la falta de temor, el confort de la muerte, la única esperanza de que el amor por Evelyn le permitiera luchar por la vida, una esperanza que ya no tenía...

Apretó los dientes y, en silencio, gritó esos pensamientos. «¡Haz algo, Rafe! ¡Que Dios me ayude a hacer algo!».

Vio algo por debajo de él y se preguntó si habrían sido imaginaciones suyas. Las nubes eran más finas, tal vez se estaban abriendo claros porque se encontraban cerca de la costa. Cayó unos metros en altitud, y de pronto lo vio claramente: olas que rompían contra la costa rocosa.

—¡Costa! ¡Indícale que hemos llegado a la costa! Dile que permanezca cerca, yo le bajaré.

Red golpeó el indicador y Rafe hizo descender el avión. Tenía la esperanza de que la tierra fuera lo suficientemente ancha para poder aterrizar. De no ser así, podían nadar hasta la costa. Las nubes eran como un techo bajo lleno de agujeros, de modo que la luz de la luna iba apareciendo a intervalos. No tenían demasiada visibilidad, pero podía divisar claramente el oleaje espumoso, la arena gris y los montes oscuros que se elevaban a sus pies. La franja de tierra parecía demasiado estrecha y temía que un aterrizaje con un extremo del ala tocando la arena mientras la otra se deslizaba por el agua partiría el avión en dos, de modo que se dirigió hacia el agua poco profunda. Red, sentado en el cajón, no tenía arnés, de modo que se quitó el cinturón de los pantalones, pasó un extremo por una ranura del fuselaje y se abrochó fuertemente el cinturón alrededor de la cintura.

El B-25 respondió bien y los motores seguían teniendo fuerza. Lo condujo hasta un deslizamiento final y disminuyó la velocidad para reposar en las olas. Fue entonces cuando divisó una roca escondida en la ola, un montículo de piedra grande como un camión del ejército, que aparecía y desaparecía mientras las olas rompían en él. ¿Cuántas habría como aquella?

—¡Agárrate fuerte! —gritó Rafe a Red, y decidió arriesgarse a alcanzar la playa. Los motores petardeaban mientras engullían las últimas gotas de gasolina. No tendría una segunda oportunidad. Dirigió el morro del avión hacia la arena y entonces los vio. En la playa había soldados japoneses.

Una voz interior le gritaba que tal vez aquellos hombres con fusiles, uniformados y con gorras eran chinos, pero Red, que también los había visto, exclamó:

—¡Maldita sea, son japoneses!

Los mapas que habían estudiado en el *Hornet* indicaban que aquella zona de China no estaba controlada por los japoneses ni por los miembros de la resistencia china. Era tierra de nadie, y no habían tenido suerte.

—¡Hay una patrulla japonesa en la playa! —exclamó Rafe, como si su voz pudiera llegar al otro avión—. ¡Sal de ahí, Danny! ¡Sal de ahí!

Los hombres de la playa levantaron la vista mientras el avión pasaba volando. Rafe intentó mantenerse a tanta distancia como pudo del lugar de aterrizaje. Tal vez podrían salir y escapar de la playa hacia las colinas antes de que los japoneses les echaran el guante. Los motores se apagaron, y Rafe dirigió el avión hacia la espuma de la orilla del agua.

Cuando el avión entró en contacto con la superficie, todo el fuselaje empezó a temblar y Rafe luchó con los mandos. Oyó el ruido del metal y de los remaches. Luego, una roca del tamaño de una casa pareció volar directamente hacia el morro del avión, y el cuerpo del artillero muerto, que nadie había cubierto, cayó contra el navegante, lo echó de su asiento y lo empujó contra el cristal de la cabina. Poco antes de que Rafe se golpeará la cabeza contra el yugo de control, le pareció ver pasar el avión de Danny que escapaba.

La patrullera japonesa, media docena de hombres armados con fusiles y bayonetas, en territorio hostil y sorprendidos por lo que acababan de ver, empezaron a desplazarse lentamente por la arena llena de boquetes en dirección al avión caído, a varios centenares de metros de la playa desde su campamento.

El arnés de Rafe lo mantuvo en su lugar. Tenía un corte profundo en la frente, pero estaba vivo y consciente. El cinturón de Red también le había

salvado y tenía los ojos muy abiertos, aunque rodaban como canicas. Rafe se liberó de su arnés y soltó a Red mientras gritaba:

—¡Vamos, Red! ¡Tenemos que ir a las colinas y encontrar a los chinos!

Red permaneció atado por la cintura, como si la presión del cinturón lo hubiera partido en dos, pero siguió a Rafe por el agujero a un lateral del fuselaje y salieron por la orilla poco profunda. El agua fría revitalizó sus sentidos y los despejó. Vieron la patrulla japonesa, a unos 90 metros, con las armas en alto y disparando. Rafe y Red regresaron al agua y las balas dieron en el fuselaje. Rafe no sabía si los japoneses querrían mantenerles con vida para interrogarlos o sólo disparaban a lo alto por el nerviosismo. Pero los disparos no duraron demasiado.

El avión de Danny llegó zumbando por la playa y la torreta cortó la patrulla japonesa. Pero mientras Danny intentaba acelerar y girar, los motores se apagaron. El bombardero se hundió rápidamente, saltó una vez por encima del agua y volvió a caer. El ala derecha quedó atrapada en la arena y se rompió. El fuselaje rodó hasta que la otra ala se quedó atrapada y el avión giró en la dirección contraria. Luego golpeó contra algo sólido y volcó.

Rafe y Red se agacharon y corrieron hasta el avión accidentado.

Rafe encontró a Danny boca abajo, encima de la arena. El agua mecía su cuerpo. Red escudriñó entre la oscuridad y encontró a Anthony junto al fuselaje, en la roca contra la que el avión se había golpeado antes de volcar. Cuando Red lo levantó descubrió que la parte trasera de la cabeza de Anthony había desaparecido. Red depositó a Anthony con cuidado en el suelo y se dirigió a los restos del avión para buscar el resto de la tripulación de Danny.

—¡Danny! ¡DANNY! —gritó Rafe mientras lo volcaba para sacarle la arena de la boca. Estaba tan oscuro que Rafe no sabía exactamente el alcance de las heridas de Danny ni por dónde sangraba.

Danny abrió los ojos, y al ver a Rafe dijo:

—He realizado aterrizajes mejores.

Danny se llevó la mano al pecho. Rafe desabrochó la camisa de Danny y encontró un fragmento en forma de V del fuselaje clavado en su costado. El fragmento tenía el tamaño de un garfio y se le clavaba en las costillas. Y

Rafe, en un ataque de pena y de rabia, agarró el metal con sus manos e intentó arrebatárselo a Danny de la carne, pero se cortó con el metal afilado. Se sacó la pistola del calibre 45 de la cazadora e intentó utilizar la culata de palanca para extraer el metal. Cuando Danny se quejó de dolor, Rafe apartó la pistola a un lado y agarró de nuevo el fragmento con las manos. Tiró de él hasta que el metal se dobló lo suficiente para que pudiera extraerlo del costado de Danny, a pesar de que con aquella oscuridad no sabía si la nueva sangre de la herida era de Danny o de sus propias manos.

Danny cerró fuertemente los ojos, luego los abrió mientras intentaba respirar.

—¡Aguanta, Danny! ¡Aguanta! ¡Vas a salir de ésta! —dijo Rafe antes de que su cabeza se precipitara hacia delante, golpeada desde atrás por la culata de un rifle. Mientras Rafe caía a su lado, Danny vio más japoneses, cuatro soldados. No sabía si formaban parte del grupo al que había bombardeado o si eran otros, pero parecían furiosos y asustados al mismo tiempo. Cuando Red emergió del fuselaje con el navegante sin vida, los soldados se pusieron a gritar y a golpearle.

Uno de los japoneses, un oficial que daba las órdenes, descubrió la insignia de capitán en la cazadora de Danny y se puso a hablar más deprisa aún. En algún lugar encontraron una rama doblada de un árbol y la utilizaron de yugo. Ataron las manos de Danny en la madera como si quisieran crucificarle y le ataron un alambre alrededor del cuello para colgarlo.

Rafe permanecía tumbado en la arena, medio consciente. Le parecía vagamente que Red había encontrado otro aviador vivo en el avión y que también los estaban atando. Los soldados giraron a Rafe, le sacudieron y le golpearon en el rostro, pero Rafe permaneció inmóvil, aparentando estar inconsciente. Resultó sencillo: tenía la cabeza aturdida, le dolía mucho la espalda y no sentía los brazos. No obstante, sentía las piernas y notaba que le habían atado los tobillos. Rafe se sentía extrañamente distante, como si habitara en una sombra, como si flotara por encima de la arena y lo viera todo desde arriba.

Entonces, oyó unos gritos sofocados de Danny. Y de pronto Rafe ya no estaba flotando ni ausente. Volvía a ser un chico y veía cómo el padre de

Danny lo arrastraba por el cuello, las piernas del chico pataleando en el aire, el rostro enrojecido, intentando respirar. Rafe ya no sentía furia sino dolor mientras lo arrastraban por la arena, atado por los tobillos, como un arado por un campo. Abrió los ojos y vio a Danny delante de él, arrastrado por el cuello por dos soldados japoneses. El oficial tiró de Red, que tenía las manos atadas a la espalda.

La playa era rocosa y tal vez fueron las rocas y la arena las que recordaron a Rafe la pistola que había lanzado en medio de la oscuridad, antes de ser capturado por los japoneses. ¿Habían buscado la pistola? ¿Por qué tenían que hacerlo si no habían visto cómo la lanzaba? Parecían tener prisa por sacarlo de la arena. Rafe extendió los brazos para ampliar la zona de contacto con la tierra.

Y enseguida, su antebrazo derecho se deslizó por encima de algo metálico y suave que había en la tierra oscura. Rafe no tuvo ni que agarrarla, pues cuando los soldados lo arrastraban, la pistola fue a parar directamente a su mano. El mundo entero se tranquilizó. Rafe empuñó la pistola, sacó el seguro, y apuntó en la espalda de uno de los soldados que tiraba de Danny. Rafe apretó el gatillo y alcanzó al soldado por la espalda. Cuando el hombre que lo arrastraba se volvió, le disparó en el rostro.

El oficial se volvió, al tiempo que se descolgaba el fusil del hombro, y el soldado que había llevado a Red como si fuera una mula lo empujó en la arena y también se descolgó el fusil.

La pistola de Rafe se encasquilló: había entrado arena.

El oficial japonés apuntó con su rifle hacia la cabeza de Rafe, pero cuando empezaba a apretar el gatillo, Danny le golpeó por detrás.

El cuarto soldado disparó a Danny en la barriga y luego apuntó hacia el corazón de Rafe, pero antes de que pudiera disparar, le alcanzaron unas balas por detrás. Cayó como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos.

El oficial japonés se levantó sorprendido y recibió un golpe en el hombro con una guadaña. Unos soldados chinos, no menos de una docena, lo golpearon hasta matarlo y luego mostraron mucho interés por los aviadores americanos.



Antes incluso de conseguir liberar los tobillos del alambre, Rafe intentó llegar hasta Danny apartando a los chinos. Danny permanecía tumbado boca abajo y con una mano en la herida, como si se agarrara a la vida.

—Danny... —dijo Rafe.

Danny habló con voz débil, entrecortada.

—No voy..., no voy... a..., tengo mucho frío..., no voy a conseguirlo.

—Sí que lo harás, ¡SÍ QUE LO HARÁS! —le gritó Rafe.

Pero Danny permaneció en silencio. Cerró los ojos y, en ese momento, Rafe creyó que había muerto. Entonces Danny volvió a abrir los ojos y miró a Rafe.

—Hazme... un favor —susurró Danny—. Que alguien escriba sin faltas mi nombre... en la lápida.

Aquellas palabras sorprendieron a Rafe y estuvo a punto de sonreír. Luego sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Danny... eres la única familia que tengo. ¡No puedes dejarme así!

Pero Danny no pudo hablar.

—Danny..., Danny..., no puedes morirme. No puedes hacerlo. Vas a ser padre.

¿Le oyó Danny? Había vuelto a cerrar los ojos, pero levantó la cabeza. Rafe la tomó entre sus brazos y Danny se incorporó con la ayuda de su mano temblorosa. Reunió las últimas fuerzas para acercarse aún más a Rafe y susurrarle, casi sin voz:

—No... Tú eres el padre...

Rafe siguió aguantando la cabeza de Danny entre sus brazos. Danny tenía los ojos abiertos, pero Rafe no vio ningún brillo en ellos.

—Danny... Tierra de los libres... —Danny no dijo nada y Rafe empezó a sollozar—. ¡Tierra de los hombres, Danny! Tierra de los hombres...

Pero Danny jamás le respondería.

***OceanofPDF.com***

Cuando las noticias sobre el ataque llegaron a Estados Unidos, no fueron objeto de celebración. Mientras la gente leía el titular: LOS HOMBRES DE DOOLITTLE BOMBARDEAN TOKIO, ocurrió algo más profundo que una simple demostración externa de alegría. Fue como si a todos los americanos les hubieran dicho algo que ya sabían pero que nadie se atrevía a creer: que su nación prevalecería.

El presidente Roosevelt supo el precio que sus jóvenes héroes habían tenido que pagar y se alegró de la victoria. Consciente de que los japoneses se sentían muy preocupados porque seguían sin saber de dónde habían llegado los aviones y eran conscientes de su vulnerabilidad, se burló de ellos y se regodeó en público diciendo que los aviones habían despegado desde la nueva base secreta americana en Shangri-la.

Pero cuando los titulares anunciaron HEMOS PERDIDO TODOS LOS AVIONES, SÓLO HAN SOBREVIVIDO SEIS, el humor empeoró.

Los primeros informes fueron erróneos. Durante muchos días nadie supo cuál había sido el destino de los aviadores derribados. Luego, poco a poco, empezaron a emerger del campo chino y se dirigieron a casa.

Finalmente, todos menos cinco regresarían con vida a Estados Unidos. La tripulación de un B-25, al saber que no tenía gasolina para llegar a la costa china, se dirigió hacia Siberia y fueron retenidos por los rusos hasta que se hubo terminado la guerra. Las demás tripulaciones se tiraron en paracaídas o se estrellaron. Los que lograron llegar a tierras chinas fueron recibidos como héroes por los chinos, que luego sufrieron atrocidades a manos de los soldados japoneses como castigo por su ayuda a los aviadores americanos. Saquearon poblaciones enteras y sus habitantes fueron objeto de torturas y muertes viles. La ferocidad de los japoneses contra los chinos

durante toda la Segunda Guerra Mundial, pese a ser conocida, no ha sido demasiado mencionada.

De los cinco aviadores que murieron, dos fueron condenados como criminales de guerra y ejecutados por los japoneses. Quienes llevaron a cabo las ejecuciones, jamás explicaron por qué el ataque de los americanos contra Tokio durante la guerra declarada se consideró un crimen mientras el ataque sorpresa contra Pearl Harbor se calificó de acto de guerra.

Jimmy Doolittle no fue enviado a la cárcel de Leavenworth; lo llevaron a la Casa Blanca donde recibió la medalla de honor y fue promovido al rango de general.

Evelyn se encontraba entre las esposas de civiles que permanecían heladas y asustadas mientras un largo avión comercial aterrizaba en el aeródromo de Pearl Harbor y se detenía. El coronel Doolittle fue el primero en salir cuando se abrieron las puertas del avión, y quienes le acompañaban, tanto civiles como militares, iniciaron un educado aplauso. Pero el hombre se sintió incómodo y les pidió que permanecieran en silencio. Luego aparecieron algunos aviadores heridos. Una esposa, muy contenta de ver a su esposo, no pudo esperar a que el hombre descendiera del avión y se lanzó a sus brazos con lágrimas en los ojos. Luego salió Rafe, con un brazo vendado y la frente cosida. Al cruzar la mirada con Evelyn, a ésta le dio un vuelco el corazón. A Rafe le ocurrió lo mismo, pero no pudo sonreír. De la puerta de carga del avión salían ataúdes envueltos en banderas. Rafe se dirigió al de Danny y escoltó su cuerpo y los de sus compañeros hasta alejarse del avión.

Entonces Evelyn se dirigió hacia él y se lanzó a sus brazos.

Cuando la acción ha terminado y echamos un vistazo hacia atrás, comprendemos más y menos. Hay una cosa muy cierta: antes del ataque de Doolittle, América sólo conocía la derrota; después del ataque, sólo conocía la victoria. Japón comprendió por primera vez que podían perder y empezó a retirarse. Estados Unidos comprendió que ganaría y avanzó.

Fue una guerra que cambió a Estados Unidos. Dorie Miller fue el primer americano negro que ganó la cruz de la Marina, pero no sería el último. Y

fue una guerra que cambió el mundo. Antes, Estados Unidos podía ver cómo Hitler se apoderaba de toda Europa y decir que se trataba de un problema local, pero después de la guerra, incluso una guerra civil en un lugar remoto como Vietnam parecería un problema americano. La Segunda Guerra Mundial empezó en Pearl Harbor y todavía hay 1177 hombres sepultados en el *Arizona*. Estados Unidos sufrió. Pero Estados Unidos salió fortalecido. No fue inevitable. Los tiempos probaron las almas de los americanos y, a través del sufrimiento, los americanos vencieron.

Junto al polvoriento campo de avionetas fumigadoras, en un valle acariciado por el sol de Tennessee hay un pequeño monumento de piedra con una bandera estadounidense en lo alto sobre el nombre de DANIEL WALKER. Bajo su nombre aparece este poema grabado:

*Planeé por encima de los pájaros cantarines  
y jamás los oí cantar  
Viví mi vida en invierno  
y luego tú trajiste la primavera.*

Un año después de que Rafe McCawley aterrizara por última vez en Pearl Harbor, permanecía junto a Evelyn en el monumento del corazón de Tennessee. Rafe llevaba a un niño en los brazos. Del cuello del niño colgaba una medalla; la medalla de Danny, una de las dos que Jimmy Doolittle, en su primera ceremonia como general, había entregado a Rafe.

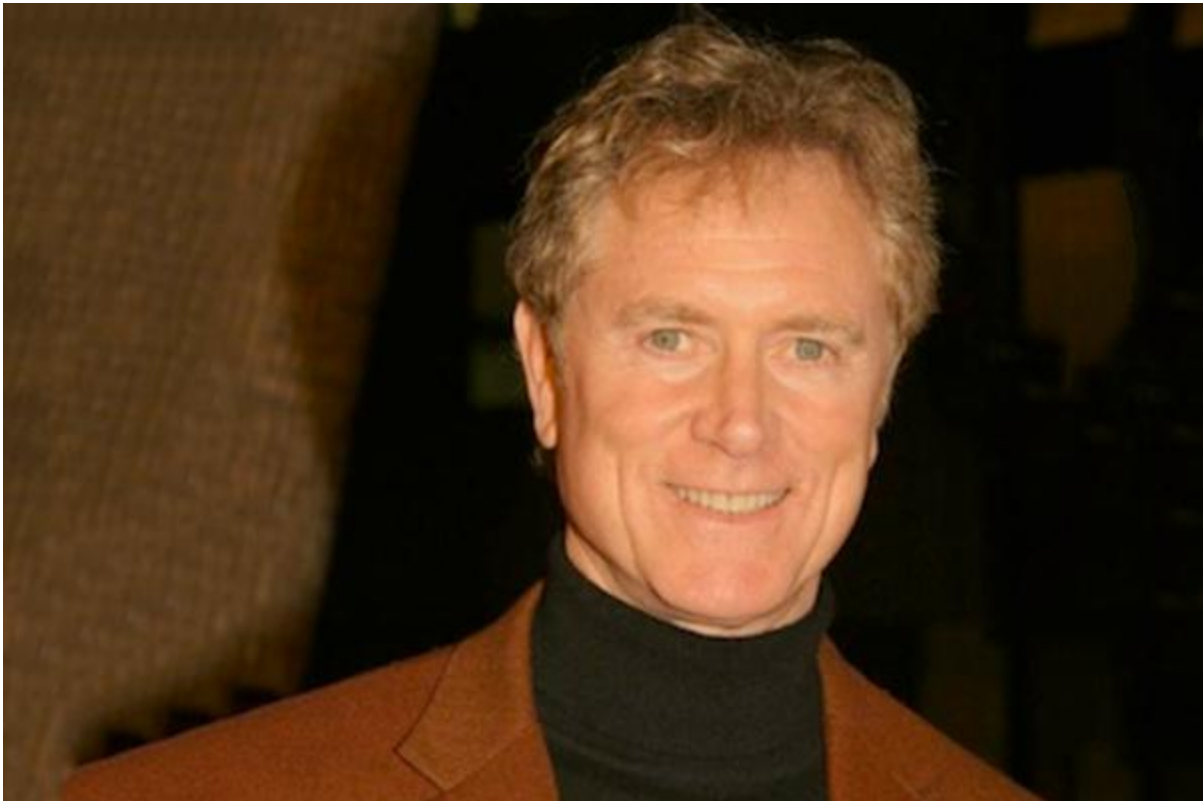
El niño solía sentirse cómodo en brazos de Rafe, pero ahora parecía inquieto, impaciente por caminar. Rafe lo dejó encima del suave césped del verano y entonces dio algunos pasitos inseguros mientras señalaba hacia el biplano rojo y resplandeciente, el avión del padre de Rafe, que había sido cuidadosamente restaurado. Rafe se agachó junto al niño.

—Eh, Danny —le dijo—. ¿Quieres subir?

El niño no tenía ni idea de lo que le estaba diciendo el hombre al que llamaba papá. Pero le sonrió, como había hecho Danny en una ocasión. Era una sonrisa llena de alegría y de vida eterna.

Evelyn permaneció junto al monumento de Danny —ella jamás lo consideró una tumba sino como un lugar tan lleno de vida como el hijo que le había dado— y observó cómo Rafe llevaba al niño hasta el precioso avión. Entonces supo que había encontrado ese lugar en la tierra al que siempre consideraría su hogar.

***OceanofPDF.com***



RANDALL WALLACE (28 de julio de 1949, en Jackson, Tennessee) es un guionista, director y productor de cine estadounidense que ha escrito el guión de la película de 1995 *Braveheart*, y dirigido *El hombre de la máscara de hierro*, *Cuando éramos soldados* y *Secretariat*.

Wallace fue a Hollywood aunque no para ser guionista sino letrista de canciones, pero comenzó a escribir algunos guiones que gustaron al productor televisivo Stephen J. Cannell, para quien trabajó desde finales de la década de 1980 hasta principios de los años 1990.

El éxito le llegaría con el guion de *Braveheart* (1995), inspirado en un viaje que hizo por Escocia para conocer sus raíces. Allí descubrió la legendaria figura del patriota escocés William Wallace. El guion despertó el interés de Mel Gibson y se convirtió en uno de los grandes éxitos de 1995, ganando el Óscar a mejor película y mejor director, recibiendo aplausos de crítica y público.

Wallace hizo su debut como director con *El hombre de la máscara de hierro* (1998), con un reparto estelar: Leonardo DiCaprio, John Malkovich, Gabriel Byrne, Jeremy Irons y Gérard Depardieu. Poco después escribió el guion para *Pearl Harbor* (2001), dirigida por Michael Bay y protagonizada por Ben Affleck, Josh Hartnett y Kate Beckinsale.

Al año siguiente dirigió su segunda película como director y segunda colaboración con Mel Gibson, el filme bélico *Cuando éramos soldados* (2002). Wallace se entrenó con rangers del ejército estadounidense para comprender la motivación de sus personajes.

En 2010, Wallace dirigió la producción Disney *Secretariat*, sobre el caballo que ganó la Triple Corona en 1973, remarcando el coraje de su propietaria Penny Chenery-Tweedy, encarnada por la actriz Diane Lane. También escribió la canción de los títulos de crédito, *It's Who You Are*.

Hubo rumores de que Wallace estaba preparando una película sobre Vikingos con Mel Gibson, rodada con subtítulos al estilo de *Apocalypto*.

***OceanofPDF.com***

## Notas



[1] Juego de palabras basado en la similar fonética de las palabras *grange* y *strange* en inglés. (N. del T.) <<

***OceanofPDF.com***